# SOBERBIA



Lorena Salazar



*Serie de Mujeres al Poder*

# SOBERBIA

**Lorena Salazar**



**El Olimpo entre Libros**

**© 2023 Lorena Salazar**
**Todos los derechos reservados**
**Diseño de portada: Lu/ Lorena Salazar**
**Colaboración**




Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9798856053943

Imprint: Independently published

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Aclarando esto, los eventos narrados en la presente obra no necesariamente deben ser considerados reales o ajustados a los que llevan adelante personas o agrupaciones mencionadas.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

## Escríbeme

lorenas-2014@hotmail.com

## Sígueme en Instagram




## Cuenta de Facebook

Lorena Salazar



# Contenido




Querido Lector
Agradecimientos
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
    Un revés doloroso
Capítulo 2
    Noticias maravillosas
Capítulo 3
    Feliz cumpleaños
Capítulo 4
    La incertidumbre del futuro
Capítulo 5
    Injusticias
Capítulo 6
    Desesperada
Capítulo 7
    Una noticia vergonzosa
Capítulo 8
    Una propuesta
Capítulo 9
    Un frío recibimiento
Capítulo 10
    La primera impresión es terrible
Capítulo 11
    Angelito de mi guarda
Capítulo 12
    Lleno de deseo
Capítulo 13
    El chantaje
Capítulo 14
    Decisiones que cambian tu vida
Capítulo 15
    De vuelta a la universidad
Capítulo 16
    El primer día
Capítulo 17

Peligros al asecho
Capítulo 18
Tregua
Capítulo 19
Un secreto revelado
Capítulo 20
Algo no está bien
Capítulo 21
Busquemos una estrategia
Capítulo 22
Un deseo concedido
Capítulo 23
Una revelación inesperada
Capítulo 30
No olvides tu lugar
Capítulo 31
Sin poder contenerse
Capítulo 32
Injusticias dolorosas
Capítulo 33
Novia de mentira
Capítulo 34
Los errores se pagan caro
Capítulo 35
La realidad en tu cara
Capítulo 36
Entre el miedo y la desesperación
Capítulo 37
Miradas que lastiman
Capítulo 38
Noticias impactantes
Capítulo 39
Conociendo a la suegra
Capítulo 40
El contrato
Capítulo 41
Malas decisiones
Capítulo 42
Un error de los grandes
Capítulo 43
¿ Dónde estoy?
Capítulo 44
En el lugar equivocado
Capítulo 45
Sacrificios
Capítulo 46

Todo ha terminado
Capítulo 47
De vuelta a casa
Capítulo 48
¡ Es imposible!
Capítulo 49
Siempre seré honesta
Capítulo 50
La despedida
Capítulo 51
Muy embarazada
Capítulo 52
Un encuentro inesperado
Capítulo 53
La reunión
Capítulo 54
Una noche fatídica
Capítulo 55
Los milagros ocurren
ACERCA DEL AUTOR
Libros Publicados:



# Querido Lector



Al sostener estas páginas entre tus manos, te embarcas en un viaje a través del complejo laberinto de las emociones humanas. "Soberbia", la novela que estás a punto de explorar, es mucho más que una historia ficticia; es un espejo que refleja los matices de nuestras propias experiencias y relaciones.

En el corazón de esta narración, encontrarás dos almas atormentadas por sus propias inseguridades y prejuicios. Conocerás a un protagonista masculino, cuyo orgullo y arrogancia lo envuelven en un velo oscuro que nubla su visión, impidiéndole apreciar la belleza interior de quienes lo rodean. A su lado, una protagonista femenina que desafía los estereotipos y lucha contra la desconfianza que la envuelve, anhela ser comprendida y valorada por lo que realmente es.

Este relato te invita a mirar más allá de las apariencias y adentrarte en la complejidad de las relaciones humanas. Te enfrentarás a los desafíos que ambos protagonistas deben superar para descubrir la verdadera esencia del amor y la humildad. A lo largo de estas páginas, te encontrarás con la lucha interna de cada personaje y te conectarás con sus emociones más profundas, tal vez reconocerás aspectos de ti mismo reflejados en sus vivencias.

En el camino de la soberbia hacia la redención, aprenderás valiosas lecciones sobre la importancia de escuchar, comprender y abrir el corazón al otro. Descubrirás que la humildad y la empatía son herramientas poderosas para desentrañar los nudos que enredan nuestras relaciones y nos impiden conectarnos auténticamente.

A medida que te sumerjas en estas páginas, te animamos a reflexionar sobre tus propias experiencias y cómo tus prejuicios y temores pueden haber afectado tus relaciones con los demás. Permítenos recordarte que todos somos seres humanos imperfectos, y que la soberbia puede ser una sombra que todos llevamos en nuestro interior. Pero también, que en cada uno de nosotros existe la capacidad de sanar y crecer, de dejar de lado nuestros egos y abrazar el poder transformador del amor y la humildad.

Gracias por sumergirte en esta novela llena de pasión, intriga y redención. Que "Soberbia" te inspire a explorar las profundidades de tus propias emociones y a abrazar la grandeza de la humildad en el camino hacia el amor verdadero.

Con gratitud,

Lorena Salazar



# Agradecimientos



A mis lectoras cero **Lucy, Liz Rodríguez, Abdi y Myrian**: Hoy quiero expresar mi más profundo agradecimiento a cada una de ustedes por haber dedicado su tiempo y esfuerzo para leer mi novela antes de su publicación. Su apoyo y retroalimentación han sido invaluables para mí y han enriquecido enormemente la calidad de la historia.

Lucy, tus comentarios y observaciones detalladas me permitieron pulir cada aspecto de la trama. Liz con tu aguda percepción y habilidad para señalar áreas de mejora han sido fundamentales para que la novela alcance su máximo potencial. Gracias por ser una lectora atenta y honesta. Abdi, tu entusiasmo y empatía con los personajes me inspiraron a profundizar en sus emociones. Myrian, gracias por tus valiosas sugerencias me ayudaron a darle vida a la novela.

La experiencia de contar con sus ojos críticos y corazones compasivos ha sido un privilegio. Gracias por ser parte de este proceso creativo y por creer en mi trabajo. Su apoyo ha sido fundamental para que esta novela se convierta en realidad.

Espero que disfruten de la versión final de la novela tanto como yo disfruté escribiéndola.



# Sinopsis



La muerte de la esposa de Damiano Mateus de Sousa revela una verdad oculta en su vida: es un hombre arrogante y clasista, preso en la soberbia que le otorga su poderosa familia. La traición de la madre de su hija lo sumerge en un amargo resentimiento hacia todas las mujeres.

Mientras tanto, su hermano menor, Donato, es completamente diferente. Dedicado a la docencia por vocación, interviene para ayudar a Cristina, una joven estudiante que enfrenta desgracia al perder una beca que pagaba sus estudios universitarios.

Convencido de que Cristina solo busca el dinero de su hermano, Damiano se obsesiona con hacerla pagar por lo que considera un engaño imperdonable. Pero, sumergiéndose en su propia oscuridad, descubrirá que sus prejuicios pueden destruirlo.

Damiano deberá enfrentar sus propios demonios para descubrir que el amor verdadero trasciende las barreras sociales y puede transformar incluso al corazón más herido y endurecido. A través de la humildad y el perdón, aprenderá que la soberbia solo lo aleja de la felicidad y lo que realmente importa en la vida.



# Prólogo



En nuestro vasto planeta habitan aproximadamente 7,900 millones de personas, cada una con sus ansias, sueños y apetitos clamando por ser satisfechos…

¿Qué nos convierte en pecadores? ¿Son los anhelos prohibidos que nos atormentan en las noches, o el dulce sabor de lo prohibido al que deseamos sucumbir? ¿Acaso es el cosquilleo en la nuca cuando sabemos que estamos haciendo algo indebido, pero nos falta el valor necesario para detenernos? ¿Dónde se dibuja esa línea imaginaria que separa el bien del mal y nos convierte en esclavos de nuestras pasiones?

En esta nueva era, las mujeres han tomado una posición de poder, siendo amas y dueñas de sus destinos, de sus vidas, de sus pecados. Ya nada está fuera de sus posibilidades, y son ellas quienes encienden la cerilla que inicia el fuego de las tentaciones.

La siguiente serie de libros está protagonizada por siete mujeres con personalidades únicas, donde un pecado específico se entrelaza con su existencia. A través de estas páginas se narrarán historias fascinantes en las que exploraremos la condición humana, descubriremos la complejidad de sus luchas internas y demostraremos que errar es propio de nuestra naturaleza, y ¿pecar?... Pecar es para aquellos que no le temen a rendirse a sus deseos.

# Soberbia

La soberbia, tan poderosa y sutil, nos ciega ante nuestros errores y nos separa de aquellos que podrían ayudarnos a crecer.

¿Qué sucede cuando el orgullo envuelve sus garras ponzoñosas sobre el espíritu de una mujer?

“Enfrentar la *soberbia* en una relación requiere valentía, honestidad y disposición para crecer y cambiar. El camino hacia una relación más saludable implica la humildad para reconocer nuestras debilidades, la apertura para escuchar al otro y la voluntad de trabajar juntos para fortalecer el vínculo y fomentar la empatía y el respeto mutuo.”

Lorena Salazar

# Capítulo 1



# Un revés doloroso

Cristina caminaba con los hombros erguidos, sintiendo la tensión crecer a medida que se acercaba a la oficina de su jefe. Una semana atrás, había presentado un examen en el trabajo y se sentía confiada, convencida de que le había ido de maravilla. Competía con otros dos aspirantes y sabía que el mejor obtendría las cuentas más importantes de la financiera. Ese ascenso implicaba mucho para ella; significaba que por fin podría comprarse el auto que tanto anhelaba y mejorar su situación de manera notable.

Nerviosa, pero llena de motivación, tocó la puerta de vidrio de la oficina. Jaime Sánchez, el vicepresidente de la empresa, era un hombre atractivo de mediana edad, con una impresionante carrera a sus espaldas. Apenas la miró, el hombre le indicó que pasara. El interior de la oficina estaba dividido en espacios separados por paredes de vidrio con persianas que proporcionaban privacidad cuando era necesario. El estilo modernista dominaba el edificio que albergaba la financiera.

—Muchas gracias, señor —respondió Cristina, tratando de mantener la calma.

—Usted obtuvo las mejores calificaciones de todos los aspirantes que se presentaron —anunció el hombre, y ella sintió un rayo de esperanza brillar en su interior—. Por eso nos complace anunciarle que le otorgaremos un bono como reconocimiento a su esfuerzo y además recibirá capacitación para ocupar el puesto de su jefe en un futuro, cuando él decida retirarse.

Las palabras del vicepresidente hicieron que la sonrisa de Cristina se desvaneciera por completo. La confusión y el desconcierto se apoderaron de ella, sintiendo cómo su corazón latía desbocado en su pecho.

—No entiendo a qué se refiere —admitió, luchando por mantener la compostura mientras la ansiedad se apoderaba de su voz.

El rostro de Jaime Sánchez se endureció mientras pronunciaba las siguientes palabras, que resonaron en Cristina como un golpe demoledor.

—La razón por la que la llamé es para informarle que ya no será ascendida al puesto que solicitó —decretó con voz firme, haciendo que el mundo de Cristina se tambaleara—. Consideramos que su talento y capacidad serán mejor aprovechados en otro lugar. Será una colaboradora valiosa para el licenciado Gámez.

Cristina quedó atónita, su boca abierta en un gesto de incredulidad. Sentía cómo su mundo se desmoronaba en un instante. Aquella promesa de un futuro mejor se había convertido en una cruel decepción, dejándola descompuesta y sin palabras frente a su jefe.

El puesto al que aspiraba era mucho más que su actual trabajo como analista de créditos para pequeñas empresas. Se trataba de un puesto en el que los asesores manejaban cuentas millonarias cada mes, una oportunidad para destacar y crecer en el ámbito profesional.

El hombre se cruzó de brazos y la miró con expresión desafiante, inclinando la cabeza.

—Sé que esperaba obtener ese puesto vacante en el departamento que se encarga de nuestros clientes más importantes, pero al analizar su perfil, hemos decidido que no es

conveniente. Al menos, no por el momento —dijo sin titubear, mostrando una frialdad que Cristina conocía demasiado bien.

La joven hizo un esfuerzo por mantener la calma y responder con determinación.

—Pero he demostrado que estoy capacitada para desempeñar ese puesto —expuso, luchando por encontrar la fuerza en sus palabras.

El vicepresidente la interrumpió con un gesto de impaciencia, revelando la realidad de manera directa y sin rodeos.

—Seré franco con usted. Un nuevo empleado se unirá a nuestra compañía y ocupará ese puesto. Tiene excelentes recomendaciones y además ha cursado un máster en manejo de bolsa en Oxford. Debe comprender que ante eso no puede competir —declaró, agitando la cabeza.

Cristina sintió cómo sus sueños se desvanecían ante sus ojos, reemplazados por una dura realidad. La desilusión se mezclaba con una pizca de rabia, pero sabía que no podía dejar que su frustración la consumiera.

—Pero entonces, ¿para qué nos hicieron estudiar durante meses para un puesto que ya estaba destinado a otra persona? —replicó Cristina con una mezcla de frustración y resentimiento.

El vicepresidente se mantuvo imperturbable, con una sonrisa en su rostro, como si disfrutara de la situación.

—Es parte de su desarrollo profesional, queremos asegurarnos de tener colaboradores bien preparados y comprometidos con nuestra misión como empresa —dijo con una sonrisa burlona—. Además, no debes olvidar que no te graduaste de una universidad de renombre. A pesar de eso, te dimos una oportunidad debido a tus excelentes calificaciones —recalcó con malicia, haciendo que Cristina se sintiera amenazada e impotente.

Era injusto que la descalificaran solo porque no había estudiado en una universidad privada, como si eso determinara su valía. ¿Cómo se suponía que iba a permitirse estudiar en una institución donde los costos de matrícula superaban los quince mil dólares por semestre? Era una locura. Ni siquiera había sido considerada para obtener un préstamo, ya que las tarifas eran exorbitantes y debían ser pagadas por el estudiante sin recibir ningún tipo de apoyo. Era una barrera insalvable para su familia, que no contaba con los recursos necesarios.

Cristina se sintió abrumada por la sensación de injusticia y desesperación. Todos sus esfuerzos y sacrificios parecían haber sido en vano, mientras que otros eran privilegiados por el simple hecho de tener acceso a una educación costosa.

La ira comenzó a arder en su interior, pero también se aferró a una chispa de determinación. No permitiría que las circunstancias la derrotaran. Aunque habían pisoteado sus sueños, estaba decidida a encontrar otra forma de alcanzar el éxito y demostrar su valía, sin importar las barreras que se interpusieran en su camino.

—¿Me estás diciendo que, si tuviera un máster en el extranjero, borraría por completo el hecho de haber estudiado en una universidad pública? —replicó Cristina, con un tono de incredulidad y enojo evidentes.

El vicepresidente titubeó por un momento antes de responder.

—No puedo asegurarlo, pero sin duda sería muy beneficioso para tu currículum —admitió, provocando un torrente de emociones en Cristina. Abrió la boca para decir algo, pero decidió cerrarla y contenerse—. No dejes de intentarlo —añadió con una sonrisa que aumentó la ira de Cristina.

Con gesto altanero, el hombre se puso de pie y extendió la mano hacia ella, como si estuviera otorgándole un premio. A pesar de su indignación, Cristina se levantó con la poca dignidad que le quedaba y tomó su mano.

—Gracias —masculló entre dientes, sintiendo que su voz temblaba de frustración. Luego, se dio la vuelta y salió de la oficina a paso rápido, sintiéndose como si estuviera huyendo de una trampa.

Buscó refugio en el baño más cercano, cerrando la puerta de uno de los cubículos tras de sí. Se dejó caer, apoyando los codos sobre las rodillas, mientras el torrente de emociones amenazaba con desbordarse. En ese momento, decidió permitirse un grito de frustración.

—¡Maldita sea! —chilló, liberando toda su rabia contenida. Las lágrimas brotaban sin control por sus mejillas, pero se negó a dejarse vencer por la derrota. Apretó los labios con determinación y respiró profundo una y otra vez, buscando la fuerza para seguir adelante.

No podía permitirse derrumbarse. Tenía que regresar a su área de trabajo con calma, o todos notarían su debilidad. Después de unos minutos, cuando logró recobrar la compostura, salió del baño decidida a enfrentar lo que le esperaba.

Al salir, se topó con una joven de cabello rubio que se retocaba el lápiz labial frente al espejo, que abarcaba tres lavabos. La chica tenía unos ojos color miel y cabello ondulado, con algunos mechones casi blancos. No sabía mucho de moda, pero era evidente que su vestuario era costoso y elegante.

La rubia le ofreció una sonrisa y le tendió una servilleta de papel. Cristina se sorprendió ante ese gesto, pero decidió aceptarlo. No quería ser descortés.

—Gracias —respondió en un susurro, mientras revisaba su maquillaje en uno de los espejos. Su cabello castaño oscuro estaba recogido en un moño apretado que siempre llevaba para aparentar seriedad. Era una mujer hermosa, con ojos negros almendrados y labios carnosos.

La joven rubia la miró con compasión y se disculpó.

—Lo siento de verdad —dijo, generando confusión en Cristina, quien frunció el ceño.

—No entiendo a qué te refieres —masculló, inclinando la cabeza para observarla mejor.

—Perdona mi descortesía, soy Evelyn Jones —se presentó, y la morena abrió los ojos aturdida.

—¿Jones, como en el señor Jones? —respondió Cristina, sorprendida y desconcertada. La joven se refería ni más ni menos que a uno de los socios principales de la financiera.

La joven hizo una mueca, confirmando sus sospechas.

—Exactamente. Mi hermano acaba de regresar de Londres y, como castigo por su mal comportamiento, mi padre decidió que empezará a trabajar desde abajo —explicó.

La mente de Cristina se llenó de confusión. ¿Trabajar desde abajo? Ese puesto tenía un salario tres veces mayor que el suyo, sin mencionar las comisiones que podría obtener. Si eso era empezar desde abajo, entonces ella estaba en el maldito sótano.

—Parece que estas cosas siempre suceden —murmuró, apretando la mandíbula. Era una batalla perdida competir con el hijo del presidente de la empresa.

—Es una maldita injusticia, lo sé —admitió la chica, encogiéndose de hombros—. No te lo tomes tan a pecho, dudo que mi hermano dure más de seis meses aquí. No quiere quedarse en México.

—Gracias por decírmelo —respondió Cristina, con una mezcla de gratitud y desilusión.

La rubia asintió y guardó su lápiz labial en su bolso Gucci. Cristina acomodó su saco de uniforme y salió del baño, volviendo a su puesto de trabajo.

Por la tarde, la joven abandonó la oficina bajo las miradas compasivas de sus compañeros, aunque ella forzó una sonrisa como si nada hubiera sucedido. La secretaria de la vicepresidencia se encargó de difundir el rumor de que no la habían ascendido, lo cual despertó en ella deseos de arrancarle los ojos por chismosa o decirle unas cuantas verdades, pero se contuvo. Gerardo, otro empleado que también había realizado el examen, tuvo el descaro de burlarse de ella, pero la joven no cayó en provocaciones y prefirió retirarse a casa para lamer sus heridas.

El trayecto desde su trabajo en Santa Fe hasta su pequeño departamento en la colonia Roma en transporte publico era largo y cansado. Se apresuró a subir al segundo piso. Apenas dejó su bolso sobre la mesa, alguien volvió a tocar la puerta.

Cansada, soltó un suspiro y fue a abrir. Era su amiga Magda, que vivía en el apartamento de al lado y sostenía una botella de vino en una mano y una caja de chocolates en la otra. Magda trabajaba como fotógrafa en un periódico local y también vivía sola. Desde que se conocieron, congeniaron como si fueran hermanas, a pesar de la diferencia de cinco años entre ellas.

La amiga de Cristina pensaba que brindarían por su nuevo puesto, pero en lugar de eso la encontró triste y con una expresión de dolor en el rostro. Le quitó la botella de las manos y se dirigió a la pequeña cocina.

—¡Tienes un aspecto espantoso! Deberías estar rebosante de alegría —reprochó Magda, desconcertada por la expresión fúnebre de su amiga.

—No me ascendieron —murmuró Cristina entre dientes, mientras buscaba el sacacorchos, ya que necesitaba una copa de vino con urgencia.

—¿No obtuviste la mejor puntuación en el examen? —preguntó su amiga, confundida.

—Sí, lo hice —admitió Cristina con una tristeza palpable.

—Entonces, ¿qué diablos sucedió? —cuestionó Magda, perpleja.

Cristina retiró el corcho de la botella con rabia contenida, vertió el vino en un vaso y lo ingirió de un solo trago, mientras su amiga la observaba con perplejidad. Rara vez la veía beber de esa manera, lo cual despertaba su curiosidad.

Dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones y se armó de valor para explicarle lo sucedido.

—El maldito hijo del director de la financiera ha regresado de Londres después de que su papi le costeara la carrera en Oxford y como castigo, le otorgó el puesto por el que he estado trabajando durante los últimos seis meses —anunció, elevando la voz y haciendo gestos exagerados.

—¡Pero que cabrón! —exclamó su amiga, indignada.

Cristina bajó la cabeza y apoyó sus manos sobre la barra que separaba la cocina del comedor. Respiró profundo antes de decir en voz alta lo que había estado pensando durante toda la tarde.

—Así que adiós al auto nuevo, adiós a todos mis planes —pronunció con tristeza y frustración.

—Pero ¿qué excusa te dio? —preguntó su amiga.

—Ninguna. Tuvo el descaro de felicitarme por mi esfuerzo y desempeño sobresaliente —respondió con ironía, sacudiendo la cabeza—. Me dijo que mi carrera en una universidad mediocre no me serviría para avanzar en el mundo competitivo en el que él quiero ascender —recordó con amargura.

—¡Maldito desgraciado! ¿Y encima tiene la osadía de decirte eso? —expresó su amiga, enfadada.

Cristina arrastró un banco y se sentó en él. Sirvió otro vaso de vino y dio un largo trago. Mientras contemplaba fijo el cristal, respondió:

—Quizás debería agradecerle su franqueza —exclamó abatida.

En general, no era una persona negativa, pero en ese momento se sentía derrotada. Había prometido llamar a su madre para informarle sobre el resultado, pero ahora le faltaba el valor necesario para hacerlo. Sus padres siempre la animaban y ella misma se repetía una y otra vez que, con una actitud positiva, esfuerzo arduo y una mentalidad correcta, todo era posible. Sin embargo, ahora se sentía como si le hubieran dado una dolorosa dosis de realidad, cortando de tajo sus ilusiones.

—No digas tonterías —la reprendió Magda, cruzando los brazos y frunciendo el ceño.

—¿Para qué ilusionarme? En solo dos años pasé de ser una simple asistente a analista financiera, y parece que ni mis estudios ni mi origen me permitirán llegar más lejos —se quejó Cristina, con un tono de desesperanza en su voz.

—¿No se supone que el trabajo se otorga al más capacitado? —cuestionó Magda, buscando una explicación lógica.

—Bueno, esto demuestra con claridad que no es así —farfulló Cristina, apretando los labios en una mezcla de enojo y decepción.

Magda tomó un vaso, lo llenó con rapidez y se lo bebió de un solo trago. Sus ojos reflejaban una profunda tristeza.

—Pensé que para ti sería diferente —admitió, mientras Cristina inclinaba la cabeza intrigada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Cristina, entrecerrando los ojos. Ella creía que su amiga tenía el trabajo que siempre había deseado.

—Porque tengo treinta años y aún me encuentro tomando fotografías para eventos sociales que se anuncian en el periódico —expuso, con amargura en sus palabras.

La ambición de Magda era cubrir noticias importantes, pero siempre la pasaban por alto. Su jefe siempre le decía que no la expondría al peligro ni a horarios nocturnos.

—Entonces, estamos en una situación bastante jodida —concluyó Cristina, dejando escapar un suspiro de frustración.

Magda entornó los ojos como si recordara algo, y una sonrisa amplia se dibujó en su rostro.

—Ahora recuerdo que tenía algo para ti, pero no te dije nada porque estabas muy emocionada con tu ascenso —comentó, mientras Cristina levantaba una ceja intrigada.

—¿Qué es? ¿Qué tienes para mí? —preguntó impaciente.

—Espera un momento, volveré enseguida —dijo Magda antes de salir apresurada del apartamento. Regresó en un abrir y cerrar de ojos, un poco agitada, con un periódico en la mano que entregó a Cristina—. Mira esto —indicó señalando un anuncio marcado en rojo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Cristina, examinando el periódico con curiosidad.

—Es una beca que otorga la embajada británica cada año para estudiar una maestría en el Reino Unido —explicó Magda con entusiasmo.

Cristina frunció el ceño y soltó una risa irónica.

—Oh, vamos. ¿En realidad crees que me concederían una beca? Seguro ya las han asignado todos a sus conocidos —respondió con escepticismo.

—¿Y qué tienes que perder si lo intentas? Dice aquí que debes tener al menos dos años de experiencia en el campo en el que deseas realizar la maestría, hablar inglés, tener menos de veintisiete años y estar soltera. Tú cumples con todos los requisitos —insistió tratando de convencerla.

Cristina comenzó a leer con detenimiento la convocatoria y arrugó la nariz.

—La fecha límite es en cinco días. Es demasiado tarde, ya no tengo tiempo. Además, hay que presentar un ensayo explicando por qué quiero realizar una maestría fuera de México —dijo, desechando la idea con un gesto de desánimo.

—Amiga, creo que tienes suficientes motivos para querer hacerlo, y en cuanto al tiempo, tenemos toda la noche para redactarlo. Mañana puedo tomar las fotos que piden y estará listo —insistió Magda.

—¿Estás loca? —exclamó Cristina, colocando las manos en la cintura.

—No tienes nada que perder. Deja de lado tu negatividad. Si esos desgraciados te menospreciaron, quizás alguien más en otro lugar valore tus habilidades. Ahora muévete, quítate ese ridículo uniforme y trae tu maldita laptop —ordenó Magda con voz autoritaria, señalándola con su dedo índice.

—Eres peor que mi madre con tus órdenes —murmuró Cristina, mientras su amiga la miraba con los ojos entrecerrados.

—Deja a tu madre en paz, esa mujer es un ángel. Voy a pedir una pizza porque me muero de hambre —dijo Magda, sacando su teléfono móvil.

—¡Que sean dos! No he comido nada —pidió Cristina.

Dirigiéndose a su habitación, suspiró desanimada. Pero tal vez su amiga tenía razón. ¿Qué tenía que perder?

# Capítulo 2



# Noticias maravillosas

Había pasado un mes desde aquella noche en la que Cristina se emborrachó junto a su amiga Magda mientras solicitaban la tan ansiada beca. Rellenaron los formularios en línea y trabajaron juntas para crear una historia que llegara al corazón del evaluador. Expusieron sus motivos para obtener la beca y el campo en el que la joven deseaba especializarse.

Magda preparó un portafolio de fotografías que adjuntaron a la solicitud. Llenas de esperanza, enviaron los documentos, pero las semanas pasaron sin recibir ninguna respuesta, por lo que Cristina decidió dejar el asunto de lado y olvidarse de ello.

Sin embargo, al regresar a su departamento ese día, Magda la esperaba en la puerta con una bolsa llena de comida del restaurante italiano favorito de Cristina y una sonrisa que iluminaba su rostro de oreja a oreja. Cristina la miró desconcertada, preguntándose por qué parecía tan radiante.

—¿Qué te sucede, por todos los demonios? —exclamó, sacando las llaves de su bolso y disponiéndose a abrir la puerta.

—¡Es que tenemos que celebrar! —exclamó Magda animada, soltando un pequeño grito de emoción.

—¿Te cambiaron para cubrir eventos políticos? —preguntó con cierto sarcasmo y añadió —: Magda, no me digas que...

—¡Claro que no! Tenemos que celebrar por ti —insistió su amiga con un chillido de alegría.

Cristina frunció el ceño, empujó la puerta y colgó las llaves. Se quitó la gabardina empapada debido a la lluvia torrencial que caía. A pesar de ser verano, esa ciudad siempre era propensa a fuertes aguaceros.

—Y según tú, ¿qué tengo que celebrar? —alegó con desgana.

—Hace un rato me encontré con un chico que traía un paquete para ti, y es de la embajada británica —gritó tan fuerte que parecía que iba a reventarle los tímpanos.

—Tráeme aquí antes de que se te caiga la comida, no podemos desperdiciarla —replicó, quitándole la bolsa de las manos mientras hacía malabares. El olor era tan tentador que sería un pena dejarla caer al suelo.

Magda sacó el sobre con membrete que tenía debajo del brazo, algo que Cristina no había notado, y se lo mostró.

—Vamos a abrirlo, me contuve mucho para no hacerlo por respeto.

Se acercaron a la barra, Cristina sacó los recipientes de la bolsa de plástico y luego agarró dos platos de la alacena, retrasando el momento. Magda ladeó la cabeza y golpeó el suelo con el pie impaciente, porque la joven estaba ganando tiempo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Esto es más importante! —se quejó.

—Tengo hambre —se justificó mientras buscaba un vaso para servirse un poco de jugo que tenía en el refrigerador.

—¡Deja eso, por Dios! No tengas miedo, de seguro te dieron la beca —la reprendió su amiga.

Colocó el vaso sobre la barra y la miró soltando un bufido. La verdad era que sí tenía miedo. No había revisado su correo electrónico personal por temor a encontrarse con un mensaje que le dijera que no había sido seleccionada.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó soltando un quejido de frustración.

—Si fuera un rechazo, vendría en un sobre triste con una carta, pero esto es un montón de hojas, ¿por qué enviarían algo así? —cuestionó con cautela.

Se acercó sigilosa y le arrebató el sobre de las manos, luego se dirigió al sofá y se sentó. Abrió el paquete y extrajo varios folletos y una carta. Rompió el sobre de la carta y leyó despacio el contenido.

—Felicidades —leyó en voz baja, y una sonrisa comenzó a iluminar su rostro—. ¡Dios mío! Me dieron la beca —exclamó con emoción.

Magda se acercó y la abrazó mientras gritaba de alegría.

—Te lo dije. ¿Qué más hay ahí?

—Es una especie de contrato, las reglas de la beca y los documentos que debo llevar a la embajada —explicó mientras separaba los papeles.

—Sabía que te elegirían. Ahora podemos comer tranquilas porque también muero de hambre.

Cristina tomó uno de los folletos donde se listaban las universidades participantes en el programa y se dirigió a la mesa. Magda le sirvió un plato de fetuccini con camarones, ensalada césar y trozos de pan con ajo.

—Ahora el problema será decidir qué universidad voy a elegir, ni siquiera había pensado en eso —confesó con preocupación.

—No te apresures. Tienes dos meses para decidirlo.

Cristina tomó un trozo de pan y le dio un mordisco mientras asentía con los ojos bien abiertos.



Acostada en la cama, Cristina tomó su móvil y llamó a casa. Aunque había dos horas de diferencia, sabía que su madre estaría viendo su telenovela nocturna. La mujer de mediana edad respondió a la videollamada y su rostro apareció en la pantalla, iluminado por una enorme

sonrisa.

—¡Hola, mi niña! ¿Cómo estás? —saludó emocionada al ver a su hija, a quien extrañaba tanto.

Cristina resignada entendía que debía seguir adelante con su vida, aunque estuviera lejos, pero no ver a su familia todos los días era doloroso.

—Estoy bien, ¿y ustedes cómo están?

—Bien, bien. Tu padre fue a jugar dominó con tu padrino y Raúl fue a hacer un trabajo con su amigo Sergio. Están terminando los últimos proyectos para cerrar el semestre.

Cristina sonrió al escuchar las ocupaciones de sus padres. Mauricio era profesor de matemáticas en una escuela privada y Mireya se encargaba de la contabilidad en un laboratorio clínico. Su un hermano menor estaba en la preparatoria y se graduaría en un año. Tenía planes de estudiar ingeniería industrial.

Era ocho años mayor que Raúl, porque su madre tuvo dificultades para concebir otro hijo después de su nacimiento.

—Tengo que contarles algo —dijo con una mueca, deseando poder compartirlo con ambos—, pero papá no está...

—Ah, no. Ahora me lo dices. No me vas a dejar con la curiosidad. Después se lo cuento a él —le aseguró Mireya, mientras colocaba el teléfono en un soporte que tenía junto al sofá y continuaba tejiendo un gorrito en forma de rana para la sesión de fotos de su sobrino.

—¿Sigues tejiendo?

—Es para el bebé de Vero. Nacerá en un mes y quiere hacerle una sesión de fotos al pequeño en cuanto nazca—explicó.

Su prima, con veintisiete años, estaba esperando su segundo hijo. Cristina anhelaba convertirse en madre, pero sabía que debía esperar. Tener un hijo en ese momento podría arruinar sus planes, quizá tal vez en unos diez años sería el momento perfecto.

—¡Qué rápido pasa el tiempo! —exclamó sorprendida.

—No tanto, es que no la has visto, camina como un pato... —comentó su madre con mofa.

—¡Madre, no digas eso!

—Todas hemos pasado por eso —se justificó, y la joven asintió en acuerdo—. Ahora cuéntame, ¿qué sucede? No desvíes el tema.

—Está bien, está bien. Lo que sucede es que me otorgaron una beca para realizar un máster.

La señora dejó de tejer y la miró con asombro.

—¡Felicidades, cariño! Siempre quisiste hacer una maestría.

—Sí, estoy emocionada.

—Pero ¿qué pasará con tu trabajo? Nunca me dijiste cómo te fue en el examen, si te dieron el ascenso o no. No me comentaste nada...

—Voy a dejar mi trabajo —interrumpió, admitiendo la decisión.

—¿Cómo que vas a dejar tu trabajo? ¿Por qué?

—Hay varias razones. La primera es que la beca es para estudiar en Londres.

—¿Hasta allá?

—Sí, hasta allá —confirmó.

—¿Y qué dirán en tu trabajo?

—La verdad, me importa una mierda lo que digan. A esos cabrones no les debo lealtad —respondió con rabia.

—¡Cristina! No digas esas palabrotas —la reprendió.

—Es que estoy muy enojada. ¿Sabes que no me dieron el ascenso, a pesar de que obtuve los mejores resultados? —bufó y cruzó los brazos, molesta.

—¿Y por qué fue eso?

—Porque se lo dieron al hijo de uno de los socios de la financiera.

—¡Pero que hijos de puta! —exclamó la mujer con un gesto de enojo.

—¿No me dijiste que no diga palabrotas? —replicó con una sonrisa.

—Yo puedo decir lo que quiera, para eso soy tu madre —le aclaró con el ceño fruncido —. Entonces, ¿por eso no me informaste nada?

—Lo siento. Me dio vergüenza. Fui arrogante, pensé que conseguir ese ascenso sería fácil, creí que era mejor que los demás.

—¡Es que eres mejor que los demás! Lo que te hicieron no es justo. Nunca debes avergonzarte conmigo. Soy tu madre y escúchame bien, nadie en el mundo se preocupa más por tu bienestar que yo —clamó levantando una ceja.

—Eso no es cierto, yo también me preocupo por tu bienestar. —alegó la voz de su padre que se escuchó a lo lejos y Mireya torció los ojos.

—Parece que tu padre ha llegado —dijo lo obvio.

Su padre se acercó, saludó a su madre con un beso y le entregó una bolsa de pan que había comprado en una panadería de camino a casa. Cristina sonrió al ver el gesto. Mauricio era siete años menor que su esposa, pero la amaba con devoción.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

—Hola, papá. Mi má me dijo que estabas jugando al dominó.

—Eran los planes, pero no dejaron que tu padrino fuera, así que me regresé —dijo bromeando—. ¿Qué sucede?

—Me concedieron una beca para realizar un máster.

—¡Muchas felicidades! ¿Era para eso tu examen?

—No, ese examen era para su trabajo —le recordó su esposa mientras su padre se sentaba a su lado en el sillón.

—Es cierto. Entonces, ¿quién te otorgó la beca?

Cristina comenzó a contarles toda la historia y por qué había solicitado la beca. Su madre se desahogó en varias ocasiones y su padre se puso muy serio. Amaba a su hija y le dolían los problemas que ella enfrentaba, pero acordaron que le permitirían explorar el mundo y vivir su propia vida. Siempre supo que las ambiciones de su hija eran grandes y que no se conformaría con la ciudad en la que había crecido.

—¿Estás segura de que quieres irte y dejarlo todo? —preguntó su padre, preocupado.

Cristina no mencionó nada acerca de lo que pensaban sus jefes en la universidad donde se graduó, porque no quería avergonzar a su padre, quien se sentía orgulloso de ella.

—Al regresar, podré aspirar a un trabajo mejor. Tener solo una licenciatura no es suficiente. ¿Qué mejor que hacer un máster en el extranjero? Eso me abrirá muchas puertas —expuso, y su padre asintió, comprendiéndola.

—¿Cuándo te irás? —preguntó su madre. La apoyaría, aunque eso significara que no la vería durante mucho tiempo.

—El próximo año.

—¿A qué lugar te vas? —interrumpió su padre, ansioso por conocer más detalles.

—A Londres —respondió Cristina con determinación en su voz.

—¿Entonces estarás aquí para Navidad? —respondió su madre con esperanza.

—Sí, renunciaré un mes antes para poder estar en casa —dijo con una sonrisa.

Sabía que era importante regresar y pasar una tiempo con sus seres queridos, porque una vez que partiera hacia Londres, no podría volver hasta que completara su máster. No tenía los recursos económicos para costear los boletos de avión, por lo que pasarían dos largos años antes de que pudiera reunirse de nuevo con su familia.

Aunque aún era octubre, el tiempo parecía volar y tenía muchas cosas por organizar antes de abandonar el país.

# Capítulo 3



# Feliz cumpleaños

Londres, dieciséis meses después…

Cristina caminaba apresurada, adentrándose en el imponente edificio que albergaba su departamento. El frío invernal se cernía sobre la ciudad, pero sus botas impermeables y forradas eran su escudo contra las inclemencias del clima. Prefería recorrer las calles a pie, ya que pagar un taxi estaba fuera de su alcance.

Con una mochila cargada a sus espaldas, también llevaba consigo la bufanda que tejía con esmero para un aficionado del Manchester United. La entrega debía realizarse en tres días. Seis meses después de su llegada a Londres, sus ahorros se agotaron casi por completo. La ciudad resultó ser mucho más cara de lo que había anticipado. Aunque vivía en el campus de la Universidad de Birmingham, compartiendo departamento con otras cuatro chicas, los gastos en alimentos, productos personales e incluso medicinas la dejaban al borde de la ruina.

Debido a las restricciones de su visa, no podía trabajar. Sin embargo, encontró una manera de generar ingresos: tejiendo bufandas, gorros y guantes bajo pedido. Su habilidad con las agujas pronto la hizo ganar popularidad, y en tan solo cuatro meses logró reponer parte de sus ahorros y acumular una lista de espera considerable. Todo ello gracias a la insistencia de su madre para que aprendiera a tejer. Aunque en su momento no le pareció una habilidad útil, ahora era una bendición.

Un mensaje de su hermano le anunció que el paquete había sido recibido. Con una sonrisa iluminando su rostro, continuó su camino. Era el cumpleaños de su madre y tenía una sorpresa preparada para ella: una nueva laptop, en reemplazo de la antigua que se negaba a cambiar.

Confiaba en su hermano para configurar las aplicaciones necesarias y transferir toda la información. Sacudió las botas para deshacerse de la nieve acumulada antes de ingresar a Bentley House, su hogar temporal. El edificio, construido con ladrillos rojos, se alzaba majestuoso en cinco pisos. Cada nivel albergaba varios departamentos de cuatro habitaciones, compartiendo una cocina bien equipada, un área de comedor y una acogedora sala con televisor. Además, en la planta baja, había un amplio espacio dedicado al entretenimiento, con cómodos sofás, una mesa de billar, una de ping-pong y un gimnasio completo.

Aunque el exterior del edificio emanaba un aura histórica, en su interior reinaba la modernidad, con pisos de madera y colores claros. Cristina compartía departamento con tres jóvenes, pero su única conexión real era con Fernanda, una chica española. Las otras dos, de origen coreano, eran reservadas y apenas intercambiaban palabras. No eran malas personas, solo introvertidas en exceso.

Al entrar, el cálido aire proveniente de la calefacción la envolvió. A pesar de ser apenas las cinco de la tarde, el oscuro manto de la noche ya se había desplegado sobre la ciudad. Los días invernales eran muy breves. Despojándose del abrigo, lo colgó en el gancho junto a la puerta. En ese preciso momento, otro mensaje hizo vibrar su móvil. El coordinador de su programa de postgrado le informaba que debía presentarse para prepararse de cara al próximo

semestre. Estaba por terminar su máster y se sentía eufórica, ya que le estaba yendo super bien en todas las asignaturas.

Abrió la puerta y encontró a Fernanda en la sala, cubierta con una manta y una taza de té en la mano, absorta en una serie de Netflix.

—Hola, Fer —saludó Cristina, acercándose y dejando su mochila a un lado del sillón.

—Hola, Cris. ¿Cómo te fue con las mujeres que te reuniste? —preguntó la rubia con interés.

—Muy bien. Quedaron más que satisfechas con el pedido que les entregué —respondió Cristina, radiante.

—Me alegra oír eso. Por cierto, las hermanitas coreanas se marcharon hace un rato —mencionó, refiriéndose a las compañeras de departamento.

—¿Se despidieron? —indagó Cristina, mientras se dirigía a la cocina para prepararse un café. Sacó una taza y seleccionó una cápsula del cajón para colocarla en la máquina.

Fernanda se levantó del sofá y la alcanzó, sentándose en un taburete junto a la barra, apoyando el mentón en sus manos.

—No, pero noté que se fueron porque llevaban maletas. Una de ellas parecía haber llorado, tenía los ojos enrojecidos.

—Pobres chicas, ¿por qué serán tan introvertidas? —se preguntó Cristina, sacudiendo la cabeza en desconcierto. Luego agregó un poco de leche a su café.

—Recuerdo que la más joven intentó entablar una conversación conmigo una vez, pero su hermana le dijo que no debía hacerlo —confesó Fernanda.

Cristina frunció el ceño, sin entender del todo la dinámica entre las hermanas. Tomó un sorbo de su café y observó el entorno.

—Supongo que me quedaré sola aquí —murmuró, dejando escapar su preocupación.

—Solo serán seis semanas. Volveré antes de que comience el curso —consoló Fernanda.

—Tendré tiempo para terminar las bufandas pendientes, pero me encantaría conseguir un trabajo —admitió mordiéndose el labio inferior mientras reflexionaba.

Había gastado buenas parte de sus ahorros en el regalo para su madre, pero confiaba en que se recuperaría. Solo debía ajustarse al mínimo durante tres semanas, hasta que recibiera la mensualidad de la beca. Por eso, no se preocupaba en exceso.

—¿Qué tal si buscas algo en línea? —sugirió Fernanda, con una chispa de esperanza en sus ojos.

—Ya lo intenté, pero los lugares que me aceptaron no estaban dispuestos a que trabajara solo por un corto periodo de tiempo. Además, cuando regrese a clases me será imposible trabajar casi de madrugada —explicó con un dejo de frustración.

—Vaya, ¿y de qué era el trabajo? —preguntó Fer con una sonrisa traviesa.

—En un centro de atención al cliente, no seas malpensada —respondió Cristina, mientras soltaba una carcajada.

Fernanda se llevó las manos a la boca y soltó una risa contagiosa.

—¡Oh, pensé que era una línea erótica! —bromeó, provocando más risas entre ambas.

—¡No seas tonta! Aunque no deben pagar nada mal —dijo pensativa, antes de estallar en risas de nuevo.

—Voy a extrañarte. Lo sabes, ¿verdad? —dijo la rubia con sinceridad.

—Y yo a ti —respondió Cristina también —. Por cierto, Donato me pidió que pasara por su oficina para revisar mi horario de mi último semestre —añadió, dando un sorbo a su café.

Solo le faltaba un semestre y volvería a casa, por fin. Había pasado más de un año y medio en Londres, luchando contra el frío, trabajando duro en sus estudios y tejiendo bufandas para sobrevivir. Ahora podía ver la luz al final del túnel.

El próximo semestre prometía ser desafiante, pero también emocionante. Había logrado destacarse en todas sus materias y su coordinador, Donato, le había elogiado su dedicación y talento. Se sentía orgullosa de sí misma y agradecida por todas las oportunidades que había tenido durante su estadía. Si lograba conseguir las pasantías en el grupo financiero sería un sueño hecho realidad. Sería una carta de recomendación invaluable para sus futuros empleos, que le abriría muchas puertas.

Fernanda le dio un codazo con complicidad, soltando una risita.

—Vaya confianza que tienes con ese hombre. ¿No te parece que se preocupa demasiado por ti?

—Donato es un excelente coordinador. Encontrar personas como él hace que vuelvas a creer en la bondad de la gente —respondió con gratitud.

—¿Y es así con todos? —preguntó Fernanda, curiosa.

—Deja de insinuar cosas que no son —le recriminó, porque la rubia le aseguraba que al maestro le gustaba.

—¿Qué tendría de malo? Eres hermosa e inteligente, y ese hombre no es ciego, está claro que le gustan las mujeres. Además, solo tiene cuatro años más que tú —insistió Fer mientras se levantaba y se dirigía a la sala, seguida por Cristina.

Cristina se levantó y se acomodó en el sofá, buscando comodidad mientras su amiga se unía a ella.

—Es cierto que es agradable y atractivo, pero solo siento admiración y amistad por él. Además, debemos tener en cuenta las reglas que prohíben las relaciones con profesores y asesores —respondió con seriedad, recordando las normas establecidas.

Fer frunció el ceño y dio un sorbo a su jugo.

—Es una verdadera lástima. Estoy enamorada de mi profesor de psicología. Ese hombre es irresistible.

Una sonrisa juguetona se dibujó en el rostro de Cristina, comprendiendo a la perfección los sentimientos de su amiga. El profesor al que se refería era un hombre en la plenitud de sus cuarenta años, con una presencia magnética que hacía suspirar tanto a las profesoras como a las alumnas. Era un imán de deseos y fantasías.

—Las reglas están ahí para protegernos y mantener un ambiente académico seguro y profesional —aseguró Cristina, tratando de ser la voz de la razón.

Fer suspiró y asintió, reconociendo la lógica detrás de las reglas. Sin embargo, no podía evitar fantasear con la posibilidad de un romance apasionado con su atractivo profesor.

—Qué triste, de verdad —declaró la rubia con una pizca de melancolía en su voz.

—No puedo culparte por sentirte así, ese hombre es muy atractivo. No sé cómo logras tomar clases con él, y su forma de pronunciar el inglés es como un afrodisíaco, pero estoy segura de que debe estar casado —respondió Cristina, con cierta envidia en su tono.

—No te olvides de que no lleva anillo —agregó Fer, tratando de encontrar alguna esperanza en esa pequeña señal.

—Eso no significa nada. Mi padre lleva treinta años casado con mi mamá y ninguno de ellos usa sortija —comentó con su característica franqueza.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan honesta? —exclamó la española, molesta por la manera directa en que su amiga le hablaba.

—Te digo la verdad para que no te hagas falsas ilusiones. Además, piensa en la diferencia de edad, te lleva más de veinte años y dudo que le atraigan las jovencitas —expuso, intentando proteger a su amiga de una posible desilusión.

Fernanda, era más joven que Cristina, acababa de salir de la universidad y se había embarcado directamente en un posgrado. Aún le faltaban ocho meses para cumplir veintitrés años.

—¿De verdad no saldrías con un hombre de cuarenta años? —le preguntó a Cristina, con una leve esperanza en sus ojos.

—No tengo problemas con la edad. Lo importante es que me atraiga y haya química entre nosotros, aunque preferiría que no fuera mi profesor —respondió con convicción.

Su móvil vibró y lo tomó para revisar de quién se trataba. Era un correo electrónico de la Commonwealth informándole que era urgente presentarse al día siguiente a las ocho de la mañana para una reunión, y la joven frunció el ceño en señal de preocupación.

—¿Quién es? —preguntó la española, curiosa por la situación.

—Tengo que presentarme por un asunto relacionado con la beca —respondió con un tono de resignación en su voz.

—Ojalá que te aumenten la mensualidad, porque para ser sinceros lo que te depositan es una miseria.

—No seas así, es un dinero que agradezco muchísimo. Recuerda que no tengo que pagar por estar aquí —replicó Cristina, recordando la oportunidad que le brindaba su beca.

—Bueno, pero al menos deberías poder salir y disfrutar un poco más. Apenas y te permites un café.

—No me lo recuerdes. Me gasté como cincuenta libras en un café y un postre el otro día. Además, no es tan importante salir en este momento. Ya lo haré cuando comience a ganar dinero de nuevo —aseguró Cristina, intentando mantener una perspectiva positiva.

En ese momento, su celular sonó de nuevo y la foto de su madre apareció en la pantalla, indicando una videollamada entrante.

—¿Ahora quién es? —preguntó Fer.

—Es mi madre —respondió, señalando hacia la pantalla del teléfono con una sonrisa.

—Salúdala de mi parte, voy a tomar un baño porque un amigo me invitó a cenar.

—No me habías dicho nada —le reclamó.

—Es que no se animaba, pero ya te contaré cómo me fue cuando regrese —dijo con entusiasmo.

—Buena suerte, tengo que contestar —se despidió de la rubia.

Presionó el botón para aceptar la videollamada con una sonrisa, pero en su lugar apareció el rostro furioso de su progenitora.

—Vaya, ¿por qué esa cara? —preguntó al ver a su madre con el ceño fruncido, una mirada típica de la mujer cuando estaba enojada.

—¿Por qué madres me mandaste una laptop nueva? —clamó, cruzándose de brazos.

—Mamá, controla tu vocabulario.

—Deja de corregirme, soy tu madre y digo lo que se me antoja —alegó Cristina, y rodó los ojos —. Ese dinero lo necesitas tú, debes estar preparada por si surge algo inesperado...

—Estoy bien, deja de dramatizar. La próxima semana voy a entregar cinco bufandas, además de que estaré encerrada viendo Netflix y tejiendo, con el refrigerador lleno de comida. Me depositarán de nuevo y el asunto estará resuelto.

Cristina era una persona ahorrativa y cuidadosa con su dinero, pero cuando se trataba de su familia, no dudaba en hacer gastos generosos.

—En serio, hija. No tenías que gastar tanto —manifestó su madre con preocupación.

—Pero ¿te gustó el regalo? —preguntó Cristina con entusiasmo.

—Por supuesto, es hermoso. La pantalla es muy delgada y se ve increíble —dijo su

madre con una sonrisa, dejando atrás cualquier rastro de molestia.

—Eso es lo más importante. ¿A dónde te va a llevar a cenar papá?

—Ya sabes, iremos a su restaurante de carnes favorito, y si tenemos suerte, tal vez hagamos algo especial más tarde —dijo su madre, levantando sugestiva las cejas.

—¡No me digas eso! —se quejó escandalizada, porque su madre se refería a tener sexo.

—Discúlpame, pero no todos somos célibes como tú.

—No quiero oír a mi madre decir que quiere violar a mi padre.

—¿Crees que naciste por arte de magia, o por obra del Espíritu Santo? —exclamó su madre con una pizca de ironía.

—Ya, está bien —respondió con una mueca divertida.

—Por cierto, tu hermano se fue a una pijamada con sus primos. Le fue genial en el cierre del semestre. Si sigue así, le darán una beca del ochenta por ciento para entrar al Tec de Monterrey.

Era una de las mejores universidades privadas de México.

—¡Eso es increíble!

—No quiero que pienses que le vamos a apoyar con una universidad privada y contigo no lo hicimos…

—Madre, no tienes que explicarme. Son circunstancias diferentes, y su talento para el baloncesto le está abriendo puertas. Nunca fui buena en los deportes —admitió con una mueca.

—Igualito que tu papá —agregó Mireya con una pizca de burla.

—En serio, me alegra mucho por mi hermano.

—Sé que así es, cariño. Cuídate mucho, y gracias por siempre pensar en nosotros. Si llegaras a necesitar dinero, avísame, ¿de acuerdo?

—No te preocupes por eso, ya te lo dije.

—Bueno, me tengo que ir. Tengo una cita para cortarme y pintarme el pelo. No es fácil cumplir cincuenta y siete, considerando que tu padre tiene cincuenta —exclamó con un gemido.

—Eres toda una asaltacunas —dijo con sorna, y su madre entrecerró los ojos.

—Adiós, también te quiero —declaró su madre, finalizando la llamada.

—Bye, mami. Que te cubran bien las canas —mencionó con malicia, sabiendo que eso la molestaba y disfrutaba provocarla.

—¡Si serás cabrona! —respondió su madre. Cristina colgó con una gran sonrisa, varios emoticones enojados aparecieron en la pantalla, a los que la joven respondió enviándole besos.

# Capítulo 4



# La incertidumbre del futuro

Cristina se despertó temprano y se dio una ducha reconfortante con agua caliente. Después de secar su larga melena, dejando solo un flequillo que caía sobre su frente. Desde que llegó a Londres, evitaba usar faldas debido a su sensibilidad al frío. Se vistió con unos pantalones de lana y un suéter de cuello alto. Hizo una coleta baja y se maquilló ligero. Luego, tomó su acogedor abrigo acolchado de plumas de ganso, una verdadera maravilla que compró en una tienda especializada en ropa de esquí, siguiendo el consejo de su madre. Al principio pensó que era exagerado, pero ahora no se lo quitaba ni por un segundo.

Fue a la cocina y se preparó un café rápido, mientras su amiga seguía dormida después de haber llegado de madrugada. Parecía que le fue de maravilla. Al salir del edificio, sintió el frío matutino y se encaminó hacia la iglesia de San Giles, donde esperaría el autobús. Por fortuna, había una parada a pocos metros. Nunca había ido a las oficinas de la Commonwealth, ya que había arreglado todo en la embajada británica en la Ciudad de México.

Después de casi una hora y de cambiar de autobús varias veces, por fin llegó a su destino. Agradeció tener la tarjeta Oyster de estudiante, que le permitía disfrutar de un descuento del treinta por ciento en todos los transportes públicos. Con su mochila al hombro, se dirigió a la oficina. Debía buscar al señor Donovan Wilson. Luego de que la recepcionista le enviara a la oficina del hombre, encontró la puerta correcta y tocó con suavidad. Llegó justo a tiempo, ya que sabía que los ingleses eran muy estrictos con la puntualidad y siempre intentaba llegar cinco minutos antes a todas partes.

La puerta se abrió y una joven la recibió muy amable.

—Adelante, señorita Navarro, el señor Wilson la está esperando —le indicó.

—Gracias —respondió Cristina, con una mezcla de emoción y nerviosismo en su voz.

—Buenos días, tome asiento —ordenó el hombre con una expresión que indicaba con claridad su mal humor, por lo que ella obedeció y dejó su mochila a un lado de la silla.

—Buenos días, señor —respondió con una sonrisa.

El hombre, con el cabello lleno de canas, descansó los brazos sobre el escritorio y frunció el ceño. La joven tragó saliva, ya que su rostro no auguraba nada bueno.

—La hicimos venir porque cometimos un error —dijo sin rodeos.

—No entiendo.

El hombre abrió un cajón y sacó una lista marcada con varias notas fluorescentes.

—Sucede que le enviamos la carta de aceptación, pero no era para ti, era para otra persona.

—¿Cómo es que apenas se dieron cuenta? —alegó con el corazón en un puño.

—Fue un error administrativo. Cuando se realizó una auditoría tras el cambio de personal, lo detectamos.

—Pero ¿qué significa esto? He estado estudiando por más de un año y medio, solo me falta un semestre para terminar... —dijo balbuceando, y el hombre la interrumpió.

—Ya no se realizará el pago del próximo semestre ni de los apoyos posteriores —aclaró, y su mundo se derrumbó en un instante.

—¿Qué voy a hacer? Necesito terminar mi máster.

—Podrá hacerlo, pero deberá cubrir los gastos por su cuenta. Además, necesitaremos establecer un acuerdo de pagos.

—¿Un acuerdo de pagos? —replicó incrédula.

—Sí, dado que el dinero que se le entregó no le correspondía, debe devolverlo —explicó con total calma, y ella sintió que se desvanecía.

—¡Eso es imposible! —chilló, llevándose las manos a la cabeza.

El señor deslizó una carpeta y la abrió para que ella pudiera ver su contenido.

—Lamentablemente, es cierto. En total, deberá cubrir una suma de cuarenta mil libras en concepto de todos los gastos. Sin embargo, no se preocupe, le daremos la oportunidad de realizar pagos mensuales —expuso como si fuera una solución, y Cristina tomó la hoja con los pagos que debería efectuar.

—¡Dios mío! Esto debe ser un terrible error —exclamó con angustia, mientras miraba incrédula, con la boca entreabierta. Un dolor punzante en el pecho la invadió y unas lágrimas amenazaron con desbordarse.

—Es mi deber aclararle que no se trata de un error, la beca estaba destinada a Cristian Navarro, no a Cristina Navarro —anunció el hombre con frialdad, sin mostrar empatía alguna.

Cristina sintió cómo se desmoronaba su carrera y su vida en un instante. Un sollozo escapó de sus labios y bajó la cabeza, abrumada por la situación.

—¿Qué sucederá si no puedo pagar? —preguntó con voz entrecortada, sintiendo el peso de las implicaciones.

—En ese caso, presentaremos una demanda penal por malversación de fondos federales. Es un delito grave, incluso a nivel internacional por fraude —respondió él sin mostrar ni una pizca de compasión. Cristina se llevó las manos a los labios, aterrorizada por las consecuencias devastadoras. Su carrera y su futuro se desvanecían frente a sus ojos.

Sintiendo una mezcla de desesperación y desconsuelo, se levantó de su asiento y tomó su mochila del suelo. Salió de la oficina, aún en estado de shock, como si todo aquello fuera una broma macabra. Al llegar a la calle, se alejó unos metros y se apoyó en una pared. Sus piernas no pudieron sostenerla más y se deslizó hasta el suelo.

—¡Oh, Dios mío! Esto no puede ser real —gimió mientras las lágrimas inundaban su rostro. Se aferró al pecho, sintiendo que le faltaba el aliento. El móvil sonó varias veces y, sin mirar quién llamaba, contestó con voz entrecortada: —Hola.

—¿Cristina? —preguntó el hombre al otro lado de la línea, era Donato Mateus de Sousa, su asesor académico, pero la joven no pudo responder, solo se escuchaban sus sollozos—. ¿Dónde estás? —preguntó alarmado y ella como pudo le explicó.

Donato conducía su auto y de casualidad estaba a solo cinco minutos del lugar, ya que había tenido una reunión en la Universidad de Londres. Giró en la esquina y se dirigió directo hacia donde estaba Cristina.

Donato, era profesor en la facultad de economía, se sentía realizado enseñando, algo que su madre nunca comprendía. El consideraba a Cristina, una estudiante brillante y dedicada, lo había sorprendido desde las primeras evaluaciones. Aunque ella no lo sabía, estaba entre el reducido grupo de alumnos a los que él recomendaría para realizar pasantías en el Grupo Bancario Lloyds.

Estacionó con rapidez su automóvil y la encontró sentada en el suelo, sosteniendo el móvil. Aunque estaba en una zona prohibida, no podía dejar a Cristina en ese estado.

Había llamado a la joven por casualidad para cambiar la hora de su reunión, pero nunca pero nunca esperó que estuviera en esas condiciones de conmoción. Se arrodilló a su lado preocupado porque parecía que estaba en shock.

—Cristina —anunció él, y ella levantó la cabeza, mostrando su rostro bañado en lágrimas —. Ven, tenemos que irnos. Estoy estacionado en un lugar prohibido.

Extendió su mano hacia ella y Cristina la tomó con desesperación. Con su ayuda, se puso de pie y caminaron al automóvil. Las personas los observaban con discreción, pero nadie se detuvo a ofrecer ayuda.

Era una de las cosas que la joven no entendía de esa ciudad, la mayoría de la gente era indiferente ante los problemas de los demás, y si miraban a alguien en desgracia en la calle, prácticamente le sacaban la vuelta.

La subió al auto y, en estado de conmoción, se sentó mirando hacia adelante con la mirada perdida. Donato abrió la guantera y sacó unos pañuelos, que ofreció a la joven.

—Gracias —respondió ella en un susurro en español, sin siquiera darse cuenta de que hablaba en ese idioma. Siempre se comunicaban en inglés.

Donato era inglés, pero su padre era portugués y también tenía familia española.

—¿Quieres contarme qué sucedió? —preguntó con cautela.

Cristina se sonó la nariz y asintió.

—Me citaron para hablar sobre mi beca —explicó, Donato ya estaba enterado que ella tenía una beca, otorgada por el gobierno de su país.

—¿Qué querían?

Ella tomó aliento, aunque su mandíbula temblaba.

—Me dijeron que cometieron un error. Que la beca no era para mí, que me la asignaron

por equivocación.

—¿Después de tanto tiempo? No tiene sentido —dijo él incrédulo.

Ella asintió y apretó los labios. El hombre continuó conduciendo hasta que encontró un parque de paso. Estacionó el automóvil, pero no lo apagó porque tenía la calefacción encendida.

—Fue lo que me dijeron y me aseguraron que fue un error administrativo —admitió a Donato, que le entregó una carpeta con una hoja detallando los pagos y las fechas.

El hombre abrió la carpeta y comenzó a leer.

—Esto es un abuso y una negligencia de su parte.

—No puedo devolver cuarenta mil libras —aceptó ella, frotándose la frente con frustración.

—Puedes demandarlos. Este error no es culpa tuya.

—Me advirtieron que, si no realizo los pagos, me demandarán penalmente, como si hubiera cometido fraude contra el gobierno —confesó ella, llena de miedo.

Un sollozo se escapó de sus labios y se dobló de dolor. Todo su esfuerzo se desvanecía ante sus ojos. Donato pasó su mano por sus hombros, tratando de consolarla.

—Vamos a buscar una solución —afirmó el profesor, intentando aliviar su angustia, pero no lograba calmarla.

En la mente de la joven se formaban los peores escenarios posibles. Sabía que Donato era una buena persona, pero no creía que nadie pudiera ayudarla.

—No creo que haya solución para esto —dijo con pesimismo.

—Quería hablar contigo para decirte que eres candidata a una pasantía al terminar el próximo semestre, pero necesitas presentar una tesis excelente —mencionó Donato, mirándola con asombro.

Aunque Cristina lo deseaba, nunca pensó que eso fuera posible.

—No podré continuar con el resto de la maestría. Si quiero hacerlo, tendré que pagar la matrícula completa —dijo, con una expresión desconcertada en su rostro.

—Déjame investigar entre mis contactos antes de que tomes una decisión precipitada. Por ahora, no le digas a nadie. Tal vez podamos ganar algo de tiempo antes de que cancelen la beca —le propuso, esperando que la notificación de cancelación no llegara demasiado pronto y les diera tiempo para encontrar una solución.

—Está bien —aceptó ella.

—Ahora te llevaré de regreso a la residencia. Dejaremos la reunión para otro día —dijo Donato con una sonrisa reconfortante, que ella agradeció.

—Gracias —susurró ella, con un nudo en la garganta.

Continuaron hasta el campus donde ella vivía. Donato estacionó el auto y Cristina se bajó, pero en lugar de dirigirse a su departamento, se fue a una pequeña cafetería detrás del edificio. Si Fernanda la veía en ese estado, no dejaría de interrogarla hasta que le confesara la verdad, y era capaz de armar un escándalo.

Entró al lugar, compró un té negro y se sentó en un rincón, continuando con su labor de tejer mientras el mundo a su alrededor se desmoronaba.

# Capítulo 5



# Injusticias

Donato observó fijo a Cristina hasta que desapareció de su vista. Lanzó varios improperios y luego se apresuró a dirigirse a su oficina. Apenas llegó, tomó el teléfono y llamó al coordinador estudiantil, quien era un amigo suyo.

—Hola, Mathew.

—Hola, Donato. ¿En qué puedo ayudarte?

La familia Mateus de Sousa financiaba las becas para los estudiantes de nuevo ingreso que provenían de Portugal. Su padre había dejado estipulado en su testamento una suma anual que se destinaba a la universidad.

—Tengo un problema, pero es confidencial —murmuró mientras se apoyaba en el respaldo de la silla.

—Puedes confiar en mi discreción.

—Te lo agradezco. El problema es que le quitaron la beca Chevening a una de las alumnas.

—¿Bajó su rendimiento académico o cometió alguna infracción?

—No, nada de eso. Solo la citaron para decirle que le otorgaron la beca por error.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Además de quitarle la beca, le están exigiendo que devuelva el dinero que le dieron.

—¡Es una locura!

—Eso mismo pensé, por eso te llamo. No tiene sentido que después de un año y medio se den cuenta de su error.

—Déjame investigar, nunca había escuchado de un caso como este.

—¿Crees que podríamos asignarle una beca de la fundación de mi padre? —preguntó con esperanza.

—¿Es de nacionalidad portuguesa?

—No, es mexicana —murmuró.

—Eso dificulta las cosas. Además, todos los puestos ya están ocupados.

—Haz lo que puedas, por favor. Te enviaré sus datos.

—Tan pronto tenga algo, te lo haré saber.

—Gracias.

Colgó y pasó sus manos por su cabello en un gesto de frustración. En ese momento, su móvil comenzó a sonar y el nombre de su madre apareció en la pantalla. Soltó un suspiro y contestó, era peor evitarla.

—Hola, madre —dijo con falta de emoción.

—Te llamo para recordarte la comida en el club.

—No lo he olvidado —respondió entre dientes.

—Y por favor, no llegues en ese ridículo auto en el que vas a la universidad —lo reprendió.

Donato compró un Prius que conducía a diario, a pesar de que su madre lo detestaba por considerarlo vulgar. Sin embargo, era su elección. Él había decidido tomar las riendas de su vida, su carrera y su automóvil.

—Iré en un vehículo del que no te avergüences, madre —pronunció con renuencia.

—Por favor, sé puntual. Tu hermano es un hombre muy ocupado —recaló la mujer, y Donato apretó los dientes.

Damiano había tomado el puesto de su padre en el banco, ya que Donato consideraba que le correspondía a él por ser el hermano mayor. No obstante, su madre no compartía esa opinión. Aunque en realidad, a él no le interesaba sumergirse en ese mundo; era feliz con su vida universitaria.

—Seré puntual —afirmó, haciendo hincapié en sus palabras.

—El pobre tiene suficiente con esa chiquilla, que lo está volviendo loco —continuó su madre.

Mariela, la hija de Damiano, tenía tan solo cinco años y desde la muerte de su madre, su comportamiento era errático. Donato estaba convencido de que lo único que la niña buscaba era atención, algo que su hermano era incapaz de brindarle. Su madre, en lugar de comportarse como una abuela amorosa, creía que podía solucionar las cosas regañando a la niña, pero estaba equivocada.

—Tengo que colgar, estoy ocupado —declaró y cortó la llamada sin darle oportunidad a su madre de continuar con el sermón.

Que Dios lo perdonara, pero cada vez le resultaba más difícil soportarla.

Donato salió con su Jaguar XF de color acero, un regalo de su padre al graduarse de la universidad, un auto que solo utilizaba en ocasiones especiales, como cuando se reunía con su madre. Se dirigió hacia el lujoso restaurante. Aunque llegaba con diez minutos de anticipación, sabía que con su madre nunca se sabía.

Al entrar al restaurante, se encontró con su hermano hablando por móvil mientras su hija correteaba a su alrededor. La niña tenía cabello rubio, ojos verdes y suaves mechones lacios. Mientras que los miembros de la familia Mateus de Sousa eran morenos de ojos azules, herencia de su padre. Su madre incluso había insinuado en alguna ocasión que sería conveniente hacerle una prueba de paternidad, pero su hermano se había negado rotundo.

La niña corrió hacia los brazos de su tío Don, como le llamaba de cariño, a pesar de haberlo conocido recién cuando regresaron a Londres. Con rapidez establecieron un fuerte vínculo. Donato intentaba visitarla al menos una vez por semana y jugaba con ella.

—¡Viniste! —exclamó emocionada la pequeña.

—Por supuesto, eres mi sobrina favorita —respondió Donato.

—Tío, soy tu única sobrina —replicó la niña arrugando la nariz y soltando una risotada.

—No importa. Siempre serás mi favorita. Pero mira cómo te ves, pareces una princesa —dijo apreciando su atuendo.

—¿Te gusta? —preguntó la niña emocionada.

Llevaba puesto un tutú rosa, medias blancas y zapatillas, complementado con un suéter de colores. Era evidente que su madre se enfadaría al verla así.

—Te ves preciosa —aseguró Donato con una sonrisa.

La niña bajó la mirada hacia sus manos y se encogió de hombros.

—Papá no me dejó traer mi varita mágica, ni tampoco a Rachel. Se quedó sola —confesó con tristeza.

Rachel era un cerdito de peluche que siempre llevaba consigo y que su madre le había comprado en una feria en Madrid. Desde que su madre falleció, la niña se aferraba a ese peluche porque era lo único que tenía de ella.

Damiano volteó para ver a su hermano en el suelo, con su hija en brazos, y sacudió con la cabeza, transmitiendo un gesto negativo.

—Es que tu papá no quiere que se pierda, porque luego no podrá reemplazarla —explicó Donato con voz cargada de dramatismo.

La mirada de esperanza iluminó el rostro de la niña mientras escuchaba las palabras de su tío. Donato levantó la mirada y se encontró con el rostro pétreo de su hermano.

—¿Lo crees, tío?

—Por supuesto, él siempre quiere lo mejor para ti —añadió en un tono alto para que su hermano amargado pudiera escucharlo con claridad.

Justo en ese momento, la madre de ambos hizo su entrada.

—Aquí están —anunció, y Donato hizo una mueca de descontento.

Se puso de pie y tomó la mano de su sobrina. Se giró hacia su madre para saludarla con un beso en la mejilla.

—Buenas noches, madre —dijo de manera solemne.

—¡Dios santo! ¿Qué hace esta niña vestida así? —exclamó su madre, abriendo los ojos, lo que hizo que la pobre Mariela se escondiera tímida detrás de las piernas de su tío.

—No empieces —advirtió su hijo menor, arqueando una ceja.

Damiano se acercó y saludó a su madre. Era más alto que Donato y tenía un cuerpo más atlético. Aunque ambos eran morenos de ojos azules, Damiano siempre fue considerado el guapo y el conquistador de la familia. Por otro lado, Donato, el hermano menor, era más introvertido, aunque había superado esa etapa cuando comenzó a dar clases; porque ahora era más abierto y sociable.

En cuanto a Damiano, como un exitoso hombre de negocios, llevaba un traje a medida de color gris oscuro y una corbata azul con líneas en diferentes tonos. Su alto cargo en el banco requería una apariencia impecable.

Aunque físicamente se parecían, Donato y Damiano eran polos opuestos. Donato, de treinta y dos años, había estudiado Economía y tenía un PhD en Pedagogía de la Universidad de Oxford, mientras que Damiano era abogado de profesión y poseía un PhD en Gestión Financiera Corporativa de la Universidad de Harvard.

La familia Mateus de Sousa era una de las cuatro familias fundadoras del grupo bancario Lloyds, con más de ochenta años de antigüedad, lo que les confería una fortuna considerada antigua.

—Solo quiero cenar en paz. Me pediste que trajera a mi hija y eso es lo que hice —recalcó a su madre, quien siempre lo atosigaba con los modales de la niña.

La mujer caminó del brazo de su hijo mayor y le susurró al oído: —No puedo creer que permitas que haga lo que quiera.

—La psicóloga me aconsejó que no la presione. Hace menos de seis meses que murió su madre —replicó entre dientes.

—Eso no es una justificación para que haga lo que le plazca. Lo que necesita es disciplina.

—Mi vida ya es bastante difícil como para complicarla aún más, madre. La expulsaron del colegio —confesó Damiano, y la mujer frunció el ceño desaprobando su conducta.

Ella pensaba que lo mejor era enviar a la niña a un internado, pero su hijo no deseaba hacerlo. Sin embargo, después del incidente en la escuela, estaba considerando con seriedad esa opción.

—Ven, princesa. Vamos a pedir una deliciosa hamburguesa —le dijo su tío, intentando alejarla de los comentarios desmedidos de los adultos, quienes parecían olvidar que ella podía escuchar todo lo que decían.

En la última comida que habían compartido, su madre había intentado obligarla a comer una ensalada, y las cosas terminaron muy mal.

—No creo que vendan eso aquí —susurró en voz baja para que solo su tío pudiera escucharla. Siempre asistían a restaurantes demasiado sofisticados para los gustos de un niño.

—Te prometo que te prepararán una hamburguesa —aseguró Donato a su sobrina, mientras observaba cómo un hoyuelo se formaba en su mejilla.

Llegaron a la mesa y la niña se sentó al lado de su tío y su padre, mientras que su abuela ocupó el lugar opuesto.

Les entregaron los menús y, al hacer sus pedidos, Donato solicitó al camarero una hamburguesa con papas fritas. El hombre asintió y se retiró para transmitir la solicitud al chef.

Las bebidas fueron servidas y cuando llegaron los platos, Mariela quedó maravillada al ver una pequeña hamburguesa con papas, como su tío le había prometido.

Damiano frunció el ceño, desconcertado. Observaba cómo su hermano interactuaba con su hija, algo que él no podía hacer. Nunca había pasado tanto tiempo con ella; su esposa era quien se encargaba de su hija y, aunque no amaba a la mujer, la extrañaba. Habían sido la pareja perfecta.

Su matrimonio fue arreglado por su padre con un socio español, por lo que se había mudado a Madrid durante siete años. Sin embargo, tras la muerte de su esposa, regresó a Londres, pues consideraba que no tenía ningún vínculo con esa ciudad.

—Quiero pedirte un favor —le dijo Damiano a su hermano, mientras este observaba encantado a su hija disfrutar de la comida.

—¿Qué necesitas? —preguntó Donato, sorprendido por la solicitud.

—Tengo que viajar a Madrid para resolver algunos asuntos pendientes. Necesito que te quedes con Mariela —expresó Damiano, refiriéndose a los asuntos sin resolver relacionados con su esposa.

—Pensé que tenías una niñera a tiempo completo —comentó Donato, asombrado ante la noticia.

Resulta que era la tercera niñera que renunciaba debido al comportamiento de Mariela, quien se encargaba de ahuyentarlas de la casa.

—Estefany renunció ayer. Tuve que ofrecerle una generosa compensación para evitar una demanda —admitió Damiano, apretando la mandíbula.

La joven nunca se llevó bien con la niña y, después de un mes, Mariela le pegó el cabello con pegamento mientras dormía. Donato no podía creer que su sobrina fuera capaz de hacer cosas así, ya que siempre se comportaba bien con él. Sin embargo, su hermano le aseguraba que era malcriada y caprichosa.

—Parecía muy contenta con su trabajo —comentó Donato con sarcasmo.

Las pocas veces que miró a la pelirroja parecía más interesada en su hermano que en cuidar a su hija.

—Solo era amable —respondió con indiferencia.

—Si tú lo dices —comentó Donato, mientras su hermano fruncía el ceño, sin deseos de involucrarse en un lío amoroso, ya que tenía demasiadas responsabilidades.

—¿Puedes cuidarla o no? —le preguntó molesto a su hermano.

—Sí puedo, pero tengo que ir a la universidad. Las clases aún no han terminado.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Mariela emocionada.

—No debes interrumpir cuando los adultos están hablando, insolente —le regañó su abuela.

—Si tu padre está de acuerdo, puedes acompañarme —intervino Donato, cortando a su madre.

—Por mí está bien, si crees que puedes lidiar con ella, adelante —respondió su padre con sarcasmo.

Mariela era una niña muy inquieta, como cualquier niño de cinco años, pero ellos esperaban que se mantuviera tranquila y sentada en un rincón hasta que le dijeran que podía moverse.

—Entonces irás conmigo —decretó Donato, guiñándole un ojo a su sobrina.

—No creo que a tu hermano le afecte mucho llevarla a su trabajo. Después de todo, solo da clases, no es una cuestión de vida o muerte —comentó Lauren con desdén, provocando que Donato apretara los dientes con fuerza.

—Solo te pido que duermas en casa, por favor —declaró Damiano, y su hermano asintió.

—No hay problema.

La niña solía tener terrores nocturnos y solo en su habitación podía controlarlos. Con una sonrisa, tomó una papa frita y se la llevó a la boca. Cuando la mujer mayor se volteó, Mariela le sacó la lengua a sus espaldas. Damiano observó a su hija y negó con la cabeza, sin querer que la situación empeorara.

# Capítulo 6



# Desesperada

Cristina regresó a su departamento después de pasar unas horas en la cafetería, donde había estado trabajando en una bufanda. Con un sentimiento de ansiedad, terminó su labor y decidió enviarle un mensaje a su clienta para informarle que estaba lista. Sin embargo, al abrir la puerta de su apartamento, se encontró con Fernanda con las maletas preparadas.

—Te estaba esperando —anunció Fernanda, y Cristina sintió un nudo en la garganta.

—Pensé que te irías hasta el fin de semana —exclamó Cristina, tratando de ocultar su preocupación.

—Mi madre me avisó que se irán a Canarias a pasar las fechas y conseguí un vuelo —respondió Fernanda.

La joven sintió otro nudo en la garganta, porque no sabía si su amiga seguiría viviendo con ella cuando regresara. A pesar de todo, abrió los brazos y las chicas se abrazaron con cariño.

—Me alegra mucho por ti, ve con tu familia y descansa —dijo tratando de ocultar su tristeza.

Después del emotivo abrazo, Cristina decidió ir a tomar un vaso de agua para calmar sus pensamientos turbios. La rubia la siguió y continuaron hablando.

—Gracias, amiga. Pero dime, ¿qué querían los tíos de la beca? —preguntó con curiosidad.

—Solo algunos papeles sin importancia —respondió encogiéndose de hombros, intentando desviar la atención de sus propios problemas.

—Menos mal. Y, por cierto, ¿qué quería el buenorro de tu asesor? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Cristina sacudió la cabeza, tratando de mantener su compostura, y dio un trago al vaso de agua.

—Me dijo que soy candidata a las pasantías, pero que debo preparar una tesis impecable para asegurar mi lugar —explicó, con un tono mezcla de emoción y preocupación.

—Vaya, nena. Muchas felicidades —dijo su amiga, intentando ser entusiasta.

La joven forzó una sonrisa, sintiéndose culpable por ocultar la verdad a su amiga, pero no quería preocuparla cuando su propia familia la esperaba en casa.

—Gracias —farfulló, con tono apagado.

—Pero no te veo muy contenta —observó notando su falta de entusiasmo.

—Claro que lo estoy, solo me siento un poco nostálgica debido a las fechas —respondió, tratando de justificar la preocupación que no podía ocultar.

—Venga, cambia esa expresión. Eres afortunada. Recuerda que cuando vuelvas a casa, se te abrirán muchas oportunidades —le aseguró, tratando de infundirle ánimo.

En el pasado Cristina decidió contarle a su amiga sobre los problemas que había tenido en su antiguo trabajo y por qué había tomado la decisión de estudiar en Londres.

—Tienes razón, debo ser agradecida —admitió Cristina, tratando de convencerse a sí misma.

—¡Venga! Bueno, me voy. No debe tardar en llegar el taxi —dijo su amiga mientras se acercaba y la abrazaba de nuevo. Para Cristina, el abrazo pareció una despedida.

—Gracias por ser mi amiga, siempre lo valoraré —confesó con una pizca de tristeza en su voz.

—¿Qué te pasa? Deja de despedirte, solo me voy unas semanas, pero estaré aquí para sufrir a tu lado. Quizás lo que necesitas para alegrarte un poco la vida es echar un buen polvo —sugirió su amiga, intentando aliviar la tensión con un tono burlón, aunque en el fondo creía en sus palabras.

—Estás loca —se quejó Cristina, horrorizada por la sugerencia.

—Hazme caso, necesitas consentirte un poco —insistió y Cristina soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Vete antes de que te deje el taxi —la reprendió, con una mezcla de tristeza y diversión.

—Ni me lo recuerdes, estos malditos ingleses y su puntualidad —respondió su amiga, despidiéndose una vez más.

Quedándose sola, Cristina se dirigió a su habitación, sacó una pijama limpia y entró al baño para tomar una ducha. Después del pésimo día que había tenido, necesitaba dormir y un baño siempre le sentaba bien.

El fin de semana completo lo pasó tejiendo y pudo terminar todos los pedidos. Aunque estaba desvelada, el lunes se levantó temprano. Tenía clases hasta las diez, pero aprovechó para organizar sus pertenencias y llevar ropa sucia a la lavandería. Sentía un gran nerviosismo, esperando que en cualquier momento recibiera un correo electrónico que le indicara que debía abandonar el departamento. El temor la invadía porque no sabía qué hacer en esa situación.

Después de un desayuno escaso, se puso la chaqueta y se apresuró hacia el edificio donde se impartía la clase de economía avanzada. Su profesor era un hombre mayor, de unos sesenta años, con una amplia experiencia que decidió dar clases después de su jubilación.

Entró al aula, que no era muy grande ya que había pocos estudiantes. La clase era más bien una charla en la que el profesor compartía sus experiencias. Tomó asiento en una de las sillas vacías y sacó su block de notas. Prefería utilizar papel en lugar de su computadora portátil,

ya que creía que de esa manera podía prestar más atención. Tenía la costumbre de llegar siempre diez minutos antes, ya que el doctor Weber era muy puntual.

El lugar comenzó a llenarse y, como era habitual, el profesor ingresó con su maletín en mano. Era un hombre de pocas palabras, siempre iba directo al grano. Sin muchas introducciones, les entregó los resultados de los exámenes y les dio la fecha límite para enviar el proyecto sobre economías emergentes que les había solicitado desde el comienzo del semestre. El envío se realizaría por correo electrónico, sin necesidad de presentarse en persona, ya que el profesor también se tomaría unas vacaciones.

Al terminar la clase, miró a Leopold y le entregó el último par de bufandas que le había encargado.

—Muchas gracias —le agradeció a su compañero cuando recibió el pago. Cada libra que recibía era preciada para ella.

—Nos vemos el próximo semestre —respondió el joven, y ella asintió.

—Que tengas unas felices fiestas —mencionó, y el hombre le agradeció otra vez.

Sacó su teléfono móvil y no encontró ningún mensaje de Donato, pero para su desgracia tenía un correo electrónico del administrador del departamento, en el cual le informaba que debía cubrir el alquiler del próximo semestre.

Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. El pago ascendía a más de tres mil libras, y si no lo realizaba, tendría que abandonar su habitación debido a que había una lista de espera de personas buscando un lugar.

Soltó un suspiro y observó las cincuenta libras que tenía en la mano. En su cuenta bancaria solo había quinientas libras más, lo cual no le sería de mucha ayuda. La desesperación se apoderó de ella.

Abrió su bolso, guardó el dinero y justo cuando estaba a punto de marcharse, avistó a una pequeña niña corriendo con un cerdito de peluche entre sus manos. La observó con curiosidad mientras la niña se escondía en una de las puertas donde se guardaban los suministros de limpieza. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Sacudió la cabeza, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida. Sin embargo, su paso se detuvo cuando escuchó la voz de un hombre gritando.

—Mariela, ¿dónde estás? —clamó su tío, muy angustiado.

Ella se volteó y vio a Donato, agitado, abriendo las puertas de los salones. Era evidente que estaba buscando a esa niña. Decidió regresar y decirle dónde se encontraba, ya que se veía bastante alterado.

—Buenas tardes —saludó, y Donato la vio con horror en sus ojos.

—Cristina, no te he enviado ningún mensaje porque aún no he recibido respuesta... —balbuceó, y ella negó con la cabeza.

—No estoy aquí por eso. Resulta que escuché que estás buscando a Mariela —dijo la joven.

—Es mi sobrina. Estaba conmigo en mi oficina, pero desapareció hace media hora y no la encuentro por ninguna parte —admitió apresurado, pasándose la mano por la frente.

Ella le guiñó un ojo, ya que sabía que la niña se encontraba a pocos metros, escondida.

—¿No es por casualidad una niña rubia con un abrigo rosa que lleva un cerdito con un tutú? —preguntó la joven.

—¿La has visto? —preguntó Donato con preocupación en su voz.

—No, te juro que no la he visto —respondió Cristina, señalando hacia la puerta del final del pasillo de donde salió una risita juguetona.

El hombre dejó caer los hombros y ladeó la cabeza, y Cristina asintió, decidida a seguirle el juego.

—Entonces, ¿no la has visto? —preguntó.

—No, pero si la veo, te enviaré un mensaje —aseguró la joven.

—Vaya, es una lástima que no la hayas encontrado, porque voy a la cafetería por un chocolate caliente y un muffin —comentó Donato con una sonrisa.

—Me encantan los muffins —respondió la morena, interesada.

—En ese caso, te invito a ti y no a... —comenzó a decir Donato, pero fue interrumpida por la pequeña niña que salió corriendo de su escondite.

—¡No, yo quiero un chocolate caliente! —gritó la niña, dirigiéndose a su tío.

—Mira quién está aquí —declaró Donato, cruzándose de brazos.

La joven se agachó para estar a la altura de la niña y se presentó con amabilidad.

—Hola, soy Cristina. Mucho gusto —dijo.

La niña arrugó su nariz, evaluando a la morena con curiosidad.

—¿Eres amiga de mi tío? —preguntó con desconfianza.

—Se podría decir que sí. Es mi asesor —respondió Cristina.

—¿Y no es muy malo? —cuestionó la niña.

Cristina soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No, es muy bueno y comprensivo.

La niña pareció aliviada por la respuesta y comenzó a abrirse más.

—Mis maestros no me querían y por eso me echaron de la escuela —confesó en un susurro. Cristina abrió los ojos sorprendida.

—¿Por qué dices que no te querían?

—No querían que gritara, que hablara o que me riera. Todo les molestaba. ¡Joder! —exclamó en español con un acento bien marcado.

—Vaya —fue lo único que Cristina pudo decir, impactada por las palabras de la niña.

—Quedamos en que no dirías groserías, Mariela —intervino Donato, regañando con suavidad a la niña.

—Juro que no lo volveré a hacer —respondió Mariela levantando su manita. Cristina apenas pudo contener una sonrisa.

—Ahora, vamos por ese chocolate, porque tengo hambre —dijo Mariela sin rodeos, quitándole importancia al momento.

—Pero primero debes prometerle a tu tío que no te esconderás más —intervino Cristina.

—Es que es aburrido estar en su oficina —se quejó Mariela con una mueca.

Comprendiendo la frustración de la niña al estar en el mismo lugar durante tanto tiempo, Cristina decidió apoyarla.

—Te entiendo, pero si te pierdes, tu tío se pondrá muy triste. Además, ya ves que no es muy bueno buscando —le dijo con complicidad, provocando una risita burlona de Mariela mientras se llevaba las manos a los labios para ocultarla.

—Bueno, vamos por ese chocolate —declaró Donato y extendió la mano hacia su sobrina —. ¿Nos acompañas? —le preguntó a Cristina.

—Gracias, pero tengo algunas cosas que hacer... —respondió ella, dudando.

—Por favor —suplicó Mariela, mirando a Cristina con ojos brillantes.

Cristina miró a Donato en busca de confirmación y él asintió con la cabeza.

—Está bien, voy con ustedes —aceptó sin poder negarse.

—Mira, ella se llama Rachel —presentó Donato a Cristina.

—¡Qué linda! —exclamó Cristina, admirando a la pequeña.

—Yo tengo un tutú igual, pero no me dejaron ponérmelo —dijo Mariela con fastidio.

Cristina trató de explicarle con ternura.

—Puede ser porque hace frío y podrías resfriarte.

La niña levantó su dedito, analizando la explicación de Cristina. Entrecerró los ojos y asintió, torciendo los labios en una pequeña mueca.

—Tío, tu amiga es muy inteligente —decretó Mariela y caminó adelante, liderando el camino hacia la cafetería.

Donato se sorprendió por la reacción de Mariela. Recordaba las rabietas y explosiones de

frustración que había tenido en su cuarto cuando el ama de llaves le había dicho que no podía usar el bendito tutú.

«¿Cómo hizo Cristina para que aceptara una idea tan rápido?», se preguntó Donato, impresionado.

—No sabía que tuvieras un don con los niños —comentó Donato, curioso.

—Tengo muchas primas, y cuando era adolescente me encantaba cuidar a sus hijos. Además, los niños no son tan complicados. Solo tienes que dejar que piensen que ellos están tomando las decisiones —admitió Cristina con una risita.

Llegaron a la cafetería y Mariela eligió una mesa, emocionada por la perspectiva de disfrutar de un chocolate caliente y de un muffin.

# Capítulo 7



# Una noticia vergonzosa

Madrid, España

Damiano ingresó a la comisaría de policía donde lo habían citado hace una semana. No le habían querido dar más detalles sobre el motivo de la convocatoria, solo le dijeron que debía presentarse para hacer una declaración por la muerte de su esposa, Georgina Ortega Gaona, perteneciente a una de las familias más adineradas de España. El fallecimiento de Georgina fue noticia de portada en todos los periódicos nacionales e internacionales.

—Por favor, sígame por aquí, señor —dijo el comandante que lo recibió. Las noticias que debía darle no eran nada fáciles.

—No entiendo por qué necesitan mi presencia, mi esposa falleció hace seis meses —le recordó Damiano, frunciendo el ceño.

—Lo comprendemos, pero la investigación sobre la muerte de su esposa ha tomado un giro inesperado y usted debe saberlo —declaró contundente.

—¿Qué investigación? Me dijeron que había tenido un accidente automovilístico y por eso murió.

—El padre de la señora solicitó una investigación y eso fue precisamente lo que hicimos.

Entraron a la oficina y Damiano fue invitado a tomar asiento.

—No logro comprender qué esperaban encontrar...

—Su esposa fue asesinada, señor Mateus —informó el comandante, con tono grave y serio.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —preguntó Damiano, sorprendido y con evidente ira en su voz.

—La computadora del coche fue manipulada y por eso fallaron los frenos —explicó el oficial, vistiendo su uniforme con seriedad.

Damiano apretó el reposabrazos y frunció el ceño, conteniendo su furia.

—¿Quién la mató? —preguntó con determinación.

El oficial abrió un cajón y sacó una fotografía de una mujer con un uniforme de prisión.

—Sofía Alcaraz, la esposa del instructor de equitación de su esposa.

—¿Por qué carajos querría matarla? No lo entiendo —dijo Damiano consternado, llevándose las manos a la frente en un gesto de frustración.

—Descubrimos que su esposa era amante de su esposo y la señora Alcaraz, la asesinó por despecho.

Damiano abrió los ojos sorprendido, y sacudió la cabeza en negación.

—Eso es imposible… —balbuceó, con la voz cargada de dolor.

—Su esposa se dirigía a Oviedo para encontrarse con él el día que murió.

—No es cierto, ella iba a un evento...

—De equitación —completó el oficial, revelando la conexión.

—Sí, eso fue lo que me dijo antes de irme —admitió.

—Su esposa mantuvo una relación con Alberto Pizarro durante más de dos años y utilizaban los eventos ecuestres para ocultar su amorío.

Damiano bajó la mirada, sintiendo un torrente de rabia y dolor recorrer su cuerpo.

—¿Por qué me está contando todo esto? —exclamó con voz tensa y resentida.

—Porque hace unos días arrestamos a la señora Alcaraz, y aunque su suegro quiso mantenerlo en secreto, no podrá evitar que la noticia salga a la luz. Además, necesitamos revisar con detalle los movimientos de su esposa ese día...

—Ese día no estaba en la ciudad. Viajé a Ginebra tres días antes del accidente, así que mi testimonio no aporta mucho.

—Al parecer, no pasaba mucho tiempo en casa.

—Soy un hombre muy ocupado —se justificó con frustración.

—Entiendo, pero de todas formas necesitaré que responda varias preguntas para descartarlo como sospechoso en el homicidio.

—¿Me está insinuando que puedo ser sospechoso de matar a mi esposa? ¡Eso es absurdo! —clamó furioso, dejando notar su ira.

—Comprendo que no es fácil recibir una noticia así, pero debemos asegurarnos de que la señora Alcaraz y usted no hayan estado coludidos en la muerte de su esposa…

—No voy a tolerar más insinuaciones de su parte —le interrumpió abruptamente —. Enviaré a mis abogados. Es mejor que haga su trabajo y deje de buscar más culpables.

Se levantó de la silla y abandonó la comisaría, impregnado de rabia. Entró en el automóvil que lo esperaba para regresar al hotel donde se hospedaba. Cerró los ojos y comenzó a respirar de manera acelerada.

—¡Maldita hija de puta! ¡Ojalá ardas en el infierno! —bramó en un acceso de furia descontrolada, el chofer lo miró por el retrovisor, pero de inmediato giró la cabeza.

Damiano estaba decidido. Regresaría a casa y le realizaría una prueba de paternidad a Mariela. Después de todo, su madre no estaba tan equivocada al desconfiar de su esposa.



Al día siguiente, Damiano llegó a su mansión en Grosvenor Crescent Mews, ubicada en el exclusivo barrio de Belgravia. La imponente residencia de cuatro plantas estaba conectada por un elegante ascensor. Su diseño contemporáneo, repleto de obras de arte, suelos de mármol italiano y muebles modernos, le daban un aire sofisticado. Con siete habitaciones, un jardín interior, piscina, gimnasio, biblioteca, estudio y una terraza en la azotea, la mansión reflejaba el éxito y la seguridad que Damiano buscaba.

Al entrar en la cochera privada subió directo a su habitación en el cuarto piso.

Donato lo esperaba animado, sin embargo, la sonrisa en su rostro se desvaneció al ver la expresión de furia en su hermano mayor.

—¿Qué sucede? —preguntó Donato, preocupado por la actitud de su hermano, pero no obtuvo respuesta.

Damiano se quitó la corbata y abrió la puerta de su dormitorio, seguido por su hermano menor.

—La verdad es que soy el mayor cornudo de Madrid —confesó Damiano en voz baja, apretando los puños con rabia.

—¿A qué te refieres? —preguntó confundido.

—¡Georgina, esa perra desgraciada, me fue infiel durante dos malditos años! Y como un completo idiota, nunca me di cuenta —exclamó, lleno de resentimiento.

Donato quedó atónito ante la revelación de su hermano.

—¿Cómo dices?

—La esposa de su amante la asesinó. La muerte de Georgina no fue un accidente, fue un acto premeditado —le confesó.

—Eso es muy grave.

—Claro que lo es. Mi madre tuvo razón todo el tiempo sobre ella.

—¿En qué tiene razón? —preguntó Donato, entrecerrando los ojos, intentando comprender.

—Debo hacerle una prueba de paternidad a Ma...

Antes de que Damiano pudiera terminar su confesión llena de ira, la voz de una niña interrumpió el momento. Era su hija.

—¡Papi, regresaste! —exclamó la niña emocionada.

Damiano se giró para mirarla con una mezcla de hostilidad y sorpresa, pero al ver su inocente rostro, se detuvo en seco. Donato se adelantó con rapidez, tratando de evitar que su

hermano cometiera alguna locura impulsiva.

—Princesa, tu papá viene cansado del viaje. ¿Qué te parece si vamos a la cocina y disfrutamos de un poco de helado? —le propuso, notando cómo los labios de la niña comenzaban a temblar.

La niña seguía mirando a su padre, pero Damiano sacudió la cabeza en señal de que no se acercara.

—Ve con tu tío, no me siento bien. Necesito descansar —le ordenó sin dirigirle la mirada, indicándole que se fuera.

Mariela bajó la cabeza y caminó de la mano de su tío Donato. Al salir al pasillo, comenzó a sollozar, y el hombre la levantó en brazos. La pequeña apoyó su cabecita en el hombro de su tío y lloró desconsolada. El rechazo de su padre le dolía demasiado.

Mientras tanto, Damiano se dio una ducha y se cambió de traje. Tenía una reunión con sus abogados, pero antes necesitaba obtener una muestra de ADN de su presunta hija. Sacó un kit que había olvidado en un cajón; era hora de usarlo.

Dirigiéndose a ellos, encontró a su hermano y a su hija sentados en la isla de la cocina, compartiendo un helado. Aunque era apenas mediodía, necesitaba alejarse de allí.

—Papi, ¿te vas a ir otra vez? —preguntó con cautela Mariela.

—Necesito ir al trabajo —se excusó.

Sacó una envoltura de plástico y de ella extrajo un hisopo grande. Su hermano abrió los ojos, desaprobando sus acciones.

—¿Qué es eso? —le cuestionó.

—Abre la boca, por favor. Es para hacerte un examen —le dijo con seriedad, y la niña obedeció.

Pasó el hisopo por la boca y luego lo guardó de nuevo en la bolsa sellada.

—¿Estás seguro? —preguntó Donato.

—No me esperes a dormir —respondió Damiano.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Es evidente que no sé lo que hago, hermano, o no estaría en esta situación. Me convertiré en el hazme reír de mis amigos en Madrid, porque la noticia saldrá en los periódicos en unos días.

—Necesitas una niñera —sugirió Donato.

—Consigue una que no se vaya en menos de un mes —anunció Damiano indignado y salió de la cocina.

Mariela abrazó su pequeño cerdito de peluche y frunció el ceño.

—Tío, ¿mi papá no me quiere?

—No digas eso, princesa. Lo que pasa es que le dieron una mala noticia.

Donato abrazó a su sobrina y le dio un beso en la cabeza. De repente, tuvo una maravillosa idea.

# Capítulo 8



## Una propuesta

Donato dejó a su sobrina dormida y se dirigió a la biblioteca. Llamó a Mathew para obtener información sobre el asunto de Cristina, que le había pedido investigar entre sus contactos.

—Hola, Donato.

—Dime algo positivo, por favor —suplicó apenas escuchó la voz de Mathew al otro lado de la línea.

—Me gustaría, pero no puedo hacerlo.

—¿Cuál es la situación? —preguntó, preocupado.

—Al final de la semana, la joven tendrá que abandonar el apartamento que ocupa, y para regresar a la universidad es necesario que pague la matrícula completa, pero eso no es lo peor —aceptó.

Donato se pasó la mano por el rostro, angustiado.

—¿Todavía hay más? —exclamó sorprendido.

—La situación no es muy clara. Hay cosas turbias y están llevando a cabo una cacería de brujas. Esto es más grande de lo que parece a simple vista.

—Así que están buscando culpables entre los inocentes.

—No podrías haberlo dicho mejor, pero no podemos hacer nada al respecto. La administración anterior cometió muchas irregularidades.

—¡Malditos cabrones! —estalló Donato, lleno de ira.

—Lo grave aquí es la prisa con la que quieren solucionarlo. Si no paga, podrían acusarla de fraude.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Donato, desesperado por encontrar una solución.

—Pagar. Además, no puede abandonar el país hasta que liquide su deuda, porque si se marcha, Interpol puede ir a arrestarla.

—Es una exageración —respondió Donato, frustrado.

—El nuevo director está decidido a recuperar todo el dinero que perdieron.

Donato soltó un suspiro y recargó la cabeza en el respaldo del sillón.

—Cristina no puede trabajar legalmente porque su visa es de estudiante, y no tiene dinero ni siquiera para cubrir sus gastos básicos.

—Si una familia la contrata como *au pair*[1], al menos tendría un ingreso —sugirió Mathew.

—¿Estás seguro? —preguntó Donato, con una chispa de esperanza.

—Muy seguro. Si una familia la acoge en su casa para que cuide a sus hijos y le paga un sueldo, no sería ilegal. El problema es que una niñera bajo ese programa solo recibe una paga mensual de trescientas libras, lo cual no sería suficiente para cubrir su deuda.

Donato torció los labios, pensando en alguna solución.

—¿Qué es lo que se tiene que hacer? —insistió.

—Como imaginé que me lo preguntarías, te envié la documentación por correo. Cuando tengas a un candidato que la reciba, envíamela y me encargaré de hacer el papeleo. Pero hay un detalle importante.

—¿Cuál es? —preguntó Donato, con cierta aprensión.

—La persona que la contrate será responsable solidario de su deuda. En caso de que ella no pueda pagar, esa persona tendría que hacerlo.

—Gracias, amigo —le dijo, convencido de que tenía una solución definitiva.

Su hermano era la única persona que podía ayudarla, aunque no estuviera pasando por su mejor momento para ser altruista. Aun así, tenía que intentarlo. No había tiempo que perder, así que llamó a Damiano.

—¿Hay algún problema con Mariela? —preguntó en voz baja, sintiéndose culpable por la forma en que había tratado a la pequeña.

Se encontraba reunido en la sala de juntas con su grupo de abogados, discutiendo el tema de la infidelidad de su esposa y cómo eso podía afectarlo.

—No, pero tengo un problema que solo tú puedes solucionar.

—Estoy ocupado —siseó, mirando a los hombres que esperaban su atención.

—Es muy importante, se trata de la niñera —insistió.

—Mira, haz lo que tengas que hacer. Contrata a quien quieras —declaró.

Donato sonrió satisfecho y contestó: —Está bien —, luego colgó la llamada. Si su hermano se negaba, le diría que él se encargaría de la deuda de la joven y pagaría la colegiatura. No permitiría esa injusticia y tenía el dinero para hacerlo.

De inmediato llamó a Cristina y la chica respondió: —Buenas tardes.

—Buenas tardes, te llamo porque me gustaría hablar contigo. Tengo una propuesta que hacerte —dijo.

—Claro, cuando quieras —respondió ella de inmediato. Estaba angustiada por ese asunto y si Donato le ofrecía alguna solución, la aceptaría sin dudarlo.

—Mañana nos vemos en la cafetería de la facultad, encontré una solución para tu problema —le adelantó.

—¿En serio? —preguntó ella, llena de esperanza.

—Sí, nos vemos mañana —afirmó él antes de colgar.

—Muchas gracias —dijo Cristina, mirando la pantalla de su teléfono móvil y sonrió entusiasmada, aunque el joven no pudo escucharla.

Parecía que, después de todo, sus plegarias estaban dando resultado. Desde que le dieron la noticia, todas las noches rezaba con fervor para que Dios no la abandonara.



Donato estuvo reflexionando toda la noche sobre cómo lograr que la joven aceptara su ayuda, ya que sabía que, si le decía la verdad, ella lo rechazaría. Después de darle muchas vueltas, decidió utilizar la beca de su padre para brindarle el dinero. Solo tenía que utilizar los logotipos y generar documentos creíbles para Cristina. No le gustaba mentir, pero sentía que no tenía otra opción. Además, su hermano necesitaba su ayuda. Su pobre sobrina sufría porque estaba sola en esa casa donde nadie se preocupaba por ella. Todos la veían como una carga.

El joven ingresó a la cafetería y encontró a Cristina esperándolo en una de las mesas, tejiendo una de sus famosas bufandas. Lo observó y tragó saliva. Aunque su ayuda era sincera, no podía negar que sentía atracción por ella. Sin embargo, como su profesor, era imposible que existiera algún tipo de relación entre ambos.

—Buenos días —saludó él, animado.

Cristina levantó la mirada y le sonrió.

—Hola, buen día —respondió, guardando en la mochila la bufanda que estaba tejiendo para Rachel, la cerdita de peluche que tanto quería su sobrina. Le había prometido hacérsela para que no pasara frío.

Donato se sentó al otro lado de la mesa y colocó una carpeta sobre ella.

—¿Qué estás tomando? —preguntó él.

—Un té de manzanilla con miel —respondió, señalando la taza humeante sobre la mesa.

—Veo que te estás acostumbrando al té.

Cristina hizo una mueca y confesó: —La verdad es que prefiero el café, pero aquí en la cafetería es malísimo —admitió con una mueca.

—Me gusta tu sinceridad. —dijo con una media sonrisa. Una camarera se acercó y Donato pidió un té verde, cuando le tomó su pedido y se marchó, le anunció a Cristina —. Tengo buenas noticias.

—¿De verdad? —dijo la joven con la voz llena de emoción. La situación era demasiado complicada y para la morena casi imposible de solucionar.

—He conseguido una beca que cubrirá tu deuda y el resto de las colegiaturas —le

aseguró con una amplia sonrisa.

«Esto es un milagro», pensó Cristina con un nudo en la garganta rebasada por la alegría y el alivio, esos días ni siquiera había podido conciliar el sueño.

—¿En serio? —replicó con los ojos anegados.

—Sí, mira. —mencionó el hombre, que abrió la carpeta y sacó una carta que le entregó a la joven, quien la leyó sin poder creerlo.

El documento explicaba que le habían otorgado la beca Mateus de Sousa. Detallaba que cubriría la deuda pendiente adquirida por la Commonwealth, el monto de la matrícula del último semestre ciclo y un estipendio para cubrir sus gastos.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? —exclamó Cristina, pero de repente fue como si un rayo la iluminara y ladeó la cabeza—. ¿Tú no te apellidas así? —declaró con desconfianza, entrecerrando los ojos. Donato asintió y dejó escapar un suspiro.

—Cuando mi padre estaba vivo, instituyó una beca para ayudar a los jóvenes que no tenían los recursos para estudiar una carrera.

—¿Tu padre? —preguntó incrédula.

—No lo sabes, pero mi familia es una de las fundadoras del Grupo Bancario Lloyds —admitió, y Cristina casi se atraganta.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No, mi hermano Damiano es el director financiero del grupo, en representación de mi familia.

—¿El padre de Mariela?

—El mismo.

—No puedo creerlo, ¿y por qué tu no trabajas en el banco?

—Nunca me ha interesado. Mi verdadera vocación siempre ha sido la docencia.

—Vaya, aunque es muy respetable que decidieras seguir tu propio camino y hacer lo que te gusta —expuso, pensando que si ella tuviera esa oportunidad no lo hubiera dudado para trabajar en un lugar así, sería como un sueño.

—Gracias por entenderlo —dijo sincero y la joven asintió —, pero aparte de apoyarte con la beca, también quisiera proponerte un trabajo como au pair.

—¿Cómo niñera? —exclamó.

—Sé que estás estudiando una maestría...

—No me malinterpretes —lo interrumpió al ver que Donato creyó que la estaba insultando con un trabajo de menor categoría, pero a la joven eso no le importaba —, para mí ningún trabajo es ofensivo. De hecho, intenté conseguir empleo como mesera, pero mi visa no

me lo permite —le confesó—. Te lo agradezco de todo corazón —dijo de inmediato.

—Me alegra escuchar eso.

—Además me encantan los niños —agregó con un guiño.

No solo le gustaba cuidarlos, les tenía mucha paciencia por eso sus primas y vecinas la buscaban cuando era una adolescente para que fuera su niñera, siempre por unas horas mientras ellas acudían a algún evento.

—Por cierto, mientras investigaba tu situación, me informaron que debes desalojar tu habitación. Lo siento —dijo el joven con un gesto de disculpa.

—¿Tan rápido? —Cristina preguntó con sorpresa y preocupación.

—Tienen una lista de espera y, como no realizaste el pago en la fecha estipulada, se le asignó a otra estudiante en automático.

—¿Cuándo tengo que dejar el lugar?

—Este viernes, pero no te preocupes, porque vivirás en la casa de mi hermano. El puesto incluye alojamiento, además de un pago de dos mil libras al mes.

—¿Tanto? —Cristina quedó atónita.

Recordaba haber leído un artículo en el que hablaban de jóvenes au pair que recibían a lo sumo cuatrocientas libras al mes.

—Y me parece poco. Mi sobrina ha despedido a varias niñeras y la han expulsado de la escuela.

—Parece una niña muy dulce —dijo con sinceridad.

—Debo confesarte que mi hermano no tiene paciencia con ella. Por desgracia, su madre falleció en un accidente automovilístico hace poco más de seis meses y no lo está pasando nada bien.

—Lamento mucho escuchar eso.

—Por eso, después de verte interactuar con ella, estoy convencido de que serás de gran ayuda.

—¿Tu hermano está al tanto de esto?

—Por supuesto. Me dio autorización para contratarte. Sin embargo, te advierto que es un hombre muy reservado y bastante arisco, así que solo acude a él si es algo de suma importancia.

—Entiendo. Con lo que me dices, puedo imaginar el sufrimiento de tu sobrina. —Cristina asintió y dio un sorbo a su té—. Está bien, dime cuándo debo empezar.

—Mañana mismo. Prepara tus cosas, porque vendré a recogerte a las nueve. Es mejor que te mudes de una vez.

—Gracias por ayudarme, nunca podré agradecerte lo suficiente por lo que estás haciendo

por mí.

—Me pareció una injusticia y no puedo permitirlo.

—¿No te causará problemas otorgarme una beca que quizás no merezca? —preguntó Cristina angustiada.

—Por supuesto que la mereces, eres una excelente estudiante. —Donato afirmó con convicción, aunque se sintiera culpable por mentirle—. Y te advierto de que no hay forma de que no aceptes esta ayuda —dijo con una media sonrisa.

—En ese caso, mañana estaré lista —declaró Cristina con una sonrisa de gratitud.

# Capítulo 9



# Un frío recibimiento

Una lágrima resbaló por la mejilla de Cristina mientras abandonaba la residencia. Sentía una profunda tristeza porque cuando Fernanda regresara, no la encontraría allí. Sin embargo, debía ser agradecida. Tenía la oportunidad de escapar de esa pesadilla, y todo gracias a un ángel que Dios había enviado para ayudarla.

Colgó la mochila en su espalda y jaló las dos maletas que contenían todas sus pertenencias. Le enviaría un mensaje a su amiga una vez que estuviera instalada.

Donato deseaba ir a ayudarla, pero ella le recordó que no sería bien visto si lo hacía. No quería de ninguna manera causarle problemas. Así que salió del edificio y se dirigió a la parada de autobús, donde un automóvil desconocido la esperaba.

Era una camioneta negra Land Rover, perteneciente al hermano de Donato, el hombre bajó y ayudó a Cristina a cargar las maletas en la parte trasera.

—Buenos días —anunció Cristina mientras subía por el lado del copiloto. El día era muy frío y la calefacción del vehículo se sentía como una bendición.

—Buenos días. ¿Estás lista? —preguntó.

—Más o menos —respondió Cristina con nerviosismo.

—No te preocupes. Tengo la corazonada de que todo saldrá bien para ti —dijo convencido y optimista.

—Dios te escuche —comentó Cristina con una sonrisa llena de gratitud.

—Mi hermano se ha ido de nuevo a Madrid. Han iniciado una investigación por la muerte de mi cuñada. Parece que la policía sospecha que fue asesinada —comentó Donato con voz sombría.

—¡Qué horror! —exclamó la joven, su rostro reflejaba consternación—. Tu hermano debe estar destrozado.

—Más que destrozado, está furioso.

—¿Por qué estaría furioso?

—Resulta que la esposa del amante de mi cuñada fue quien la mató.

—Dios mío, eso es inesperado.

—De hecho, lo es, ni siquiera lo sospechaba. Te pido que guardes discreción, pero quería contártelo por si mi hermano se muestra más irritable de lo normal —confesó Donato, y Cristina asintió con cierto temor.

—Debe ser un golpe terrible descubrir que tu pareja te era infiel.

—Sé cómo se siente. Aunque mi exnovia sigue viva y ahora está casada con quien solía ser mi mejor amigo —comentó Donato, y la joven lo miró con los ojos bien abiertos.

—¡No me digas que te engañaron! —exclamó Cristina, llevándose las manos a la boca en señal de sorpresa—. Perdón por mi atrevimiento —añadió avergonzada.

Donato soltó una carcajada y asintió.

—Sucedió hace algunos años, así que ya no me afecta.

—Bueno, yo no sé lo que es una infidelidad, mi último novio fue en la universidad y cuando nos graduamos cada uno tomó su camino. Desde entonces solo he tenido citas y salidas, pero nada serio. No he tenido tiempo para eso —comentó Cristina encogiéndose de hombros.

Donato arqueó una ceja mientras la observaba a través del retrovisor, reflexionando sobre sus palabras acerca de su falta de experiencia en relaciones amorosas.

Recorrieron las calles hasta llegar a la zona de Belgravia. Grosvenor Crescent Mews se alzaba majestuosa, con varias mansiones que rodeaban una exclusiva privada. Se adentraron por un callejón que daba acceso a esta. Donato condujo hasta llegar a la cochera de una imponente mansión.

Una vez estacionados, Donato se comunicó con su hermano para preguntarle en qué habitación debía ubicar a Cristina. Siguiendo las indicaciones, la llevó a la habitación de servicio en el segundo piso. Aunque a Donato no le agradó mucho la elección, respetó la decisión de Damiano.

La sobrina de Donato dormía en el tercer piso, mientras que la recámara principal se encontraba en el cuarto piso.

—Hemos llegado —anunció Donato al apagar el motor de la camioneta.

Un hombre encargado del mantenimiento los esperaba para ayudar con las maletas, pues ya sabía a dónde debía llevarlas. En la cocina, el ama de llaves esperaba para darles la bienvenida y explicarles las reglas de la casa, siguiendo las órdenes de su jefe.

Cristina vestía unos pantalones de lana, un suéter de cuello alto, botas y un abrigo. Se había duchado temprano y arreglado lo mejor posible para causar una buena impresión. Llevaba poco maquillaje y su perfume favorito, aunque no lo utilizaba con frecuencia. Los geles que aplicaba en su piel después de una relajante ducha caliente dejaban un aroma delicioso a cítricos y flores silvestres.

—¡Vaya, tienen un ascensor! —exclamó admirada.

—La casa tiene cuatro pisos, así que es necesario —explicó Donato.

—Es impresionante.

—Vamos a hablar con Helen primero, es el ama de llaves. Damiano me pidió que te la presentara y ella te explicará cómo funcionan las cosas aquí —dijo Donato con entusiasmo.

—Está bien —respondió Cristina, curiosa por conocer a Helen.

Donato presionó el botón que indicaba el segundo piso, donde se encontraba la cocina. Mientras esperaban, su móvil comenzó a sonar. Al ver el nombre de su madre en la pantalla,

supo que tenía que contestar.

—Disculpa un momento —dijo el joven, presionando el botón verde para responder la llamada.

—Hijo, necesito que vengas a casa —exigió la voz preocupada de su madre.

—¿Qué sucede, mamá? —preguntó Donato, intrigado.

—Una amiga mía que vive en España me llamó. ¿Sabías que asesinaron a Georgina? —exclamó su madre, indignada.

—Sí, ya lo sabía —confirmó Donato.

—¡Pero resulta que la esposa de su amante fue quien la mató! —protestó su madre, molesta.

—Sí, madre. Damiano ya me informó al respecto —respondió consciente de la delicada situación.

—¡Esto será un escándalo! ¿Por qué nadie me dijo nada? —se quejó la mujer mayor muy preocupada.

—No puedo responder a eso, no era mi lugar hacerlo —explicó tratando de mantener la calma.

—Necesito que vengas, no puedo enfrentar esto sola. Ya han comenzado a llegar mensajes preguntándome si tengo información al respecto —urgió su madre, buscando apoyo.

—¿Y qué puedo hacer yo ante eso? —cuestionó sintiendo la responsabilidad de estar presente para su madre.

—No seas grosero y ven de inmediato, es una orden —decretó con voz firme antes de cortar la llamada con brusquedad.

Donato suspiró, sintiendo la presión de la situación. No quería abandonar a Cristina sin asegurarse de que estuviera bien instalada, pero ignorar a su madre solo empeoraría las cosas.

—Perdón por los gritos —se disculpó con una mueca de pena.

Cristina asintió comprensiva. Las puertas del elevador se abrieron y Donato detuvo su partida por un momento.

—Tendré que irme —anunció, mostrando una mezcla de resignación y preocupación en su mirada.

—Ve con tu madre, estaré bien aquí. Gracias por todo lo que has hecho —agradeció, sorprendiendo al joven al darle un beso en la mejilla. El gesto dejó una sensación inesperada en él y su aroma se le antojó glorioso, provocándole un suspiro ahogado.

—Te enviaré un mensaje más tarde. Buena suerte —se despidió, sintiendo una punzada de melancolía al verla salir del elevador.

Las puertas se cerraron de nuevo y el ascensor comenzó a descender. Cristina apretó su mochila y bolso, tomando aliento para enfrentar su nueva realidad. El lugar era impresionante. A simple vista, parecía una antigua mansión, pero su interior mostraba un estilo contemporáneo y elegante, con muebles y cuadros que parecían valer una fortuna.

En la cocina, se encontró con una mujer de mediana edad. Vestía un pantalón negro combinado con un suéter gris que mostraba el cuello y las mangas de una camisa blanca. La señora estaba sentada en el comedor, abriendo sobres con unos lentes sobre su nariz. Su cabello estaba recogido en un moño impecable.

Cuando la vio entrar, dejó lo que tenía entre manos y le hizo una señal para que se acercara.

—Buen día —saludó Cristina por educación, intentando mostrar una actitud amigable.

—¿Eres Cristina Navarro? —preguntó la mujer sin contestar al saludo, y ella asintió.

—Sí, señora —respondió con voz suave.

—El señor me pidió que te explicara cuáles serán tus obligaciones, horarios y días de descanso, además de mostrarte dónde dormirás —dijo la mujer con un tono frío y distante, sin mostrar ni una pizca de amabilidad.

La joven asintió, consciente de que debía prestar atención mientras la mujer desgranaba las tareas y responsabilidades que recaerían sobre sus hombros. No solo tendría que cuidar a Mariela, sino también encargarse de su aseo personal, ropa y necesidades básicas. A pesar de la actitud pesada y grosera de la mujer, Cristina comprendía que no estaba allí para hacer amistades, sino para ser la cuidadora de la niña.

Parecía que Mariela había sido expulsada del colegio y ahora pasaba todo el día encerrada en casa, pues su padre aún no había encontrado una nueva escuela para ella. Con la Navidad acercándose con rapidez, Cristina sabía que tendría un trabajo arduo por delante, lidiando con una situación complicada y un entorno desafiante.

—¿Me entendiste? —preguntó la mujer, sin esperar ninguna muestra de comprensión.

—Por supuesto, señora —respondió Cristina con los dientes apretados, porque una cosa era ser respetuosa y otra dejar que la ninguneara.

—Bien, acompáñame. Te llevaré a tu habitación —dijo la mujer mientras se ponía de pie, indicando a Cristina que la siguiera. Salieron al pasillo y avanzaron hasta el final, donde abrió una puerta.

La habitación resultó ser para su sorpresa amplia, con un pequeño escritorio y una silla. El baño privado también era más espacioso de lo esperado para pertenecer al área servicio, lo cual impresionó a Cristina.

Sus maletas ya se encontraban allí, esperando su llegada.

—Aquí dormirás. Sobre el buró tienes un monitor para escuchar a Mariela, ya que a veces tiene pesadillas —explicó la mujer con una voz desprovista de emoción.

—¿Dónde está Mariela? —preguntó Cristina, preocupada por la niña a la que pronto cuidaría.

—Está en su habitación.

—¿Ya desayunó? —inquirió Cristina, mostrando interés genuino por el bienestar de la pequeña.

—Aún no ha bajado. Cuando amanece de mal humor, es mejor no molestarla —admitió con desdén, revelando su falta de preocupación.

Un gesto de desaprobación cruzó el rostro de Cristina al darse cuenta de que a la mujer le importaba poco el bienestar emocional de Mariela.

Decidiendo que era momento de tomar acción, Cristina dejó su mochila y su bolso, tomando solo su móvil, que guardó en el bolsillo.

—Entonces iré a buscarla —anunció decidida.

Helen escrutó a Cristina de pies a cabeza, sin ocultar su desaprobación por lo que veía.

—¿Qué talla usas? —preguntó con cierta hostilidad.

—¿Por qué quiere saberlo? —respondió Cristina, adoptando una postura defensiva, preparada para contestar cualquier agresión.

—Todo el personal debe llevar uniforme. Como no eres una niñera contratada a través de una agencia, no tienes uno, pero me encargaré de solucionarlo.

—No creo que sea necesario...

—Créeme, lo es.

—Uso talla mediana —respondió, apretando los labios.

—Bien, te dejo para que te acomodes. Si la niña necesita algo, lo sabrás —dijo y se marchó.

—Qué mujer tan insoportable —murmuró Cristina entre dientes.

Se quitó el anorak, ya que dentro de la enorme casa debía haber al menos unos veinte grados, a pesar de que afuera apenas estuviera heladísimo.

Abrió su maleta y sacó una blusa más liviana, ya que se sofocaría con el suéter que llevaba puesto. Optó por una blusa de manga larga en color azul marino con cuello en V.

Tomó la pequeña bufanda que había terminado de tejer para Rachel y salió en busca de la pequeña.

Subió hasta el tercer piso y se encontró con una joven vestida con un uniforme negro y un delantal blanco encima. Cristina pensaba que ese tipo de uniformes eran cosa del pasado, pero al parecer aún se utilizaban en esa casa.

—Buenos días, soy Cristina, la nueva niñera. ¿Podrías decirme dónde está la habitación

de Mariela? —preguntó, y la joven la miró con sorpresa, pero luego respondió al saludo.

—Mucho gusto, soy Marianne —dijo, estrechando la mano de Cristina —. La habitación de Mariela está al final del pasillo, en la puerta blanca —explicó, y Cristina siguió sus indicaciones hasta encontrarla.

Tocó la puerta varias veces, pero no escuchó respuesta, así que la abrió con lentitud. Encontró a Mariela sentada en medio de la habitación, la cual estaba toda desordenada. La niña aún llevaba su pijama y su cabello estaba alborotado.

Cristina observó a su alrededor y sintió pena por la pequeña. Tenía todo lo que una niña de su edad podría desear, pero estaba sola. Se acercó a Mariela y se sentó a su lado en el suelo. La niña giró la cabeza y la miró con sorpresa.

—¡Cristina! —exclamó, abriendo sus ojitos.

—Hola, también me alegra verte —dijo con una sonrisa.

—¿Viniste a visitarme? —preguntó emocionada, aferrándose a su cerdita de peluche.

—Se podría decir que sí, además, traje la bufanda para Rachel —declaró Cristina.

—Mira, Rachel, te trajeron tu bufanda para que ya no tengas frío —anunció, sentándose frente a Cristina.

—Vamos a ponérsela. Aunque creo que deberíamos bañar a Rachel primero, parece que no se ha bañado en un tiempo —sugirió Cristina.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mariela con asombro. La niña llevaba tres días sin bañarse.

—Solo hay que olerla un poco, y parece que no se ha bañado en un par de días.

La niña arrugó la nariz y luego olió su ropa.

—No se lo digas a nadie, pero yo tampoco me he bañado —confesó la pequeña.

—Prometo que no lo haré. ¿Qué te parece si te das una ducha y luego vamos a desayunar? —propuso Cristina.

—¿Tú me vas a bañar? —preguntó Mariela, entusiasmada.

—Por supuesto que sí. ¿Puedes decirme dónde tienes tu ropa para encontrar algo bonito?

Mariela lanzó un grito de emoción, se levantó y le ofreció su manita. El closet era enorme.

—Quiero usar un tutú —dijo decidida.

Cristina buscó entre la ropa y encontró un par de mallas gruesas.

—Está bien, pero usaremos estas para que no tengas frío.

El tutú que encontró era de color morado, así que escogió una blusa con lunares a juego.

—Me gusta —admitió Mariela, observando lo que había seleccionado.

—¿Qué haces durante el día? —preguntó, interesada.

—Nada, siempre estoy sola —respondió con tristeza.

—Bueno, eso va a cambiar —dijo Cristina con determinación y la llevó hacia la ducha.

En un tiempo récord, Cristina la bañó, le secó el cabello y la peinó. Le aplicó crema humectante y la ayudó a cepillarse los dientes.

Después, recogió la ropa sucia y le explicó que tenían que ponerla en el cesto correspondiente.

Un par de horas después, cuando bajaron a la cocina, el ama de llaves las miró sin poder creerlo. Mariela llevaba a Rachel con la bufanda alrededor de su cuello.

—Quiero desayunar waffles —gritó Mariela apenas entraron a la cocina, y Cristina la condujo hacia la mesa.

—Mariela, no es de buena educación pedir las cosas a gritos —le hizo ver Cristina.

—¿No? —preguntó con inocencia.

—No, debemos pedir las cosas por favor. Es importante usar las palabras adecuadas y ser amable.

—¿Por qué? Mi mamá decía que para eso les pagaban —dijo con inocencia.

Cristina reflexionó sobre las palabras de la madre de Mariela y sacudió la cabeza.

—Recuerda que hay palabras mágicas que debemos usar cuando pedimos algo, como "por favor" y "gracias". Es una forma de mostrar respeto y aprecio por lo que nos brindan un servicio.

—¿Siempre? —preguntó Mariela, curiosa.

—Sí, siempre es importante ser amable y expresar gratitud. Aunque sea el trabajo de una persona hacerte de comer, es mejor si le pides por favor lo que deseas.

Ladeó la cabeza y asintió, observando cómo la cocinera escuchaba atenta lo que Cristina le decía. Había cierta expectación en el aire, esperando la reacción del ama de llaves.

—Está bien, por favor, ¿me puedes hacer unos waffles? —pidió Mariela con cortesía.

—En un momento, niña —respondió Patricia, y comenzó a prepararlos.

—¿Qué más comes para el desayuno? —preguntó Cristina, curiosa.

—Leche y un poco de fruta.

—Bien, te serviré un vaso —ofreció Cristina, se dirigió al enorme frigorífico y llenó un vaso de leche que dejo sobre la mesa del antecomedor.

—Gracias —dijo Mariela, y Cristina le dio un beso en la frente.

—Así se portan las princesas —comentó Cristina con cariño.

—¿En serio? —preguntó Mariela, sorprendida.

—Por supuesto, las princesas deben ser amables y educadas.

El resto del desayuno transcurrió de forma amena. No hubo berrinches ni malos modales. La cocinera, una señora un poco rellenita con unos ojos amables, no podía creerlo, pero estaba agradecida por el cambio. Sin embargo, a Helen no le agradó en absoluto la situación.

Una vez terminado el desayuno, Cristina se levantó, recogió el plato de la niña y lo llevó al lavabo para lavarlo. Mientras tanto, Mariela salió al baño.

—Soy Patricia, señorita —señaló la cocinera.

—Perdón por no presentarme, soy Cristina, la nueva niñera.

—Si no lo veo, no lo creo —respondió la mujer, sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Es como si hubieran cambiado a Mariela por completo.

—Los niños solo quieren que los trates bien, como a todos.

—Me alegra que haya llegado. Por favor, si necesita algo, pídemelo o tómelo del refrigerador —dijo con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, pero por favor, háblame de tu —le pidió la joven y la cocinera asintió.

—Salgo a las cinco de la tarde, pero llego muy temprano para preparar el desayuno del señor.

—¿Nadie se queda en la casa?

—No, todos entramos en la mañana y salimos por la tarde —explicó Patricia—. ¿Quieres un café? El señor compra un café orgánico muy rico.

—Lo acepto, gracias.

La amable mujer preparó un café para Cristina y se lo ofreció en un vaso con tapadera para llevar. Le indicó dónde estaban todos los utensilios necesarios y cómo usar la máquina de café, que, aunque parecía algo compleja, resultó sencilla de manejar.

Cristina salió en busca de Mariela, pensando en cómo mantenerla ocupada durante todo el día. Tenía que planificar con cuidado sus actividades.

# Capítulo 10



# La primera impresión es terrible

Cristina y Mariela habían terminado de desayunar como cada mañana. La joven había llegado a esa casa hacía tres días y aún no conocía al padre de la niña, pero con rapidez estableció una rutina para que la pequeña siguiera ciertas reglas, pensando que las necesitaba. Aunque al principio mostró resistencia, pronto se adaptó sin protestar.

Por las mañanas, se lavaban los dientes y Cristina vestía a Mariela con la ropa extravagante que tanto le gustaba. Después del desayuno, la llevaba al gimnasio, donde practicaban yoga y hacían ejercicios de estiramiento. Luego, en el estudio, pintaban un poco o jugaban a algún juego de mesa. A las dos de la tarde, almorzaban y luego salían a dar un paseo por Hyde Park, que se encontraba muy cerca. Al regresar, Cristina tejía mientras Mariela jugaba con Rachel, su cerdita de peluche.

Después de una cena ligera, Cristina bañaba a Mariela y la vestía con su pijama. A las ocho de la noche, la niña ya estaba dormida, pero la joven se quedaba a su lado hasta las diez. Una vez asegurada de que no se despertaría, se retiraba a su habitación.

Sin embargo, ese día en particular, Cristina decidió llevar a Mariela a nadar, pues necesitaba quemar más energía. Tomó unos bóxers y un top deportivo como sustituto de un traje de baño, agarró un par de toallas y se dirigieron a la piscina.

—¿Sabes nadar? —preguntó Mariela, curiosa, mientras caminaban.

—Sí, tomé clases desde pequeña —le explicó Cristina.

—Mi papá nunca me deja meterme en la piscina, porque nadie quiere acompañarme —dijo la niña con tristeza.

—Pues yo voy a cuidarte y nadaremos juntas —le aseguró intentando alegrarla.

El agua estaba templada y la joven se lanzó de cabeza al centro de la piscina. Cristina se giró y sonrió a Mariela.

—¿Puedo hacerlo? —gritó Mariela emocionada, y Cristina asintió con una sonrisa.

La niña se tapó la nariz y se lanzó sin pensarlo. La joven la agarró por la cintura y salieron del fondo escupiendo agua.

—¡Eso fue increíble! —chilló emocionada, mientras Cristina soltaba una risotada.

Pasaron más de una hora chapoteando mientras intentaba enseñarle a la pequeña a moverse en el agua. La colocó en la orilla para que pataleara y fortaleciera sus piernas, además de cansarse un poco.

De repente, la puerta se abrió y Damiano apareció en la escena, bramando con horror:

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exclamó, mirándolas con incredulidad.

Mariela comenzó a temblar de miedo ante la presencia de su padre, y Cristina se sintió triste y preocupada. Aunque no creía que estuvieran haciendo algo malo, era evidente que para el

hombre era un pecado capital.

—No pasa nada, cariño. Vamos a la orilla mientras hablo con tu padre, ¿de acuerdo? —explicó con una sonrisa afligida, y la niña asintió con los labios temblorosos.

Damiano se acercó con el ceño fruncido y se cruzó de brazos al borde de la piscina. Vestía su traje de siempre y aún llevaba puesto su abrigo. Tan pronto como el ama de llaves le informó que su hija estaba en la piscina con la niñera, fue hacia allí lleno de furia. La mujer sabía que esto traería problemas, y por eso lo hizo a propósito.

Cristina le dio un beso en la frente a Mariela y la llevó a la parte más baja para sentarla en uno de los escalones.

—Buenas tardes, señor. Soy Cristina Navarro, la niñera de su hija —se presentó, dándole la espalda a la pequeña.

—¿Puede decirme por qué pensó que era una buena idea traerla si no sabe nadar? —preguntó Damiano, acercándose.

—Porque yo la estoy cuidando y sé nadar a la perfección.

—Su trabajo es cuidarla, no darle clases de natación —decretó, levantando una ceja.

—Disculpe que lo contradiga, pero su hija necesita realizar diversas actividades para su desarrollo. No puede estar todo el día encerrada en su habitación —respondió Cristina sin dudarlo.

—No le estoy pidiendo su opinión sobre cómo criar a mi hija. Ahora salgan de ahí. La espero en mi despacho para aclarar varios puntos —ordenó con autoridad.

La joven asintió y se dirigió hacia la niña para sacarla del agua.

—Va a despedirte por mi culpa. —Lloró desconsolada, pero Cristina negó con la cabeza.

—No es tu culpa. Fue mi idea, y no va a despedirme —le aseguró, aunque no estaba tan convencida.

Cristina abrazó a Mariela, quien pasó sus manitas alrededor de su cuello, y la sacó del agua. Luego la llevó directo a su habitación, le dio una ducha rápida y le informó que regresaría más tarde para merendar.

Se marcho para irse a cambiar también de ropa y cuando por fin entró al despacho de Damiano, ya había pasado una hora, por lo que él estaba furioso por haber tenido que esperar.

—Por fin se dignó en aparecer —recalcó con ironía.

—Lo siento, pero tenía que duchar a Mariela y cambiarla. No podía dejarla mojada y llena de esa agua con químicos, así que yo hice lo mismo —aceptó Cristina, bajando la mirada.

Se puso lo primero que encontró y ahora se arrepentía: vestía unos pantalones ajustados y una blusa demasiado escotada para su gusto.

—Siéntese —señaló la silla y la joven siguió sus órdenes—. Solo para que le quede claro,

Mariela no usa la piscina a menos que yo esté presente.

—No sabía que usted tenía que estar con ella —replicó Cristina, mirándolo fijo.

No pudo dejar de notar sus hermosos ojos, aunque eran cautivadores, parecían como dos dagas de hielo. Además, era un hombre guapísimo, pero con una actitud y un carácter de los mil demonios.

—Pues ahora ya lo sabe. Además, no pueden salir solas a ningún lado —aclaró él, y la joven apretó los dientes.

—Fuimos al parque porque su hija se aburre de estar todo el día encerrada —le explicó ladeando la cabeza.

—Eso es su problema, no el mío. Para eso está aquí. Mi hermano habló maravillas de usted, no lo defraude —mencionó con sarcasmo, y la joven se mordió la lengua. No permitiría quedar mal a Donato.

—No se repetirá —masculló juntando las manos.

—Eso espero. Ahora déjeme solo, porque tengo muchas cosas que hacer —dijo Damiano con desdén marcando su distancia con la joven.

Ella asintió y se levantó de la silla. Damiano la miró de arriba abajo y maldijo entre dientes.

«¿En qué demonios estabas pensando hermanito? Es obvio que no lo hacías con la cabeza correcta. Esa mujer es una jodida tentación con piernas y vienes a meterla en mi casa», rumió enfurecido.

¿Cómo podía fijarse en una mujer cuando acababa de cerrar el caso de la infidelidad de su esposa? Solo quería a alguien que se encargara de su hija y poder estar tranquilo. Pero ¿cómo podría estarlo con esa chica bajo su techo?

—¡Maldita sea! —bufó exasperado.

La joven regresó a la habitación de Mariela con una sonrisa, aunque disimulando la decepción que sentía en su interior. La pequeña había disfrutado mucho en el parque y hasta le había preguntado si podrían alquilar bicicletas la próxima vez, a lo cual ella había respondido que sería posible. Pero ahora, eso tendría que esperar.

—¿Lista para comer? —preguntó con entusiasmo la joven.

—No tengo hambre —susurró Mariela, abrazando su cerdita Rachel.

—¿Cómo qué no? Después de todo el ejercicio que hicimos, ¡yo muero de hambre! Pero... ¿qué te parece si hacemos un picnic?

—¿Un picnic? ¿Vamos a ir al parque? —preguntó Mariela con un destello de esperanza

en sus ojos, mientras la joven se mordía el labio.

—No es buena idea ir al parque ahora, acabamos de bañarnos y parece que va a llover. No queremos resfriarnos, ¿verdad?

—No, no me gusta enfermarme.

—Pero podemos hacer algo igual de divertido aquí. Podemos acomodar unos almohadones en el suelo y tener una tarde de chicas viendo una película.

—¡Me encanta la idea! —exclamó Mariela, con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Entonces vamos a la cocina a preparar unos deliciosos sándwiches y después arreglamos la habitación.

—¡Síii! —chilló Mariela emocionada, levantándose y tomando la mano de Cristina.

En la cocina, se encontraron con el ama de llaves que estaba enviando un mensaje con una sonrisa en el rostro, pero que se desvaneció al verlas entrar.

—Buenas tardes —saludó la joven, pero solo Patricia, la cocinera, respondió.

—¿Les apetece comer algo?

—Sí, pero nos gustaría unos sándwiches porque tendremos una tarde de cine —dijo la joven con una sonrisa.

—Muy bien, en un momento los preparo. También puedo hacer palomitas si quieren.

—¿De verdad puedes hacer palomitas? —preguntó Mariela emocionada.

—Claro que sí, niña. Las haré y se las enviaré con Marianne.

—Muchas gracias —agradeció la joven con sinceridad.

—Mientras tanto, les sirvo un poco de crema de pollo, les encantará —anunció la cocinera.

Cristina tomó los cuencos y los colocó frente a Mariela.

—Gracias —dijo la niña, tomando su servilleta y la cuchara.

—¿Qué película quieres ver? —le preguntó la joven, removiendo la crema en su cuenco para que se enfriara un poco.

—Podemos elegir una de Disney Plus, tienen todas las películas de las princesas. A mí me encanta Ariel porque tiene el cabello rojo y canta precioso.

—También me gusta esa princesa —admitió la joven, sonriendo.

La mujer sentada en la barra de la cocina las observaba con una expresión de desagrado. Al terminar su comida, Patricia les entregó una cesta con varios sándwiches salados y dulces. Agradecieron a la cocinera y se dirigieron a prepararse para su maratón de películas.

Mientras estaban viendo la segunda película, que ahora era "Moana", Cristina recibió una

llamada. Era Donato, y ella decidió poner el altavoz para que las dos pudieran escuchar.

—Hola, buenas tardes —saludó Cristina.

—Hola —respondió Donato, y se dio cuenta de que estaba utilizando el manos libres.

—¿Cómo está mi sobrina favorita? —preguntó él.

—Estamos viendo películas, tío —respondió la pequeña.

—Qué bien, ¿y no me invitan?

—Por supuesto que sí —respondió la pequeña —, pero con una condición —dijo Mariela y le guiñó un ojo a Cristina.

—¿Cuál es la condición? —preguntó.

—Quiero una malteada de chocolate de Sheck Shack.

—¿Desde cuándo has probado malteadas de ese lugar? —replicó el joven que sabía que su hermano nunca la llevaría a un lugar como ese.

Cristina hizo una mueca y la pequeña se dio cuenta de que la había delatado.

—Fui a comprar una ayer, hay una cerca de la salida de la privada —admitió la joven, mientras Donato sacudía la cabeza.

—Está bien, entonces iré allá y compraré una malteada de chocolate. ¿Quieres algo más? ¿Tu deseas algo Cristina?

—No, gracias —respondió la morena.

—Yo sí, quiero también unos pedacitos de pan francés —añadió la niña.

Una hora después, Donato llegó a la casa cargando bolsas de comida. Damiano lo observó mientras salía del elevador hacia la cocina y comentó con sarcasmo:

—Vaya, ahora eres repartidor.

—Qué gracioso, hermano —respondió con una sonrisa.

—¿A qué se debe el honor de tu presencia? Que yo sepa, no es sábado —comentó irónico.

Los sábados eran los días en los que Donato solía visitar a su sobrina.

—Estoy de vacaciones, así que puedo venir cualquier día a visitar a mi sobrina —aclaró, encogiéndose de hombros.

—¿Será por eso o porque vienes a ver a la niñera? —insinuó el hombre con una ceja enarcada y los brazos cruzados.

—Un poco de las dos —admitió Donato con una sonrisa.

—Espero que no uses mi casa para encubrir una aventura. Recuerda que esa joven es alumna de la universidad en la que trabajas —le advirtió con molestia.

—No digas insensateces. Esa muchacha es solo mi alumna y la estoy ayudando porque se lo merece. Además, no es pecado mirarla que yo sepa. Ahora voy con mi sobrina, que espera su malteada —respondió Donato, algo molesto.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Damiano.

—Viendo películas.

—¿Sabes que tu protegida la metió a la piscina? —comentó Damiano indignado.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó sin comprender.

—¡Que no sabe nadar! —declaró Damiano horrorizado.

—Pues es hora de que aprenda. Después de todo, ¿para qué demonios compraste una casa con piscina si no la van a usar? —respondió Donato.

—Le prohibí rotundamente que vuelva a usar la piscina si no estoy yo.

—En ese caso, tendré que venir a enseñar a mi sobrina, ahora que tengo tiempo. ¿O también tengo prohibido hacerlo?

—Haz lo que quieras —exclamó, apretando los puños, y se marchó.

Donato sacudió la cabeza. Su hermano cada vez estaba peor. Entró en la habitación y las dos chicas estaban sentadas en el suelo, mirando atentas mientras el mar se abría para que Moana caminara hacia la isla. Mariela estaba recostada sobre Cristina, quien le acariciaba la espalda.

—Llegó su pedido, señoritas —anunció desde la puerta, y la pequeña gritó de alegría.

La joven miró a Donato y sonrió, detuvo la película para que Mariela disfrutara de los trozos de pan francés.

# Capítulo 11



# Angelito de mi guarda

Era de noche y, antes de dormirse, Cristina acostumbraba a rezar una plegaria, dándole gracias a Dios por el día que había vivido. No es que fuera una ferviente creyente, pero su madre los había enseñado así desde pequeños. Además, tenía mucho por lo que agradecer, ya que había sobrevivido a una semana entera junto a ese hombre que siempre estaba de mal humor.

La niña estaba arrodillada al lado de la cama, con las manos unidas, mientras la joven le sonreía.

—Vamos a rezar para pedirle a Dios que nos cuide a todos —mencionó Cristina con dulzura.

—Es mejor no molestarlo, porque se enoja y nos castiga —susurró con los ojitos abiertos, lo que hizo que la joven reprimiera una carcajada.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó intrigada.

—En mi colegio, la madre que nos daba religión nos decía que debíamos ser buenos niños, o nos iríamos al infierno —explicó, y la joven abrió los ojos horrorizada.

«Vaya con los colegios religiosos», pensó escandalizada.

—¿Eso te decían?

—Sí, nos hacían rezar todos los días, pero la verdad es que no entendía para qué —admitió con inocencia.

—Bueno, podemos hablar con Dios sin tener que decir una oración que ni siquiera entendemos.

—¿En serio?

—Claro que sí, y Él nos escuchará.

—Entonces quiero pedirle que mi papi me quiera y pase más tiempo conmigo —dijo, cerrando los ojitos.

—Tu padre te quiere, preciosa, pero es un hombre ocupado —justificó la joven.

—Eso es lo que dice mi tío Don.

—Pues tiene razón.

—También quiero pedir que mi abuela no sea tan mala, porque siempre me regaña y no le gusta nada de mí.

—Claro que te quiere. Eres una niña maravillosa, pero a veces los mayores no prestan atención. Estoy segura de que se dará cuenta de que tiene a la mejor nieta del mundo.

—¿Crees que mi padre también se dará cuenta?

La joven abrió la boca, pero no dijo nada porque escuchó un ruido que la hizo girar hacia la puerta. Se percató de que estaba entreabierta y había una sombra.

—Te aseguro que sabe lo afortunado que es de tener una princesa como tú. Nuestros padres nos aman por encima de todo —declaró, elevando la voz para que le escuchara.

—Mi madre me quería, aunque tampoco estaba mucho tiempo conmigo. Solo le importaban sus caballos.

La joven no supo qué más decirle a la pobre niña.

—Vamos a rezar un "Angelito de la Guarda".

—Ese no lo sé.

—Yo te lo voy a enseñar —dijo y comenzó a recitarlo con suavidad.

Damiano sintió un nudo en la garganta al escuchar a su pequeña hija. Apretó los dientes y se marchó a su habitación, sin dejar de pensar en lo que había escuchado.

Ese día recibió los resultados de la prueba de paternidad, confirmando que era el padre biológico de su hija. Ahora se sentía terrible por haberla tratado mal todo este tiempo, impulsado por el dolor y el resentimiento hacia su fallecida esposa.

Después de acostar a la niña, Cristina se fue a dormir. Ajustó el monitor de bebés que tenía en el buró y se metió en la cama. Casi a medianoche, la pequeña comenzó a llorar con intensidad y la joven se despertó asustada. Se levantó y salió corriendo al cuarto de Mariela. Abrió la puerta y sin pensarlo se metió en la cama, abrazándola con fuerza para calmarla. La pequeña gritaba, temblaba y pataleaba con los ojos abiertos, pero seguía dormida.

La joven la estuvo meciendo hasta que se despertó entre sollozos. Cuando sufría de esos episodios, no recordaba nada, y ni su padre ni los médicos sabían qué le provocaba esos eventos, pero cada vez que se asustaba o se estresaba, le ocurría lo mismo.

—Shhh, preciosa, estoy aquí —le susurró la joven, acariciando su cabello.

—Tengo miedo —confesó entre lágrimas.

—No me iré, duérmete que yo velaré tus sueños.

Mariela se aferró a la joven y cerró los ojos entre sollozos, hasta que por fin se quedó dormida.



Transcurrió una semana desde la noche en que Mariela le pidió a Dios que su padre la quisiera y pasara más tiempo con ella. Sin embargo, durante esos días, Damiano estuvo más ausente que nunca. Cristina decidió aprovechar ese tiempo para divertir a la pequeña con ejercicios físicos.

La morena tomó la pelota de yoga y la llevó a su lugar designado. Como no podían salir

al parque o ir a la piscina, decidieron practicar yoga y Tai-chi juntas. Aunque Cristina había dejado de practicar por falta de tiempo, encontró videos para niños muy entretenidos que imitaban posturas de animales, ¡y sabía que a Mariela le encantarían!

—Vamos a estirarnos en el suelo con la posición de la cobra —explicó emocionada.

Dio instrucciones a la niña y extendió sus brazos sobre su cabeza. En ese momento, la puerta del gimnasio se abrió y Damiano entró vestido con pantalones deportivos y una camiseta de manga corta. Observó a su hija y a la joven en el suelo.

—Estamos casi terminando —mencionó sin mirarlo a los ojos, no quería tener problemas, solo estaba intentando sobrevivir.

—Sigan haciendo lo suyo, voy a a correr un rato —anunció, y Cristina asintió.

Desde la noche en que descubrió los verdaderos sentimientos de su hija, Damiano se había llenado de remordimientos al darse cuenta de que la pequeña pensaba que no la querían. No sabía cómo acercarse a ella ni a la joven que la cuidaba. La idea del parque temático de Peppa Pig surgió de su asistente cuando le preguntó por lugares para llevar a su hija, y él le recomendó ese parque al descubrir que su personaje favorito era una cerdita.

—Me dijeron que hay un parque dedicado a Peppa Pig en Paultons —admitió Damiano, frunciendo el ceño.

La idea del parque temático fue una especie de salvavidas que encontró en su desesperación por conectar con ellas.

—¿Un parque de Peppa? —preguntó Mariela asombrada, con la boca abierta.

—¡Sí! Estaba pensando llevarte mañana —le explicó, dejando entrever una ligera sonrisa en su rostro.

La pequeña se levantó de un brinco y corrió para abrazar las piernas de su padre. Damiano tragó saliva al ver la emoción en los ojos de su hija.

—Gracias, papi.

El hombre le dio un beso en la cabeza, aunque no había sido muy cariñoso con la pequeña en el pasado.

—Me encantaría que nos acompañaras... por favor —masculló, dirigiéndose a Cristina, y ella asintió.

—Por supuesto.

Faltaban solo dos semanas para Navidad y el clima en Londres se volvía húmedo y frío. El cielo amenazaba con lluvia y la temperatura promedio era de unos ocho grados.

—Ven, preciosa, vamos a prepararnos para tomar una siesta y después comeremos.

La niña asintió emocionada y se acercó con una sonrisa.

—¿Puedo llevar a Rachel? —le preguntó a su padre.

—Sí, puedes llevarla contigo —respondió, y Mariela brincó de felicidad.

Dejaron el gimnasio envueltas en una mezcla de confusión y alegría. Cristina no sabía qué había provocado el cambio en Damiano, pero estaba agradecida por ello.



Al día siguiente, se dirigieron a Southampton, donde se encontraba el parque. Cristina preparó una mochila para la pequeña, ya que se había informado sobre el lugar y sabía que había juegos con agua, así que iban listas por si acaso, aunque con el frío que hacía no parecía muy probable que se mojaran.

La niña llevaba unos leggings gruesos y sobre ellos un tutú rosa, un cuello de tortuga y un suéter encima. Además, llevaba una chamarra impermeable con gorro. Sus tenis favoritos con arcoíris y una bufanda. Rachel, por supuesto, también iba conjuntada con su dueña.

Paultons Park estaba dividido en varias áreas, pero ellos se dirigieron directo a la ciudad de la cerdita. Cuando llegaron al letrero que anunciaba que estaban ingresando al mundo de Peppa, Mariela se detuvo emocionada.

—¡Quiero una foto! —exclamó, y Cristina sacó su móvil del bolsillo de su chamarra —. Ven, papi —dijo, y Damiano se acercó.

Damiano no tenía ni idea de lo que iba a encontrar, pero al verse rodeado de niños, sintió cierta ansiedad por los gritos y el bullicio. Todo el parque estaba decorado con árboles y coronas navideñas.

—¡Digan "cheese"! —exclamó Cristina, y la pequeña sonrió de oreja a oreja.

Pasaron horas recorriendo el parque, y Mariela se subió a todas las atracciones junto a Rachel. Mientras tanto, Cristina esperaba a un lado de Damiano que observaba cómo Mariela saludaba cada vez que el tren pasaba frente a ellos.

—Se ve muy feliz —comentó Cristina conmovida.

—Aunque no lo parezca, quiero a mi hija —respondió Damiano, con las manos en los bolsillos.

—No soy nadie para juzgarlo, señor.

—Me he dado cuenta de que Mariela ha cambiado mucho desde que estás a cargo, parece que haces milagros —admitió Damiano.

—Los niños necesitan estabilidad y sentirse amados. Su hija es muy sensible y el rechazo le afecta demasiado. La indiferencia hiere más que un golpe. Entiendo que ha tenido muchos problemas, pero debe hacerle sentir que la ama.

—Soy un hombre muy ocupado…

—Sé que está ocupado, pero dedicarle al menos una hora al día no debería ser un

sacrificio —expuso sin apartar la mirada de él, decidida a expresar lo que pensaba.

—Lo intentaré.

—Me alegra escuchar que tiene la voluntad de hacerlo, eso es lo más importante.

—Te agradezco tu sinceridad —masculló, observando a su hija que sonreía y saludaba como si cada vuelta fuera la primera.

—Es uno de mis principales defectos, no puedo quedarme callada —admitió Cristina, reprimiendo una sonrisa.

El juego se detuvo y la niña llegó eufórica, saltando como una conejita.

—Tengo mucha hambre —clamó, abrazando a Rachel.

—¿Quieres una hamburguesa? —le preguntó su padre, y la niña asintió.

—Sí, por favor.

Damiano tomó de la mano a su hija y se dirigieron a un restaurante de comida rápida que estaba cerca de la entrada.

Cuando cerraron el parque, regresaron a casa. La pequeña llevaba un globo con helio amarrado a su mano, además de la colección completa de la familia Peppa que habían comprado en una de las tiendas.

A mitad de camino, Mariela se quedó dormida. Cuando llegaron a la cochera, Damiano levantó en brazos a su hija, mientras que la joven bajó las mochilas y los peluches.

Cristina caminaba detrás del hombre, lo cual la ponía bastante nerviosa. Pasar todo el día a su lado no había sido fácil. Cuando no le gritaba y la miraba como si quisiera fulminarla, era encantador. Se lamió los labios y desvió la mirada al suelo, consciente de que no era conveniente sentir ningún tipo de atracción hacia su jefe.

Damiano acostó a Mariela en la cama, y la joven, después de guardar todo en el armario, regresó para desvestirla.

—Gracias —declaró Damiano, y Cristina se detuvo en su tarea, sorprendida por el cambio de actitud del hombre.

—Es mi trabajo, no tiene que agradecerme —respondió ella, pero él negó con la cabeza.

—No me hables de usted.

—No sería apropiado…

—Por favor —le suplicó con una mirada penetrante, y la joven tragó saliva.

—Está bien —aceptó.

Damiano sonrió complacido por el progreso que habían tenido ese día, le deseó buenas noches y salió de la habitación.

—Ese hombre es un peligro para cualquier mujer —murmuró la joven, mientras continuaba con su labor.

# Capítulo 12



# Lleno de deseo

Damiano despertó y se percató de que la jarra de agua estaba vacía. Sentía una sed insoportable, a pesar de que aún era de madrugada. Maldijo en voz baja. Llevaba más de dos semanas sin poder dormir más de cuatro horas seguidas debido al estrés laboral y al deseo que lo consumía por la joven que era una bendición para su hija. Estaba al límite.

Su madre lo llamaba a diario para cuestionarlo sobre su vida, y su hermano no dejaba de merodear su casa bajo la excusa de visitar a su sobrina.

Decidió bajar a la cocina, pero para su sorpresa, cuando llegó al umbral de la puerta, se encontró con una escena que lo dejó perplejo.

Cristina estaba de espaldas, buscando un vaso en la alacena, vistiendo solo una camiseta y unos diminutos calzones que dejaban al descubierto sus piernas desnudas.

El hombre maldijo entre dientes, lo que alertó a la joven de que no estaba sola. Asustada, se dio la vuelta y Damiano pudo contemplar sus senos sin el sostén que siempre llevaba.

—Me asustaste —dijo llevándose una mano al pecho, recuperándose de la impresión.

El hombre encendió la luz y la observó de arriba abajo. La habitación de servicio en la que ella dormía estaba al final del pasillo, y en ese momento la casa se encontraba desprovista de personal. Solo estaban Mariela y él.

—Lo siento, vine por un vaso de agua porque no puedo dormir —admitió.

Se acercó a la mujer, abrió la alacena y sacó un vaso, invadiendo su espacio personal, lo que provocó que la joven se sintiera incómoda. Él, de tez bronceada, llevaba solo unos pantalones que caían sobre sus caderas, dejando su torso desnudo.

«¡Maldita sea! ¿Por qué tiene que ser tan atractivo y tener un cuerpo tan tentador?», pensó la joven desconcertada por los sentimientos que despertaba en ella.

No era la más inteligente enamorarse de un hombre como él, que nunca se fijaría en ella, al menos no para algo bueno. Respiró profundo y se alejó.

—Me iré a dormir —susurró y caminó con rapidez para abandonar la cocina.

—Buenas noches, Cristina —dijo insinuante, mirándola fijo.

—Buenas noches —masculló ella y se alejó como si el diablo la persiguiera.

Cuando Damiano quedó solo, sacudió la cabeza y abrió el refrigerador. Ahora, más que nunca, le sería imposible conciliar el sueño.

Al día siguiente, la joven estaba sentada en la habitación de Mariela tejiendo y conversando con su madre, mientras la niña dibujaba.

—¿Qué tienen planeado para la cena? —le preguntó a su mamá que estaba en su casa en su ciudad natal. En Navidad, siempre preparaban una gran cena. Extrañaba la cocina y sentarse a la mesa con su familia.

—Tu padre quiere hacer costillas al horno y tu hermano quiere pavo —le explicó Mireya.

—¿Y tú qué quieres?

—La verdad es que no tengo ganas de cocinar —admitió con una risita cínica.

—Entonces será complicado. ¿No se reunirán en casa de la abuela?

Aunque su abuela falleció hace un par de años, todavía mantenían la tradición de reunirse en la casa familiar.

—Pues a mí no me han invitado —respondió cruzándose de brazos con una expresión de molestia.

—Mamá, no seas rencorosa —le reprendió sacudiendo la cabeza.

—Ya sabes que lo soy —aceptó con una mueca. El año pasado criticaron su tarta de manzana y no lo olvidaba.

—Me encantaría estar con ustedes —declaró con un suspiro.

—Y a mí me encantaría que pudieras venir —mencionó Mireya conmovida.

La puerta se abrió y Donato entró en la habitación. Cristina sonrió al verlo.

—Te dejo, pero te llamaré mañana. Te quiero. Dile a papá que lo extraño, y lo mismo para mi hermano.

—Cuídate, cariño. Te mando muchos besos —dijo con afecto.

Colgó y miró a Mariela que se acercaba con una hoja en la mano, detrás de ella caminaba también el joven.

—Es para ti —le dijo la niña, entregándole un dibujo.

—¿Es para mí? —replicó con sorpresa.

—Sí, para que no estés triste —explicó con una sonrisa.

El dibujo mostraba a Cristina sosteniendo la mano de Mariela, con Damiano a su lado, como si fueran una familia feliz. La joven tragó saliva al contemplarlo.

—Muchas gracias, mi niña. Está precioso, lo voy a poner en mi cuarto —respondió Cristina con emoción, la niña le dio un abrazo y la joven sintió un nudo en la garganta.

Donato se acercó con una caja de donas en la mano y preguntó con curiosidad:

—¿Y tú tío favorito no aparece?

—No, este es de mi papi y Cristina el día que fuimos al parque de Peppa —respondió Mariela, con los ojos brillantes de felicidad al recordar aquel momento especial.

—¿Fueron a un parque juntos? —inquirió Donato, intrigado.

El joven había tenido que ausentarse para asistir a unos cursos en otra universidad y acababa de volver.

—Sí, y fue el día más feliz de toda mi vida —afirmó Mariela con entusiasmo, mientras Cristina luchaba por contener una carcajada ante su teatralidad.

—Me alegra que tu padre te haya llevado —comentó Donato, conmovido por la alegría de su sobrina.

—Diosito me escuchó, tío Don —dijo Mariela con convicción, su fe brillando en sus ojos inocentes.

Cristina sacudió la cabeza con suavidad, mientras Donato asentía respetuoso.

—Dios siempre nos escucha —insistió la joven, dejando entrever una pizca de esperanza en sus palabras.

La puerta se abrió de nuevo y Damiano entró con una sonrisa en los labios, que se desvaneció al ver a su hermano presente.

—No sabía que habías regresado —comentó Damiano sin rodeos, mostrando cierta tensión en su voz.

—Hola, hermano. También me da gusto verte. Vengo directo de Oxford. Faltan dos días para Navidad, y mi madre me llamó para avisarme que se irá a París —respondió, revelando la situación familiar.

Cristina guardó su tejido en la mochila que reposaba junto a ella en el sofá donde estaba sentada, captando la tensión en el ambiente.

—Ya lo sé, por eso, en vista de que no iremos con mi madre, pedí que trajeran un árbol de Navidad —manifestó Damiano.

Mariela comenzó a chillar emocionada y se levantó para abrazar a su padre, quien correspondió el gesto con cariño.

—¿Vamos a tener un árbol? —exclamó Mariela, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Sí, pero primero deben decorarlo —respondió Damiano.

—Todos podemos ayudar —añadió Cristina, y Mariela comenzó a dar saltitos de alegría. Damiano miró su reloj y frunció el ceño.

—Iré a la biblioteca, avísenme en cuanto llegue para ayudarles —anunció, despidiéndose de su hija.

—Te amo, papi —dijo Mariela con cariño.

—También te amo, princesa —respondió Damiano, dándole un beso en la mejilla antes de salir de la habitación.

Mariela se dirigió al cuarto de baño, y dejó solos a Cristina y a su tío, que observaba la escena con incredulidad y dirigió su mirada interrogante hacia Cristina.

—¿Qué le hiciste a mi hermano? —preguntó, desconcertado.

La joven le lanzó una mirada de advertencia y Donato se aclaró la garganta.

—Solo se dio cuenta de que su hija estaba sufriendo, y me alegra mucho verlo. Mariela merece ser feliz —explicó Cristina, con una sonrisa reconfortante.

La puerta se abrió y Mariela salió del baño con una sonrisa radiante en su rostro.

—Vamos a la sala a esperar a que lleguen con el árbol —anunció decidida, y tanto Cristina como Donato asintieron.

Veinte minutos después, un enorme árbol natural se encontraba instalado en la sala principal. Junto a este, había docenas de cajas llenas de esferas, listones, muñecos y luces para decorarlo. Sería una tarde llena de trabajo y diversión. Mariela corrió emocionada a avisarle a su padre para que se uniera a ellos, mientras Cristina comenzó a abrir las cajas.

Padre e hija regresaron a la sala. Cuando Damiano observó el enorme árbol, hizo una mueca de sorpresa. Parecía que habían exagerado con el tamaño del pino, casi medía tres metros de alto.

—Parece que necesitaremos una escalera —comentó Cristina, divirtiéndose al ver la expresión de horror en el rostro de Damiano.

Donato se acercó y le dio una palmada en la espalda a su hermano mayor: —Es mejor empezar, o no terminaremos antes de Navidad —bromeó

—Quiero chocolate caliente con malvaviscos y una dona de las que trajo mi tío Don —exigió Mariela, y Cristina asintió complacida.

—¿Cómo debemos pedirlo?

—Por favor —respondió Mariela, recordando las enseñanzas de la joven.

—Muy bien, entonces ve a la cocina y pídele a Patricia que nos prepare un rico chocolate, por favor —le indicó Cristina a Mariela. La niña asintió y se fue.

—Necesitaré pedir ayuda —decretó Damiano, y Donato soltó una carcajada.

Con entusiasmo y espíritu colaborativo, comenzaron a decorar el árbol, creando un ambiente cálido y festivo en la sala.

—Ahora vamos a instalar las luces.

Las tres empleadas del servicio llegaron con una escalera y comenzaron a colocar las luces en el árbol. Para sorpresa de Cristina, Damiano no se marchó; en cambio, se sentó con una bebida junto a su hermano, mientras Mariela seleccionaba las esferas y adornos que colgarían.

Era como si un verdadero milagro hubiera ocurrido.

# Capítulo 13



# El chantaje

El mes de enero llegó tras unas Navidades y un Año Nuevo maravillosos. Aunque ardía de deseo por ella, Damiano no sabía cómo acercarse a la joven que había despertado en él una pasión incontrolable. Sin embargo, no se trataba solo de una cara bonita, sino de una mujer que había llegado para arreglar los problemas familiares que lo aquejaban. Gracias a ella, su relación con su hija había mejorado de forma increíble y su constante estado de furia era cosa del pasado. La joven le había hecho ver el daño irreparable que le estaba causando a la pequeña, quien no tenía culpa de los errores de su madre.

El único problema era que, a medida que pasaban los días, Damiano se sentía cada vez más y más atraído hacia la joven. Al principio, había pensado que ella se comportaría como las demás niñeras que se le insinuaban por su dinero y atractivo, pero se sorprendió al descubrir que eso no ocurría. Notaba cómo se sonrojaba y se ponía nerviosa cada vez que él se acercaba.

Era evidente que la atracción era mutua, pero ella mantenía su distancia. Aunque Damiano le había pedido que lo tratara de tú y lo llamara por su nombre, ella se negaba a cruzar la línea que separaba su relación profesional de algo más íntimo. Además, se dio cuenta de que evitaba quedarse a solas con él. Si alguna vez se encontraban solos, ella siempre encontraba una excusa para dejarlo a solas con su hija, lo cual lo atormentaba.

Esa mañana, Damiano entró en su oficina con su maletín en una mano y su asistente, Thomas, lo seguía de cerca mientras le recordaba los pendientes del día.

—Tiene una reunión a las diez de la mañana y otra a las doce del día —le informó Thomas con su habitual eficiencia.

Se sentó detrás de su escritorio y sacó un folder con un contrato que debía revisar.

—¿Qué ocurrió con la firma de la fusión de la empresa de acero? —preguntó Damiano sin despegar su mirada de unos contratos.

—Se ha pospuesto hasta la próxima semana. Nosotros supervisaremos el proceso y nos quedaremos con las cuentas de inversión —respondió Thomas, con cierto temor en su tono.

Damiano esbozó una sonrisa siniestra y miró fijo a su asistente.

—Muy bien, excelente trabajo —dijo con sinceridad, provocando que Thomas se detuviera en seco, sorprendido por el inesperado cambio de actitud de su jefe.

—Gracias —balbuceó Thomas, sin poder creer sus propias palabras ante el repentino elogio.

Damiano revisó su reloj. Aún faltaba más de una hora para su primera reunión. Con gesto pensativo, decidió revisar las cámaras de seguridad de su casa a través de su laptop. Seleccionó la habitación de su hija y allí encontró a Mariela y Cristina, esta última haciendo un par de coletas a la pequeña. Observó cómo Cristina abrazaba a su hija con ternura y le hacía cosquillas, lo que le arrancó una breve sonrisa.

De repente, la voz de Thomas lo sobresaltó.

—Su café —anunció el asistente, interrumpiendo los pensamientos de Damiano. Este cerró con brusquedad la laptop, hizo una mueca de disgusto y tomó la taza de café que le ofrecía Thomas—. Por cierto, señor, trajeron esto para usted —añadió, entregándole un sobre cerrado con el sello de confidencialidad.

—Está bien, lo revisaré yo mismo —respondió, tomando el sobre y esperando a que Thomas se retirara de la oficina.

Una vez solo, Damiano tomó un abrecartas y rasgó el sobre con impaciencia. Había olvidado que había pedido que investigaran a Cristina, aunque ahora sentía que eso ya no era necesario.

Por protocolo, siempre se realizaban investigaciones exhaustivas de las empresas que se asociaban con la financiera para evitar sorpresas desagradables. La suma de dinero en juego era considerable y no podían permitirse recibir fondos de dudosa procedencia.

Damiano dio un sorbo a su café y luego abrió el informe. Leyó cada palabra con detenimiento y, al terminar, sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—Esto no puede ser —murmuró incrédulo, pero las transferencias de miles de libras que su hermano había realizado no mentían.

Desesperado, ingresó en el sistema con la autorización necesaria y revisó los movimientos de salida de las cuentas de su hermano para corroborar lo que le habían enviado. Donato nunca solía utilizar ese dinero y esto enfureció a Damiano. Además, se había atrevido a falsificar su firma.

Al comprender la magnitud del problema, se quedó paralizado. El informe de la Commonwealth era claro: Cristina Navarro estaba involucrada en el desvío de fondos, y al parecer, le estaban cobrando una deuda que no era del todo suya, ya que ahí explicaba que sus cómplices seguían prófugos. Solo se había salvado gracias al pago que su hermano había realizado.

—Soy un verdadero imbécil —exclamó en voz alta—. Nadie volverá a tomarme por idiota —juró entre dientes. Se puso de pie, tomó su saco y salió de la oficina en busca de venganza.

—¿Se va? —preguntó su asistente, sorprendido, ya que acababa de llegar y tenía una agenda llena.

—Sí, y no tengo por qué darte explicaciones —rugió, provocando que el joven se sobresaltara por sus gritos, los cuales no pasaron desapercibidos para el resto de los empleados, que bajaron la vista para evitar problemas.

—Pero la reunión...

—¡Me importa una mierda la reunión! ¡Cancélala! Haz tu trabajo, que para eso te pago —ordenó con prepotencia.

El joven suspiró y dejó caer los hombros al ver cómo su jefe abandonaba la oficina como si estuviera poseído. Era una pena que su comportamiento amable hubiera durado tan poco

tiempo.



Cristina estaba sentada en la cocina desayunando. Mientras Mariela comía su fruta, ella tomaba café y leía los mensajes de su amiga Fernanda, quien acababa de regresar a Londres y se quejaba de la joven que ahora ocupaba su habitación. La morena sonrió ante la queja.

Durante la mañana habló con Donato, y entre los dos acomodaron su horario para seguir cuidando a Mariela. Damiano estuvo de acuerdo en contratar a otra joven que le ayudaría cuando ella estuviera fuera, porque las clases empezarían en menos de una semana, parece que todo marcharía bien y eso la animó.

De repente, la puerta de la cocina se abrió y, para sorpresa de las empleadas presentes, Damiano apareció en el umbral con una expresión severa y cara de pocos amigos.

—Necesito hablar contigo, te espero en la biblioteca —le ordenó alzando la voz. Cristina intentó decir algo, pero su jefe se dio la vuelta y se marchó sin mediar palabra.

—Vaya, ¿qué extraño que haya vuelto tan temprano? —comentó Patricia, secándose las manos en el delantal.

—Quizás por fin abrió los ojos —farfulló el ama de llaves, quien sentía aversión hacia Cristina. Esta última solo apretó los labios, consciente de la envidia y malas intenciones de la mujer.

—Mi papá está enojado —dijo Mariela con temor.

—Bueno, vamos a ver qué quiere. Vuelvo en un momento —respondió Cristina, guardando su teléfono móvil en el bolsillo de sus pantalones.

—Pero no has hecho nada malo —se quejó Mariela, frunciendo el ceño. La joven sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Cristina se dirigió directo a la biblioteca y tocó la puerta.

—Adelante —gritó Damiano desde el interior.

Caminó lento y se acercó con cautela. El hombre la miraba con hostilidad, con los codos apoyados en el escritorio y clasificando las hojas de la investigación por orden de importancia.

«¿Por qué diablos me engañaste? Todo habría sido tan diferente si las cosas hubieran seguido como estaban, pero ahora no había vuelta atrás», pensó con desilusión al verla y, experimentó emociones encontradas.

En el camino a casa, repasó varios escenarios para castigarla por su delito, pero ninguno parecía suficiente. Denunciarla a las autoridades perjudicaría a su hermano y mancharía la reputación de su familia.

¿Cómo había sido tan idiota como para confiar de nuevo en una mujer después de que su

esposa lo hubiera tomado por tonto? Aunque le fue fiel, a pesar de no amarla y de cumplir todos sus caprichos, nunca fue suficiente.

Era claro de que no había aprendido nada, porque la joven se burlaba de él y lo tenía bajo su control, dándole lecciones de moral y haciéndolo sentir culpable por su comportamiento. Mientras tanto, ella no era más que una cazafortunas que se aprovechó del ingenuo de su hermano menor, y no satisfecha con eso, lo estaba engañando con sus artimañas.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Cristina confundida, y él le indicó que se sentara.

—Eres tú quien necesita ayuda —mencionó Damiano con una sonrisa maliciosa. Lo que más le molestaba era la insolencia de la mujer que jugaba su papel de inocente a la perfección.

—No entiendo a qué te refieres —declaró ella, entrecerrando los ojos.

—¡Deja de fingir y quita esa cara de inocencia que no te queda! —exclamó enfurecido, golpeando la mesa.

Cristina saltó sorprendida por el arrebato de Damiano y se enderezó en su silla.

—No entiendo por qué estás tan enojado, pero si me explicas...

—Muy bien, te explicaré con detalle por qué estoy malditamente furioso.

—Me parece perfecto, porque llegas aquí con una actitud grosera y no dices nada —se quejó indignada. No iba a permitir que le gritoneara.

Sacó una hoja y se la acercó para que la leyera. Era una transferencia bancaria de la cuenta de Donato Mota de Sousa a la fundación que realizaba los pagos de la beca que le habían otorgado.

—No entiendo qué tiene que ver esto.

—Para ser una estudiante brillante que obtuvo una beca por su excelencia, pareces bastante estúpida —dijo con desprecio.

—No voy a permitir que me insultes —replicó, cruzándose de brazos.

—No estás en posición de permitirme nada. Eres una estafadora fichada por la Commonwealth por fraude —anunció con desprecio.

—¡Eso es una calumnia! —dijo, elevando la voz.

Damiano sacó un papel que mostraba la complicidad de la joven con los empleados que estaban siendo buscados.

—Pues ellos dicen lo contrario, y si no fuera porque manipulaste a mi hermano para que te diera dinero, ahora mismo estarías en prisión —acusó, golpeando el escritorio con rigidez.

—¡Estás muy equivocado! Yo no cometí ningún fraude, ellos me retiraron la beca y me exigieron que les devolviera el dinero, pero nunca recibí dinero de Donato.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —afirmó con vehemencia.

El hombre le entregó otras hojas con las transferencias bancarias, en todas ellas aparecía el nombre de Donato como el remitente del dinero.

—Mi hermano sacó dinero de su cuenta para depositarlo a través de la cuenta de la fundación.

—Esa es una beca que me otorgaron gracias a su ayuda...

—No seas ingenua, ese dinero salió de su cuenta personal. Nunca te otorgaron ninguna beca, pero debes ser muy buena en lo que haces para que se haya tomado tantas molestias, incluso falsificando mi firma en los documentos —estalló Damiano y Cristina abrió los ojos sorprendida.

—¿Él me dio ese dinero? —musitó.

—No me digas que no lo sabías. Te transfirió cuarenta mil libras para cubrir el fraude que le hiciste al gobierno, diez mil libras para el próximo curso y quince mil libras para tus gastos mensuales.

Cristina se quedó boquiabierta, era una suma considerable.

—¡Yo no tengo ese dinero! —chilló asustada.

—Tú no, pero las transferencias se realizaron a la Commonwealth y a la universidad, el resto estaba planeando enviarlo cada mes.

—No es justo que me acuses de algo que no hice. Él me dijo que eso sería cubierto mediante la nueva beca de la fundación de su familia. ¿Por qué no habría de creerle? —argumentó Cristina con voz temblorosa.

—Una beca para jóvenes portugueses que quieren estudiar en Londres, ¿acaso eres portuguesa? —preguntó con ironía, y Cristina se mordió la lengua—. Y como si esa suma no fuera suficiente, también te transfirió tres mil libras por cuidar a mi hija.

—Me aseguró que autorizaste el pago —bramó horrorizada ante todas las acusaciones en su contra.

—Y tan tranquila enviaste ese dinero a México.

Fue como si un golpe la dejara sin aliento, las emociones la abrumaron y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó con voz temblorosa.

—Tengo todo tu historial —señaló, apuntando con determinación a los documentos que tenía sobre el escritorio.

La joven sintió terror al escuchar sus amenazas y su mente se llenó de preguntas sin respuesta.

—Te juro que yo no le pedí nada. Él se dio cuenta del problema en el que estaba y se

ofreció a ayudarme, pero puedo pagarte el dinero de tu hermano... —balbuceó, tratando desesperada de encontrar una solución.

—Por supuesto que vas a pagarme, pero de niñera no terminarías nunca —le advirtió con frialdad, y ella se talló las manos húmedas de nervios en las piernas de sus pantalones.

¿Cómo demonios pagaría todo ese dinero? ¿Por qué había sido tan ingenua? Las becas no se otorgaban con tanta facilidad ni en tan poco tiempo.

—Aquí no puedo trabajar, pero puedo volver a México y buscar empleo. Si me das una cuenta te depositaré todo lo que gane. Te lo prometo —suplicó, uniendo los dedos de sus manos en un gesto desesperado.

La risa cínica de Damiano resonó en la biblioteca, y Cristina apretó los labios, sintiendo un nudo en su estómago.

—¿Me crees tan estúpido como para dejarte ir? —respondió, entrecerrando los ojos con una mirada despiadada.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? En este momento no tengo ese dinero y no puedo recuperarlo —chilló angustiada, sintiendo cómo la desesperación la invadía por completo.

—Te quiero a ti —declaró con una sonrisa retorcida.

—No sé qué puedo darte... —dijo ella, sintiendo el corazón apretado en el pecho. El hombre levantó una ceja y su sonrisa se tornó siniestra. Cristina comprendió lo que en realidad deseaba—. ¿Quieres que me convierta en una... una puta? —exclamó, abriendo los ojos incrédula ante la perversidad de sus palabras.

—Es un término demasiado ofensivo. Además, tus favores sexuales no valen tanto. Esto no se trata solo de sexo, es sometimiento. Harás lo que yo te ordene en todo momento, y sí, me satisfarás sexualmente de la forma que yo desee, cuando lo desee y donde lo desee —decretó con un maldito tono de tirano.

—Estás demente si crees que me prestaré a tu enfermo juego —respondió Cristina sorprendida por lo que estaba escuchando, jamás lo pensó capaz de tal bajeza.

En un acto de brutalidad, Damiano se levantó y se abalanzó sobre ella, agarrándola del cuello sin hacerle daño físico.

—Si no aceptas mi propuesta, te enviaré a la cárcel acusándote de fraude y abuso de confianza. Y no olvides que tu familia ya no tendrá el dinero necesario para la rehabilitación de tu padre ni para que tu hermano vaya a la universidad —amenazó sin un ápice de compasión. Se entero de todas esa información cuando investigaron a la joven.

—¿Cómo puedes ser tan malvado? —inquirió con desesperación.

—¿El malvado soy yo? Tú eres quien necesita aprender una lección. No puedes engañar a nadie otra vez —respondió Damiano con desprecio, observándola con una mirada cargada de decepción y desilusión —. Y deja de llorar que tus lágrimas no funcionan conmigo. Fue fácil manipular a mi hermano con tu actuación de mujer recatada y bondadosa. ¿O tal vez eres excelente en la cama? Por eso pagó gustoso —se burló con cinismo, recibiendo una bofetada tan

fuerte de Cristina que su mano le dolió.

El hombre maldijo y se apartó, llevándose la mano a la mejilla. Indignada, Cristina se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta con la intención de marcharse.

—Si te vas, no tendré piedad. Informaré a la universidad sobre la acusación de fraude y tu carrera estará arruinada. Además, piensa en el sufrimiento que causarás a tu familia al descubrir la verdad sobre su hija —le advirtió sin ningún remordimiento.

La joven se detuvo y apretó los puños. La situación estaba en sus manos.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Es realmente solo por dinero? —preguntó, cuestionando sus motivaciones. Él tenía una gran fortuna, por lo que esa cantidad era insignificante.

Damiano aprovechó para acercarse por detrás a Cristina y sujetarla por las caderas. Enterró su nariz en su cabello y suspiró. El aroma de ella lo había obsesionado, y el hecho de que le hubiera mentido lo tenía trastornado loco, pues la había idealizado.

—Me has vuelto loco, paseándote por la casa con poca ropa todos estos días —admitió, y Cristina abrió los ojos con sorpresa.

La única ocasión en que ella salía con shorts muy cortos y una camiseta de tirantes era cuando iba a la cocina en la noche a tomar agua, pero él estaba en el cuarto piso.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Cristina con incredulidad.

—Hay cámaras por todas partes —confesó él, mientras le daba un beso en el cuello que le erizó la piel. Sentir sus manos sobre su cuerpo la estremeció y se odió a sí misma por reaccionar de esa forma después de todas las atrocidades que él le había dicho.

No entendía por qué un hombre tan atractivo recurría a algo tan mezquino cuando no lo necesitaba. A pesar de todo, ella habría estado dispuesta a acostarse con él gustosa.

—Por favor... —susurró, temblando.

—Sé que me deseas tanto como yo a ti. No creo que sea un sacrificio entregarte a mí —dijo con seguridad.

—No se trata de eso, pero esto está mal —respondió Cristina, aceptando la realidad, y él la giró para que lo mirara a los ojos.

—No, esto se trata de poder, y yo lo tengo. Jamás llevaría a la cama a una mujer manipuladora como tú, que solo busca mi dinero, pero no puedo negar que te deseo. Así que las cosas se harán a mi manera. Prometí que nadie me engañaría de nuevo, y debo darte el mérito de que casi lo logras —admitió con desprecio en su voz.

En un arrebato, él sujetó su rostro y la besó. Cristina resistió al principio, pero luego se dejó llevar por la intensidad del beso. A pesar de ser un desgraciado, aquel hombre besaba de manera gloriosa.

Sintiendo cómo cedía ante el beso, Damiano aprovechó para tocarla como había deseado

hacerlo. Un gemido escapó de sus labios al sentir una poderosa erección que se alzaba entre sus piernas. Por su parte, Cristina sentía cómo todo a su alrededor giraba. Era un miserable por manipularla de esa manera. Damiano se apartó de ella y la observó satisfecho por su respuesta.

—Te espero esta noche en mi habitación, después de que acuestes a Mariela. Hablaremos sobre las condiciones bajo las cuales trabajarás. Por cierto, tienes prohibido decirle algo a mi hermano, o nuestro acuerdo llegará a su fin —advirtió, acomodándose el pantalón.

—Estás cometiendo una injusticia y la verdad saldrá a la luz, eso te lo juro —masculló ella, con la mirada fija en el suelo. Abandonó la biblioteca y se marchó, sumida en la desolación.

# Capítulo 14



# Decisiones que cambian tu vida

Por la tarde, Cristina llamó a Fernanda, necesitaba hablar con alguien, aunque no podía revelarle toda la verdad. Dejó a Mariela al cuidado de Marianne, quien amable aceptó ocuparse de la niña por unas horas. Eran las cuatro de la tarde y Cristina debía regresar a más tardar a las siete, además de que era imperativo que pasara por la farmacia. Por ese motivo, acordó encontrarse con su amiga en un Starbucks que se encontraba a un par de cuadras de la mansión. Se puso una bufanda y se abrigó bien. Miró un mensaje, pero al percatarse de que era de Donato, decidió no contestarlo. No estaba preparada para hablar con él y no quería cometer ninguna tontería.

Una vez en la cafetería, pidió un café con leche y se sentó en una mesa del fondo. Eran las once de la mañana en México, así que decidió llamar a su madre.

—Hola, mamá. ¿Cómo está papá? —preguntó con preocupación.

El padre de Mariela había sufrido un accidente tres días después de Año Nuevo y estaba postrado en una cama.

—Mucho mejor. Un nuevo ortopedista lo revisó y nos dio excelentes noticias. Dijo que en seis meses estará como nuevo —respondió la madre con alivio.

—¿En serio? —preguntó Cristina, sintiéndose muy feliz.

—Sí, mi cielo. Gracias al dinero que nos enviaste, pudimos cubrir el costo de los exámenes adicionales, pero te lo vamos a devolver tan pronto como se nos entreguen la inversión de nuestros ahorros. Se retrasaron un poco, pero es seguro que en una semana nos depositarán —explicó la madre de la joven, que se sintió angustiada, ya que no le parecía correcto tomar el dinero de su hija.

—No es necesario, mamá. No quiero que te preocupes por eso en este momento —le aseguró.

—Por supuesto que me preocupo. Ese dinero lo ganaste con tu trabajo y no sería justo aprovecharnos —insistió su madre, consciente de que estaba trabajando como niñera.

La madre de Cristina se sentía orgullosa de su hija, ya que siempre le había enseñado que trabajar para salir adelante no era algo vergonzoso, a pesar de no ser un empleo de acuerdo con su nivel de educación.

La joven llevó la mano a la boca para contener un sollozo. Si su madre supiera en lo que se había metido, se moriría de vergüenza. No podía enterarse de lo que tendría que hacer para no perder la carrera universitaria por la que tanto había luchado. Además, no quería añadir más preocupaciones a las que ya tenía: su padre en el hospital, su hermano con problemas en la escuela y ella sin trabajo, ya que había renunciado para cuidar a su padre durante su recuperación, que duraría varios meses.

—Lo más importante ahora es que papá se recupere.

—Más tarde, cuando vaya a visitarlo, grabaré un video para enviártelo. Mañana traerán la

cama especial y todo lo necesario para traerlo a casa. Le enyesaron una pierna y la cadera, así que no podrá moverse durante dos meses hasta que los huesos se suelden de nuevo.

—Gracias, ¿cómo está mi hermano?

—Mucho mejor. ¿Sabías que perdió la beca? —reprochó su madre y Cristina abrió los ojos sorprendida.

—¿Te lo dijo?

—Después del accidente me lo confesó porque estaba muy angustiado por el dinero. ¿Cómo pudo ser tan irresponsable? Pero ya le dije que estará castigado el resto del semestre y que se olvide su viaje de graduación —se quejó, llevándose las manos a la frente.

—No seas tan dura con él. Todos cometemos errores. Verás que una vez que ingrese a la universidad, recuperará la beca, solo tiene que portarse bien —lo defendió.

—Y por ahora tendremos que pagar la inscripción y la colegiatura completa del primer semestre —dijo preocupada.

Las cuentas médicas se acumulaban y a su padre solo le pagaban el sesenta por ciento de su sueldo, ya que no consideraron su accidente como un incidente laboral.

—El próximo mes te transferiré el dinero para que puedas pagarlo.

—Hija, no sé qué haríamos sin ti.

La puerta del café se abrió y su amiga se acercó con una amplia sonrisa.

—Tengo que dejarte, Fernanda ha llegado. Estoy en un Starbucks cerca del trabajo y vino a verme.

—Salúdala de mi parte.

—Te mando muchos besos desde aquí —dijo con nostalgia.

—Cuídate, mi niña —declaró su madre, conteniendo las ganas de llorar.

Cristina colgó la llamada y se levantó para abrazar a su amiga. Al sentir la calidez de sus brazos, no pudo contener el llanto más tiempo y comenzó a llorar desconsolada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Fernanda, confundida.

—Tengo un problema muy grave —. Decirlo en voz alta fue catártico —. Siéntate y te lo contaré con detalle.

—Dime que te está pasando.

—¿Recuerdas la beca que cubría todos mis gastos?

—Sí, aunque la mensualidad era una miseria —respondió Fernanda, sacudiendo la cabeza en desaprobación.

Cristina negó con la cabeza, refutando las palabras de su amiga.

—El día que fui a la Commonwealth, me informaron que esa beca no era para mí, y que debía devolver todo el dinero que me habían dado.

—¡Dios mío! ¿Por qué cojones no me lo dijiste cuando te pregunté? —exclamó alterada.

—No quería preocuparte y en ese momento no había mucho que pudiera hacer.

—¿Y qué ocurrió?

—Tuve que pagar cuarenta mil libras para evitar ser acusada de fraude.

—¡Qué hijos de puta! ¿Y por eso estás trabajando como niñera?

—Sí, llegué a un acuerdo con mi jefe. Él pagó para evitar que me metieran en la cárcel —mintió con descaro, preparándose para las consecuencias que enfrentaría.

—Vaya, que tío tan generoso —comentó Fernanda.

—Lo sé, no cualquiera haría eso por una desconocida —murmuró entre dientes, aunque no se refería a Damiano, sino a Donato.

—Entonces, ¿qué pasará con el próximo semestre académico?

—Haré lo que pueda, pero estaré a total disposición de mi jefe. Tengo que cumplir con mi trabajo, pero como es el último espero terminarlo sin problemas.

—No tienes otra opción, supongo —señaló.

—De hecho, no la tengo —admitió con una mueca.

—Mira, lo importante es que una vez te gradúes, podrás conseguir un buen trabajo y devolverle el dinero.

—Eso es lo que espero.

—Ahora que lo pienso, ¿cómo cubrirás la matrícula?

—Donato me consiguió una beca de la fundación de su familia.

—¿Su familia tiene una fundación? —exclamó Fernanda, sorprendida, con los ojos bien abiertos.

—Sí, tienen mucho dinero.

—Vaya, quién diría que es un niño pijo —comentó, cruzando los brazos.

—Por favor, no digas nada al respecto. Él es muy reservado sobre ese tema.

—Es una pena que no puedas regresar al departamento. Esa nueva chica me está volviendo loca. Es una guarra y deja todo sucio por donde pasa.

La nueva compañera de cuarto era australiana y no se llevaba bien con Fernanda. Además de su falta de higiene personal, dejaba un rastro de suciedad a su paso.

—Podrías encender unas velas aromáticas —sugirió Cristina, esbozando una sonrisa

entre lágrimas.

—Más bien, le voy a meter la vela por el culo a esa asquerosa —gritó enojada y la joven soltó una risotada por la cara de su amiga.

—Voy a extrañarte. Me hubiera gustado regresar contigo —confesó Cristina con pesar.

—Pero estarás viviendo en una mansión en la zona más exclusiva de Londres, aunque bastante lejos, por cierto. ¿Cómo llegarás a la universidad?

—Usaré el metro —contestó.

—Eso te tomará unas dos horas hasta aquí.

—¿Tardaste tanto en llegar? —preguntó Fernanda con sorpresa.

—Sí, y eso que vine en taxi —explicó la rubia.

—Perdón por hacerte perder tanto tiempo...

—No digas tonterías, para eso somos amigas.

—Tendré que tomarme mi tiempo —murmuró Cristina, reflexionando sobre cómo sería su rutina diaria —, pero cuéntame, ¿cómo te fue en tus vacaciones?

—Mira mi bronceado, nena.

—¡Luces espectacular!

—Me expuse al sol como Dios me trajo al mundo y terminé quemándome por igual. Además, me lié con un chico que conocí en el hotel y tenía una habilidad lingual que me hizo ver estrellas —dijo con un suspiro. Cristina soltó una risotada ante las ocurrencias de su amiga.

—Me alegro por ti —respondió con una sonrisa.

—Lástima que no tuviera futuro —dijo con un suspiro Fernanda, apoyando su barbilla en su brazo sobre la mesa pensativa.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba de paso. Lo contrataron como barman y su vida consistía en recorrer el mundo —le explicó, era un hombre que solo quería una aventura diferente con cada mujer que le atraía.

—¿Cómo se sentirá vivir de esa manera? —se preguntó Cristina, absorta, mirando hacia el fondo de la cafetería a ningún lugar en específico.

—Nunca lo sabremos, porque tenemos demasiados sueños por cumplir y mucho dinero por ganar —respondió Fernanda, intentando animarla.

—Tienes razón —admitió Cristina, y se encogió de hombros.

Continuaron charlando durante otra hora hasta que el sonido del móvil interrumpió su conversación y Cristina se despidió de su amiga, prometiéndole que se encontrarían en la Universidad. Ahora tenía que apresurarse para regresar lo antes posible.



Tomó el bote de champú y se echó un poco en la mano para lavar el cabello de Mariela.

—¿Mi papá ya no está enojado contigo? —preguntó la niña con inocencia y la joven apenas sonrió.

—No, cariño. Solo fue un malentendido —respondió sin apartar la vista de los mechones de pelo de la pequeña.

—Me pondría muy triste si te despidieran. No quiero que te vayas nunca —confesó con un puchero, y el corazón de Cristina se encogió. A fin de cuentas, ella no tenía la culpa.

—No te preocupes, eso no va a pasar —le aseguró.

—¿Cuando vuelvas a la escuela, me dejarás mucho tiempo sola? —le preguntó en un susurro.

—Un poco, pero siempre estaré aquí para cenar juntas, bañarte y acostarte —admitió con pesar. Se estaba encariñando demasiado con la niña y cuando se fuera sufrirían las dos por igual.

—¿También estarás para leerme mi cuento?

—Por supuesto que estaré para leerte tu cuento —le aseguró Cristina, tratando de hacerla sentir segura—. Además, no estarás sola. Recuerda que entrarás al colegio y harás muchos amigos.

—¿Y si no me gusta? —preguntó Mariela encogiéndose de hombros, recordando su experiencia anterior no tan buena.

—Si pones de tu parte, te va a encantar.

—El uniforme es muy bonito —mencionó Mariela, inclinando la cabeza con una sonrisa.

Cristina le había tejido una bufanda con los colores del colegio para que la usara en su primer día.

—Te verás preciosa y harás muchos amigos —la animó.

—¿Cuándo te gradúes ya no serás mi niñera?

—Eso está muy lejos aún —declaró Cristina, mientras empezaba a enjuagar el cabello de Mariela con agua calientita.

Brentwood School fue la mejor elección, ya que era el colegio menos estricto de todos y también el más cercano a su casa, aunque seguía siendo privado.

Terminó de bañar a Mariela, le secó el cabello y le puso su pijama favorita. La niña se lavó los dientes, agarró a su cerdita Rachel y se acomodó en la cama, esperando a que Cristina le leyera su cuento favorito del lobo feroz y los tres cerditos. Justo cuando estaba a punto de terminar, recibió un mensaje de Damiano recordándole que la esperaba. Se levantó, le dio un

beso a Mariela y se dirigió al cuarto piso.

Tocó la puerta y escuchó la voz de Damiano.

—Entra —ordenó, y Cristina tragó saliva.

El hombre estaba sentado en un sillón en la enorme habitación, sumida en la penumbra. Sostenía un vaso de whisky en la mano, junto a una botella y otro vaso en una mesita cercana.

Señaló otro sillón para que ella se sentara, y ella lo hizo sin decir una palabra.

—Toma un trago —le ordenó, pero ella negó con la cabeza.

—No... gracias —contestó, apoyando las manos en las piernas.

Damiano estaba recién duchado, con el cabello húmedo y solo vestía una camiseta blanca y pantalones de pijama.

A pesar de lo extraña que era la situación, no podía evitar sentir la atracción que había surgido entre ellos en las últimas semanas. Por eso se mostraba tan indiferente a su lado y lo evitaba a toda costa. Ahora ya no podía seguir haciéndolo.

—Como gustes —respondió el hombre que la miraba atento, tomando un trago de su vaso—. ¿A dónde fuiste esta tarde?

Cristina apretó las manos, pero decidió responder. No le molestaba que le preguntara; lo que le exasperaba era la forma en que lo hacía.

—Fui a tomar un café con una amiga. Acaba de regresar de España —le explicó. A fin de cuentas, no tenía nada que esconder.

—¿Es tu compañera de clase? —preguntó él, mirándola fijo y ladeando la cabeza.

—No, vivíamos juntas. Fernanda está haciendo una maestría en psicología.

—¿Qué le dijiste? —indagó, mientras continuaba observándola con intensidad.

—No soy tan estúpida como para contarle la verdad, pero necesitaba hablar con alguien —admitió entre dientes.

—Sé muy bien que no eres estúpida —afirmó con ironía.

Ella entrecerró los ojos y resopló, molesta por sus indirectas.

—¿Dejarás el sarcasmo de lado o seguirás echándomelo en cara? —masculló, mirándolo a los ojos.

—¿Así que vienes con ganas de pelear? —replicó Damiano.

Cristina negó con la cabeza y se frotó la frente con los dedos.

—No se trata de eso, pero me molesta que insinúes en cada frase, que tengo una mente astuta y calculadora capaz de embaucar a dos hombres adultos. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso? Te aseguro que, si fuera posible, no estaría en esta situación tan difícil —respondió furiosa ante la incredulidad reflejada en el rostro de Damiano.

Chilló enfurecida y tomó la botella de whisky para servirse un trago. Ese hombre era imposible; era más fácil hablar con una pared.

Molesta prosiguió: —Está bien, si quieres creer que soy una cualquiera convenenciera y que he utilizado mis habilidades sexuales, adelante. Soy tan malvada que fui capaz de perpetrar un fraude en el gobierno porque soy así poderosa —bramó.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó con rabia.

—Estoy diciéndote lo que quieres escuchar. Entonces, hablemos ahora de las condiciones, como me pediste. Me arrastraré, me humillaré y me someteré a ti en todos los sentidos, pero seguirás pagándome cada mes lo acordado —le advirtió fuera de sí. Necesitaba ese dinero, su familia dependía de ello, así que se tragaría su orgullo y pensaría en los que más la necesitaban.

—Es eso lo único que te importa, ¿verdad? —señaló con ira.

Ignoró su comentario y siguió hablando decidida: —Regresaré a la universidad y terminaré ese maldito posgrado, porque será la única forma de escapar de esta pesadilla. Y cuando lo haga, me largaré para no volver a verte nunca más —clamó furiosa.

Nunca imaginó que sería capaz de enfrentarse a Damiano, pero estaba harta. No importaba lo que le dijera para negar su culpabilidad; al final, terminaría haciendo lo que él quisiera.

El hombre se levantó, la agarró del cabello y la besó con pasión. Estaba enfurecido y deseaba hacerla sufrir, doblegarla y reparar su orgullo herido. Aunque Cristina se sorprendió por su arrebato, reaccionó y lo mordió con fiereza.

Damiano gruñó y se apartó, desafiándola con la mirada, sin soltar su puño en su cabello, mientras ella lo miraba sin intimidarse.

—No te preocupes, cumpliré mi palabra, pero quiero que me des tu horario y que me informes sobre dónde te encuentras en todo momento —ordenó.

La soltó como si su tacto le quemara, pero ya no podía contenerse más. La joven sacó su teléfono móvil y le envió por correo su horario semanal.

—Te he enviado mi horario. Mis clases son por la mañana para poder pasar la mayor parte del día con Mariela —dijo ella con una sonrisa, inclinándose en una reverencia.

—¿Mi hermano te dará clases? —preguntó Damiano apretando los dientes.

—Sí, en la primera hora —admitió ella, y Damiano gruñó—. Tendré que salir muy temprano porque estamos bastante lejos de la universidad.

Le urgía irse de allí, pues su actuación estaba a punto de desmoronarse. Era miércoles por

la noche y quedaban pocos días para regresar a clases.

—Si no tienes nada más que decir —declaró Damiano, y ella se cruzó de brazos—. Está bien. Quítate la ropa —decretó mientras se sentaba de nuevo.

—¿¡Perdón!? —exclamó ella, bajando los brazos y enderezándose.

—Dije que te quites la ropa —repitió él con un movimiento de cabeza.

—Pero...

—¿Qué parte de "harás lo que te ordene" no quedó claro? —interrumpió él, mirándola de arriba abajo—. Tienes lo que pediste, ahora quítate la maldita ropa. No lo voy a repetir otra vez —dijo con exigencia, y la joven tragó saliva al darse cuenta de que con esa instrucción perdió la fiereza con la que lo había enfrentado.

No deseaba que él se diera cuenta de lo asustada que se sentía, así que, decidida a seguir representando su papel, se quitó la blusa, dejando a la vista su sujetador rosa, y luego se deshizo de los pantalones, quedando solo en ropa interior.

No se cubrió, aunque ganas no le faltaron.

—¿Qué más ordena el señor? —preguntó con ironía.

—Arrodíllate —dijo señalando un punto entre sus piernas, pero no podía dar marcha atrás.

Hizo lo que le pidió y apoyó las palmas de sus manos sobre sus muslos. Su pijama era suave y cálida. Estar tan cerca y en esa posición le aceleró el corazón, pero ella no era una mujer sumisa y nunca lo sería. Había tenido mucho sexo, aunque solo con una pareja, y ya no era una adolescente asustadiza.

Deslizó sus manos hasta su estómago y metió las manos debajo de la camiseta para tocar su duro abdomen. Su piel era suave, pero las ondulaciones de los músculos se sentían gloriosas. Cristina se acomodó entre sus piernas, bajó la cabeza y mordió su pecho. El hombre respondió sin poder evitarlo.

Damiano quedó desconcertado por su atrevimiento, y eso le molestó porque no la intimidó como deseaba. Le cogió las manos para detenerla, pues la primera vez que estuviera con ella, él tendría la voz cantante, pero su cuerpo reaccionaba sin importarle nada más.

—Las cosas no serán como tú quieres —le advirtió, y Cristina cayó de nalgas en el tapete.

—¡Quién te entiende! —evidenció su reacción con un tono inocente. Era un juego peligroso, pero lo sacaría de quicio. Planeaba desesperarlo para que la echara de su habitación.

Damiano se levantó del sillón y ella ocultó una risita que desapareció cuando él regresó con una camiseta en la mano.

—Póntela y métete en la cama —demandó aventándole la prenda, que la joven cogió.

—Necesito ir a mi cuarto a recoger mis cosas —se justificó balbuceando. Por la noche,

solía desmaquillarse, lavarse la cara y luego los dientes.

—Tus pertenencias están en el baño y las maletas en el armario —mencionó sin inmutarse.

—¿Alguien movió mis cosas?

—Por supuesto, pero no fui yo —admitió con cinismo.

Cristina se quedó sorprendida, pues ese alguien que subió sus cosas a la habitación se dio cuenta de que ahora dormiría con él y por consiguiente todo el jodido servicio.

—Pero se van a dar cuenta —se quejó con un chillido, levantándose con la camiseta en la mano.

—No creo que te importe mucho tu reputación, así que has lo que tengas que hacer y quítate el brassiere, porque quiero acostarme —le exigió.

Sintió que su rostro se desencajaba por la ofensa, pero se recompuso. Corrió hacia el baño y cuando cerró la puerta, experimentó cómo la dignidad, que era lo único que tenía, se hizo añicos.

Miró el enorme lavabo doble con sus productos ordenados en uno de los extremos. Un dolor en el pecho la embargó, pero tenía que ser fuerte, esa pesadilla terminaría.

Después de hacer lo que acostumbraba, salió sin una gota de maquillaje y se acostó en la cama. Las luces estaban apagadas y el colchón era tan grande que con facilidad cabrían más de cuatro personas.

Se metió debajo del edredón, agarró la almohada y se acostó de lado dándole la espalda a Damiano, que estaba a su lado, pero tan alejado que no la tocaba. El colchón era suave y las sábanas olían a su perfume, un aroma varonil y agradable. Sintió cómo el hombre la jaló y la pegó contra su pecho.

Ella se estremeció, pero no dijo una palabra. Después de tantas fantasías que había tenido con él, ahora era una jodida pesadilla. Los dedos de Damiano recorrieron sus brazos desnudos y su piel se puso de gallina. Él le dio un beso en el cuello y la olió.

—Me gusta tu aroma. Siempre hueles muy bien —declaró mientras la enjaulaba en sus brazos.

Deslizó sus manos alrededor de su cintura tocando su piel, pero para su total sorpresa no hizo nada más.

Cristina sintió como su corazón latía a toda velocidad y esperó lo peor, pero en lugar de eso, Damiano se quedó quieto. Él sintió cómo Cristina se puso rígida como si no quisiera respirar y sonrió.

—Duérmete —ordenó de nuevo.

Después de unos minutos, el hombre se durmió y Cristina se relajó al darse cuenta de que no intentaría nada más, por lo que también se quedó dormida, pero su sueño fue inquieto y lleno

de pesadillas.



El hombre no pudo resistirlo más, sin tocarla, sin poseerla. Tenerla a su lado era como experimentar el paraíso y el infierno al mismo tiempo, pero no tenía tanto dominio y control sobre sus instintos. Así que, en la madrugada, sin poder evitarlo, hizo lo que tanto anhelaba: acariciarla.

Los ojos de Cristina se abrieron con pereza cuando sintió la invasión de una mano por debajo de la camiseta que cogió uno de sus senos. Tal como le ordenó la noche anterior, solo tenía puesta su camiseta y sus pequeños calzones. En posición fetal, de espaldas a Damiano, se movió un poco cuando unos dedos le dedicaron caricias ardorosas.

No era un sueño.

No era una alucinación.

No era un espejismo.

Un jadeo brotó de sus labios justo cuando en el cielo cruzaba un relámpago. Extasiado, Damiano se pegó a su cuerpo y le rozó su erección palpitante, casi dolorosa que crecía entre sus piernas.

—¿Qué me hiciste? —exclamó entre dientes enardecido, pero Cristina no podía hablar, la excitación la obligaba a gemir y mover las caderas al ritmo de las de él —. Odio no poder controlar esto.

Deslizó el brazo por debajo del cuerpo de Cristina y con furia indómita acarició a su antojo sus senos.

—No te entiendo —murmuró ella entre gemidos —, no puedo.

Una mano abandonó uno de sus senos y se deslizó dentro de su ropa interior. Cristina arqueó la espalda al sentir la deliciosa invasión del dedo de su jefe.

—Yo tampoco —reconoció Damiano, jadeante—. Créeme —gruñó molesto.

Con la yema del dedo corazón frotó el punto más erógeno del sexo de Cristina, cuya boca se llenó de gemidos de placer incontrolable.

—Folla mi dedo —le ordenó él a la vez que rozaba su erección contra sus nalgas—. Obedece.

Cristina no obedeció su orden, sino a su instigadora necesidad. Movió la pubis contra el dedo de Damiano, enloquecida por la lujuria y el morbo que ese hombre despertaba en ella.

—Joder —farfulló enajenado—, necesito sentirte.

Retiró el dedo y Cristina protestó entre dientes. Damiano, se arrodilló a su lado, se quitó la camiseta, dejando a la vista de ella su impresionante torso.

—Quítate la camiseta —demandó. Su tono era seco, duro, pero también suplicante.

Cristina, que ya no estaba soñolienta para nada, se arrodilló delante de él y con un movimiento muy sensual, se quitó la ropa que él mismo le dio. La lanzó a un lado y tardó unos segundos antes de hacer lo mismo con su ropa interior, incendiándolo con cada gesto.

—¡Maldita sea!

Desnuda, delante de él y de rodillas, casi lo eleva al frenesí sin la necesidad de tocarla siquiera.

—Túmbate.

Ella lo hizo con una lentitud que solo aumentó el deseo en Damiano, que no fue capaz de ocultarlo, porque, sencillamente, no podía.

—Mírame.

Impaciente, se acomodó entre las piernas de Cristina y buscó sus ojos antes de penetrarla hasta lo más hondo de su ser.

—El pacto fue sellado —declaró con un gemido de placer y Cristina se estremeció —. Ahora ya no hay vuelta atrás —le hizo ver.

Ella sabía que tenía razón, por lo que se entregó a la pasión y la necesidad, que solo ese hombre podía hacerla sentir. Encendida por el placer de tenerlo entre sus brazos cerró los ojos y se aferró a sus fuertes hombros, con gozo.

# Capítulo 15



# De vuelta a la universidad

La alarma de su móvil resonó a las cinco de la mañana. Con un gesto ágil, extendió el brazo y apagó el despertador que yacía en la mesilla. La mitad del cuerpo de Damiano reposaba sobre el suyo, su cabeza apoyada en uno de sus senos, y su mano aferraba con firmeza su cadera.

Ella se movió un poco y el hombre gruñó en respuesta. Habían pasado cinco noches durmiendo juntos, cinco noches en las que, sin pronunciar una sola palabra, Cristina se entregaba entre los brazos de Damiano. Su relación estaba llena de un deseo reprimido y una mezcla de pasión y rabia, pero a pesar de todo, ella lo disfrutaba.

El domingo, Donato fue a buscar a su sobrina y la invitó a pasar el día con ellos, pero Cristina rechazó su invitación, ya que Damiano le había prohibido de forma tajante acercarse a su hermano.

Los celos hacían que él se comportara de manera irracional, y tras recordarle que no toleraría ninguna traición, terminaron teniendo relaciones sexuales en el sofá de la biblioteca y en la piscina climatizada. Esa noche, volvieron a intimar, y fue como si él quisiera consumirla por completo.

—Tengo que levantarme —replicó Cristina, aunque se sentía exhausta.

Era su primer día de vuelta a la universidad, su último semestre para al fin terminar su máster.

—Son las malditas cinco de la mañana —se quejó él, sin tener intención de levantarse aún.

—Necesito tomar una ducha y arreglarme. Luego tengo que ir a buscar a Mariela para prepararla —le recordó.

—Margaret llegará a las seis y media, que ella se ocupe. No te levantes —murmuró entre dientes, mostrando su descontento.

—Por favor, le prometí que lo haría —murmuró Cristina con renuencia, mientras se movía para incorporarse. Ambos estaban desnudos en la cama, apenas cubiertos por una sábana. La joven se agachó para recoger su pijama, momento que él aprovechó para aferrarla por la cintura.

—¿A qué hora regresarás? —inquirió, depositando un beso en medio de su espalda.

Su erección se erguía poderosa, era asombroso cómo la deseaba en todo momento, y cada encuentro parecía superar al anterior.

—A más tardar a las tres.

Él se colocó detrás de ella y rozó su virilidad entre sus nalgas.

—Creo que tomaremos esa ducha juntos —declaró con determinación, y ella se dirigió al

cuarto de baño.

Abrió el grifo de la ducha y se adentró en el agua, cerrando los ojos mientras sentía cómo él se posicionaba detrás de ella.

—Necesito estar dentro de ti —exclamó con un jadeo lleno de deseo.

El hombre bajó su mano y estimuló su clítoris adolorido, provocando gemidos excitados en ella. Cuando Damiano percibió que estaba lo bastante húmeda, la penetró desde atrás.

—¡Oh, Dios! —murmuró él, moviendo sus caderas para enterrarse una y otra vez.

Cristina colocó sus manos sobre una barra sujeta a la pared, aferrándose a ella para evitar resbalar.

Los senos de la joven se balanceaban con el ritmo del encuentro. Los jadeos del hombre resonaban con fuerza y el choque de sus caderas contra su trasero la impulsaba hacia adelante.

Damiano deslizó sus manos alrededor del cuello de Cristina mientras cogía uno de sus senos. Ella contuvo un grito al llegar al orgasmo. Él resoplaba mientras bombeaba con frenesí hasta que sintió que estaba a punto de terminar, salió de su interior y descargó su semen sobre su espalda.

Se negaba a usar condones y prefería terminar afuera, pero eso cambiaría porque el hombre le exigió que utilizara algún método anticonceptivo, para evitar un embarazo.

Mientras estaban desnudos, Damiano se mostraba apasionado y entregado, pero al vestirse volvía a comportarse como un completo idiota. La giró, la besó en los labios y la estrechó contra su pecho. El agua caía sobre sus cuerpos, limpiándolos. Tomó el jabón líquido y comenzó a lavarla, acariciando su cuerpo en el proceso. Luego fue el turno de Cristina, quien lavó su propio cabello y lo enjuagó. Al salir de la ducha, se envolvió en una bata y comenzó a secarse.

Damiano se colocó una toalla alrededor de la cintura, tomó su afeitadora eléctrica y se rasuró mientras observaba cómo la joven se frotaba el cuerpo con un gel humectante. En un tiempo récord, secó su cabello, se maquilló y se pintó los labios. Roció un poco de perfume y fue a vestirse.

Sabía que tenía que coger el metro y debía abrigarse, ya que afuera hacían ocho grados apenas. Se puso unas mallas gruesas y un suéter de cuello alto. Tomó una bufanda gruesa y la enrolló sin mucho cuidado. Luego, agarró sus calcetines de lana y se enfundó en sus botas térmicas. Cogió su anorak negro del perchero y regresó al baño, donde Damiano estaba terminando de afeitarse.

Él la miró de arriba abajo y se dio cuenta de que iba vestida para enfrentar las inclemencias del tiempo. Estuvo a punto de ofrecerle llevarla, pero se mordió la lengua.

—Voy a la cocina por un café y a buscar a Margaret —dijo Cristina.

Él asintió y ella se marchó. Damiano cerró los ojos y dejó escapar un gruñido. Se estaba dejando llevar por esa maldita mujer de nuevo. Necesitaba recordarse a sí mismo que lo engañó y que aceptó timar al idiota de su hermano, a quien vería a solas en unas horas.

«¡Maldita sea! No te comportes como un imbécil enamorado» se reprendió mentalmente, luchando contra los sentimientos que lo invadían. Pero cuando al fin la tuvo entre sus brazos, cada roce de su piel era como tocar el cielo.

Con cada encuentro, la lujuria y la pasión lo dominaban, eclipsando todo lo demás. No obstante, en medio del frenesí del momento, no podía olvidar las circunstancias que regían su relación y se recordó a sí mismo que no debía ser compasivo con ella. Estaba decidido a llevar a cabo su venganza, sin importar las emociones que pudiera experimentar.



La joven entró a la cocina y se encontró con las miradas recelosas del resto del personal femenino. Entre susurros, insinuaban que ella era la amante del patrón, y no estaban equivocadas. Incluso Marianne, quien había sido amable con ella, había cambiado su actitud. La única que seguía siendo afable era la cocinera.

—Buenos días —anunció Cristina, recibiendo solo la respuesta de Patricia.

—Buenos días, ¿vas a la universidad? —preguntó la cocinera, y Cristina asintió.

—En un momento, solo tengo que dejar a Mariela lista.

—Todo está preparado para llevarla al colegio, puedo ocuparme yo —aseguró la señora Margaret, y ella se mordió el labio.

—No lo dudo, pero prometí que la despertaría. —Revisó el reloj y se dio cuenta de que solo contaba con veinte minutos para estar con la niña y llegar a tiempo al campus.

—Puedes despertarla y yo me quedo con ella —sugirió Margaret amable.

Cristina preparó el uniforme y la mochila de Mariela un día antes. La niña desayunaría y almorzaría en el colegio.

—Gracias. Está bien, porque no quiero llegar tarde en mi primer día.

Ambas mujeres se dirigieron a la habitación de la pequeña, quien dormía profundamente. Cristina se acercó a la cama y la despertó con un beso en la frente.

—No quiero ir al colegio, es muy temprano —farfulló Mariela, abrazando a Rachel, su cerdita con la que dormía.

—Lo siento, corazón, pero debes cambiarte y luego desayunar —le dijo Cristina con pena, pero esa sería su rutina de ahora en adelante.

La niña la miró lista para salir y arrugó la nariz.

—¿Te vas a ir sola? —preguntó.

—Claro, soy una niña grande —respondió Cristina y la niña soltó una risita—. Pero como tú eres una princesa, un chofer te llevará.

—Tú también eres una princesa —replicó la niña con una mueca.

—Pero yo no tengo carruaje, así que arriba para que Margaret te cambie —dijo Cristina.

—Quiero mi bufanda, por favor —pidió la niña.

—Te la pondrá cuando estés lista para salir, sobre tu abrigo —explicó Cristina.

—Ven, vamos a lavarnos los dientes y la cara —dijo la niñera, y ella asintió.

Antes de entrar al baño, la niña regresó corriendo y abrazó a Cristina.

—Anoche recé para que nuestro primer día fuera especial —le susurró al oído.

—Muchas gracias, preciosa —besó su cabeza y la niña se fue.

Cristina agarró su mochila y se marchó. Afuera estaba lloviznando, así que subió la capucha de su anorak impermeable y corrió hacia la estación de metro, que se encontraba a una cuadra de la privada donde estaba la mansión.

# Capítulo 16



# El primer día

La lluvia arreció a la salida del metro, pero gracias a que llevaba su pequeño paraguas, llegó sin contratiempos, solo con las botas un poco salpicadas. Lo bueno era que, como tenía tiempo, había investigado el tema que verían el primer día. Donato sería su profesor de fusiones y adquisiciones. El plan de estudios era muy interesante.

Se quitó el abrigo acolchado y lo colgó en el asiento. Nunca había estado en ese salón, era más grande porque había más alumnos inscritos. El lugar se llenó con rapidez, y un joven se ubicó a su lado. Cristina sacó su bloc de notas, una carpeta y su pluma morada que siempre llevaba consigo.

El salón, tipo estadio, con varios niveles, le pareció impersonal. Estaba acostumbrada a espacios donde tenía más contacto con el maestro, aunque los asientos eran bastante cómodos y la mesa era conveniente para escribir.

Cogió su móvil y lo dejó a un lado, ya que si míster gruñón le enviaba un mensaje y ella no lo contestaba, se armaría un gran problema. Como era su costumbre, escribió el nombre de la materia, la fecha y la hora. Sus notas siempre eran ordenadas y su caligrafía era inmaculada.

—Hola, mucho gusto —dijo una voz a su lado y la joven giró la cabeza para mirar quién le hablaba.

—Mucho gusto, soy Cristina Navarro —se presentó y le ofreció la mano que el joven estrechó.

Le pareció bastante simpático, le mostró una linda sonrisa con unos dientes blancos y perfectos. Tenía una barba de candado cortada de manera impecable y el cabello engomado. Era moreno, de cejas negras y gruesas. Además, se notaba que se preocupaba mucho por su aspecto, ya que sus manos lucían un manicure impecable. Incluso mejor que las de la joven, que no se arreglaba en forma las uñas desde que había llegado a la ciudad.

—Omar Al Fadid. Nunca te había visto —se presentó con una sonrisa ladeada.

—Posgrado en Banca y Finanzas —declaró, aclarando al joven porque no se habían encontrado antes en sus clases.

—MBA en Administración Empresarial —citó, y ella asintió—. Dicen que el profesor es un poco difícil —susurró, y Cristina reprimió una risita porque consideraba a Donato como un hombre justo y amable.

—No creas todo lo que dicen —musitó mirando al frente. Omar se encogió de hombros, ya que las referencias que había escuchado no eran favorables.

Su móvil vibró y se escuchó la música de la película "Psicosis", que le pareció apropiada para anunciar un mensaje del irascible Damiano. Omar levantó una ceja divertido y ella cogió el móvil.

La joven leyó el mensaje, sacudió la cabeza y contestó: "Todo bien, esperando a que llegue el profesor."

Colocó el móvil boca abajo y observó cómo él la miraba.

—¿Tu novio? —le preguntó.

—No, mi jefe —aclaró.

—¿Trabajas?

—Sí, trabajo a tiempo parcial como niñera —admitió.

—Interesante.

Donato entró al salón de clases y vio cómo Omar, el hijo menor de un rico petrolero a quien reconoció de inmediato, estaba al lado de Cristina, demasiado sonriente, y frunció el ceño.

Antes de que Cristina pudiera contestar, el maestro llamó la atención de la clase para iniciar, y la morena giró su cabeza. Le pareció extraño verlo con una mueca en el rostro en lugar de su clásica sonrisa cálida, así que tomó su pluma dispuesta a escucharlo.



Al terminar la clase, recibió un mensaje de Fernanda avisándole que la esperaba en la cafetería. Recogió apresurada sus cosas, ya que la próxima clase comenzaría dentro de una hora y, tenía hambre. No había tenido tiempo de comer nada porque había salido tarde de la mansión, así que tendría que organizarse para llevar un sándwich y comerlo en el metro.

—¿A dónde te diriges? —le preguntó el joven que la observaba atento.

Ella cogió su abrigo. Estaba tan ensimismada que no se había dado cuenta de que él aún la acompañaba.

—Una amiga me espera —respondió, y se colgó la mochila al hombro.

—Me gustaría formar equipo contigo —confesó el joven, y Cristina miró a su alrededor. Como todos se habían ido, pensaba hacer la investigación sola.

—Está bien —aceptó contenta. Hasta ese momento no había hecho ningún amigo, las personas de sus clases siempre estaban ocupadas y no mostraban interés.

—¿Nos vemos en la biblioteca a la una?

Tenían que crear una empresa ficticia que utilizarían durante todo el semestre para aplicar los diferentes escenarios que se presentarían en cada módulo.

—¿Puede ser a las doce? Es que tengo que regresar lo antes posible a mi trabajo, y la casa de mi jefe queda bastante lejos.

El joven revisó su móvil y luego contestó: —Está bien, pero puede que llegue quince minutos tarde porque mi última clase está al otro lado del campus —le explicó.

—No hay problema, te esperaré —le dijo a Omar, quien se despidió.

La joven bajó los escalones, pero antes de poder salir, Donato la detuvo.

—Cristina, me gustaría hablar contigo —le informó.

Había estado observando su interacción con ese alumno en lugar de ir a su oficina. Damiano le había advertido a la joven que no quería que estuviera cerca de su hermano, pero no era como si pudiera negarse a entablar una charla con su maestro.

—¿Qué pasa? —preguntó ella y apretó la correa de la mochila que llevaba en el hombro.

El joven se cruzó de brazos y se recargó en el escritorio mirándola fijo.

—¿Qué quería el señor Al Fadid? —le cuestionó de manera formal.

—Ah, Omar —dijo ella, y él asintió—. Me pidió hacer equipo para trabajar en la propuesta de empresa que pediste.

—¿Solo ustedes dos? —indagó interesado.

—El resto de los equipos se reunirán por la tarde y yo no puedo, tengo que regresar lo antes posible. Mariela regresa a las tres y Margaret se va a las siete, por eso acepté. Aunque mi intención era hacer el trabajo sola —expuso.

—Tengo muy malas referencias sobre su comportamiento. Sus maestros anteriores no están muy contentos con su actitud y desempeño —le dijo molesto.

La joven se mordió la mejilla, pero no se quedó callada.

—No es que no crea lo que me dices, pero no tengo muchas opciones. Además, si me deja colgada, haré el trabajo y no pasa nada —admitió encogiéndose de hombros.

—Está bien, pero si necesitas ayuda, me avisas —le ofreció, y Cristina sonrió.

—Gracias, me voy porque mi amiga Fer me espera para comer algo.

—La casa de Damiano está demasiado lejos, ¿verdad? —preguntó curioso.

—Un poco, pero me acostumbraré —anunció.

—Me dijo un amigo que se desocuparán varias habitaciones, si te interesa puedo decirle…

—No, no —clamó casi con temor, pero se mojó los labios y sonrió para disimular su preocupación —. Estoy bien así. Recuerda mi compromiso con tu hermano y necesito el trabajo —le aseguró.

Se despidió de nuevo y se fue. Apenas tenía cuarenta minutos para tomar algo.

Solo pudo comprar un paquete de galletas y una botella de agua, que no pudo ni abrir. Saludó a su amiga y corrió a su siguiente clase. Estuvo interesante, pero no tanto como la

primera. Aunque no podía juzgarla por un solo día.

En cuanto dieron las doce, se dirigió a la biblioteca a uno de los cubículos de estudio. Había una mesa en el centro, cuatro sillas y un pizarrón. Lo interesante es que podías pedir libros y dejarlos dentro en una repisa especial.

Sacó su portátil y comenzó a trabajar en uno de los formatos que Donato mostró en clase. Avanzaría para que cuando llegara Omar, todo fluyera con más rapidez.

La puerta se abrió y entró su compañero con un par de vasos en la mano.

—Perdón por llegar tarde.

—Apenas estaba empezando —le dijo tranquilizándolo.

—Puedes proyectar la imagen de tu computadora en la pared —le explicó y sacó una pantalla del techo.

—Claro, dame un momento —aceptó y envió la imagen del documento para compartirlo.

—Te traje un café —le informó, ofreciéndole un vaso de cartón.

—Muchas gracias. —Cristina lo aceptó de buena gana, porque necesitaba cafeína para seguir funcionando.

—Tiene leche y azúcar.

—Créeme que lo necesito.

Le dio un trago que le supo a gloria, el café estaba dulce, pero fue como combustible para su organismo.

—Podría ser una empresa extranjera con una sucursal en el país que importe algo —sugirió Cristina y el joven asintió —. ¿Cómo le quieres llamar a la empresa y de qué giro será?

—Aramco y el producto: petróleo —respondió sin pensarlo.

—Pero necesitaremos la cadena de suministro para las proyecciones...

—Tengo toda esa información —dijo seguro y se recargó en la silla. Ella ladeó la cabeza sin comprender.

—¿De dónde la sacarás? —le preguntó y le dio otro trago al café, que estaba delicioso.

—De la empresa de mi padre —admitió, y la joven se ahogó con el líquido caliente.

Tosió sin poder evitarlo y se levantó para recuperar el aliento. Respiró profundo y se sentó de nuevo.

—Perdón, se me fue por el lado equivocado —balbuceó tosiendo —. Pero ¿qué no se supone que esa información es confidencial?

—Puedo pedir que maquillen las cifras, pero te advierto que puede que algunos informes estén en árabe.

—¿De dónde es la empresa?

—De Arabia Saudita.

La joven se impresionó, porque eso significaba que el padre de Omar era un hombre muy rico y, por lo tanto, su hijo también.

—No tengo problemas. Para eso hay traductores.

—O estoy yo —dijo con una sonrisa.

Tenían que hacer un documento y luego cargarlo en el simulador financiero que usarían todo el semestre.

—¿Hablas árabe?

—Desde pequeño —admitió, y ella abrió la boca sorprendida.

—Bien, entonces empecemos a trabajar —expuso la joven con una sonrisa, porque sería una empresa muy interesante de utilizar para el ejercicio.

El joven pidió los documentos y recibió una cantidad abrumadora de información. Trabajaron incansables hasta que la puerta del cubículo se abrió y apareció Donato con el rostro descompuesto.

—¿Dónde está tu móvil? —le cuestionó sin siquiera saludar.

Cristina abrió la bolsa y lo buscó, pero no lo encontró.

—No lo tengo —dijo preocupada y rebuscó en sus cosas. Era imposible que no lo tuviera porque estaba segura de que lo había guardado en la mochila.

La joven tomó la botella de agua, que aún no había abierto, y le dio un buen trago.

—Buenas tardes, profesor —dijo el joven, pero no recibió respuesta.

El móvil de Donato comenzó a sonar y apretó los labios. Contestó la llamada y los gritos se escuchaban con claridad, era Damiano, que maldecía furioso.

—Ya la encontré —dijo con los dientes apretados y, aunque exigió que se la pasara, no lo hizo y cortó la llamada.

—¿Qué hora es? —preguntó Cristina, sin color en el rostro. No había ventanas cerca y no sabía qué hora era.

—Son las seis de la tarde —le informó el joven, y ella chilló horrorizada. Era muy tarde. Se levantó apresurada y comenzó a guardar sus cosas.

—¡Dios mío, es tardísimo!

—Se nos ha ido el tiempo, pero casi terminamos de llenar el primer formato —le recordó él, y ella asintió.

—Debería haber regresado hace horas —admitió preocupada por Mariela. En una hora se

marcharía Margaret y también la servidumbre.

—No te preocupes —le dijo Omar, pero en realidad estaba muy preocupada. Era obvio que Damiano estaría furioso por no tener su maldito celular.

—Gracias, pero me tengo que ir.

Omar guardó su laptop y se levantó.

—Te llevo —se ofreció.

—La llevaré yo. Me queda de paso —masculló Donato molesto por la situación.

—Mañana continuamos a las diez —mencionó, sin dejar de mirar al maestro.

—Sí, nos vemos —se despidió la joven, y Omar, a regañadientes, dejó el cubículo.

—¿Por qué está tan enojado mi hermano? —indagó Donato interesado. No parecía ser solo la molestia de un jefe hacia su trabajadora, parecía haber algo más y eso no le gustó.

—La niñera que me ayudará se marcha a las siete y no tengo mi celular.

—Pero ¿por qué tendrías que estar pendiente de sus llamadas? —insistió.

—Por tu sobrina. Prometí que estaría disponible en caso de que se necesitara algo para Margaret —mintió Cristina, mientras se frotaba la frente.

—Voy a llevarte —decretó abriendo la puerta, para que salieran.

—No es necesario, puedo tomar el metro. Me deja muy cerca.

—Está lloviendo con intensidad y tendrías que caminar más de dos cuadras para llegar al metro. Te vas a empapar.

—Traigo mi paraguas —alegó Cristina.

—Vamos —demandó Donato y le quitó la mochila del hombro, por lo que no le quedó más remedio que seguirlo.

Ahora la preocupación de Cristina era encontrar su celular, tenía información muy valiosa. Caminó detrás de Donato; el joven tenía su auto en el estacionamiento subterráneo para los docentes, por lo que no se mojaron.

Un silencio sepulcral se instaló entre los dos, un tanto incómodo.

—Estar con Damiano te afectará mucho. Deberías renunciar, puedo conseguirle otra niñera...

—Noooo —dijo Cristina con vehemencia—, no puedo dejar a Mariela —se justificó.

—Perderás mucho tiempo en el traslado y tendrás que hacer tareas por la tarde.

—Necesito el dinero —confesó Cristina, mientras observaba cómo la lluvia cubría la ciudad. Las calles apenas eran transitables.

—Puedo ayudarte...

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Ya has hecho demasiado, y no quiero abusar de tu buena voluntad —farfulló con un nudo en la garganta.

Donato nada contento miró atento la carretera y no volvieron a cruzar palabra.

# Capítulo 17



# Peligros al asecho

La calefacción del auto y la falta de comida habían adormecido a Cristina. Donato entró al garaje y apagó el motor. La joven estaba dormida, así que le tocó el hombro para despertarla. Damiano, con los brazos cruzados, había estado llamando a su hermano muchas veces, pero él no contestaba, lo cual lo tenía furioso.

—Cristina —exclamó Donato, pero ella no reaccionó, así que se acercó aún más y la sacudió. La joven abrió los ojos confundida.

Al ver el auto de Donato, caminó directo hacia la puerta del copiloto y la abrió con brusquedad. La joven parecía somnolienta. Sin pensarlo y con la rabia que sentía al imaginar que estaba con alguien más, él la agarró del brazo y la bajó con violencia.

Su hermano menor lo observó horrorizado, sin poder creer lo que estaba presenciando. Salió del vehículo para enfrentar a su hermano.

—¿Dónde demonios estabas? —le gritó a Cristina, pero ella no reaccionaba.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué la tratas así? —bramó confundido.

—Métete en tus propios asuntos —le respondió enfadado.

Donato se acercó y se enfrentó a Damiano, quien era más alto y fornido que él. Sin embargo, cuando Cristina tropezó y se desplomó, empujó a su hermano menor, quien se interpuso entre los dos, y la agarró por la cintura.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó mientras revisaba sus pupilas dilatadas.

—No puedo respirar —balbuceó, incapaz de mantenerse erguida. Estaba pálida y muy fría.

—¡Aparta de mi camino! —bramó Damiano, empujando a Donato, y la levantó del suelo.

Su hermano sacó las pertenencias de la joven y los siguió. Para su sorpresa, la llevó a una habitación en el piso donde estaba su sobrina, en lugar del cuarto de servicio. La acostó en la cama y le tomó el pulso, asustado.

—¿Por qué está así? ¿Qué se tomó?

—No sé, no estaba con ella —argumentó asustado.

—¿Con quién demonios estaba?

—Estaba con un compañero de clase, trabajando en un proyecto que les asigné.

—¿Cómo se llama?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque está drogada —declaró alarmado, ya que ella no reaccionaba.

—Eso no puede ser, tal vez le bajó la presión.

Damiano sacó su teléfono móvil y llamó al médico de la familia. Le explicó la situación, los síntomas que presentaba y el hombre mayor le informó que llegaría en breve.

—Tiene la piel sudorosa, apenas se siente su pulso y sus labios están azules. Alguien la drogó, eso es evidente —gritó.

Donato se llevó las manos a la cabeza sin poder creerlo, pero su hermano no perdió tiempo. Le quitó las botas y se deshizo de la chaqueta.

Se sentó en la cama y le quitó la bufanda enredada en su cuello. Estaba fría y empezó a temblar.

—Trae una manta —le ordenó, y el joven corrió hacia el armario. Abrió las puertas, pero lo encontró vacío.

—No hay nada.

Damiano maldijo entre dientes porque no podía enviarlo a su propia habitación.

—Ve a la habitación de Mariela. Debe haber una manta térmica en la parte superior de su vestidor —le aseguró.

Esa manta la compró cuando llegaron porque lloraba diciendo que tenía frío, pero no podía ser cierto porque la casa tenía calefacción. Aun así, compró la manta para que se sintiera segura.

Donato corrió a la habitación de su sobrina. La encontró con facilidad debido a que era rosa y bastante llamativa. Conectó y reguló la temperatura de la manta.

—¡Cúbrela de una vez, maldita sea! —exigió a Donato, que miraba a su hermano mayor sin poder creer que el hombre controlado había desaparecido y había sido reemplazado por uno histérico, algo extraño para su temperamento indiferente. Estaba sentado en la cama, con el cuerpo de la joven en su regazo.

Damiano recibió un mensaje del médico, quien ya estaba en el recibidor.

—Ve a buscar al doctor. No sabe en qué habitación estamos —bramó desesperado, y Donato bufó, pero hizo lo que le pidió.

Cuando los dejó solos, Damiano le dio un beso en la frente, la abrazó y comenzó a mecerla, afectado.

—Resiste, preciosa —masculló. Ella era una mujer fuerte y saldría adelante. Tenía que hacerlo.

La puerta se abrió y el médico, acompañado de Donato, entró con un maletín en la mano y una mochila negra.

—Permítele examinarla —indicó Donato, y su hermano se levantó de mala gana.

Se apartaron de la cama para darle espacio. El médico revisó los signos vitales de la joven y sacudió la cabeza.

—¿Cómo le suministraron la droga?

—No lo sabemos. Estaba en la universidad y se quedó dormida en el camino. Pensé que solo estaba cansada —admitió Donato.

—Esto es muy grave. Tienen que investigar quién la drogó —declaró el doctor Taylor.

Abrió el maletín y sacó una bolsa con una solución transparente. Cogió un paquete con una manguera y una vía intravenosa, y con agilidad le colocó el suero, colgando la bolsa en la cabecera de la cama.

—¿Qué es eso? —indagó Damiano, mientras el médico trabajaba.

—Naxalona. Es para ayudar a eliminar la droga. Los síntomas que presenta son los de intoxicación por GHB. Es probable que se lo dieron en una bebida. No tiene olor ni color y reacciona en menos de treinta minutos.

Donato abrió los ojos y recordó lo que había visto en la mesa de la biblioteca, pero decidió no decir nada porque no estaba seguro.

El médico abrió la mochila, sacó un concentrador de oxígeno portátil y una mascarilla con una manguera. Con eficiencia, retiró las almohadas de su cabeza y le colocó la mascarilla sobre el rostro.

—En un par de horas, debe empezar a moverse. Ahora debe recibir oxígeno para que no se asfixie.

Se puso unos guantes de látex, tomó un algodón que empapó con alcohol y limpió su mano. Le sacó sangre que vació en varios tubos de ensayo.

—¿Será necesario llevarla al hospital? —le cuestionó Damiano.

—Si la llevan al hospital, deberán dar parte a la policía, porque estas drogas son usadas en abusos y violaciones, así que levantarán una investigación y sus nombres se verán involucrados —expuso y Damiano apretó la mandíbula.

Eso no podía salir a la luz, pero al mismo tiempo no dejaría las cosas así.

—¿Pero se pondrá bien? —insistió el hombre.

—Me atrevo a decir que sí. Enviaré su sangre para tener la certeza de la droga y el daño que pudo causarle.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar, debe guardar reposo por lo menos tres días y luego puede hacer su vida normal. En cuanto tenga los resultados, te llamo.

—Gracias.

—Regresaré por la noche para revisar su evolución. Espero que esté consciente.

El médico no hizo más preguntas, pero estaba molesto. Se arregló los lentes y se

incorporó. Su madre era su paciente de toda la vida, pero sabía que debía ser discreto. Los hermanos asintieron y el anciano se marchó.



Dejaron a Cristina dormida y los dos hermanos abandonaron la habitación.

—Necesito hablar contigo —le dijo Donato, necesitaba una explicación a su comportamiento.

—No puedo en este momento.

Damiano sacó su móvil y llamó a su jefe de seguridad. Tenía que pedirle que investigara lo que le había ocurrido a la joven. Le dio la espalda y caminó directo hacia la cochera. Se detuvo y volvió la cabeza; su hermano estaba parado a medio pasillo.

—Regresaré en un rato y hablaremos —decretó y siguió su camino.

El joven se pasó las manos por el cabello y volvió a la habitación donde Cristina yacía inconsciente.

Su encargado de seguridad, que pertenecía a una empresa privada, lo llevó con su jefe. Le contó sobre el incidente y le pidió que investigara. Le explicó que Cristina había perdido su móvil y le dio su número, además de entregarle su expediente. Tuvo que mencionar el problema que había tenido con la beca, pero omitió algunos detalles. Evans era un exagente retirado del MI6 que tenía muchos contactos en diferentes lugares.

Le dijo que le daría más información en cuanto la obtuviera, pero por ahora enviaría a un par de hombres a investigar a la universidad.

Un par de horas más tarde, Damiano regresó y le envió un mensaje avisándole que lo esperaba en la biblioteca. Se sirvió un trago de whisky y se sentó en el sofá esperando a su hermano. Era el único que la miró con ese cabrón y tenía que darle una explicación.

—Necesito que me digas el nombre del maldito con el que estaba Cristina —demandó y dio un trago a su vaso de licor.

Donato suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Omar Al Fadid.

—¿Qué hacía con ese idiota? Es el hijo menor de Samir —dijo. Conocía bien a su padre porque era inversor en el grupo y llevaban sus cuentas.

—Fue transferido de Cambridge a esta universidad. Al parecer, tuvo un problema con uno de sus profesores. Está estudiando un MBA en Administración de Empresas.

—¿Qué casualidad que se encontrara con él precisamente?

—El chico se acercó a Cristina antes de que comenzara la clase. Tienes que admitir que ella es muy guapa.

—¿Eso significa que te gusta? —preguntó con una mueca.

—Sabes que no puedo acercarme a una alumna —replicó Donato y sacudió la cabeza.

—No te pregunté eso, te pregunté si te gusta —insistió celoso.

No podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que Cristina y su hermano hubieran estado juntos.

—Por supuesto que me gusta —admitió mirándolo a los ojos sin dudarlo.

—¿Y estás seguro de que no te acercaste a ella? Porque veo que te preocupas demasiado y estás al tanto de todos sus malditos movimientos —recriminó Damiano.

—Puedo decir lo mismo de ti. Ella es tu empleada, no tu esclava. No tiene que decirte dónde está en todo momento ni con quién está, y mucho menos tiene que soportar tus groserías. No creas que se me olvida cómo le gritaste. Pareces más un amante celoso que su jefe —expuso con desagrado.

—Mientras viva bajo mi techo, tendrá que hacerlo —decretó alterado.

—Eso se puede solucionar. No tiene por qué quedarse aquí. Le dije que se desocupó un departamento en el campus, puede mudarse y dejar de soportarte.

Damiano se levantó y agarró a su hermano del cuello.

—No te la llevarás a ningún lado, sobre mi cadáver la sacarás de esta casa —clamó, y Donato lo empujó.

—No eres su dueño para decidir por ella. Si quiere irse, la apoyaré. Es una locura que viaje cuatro horas todos los días para ir a clases.

—Ahora te parece una locura, pero la trajiste a mi casa para que me hiciera cargo de ella. Así que como soy responsable de los documentos que firmó, no autorizo que se vaya a ningún maldito lado —decretó iracundo.

—Lo hice porque se quedó sin departamento. Necesitaba encontrarle un lugar donde quedarse. Te dije que era un favor.

—Querías llevártela a tu departamento, ¿verdad? ¿Por qué no lo hiciste? Podrías haberle dado alojamiento esperando que te pagara de otra forma.

Donato, furioso por sus acusaciones, se abalanzó sobre él. La puerta de la biblioteca se abrió sorprendiéndolos, y en ese momento se separaron.

—Parece que la señorita está gritando —anunció el guardaespaldas de Damiano, que se quedó afuera de la puerta de la habitación haciendo guardia.

Damiano corrió a la habitación y encontró a la joven en el suelo sollozando. Se quitó la mascarilla de oxígeno cuando las ganas de vomitar la despertaron, aunque solo expulsó los líquidos que tenía en el estómago, empezó a ahogarse.

Asqueada, trató de levantarse y cayó de bruces al suelo porque su cuerpo todavía no le

respondía. De su brazo goteaba sangre de la vía que se había arrancado con la caída.

Sin pensarlo, Damiano la levantó por los brazos. Todavía tenía la mirada perdida y el rostro descompuesto.

—No puedo moverme —balbuceó entre sollozos, desesperada y dando bocanadas de aire.

—Está saliendo sangre de su brazo —bramó Donato, y su hermano avistó la estela de sangre que seguía fluyendo.

—Háblale a Peter de inmediato —le ordenó a su hermano y salió al pasillo.

Un hombre joven, moreno, entró y miró la manguera desconectada de la bolsa de solución, que casi estaba vacía. Se acercó y le retiró la manguera para detener el flujo de sangre, luego le quitó el catéter y utilizó un tape quirúrgico y un algodón que el médico había dejado. Peter había curado demasiadas heridas en su vida como para asustarse por un poco de sangre.

—Gracias —declaró Damiano y el hombre se marchó.

La joven comenzó a temblar. Eran los efectos de la droga abandonando su cuerpo.

—Dame la sábana —le dijo a su hermano, y este se la entregó.

—No. Estoy llena de vómito —masculló apenada, pero Damiano no le hizo caso. La cubrió con la sábana y la levantó para sacarla de allí. Salió por la puerta y su hermano caminó detrás.

—¿A dónde la llevas?

—No pienso dejarla en ese lugar. Ella odia el mal olor —le aseguró.

Una de sus mayores virtudes era la limpieza y pulcritud en su persona, así que no permitiría que se sintiera avergonzada. Su hermano sacudió la cabeza; algo estaba mal con Damiano. Subió al elevador y Donato lo detuvo al ver el numero cuarto iluminado.

—Su habitación está en el segundo piso —le recordó furioso.

—Deja de tocarme los huevos —le advirtió y cerró las puertas.

Dejando a fuera a su hermano que se quedó con un palmo de narices. Decidido llegó hasta el cuarto de baño de su habitación y la sentó en un tapete que estaba frente a la ducha, porque seguía sin controlar su cuerpo.

Abrió el agua caliente y comenzó a llenarse de vapor. Se deshizo de su ropa y se quedó en bóxers, luego le quitó la ropa que olía bastante mal y la dejó desnuda. Colocó una toalla en el suelo y la metió a la regadera.

Se sentó y la rodeó con los brazos para que recargara su espalda en su pecho. Cogió el champú y comenzó a lavarle el cabello.

—¿Qué me pasó? —balbuceó desconcertada.

Tenía una laguna mental; desde el momento en que subió al carro de Donato no

recordaba nada.

—Alguien te drogó.

—¿En qué momento? Casi no comí nada —admitió y cerró los ojos.

—Recuerda, por favor, ¿qué fue lo que tomaste?

—Una botella de agua y un café.

—¿Dónde los compraste?

—La botella en la cafetería y el café lo llevó Omar, un nuevo compañero de clases —admitió. Damiano apretó los labios, pero no le recriminó nada.

—Debes descansar, más tarde vendrá un médico a revisarte.

Se sentía atontada, como si su cuerpo no siguiera sus órdenes. Al terminar de ducharse, Damiano la levantó y le puso una de sus batas. La joven, como pudo, se enredó una toalla en la cabeza y dejó que la llevara a la sala. Sin darse cuenta, se quedó dormida.

# Capítulo 18



# Tregua

Cristina despertó enredada en los brazos de Damiano. La noche anterior, el médico había regresado y le había administrado un relajante muscular que la hizo dormir durante horas. Abrió los ojos y se dio cuenta de que solo llevaba puesta una camiseta. Se movió y el hombre a su lado despertó. A pesar de ser martes, no fue a la oficina.

—Tengo que ir al baño —admitió con un gemido, y el hombre la soltó.

—Después vuelve a la cama.

Se incorporó y pasó la mano por su cabello desordenado.

—Quiero ducharme, lavarme los dientes y ponerme algo de ropa.

—Hoy no voy a trabajar —le informó. Fue una sorpresa para la joven, ya que nunca faltaba. Era muy disciplinado.

Cristina entró al baño y después de hacer todo lo que había dicho, salió. Se sentó en el sofá y agarró una botella de agua que estaba sobre la mesita. Tenía mucha sed. No le gustaba sentirse adolorida.

—Tengo que recuperar mi móvil.

—¿Perdiste toda tu información?

—No, está respaldada en la nube. Solo necesito otro móvil para descargarla. Lo que no entiendo es por qué quisieron mi celular. No es el más moderno. De hecho, compré un equipo económico —admitió pensativa, y Damiano la miró fijamente. Él también se preguntaba lo mismo.

—El doctor dijo que mañana puedes volver a la universidad si te sientes bien.

—¿Mariela fue al colegio?

—Sí, salió temprano. El chofer la llevará a la casa de mi madre.

—¿Por qué? —chilló asustada, esa señora era muy mala. La niña no quería a su abuela era mezquina y la hacía sentir menos.

—Mi madre me pidió que la llevara, pero como le dije que yo no podía ir, Donato la acompañará.

La joven respiró con tranquilidad, sabía que el joven la cuidaría.

—Quedé en regresar para terminar el registro de la empresa con Omar.

—No quiero que vuelvas a ver a ese cabrón —le ordenó.

—Me lo seguiré encontrando en el salón, es imposible que no lo vea.

—¿Cómo sabes que no fue él quien te drogó?

—No lo sé, pero tampoco puedo acusarlo de algo si no tengo pruebas. No siempre es lo que parece —exclamó con un dejo de amargura.

No solo lo decía por ese joven, que en ningún momento le pareció que tuviera malas intenciones, también lo decía por ella.

El móvil de Damiano sonó y miró un mensaje del médico. Confirmaba la droga que le dieron, pero su salud era perfecta.

—Tienes que comer, ayer no lo hiciste.

—Más tarde bajaré a la cocina.

Él negó con la cabeza.

—Pediremos algo de comer, ¿cuál es tu comida favorita?

Ella lo miró como si le hubiera salido otra cabeza. Era demasiada amabilidad por su parte. Solo en la cama era considerado con ella, pero con la ropa puesta volvía a ser un cabrón.

—Es obvio que me gusta la comida mexicana —dijo con ironía—, pero también me gusta la comida japonesa, la italiana y las carnes. Aunque en este momento mataría por una sopa hecha por mi mamá —admitió con una mueca.

—Hay un lugar cerca donde hacen diferentes cremas y sopas.

Él le explicó y ella sonrió.

—Suena delicioso, me gustaría una crema de brócoli.

Damiano envió un mensaje a su chofer para que fuera a buscar la comida y luego entró a tomar una ducha. Cristina fue al vestidor a cambiarse, poniéndose unos pantalones de yoga y una camiseta de manga corta. La habitación siempre estaba bastante calentita, pero de todas formas se puso unos calcetines.

Cristina llamaba todas las noches a su madre para preguntarle sobre la recuperación de su papá, pero como no tenía un móvil, necesitaba un teléfono fijo. Salió al pasillo y cogió el aparato. Cuando se dio la vuelta, se encontró con el ama de llaves que la miró de arriba abajo. La mujer odiaba a la joven porque sabía que dormía con su jefe.

—Veo que estás mucho mejor.

—Sí, gracias.

—Resultaste ser más astuta que el resto. Tu actuación de mosquita muerta te ha funcionado muy bien, subiste del cuarto de servicio a la habitación del señor.

Estaba parada con los brazos cruzados mientras la mujer la miraba como si fuera basura.

—Con permiso —dijo entre dientes. Cuanto más importancia le diera, más la afectaría.

—Cuídate, porque cuando la madre del señor se entere de que su hijo tiene una zorra en su casa, te sacará a patadas.

La joven apretó los labios y contuvo un nudo en la garganta. Regresó con el teléfono en la mano y cerró la puerta con el rostro desencajado.

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Damiano al preguntarle. Estaba sentado en el sillón, con el cabello húmedo y vistiendo un pijama de franela con una sudadera con el logo de Harvard.

Cristina escondió su vergüenza con una sonrisa y caminó para sentarse en el otro extremo del sillón, subiendo las piernas.

—Nada. Voy a llamar a mi madre, no pude hacerlo ayer. Ella se levanta a las seis todos los días.

El móvil de Damiano sonó y él vio que era su chofer, por lo que la dejó para que pudiera hablar tranquila.

Donato estaba sentado al lado de su sobrina en la mesa de la casa de su madre.

—¿Por qué fue el médico a casa de tu hermano? —preguntó.

—Habla con tu hijo —respondió a la mujer.

—No entiendo por qué no pudo venir si no fue a la oficina.

—Estás muy enterada de todo lo que pasa en casa de Damiano.

La mujer levantó una ceja y tomó una taza de té.

—Yo fui quien contrató el servicio y a las niñeras, pero fuiste tú quien llevó a la última joven a la casa. ¿De dónde la sacaste? Sabías que Damiano está muy sensible por la muerte de la zo…

—Sé más prudente, madre —le amonestó Donato.

—Tú debiste ser más prudente al traer a una vagabunda.

—No es cierto, ella es muy buena y es la única que me quiere —defendió Mariela mientras miraba su plato, que no lucía apetitoso para la niña.

—Esa mujer lo que quiere es a tu padre y te está utilizando —le aseguró con un tono severo.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas y contuvo un sollozo; quería mucho a la joven y escuchar esas palabras tan crueles le dolió. Donato dejó los cubiertos sobre la mesa y se levantó de forma abrupta.

—Vámonos de aquí, porque tu abuela está diciendo cosas que no son ciertas.

—Más te vale que saques a esa zorra, que está metida en el cuarto de tu hermano —clamó furiosa la mujer mayor, pero ellos no se detuvieron.

Mariela se aferró a las piernas de su tío y él la levantó en brazos. Cuando salieron, la niña lloraba desconsolada.

—¿Por qué la abuela es tan mala, tío?

—No lo sé, cariño, pero lo que dijo de Cristina es mentira —exclamó Donato, aunque no le gustó nada lo que su madre le aseguró.

Subieron al coche y se dirigieron a la casa de Damiano, ya que le debía muchas explicaciones.



Donato era un hombre respetuoso, pero el comportamiento de su hermano hacia Cristina era evidente, aunque no quería creerlo. Cuando llegaron a la mansión, su sobrina estaba dormida. La bajó del auto en brazos y la llevó a su cuarto, donde Margaret lo esperaba.

Con cuidado, la acostó en la cama y le quitó los zapatos. Al ver a Margaret, no pudo evitar preguntar con inquietud:

—¿Dónde está Cristina?

La mujer bajó la mirada y negó con la cabeza. Eso fue suficiente para reafirmar lo que ya sabía. Donato se sintió defraudado, desilusionado y como si le hubieran engañado vilmente.

Subió al cuarto piso y salió del elevador hacia la habitación de Damiano. Abrió la puerta sin avisar y se encontró con Cristina sentada en el suelo, con la laptop abierta y escribiendo, mientras su hermano sostenía algunas hojas en la mano, ambos vestidos con pijamas. Una escena de lo más rutinaria.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Donato con furia.

Damiano bajó su lectura y miró a su hermano, notando el enfado en su rostro.

—Yo estoy leyendo un informe y Cristina está trabajando en su proyecto. No pensé que fueras tan exigente como maestro, hermanito —dijo con sorna.

—¡Deja de hacerte el idiota! —respondió Donato, incapaz de contener su ira.

—Y tú deja de insultarme y de entrar sin tocar —replicó Damiano, advirtiéndole.

—¿Qué demonios significa esto? ¿Por qué está en tu habitación?

—Estoy haciéndole compañía —respondió Damiano con inocencia.

—Por favor, no me hagas reír —espetó Donato, sintiendo una mezcla de furia y tristeza.

Cristina cerró la laptop y se levantó del suelo, dispuesta a marcharse.

—Gracias por la comida, los dejo para que hablen —declaró y se dio la vuelta, sin poder enfrentar al joven.

Podía soportar que todos la juzgaran, pero no Donato. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí, sintiendo una mezcla de dolor y enojo que le carcomía por dentro.

—Crees que soy estúpido. Es evidente lo que está ocurriendo aquí —le reprochó Donato, con la voz entrecortada por la frustración.

—No entiendo a qué te refieres, me acusas de no ser empático y ahora me lo echas en cara —respondió Damiano, intentando mantener la compostura.

—¿Por qué estás haciendo esto? Sabías lo que sentía por ella y tenías que meterla en tu cama —replicó Donato, sintiendo una opresión en el pecho.

—Eso te enseñará que debes buscar una mujer de tu clase para tener una relación —arremetió Damiano, con una pizca de desprecio en su tono.

—Nuestra madre sabe lo que está pasando en tu casa y lo peor es que estás dañando a tu hija, pero parece que no te preocupa —dijo, con voz cargada de decepción.

—Es mi casa y son mis reglas. Lo que haga o deje de hacer es algo que a nadie le importa, ni siquiera a mi madre —respondió sin remordimientos.

—No comprendo cómo pudiste lograr que accediera a esta situación —murmuró Donato, sintiendo que su mundo se desmoronaba.

—Eres demasiado confiado y necesitas aprender que todas las mujeres son iguales. Piensa que te estoy haciendo un favor —dijo Damiano con sarcasmo, desencadenando la ira en su hermano, que se levantó del sillón y dejó los papeles en la mesilla.

Sin poder controlar su rabia, Donato lanzó un golpe directo a la mejilla de Damiano cuando este apenas se giraba. El golpe sorprendió a su hermano mayor, pero no se quedó de brazos cruzados. Se recompuso y le propinó un puñetazo en el rostro y otro en el estómago, lo que provocó que Donato se doblara de dolor antes de caer al suelo.

—No debes pelear por una mujerzuela, recuérdalo, hermano. Si tanto te gusta, cuando me canse, puedes recibirla en tu departamento. Te aseguro que vale cada centavo que le he dado —espetó Damiano, con una sonrisa cruel en su rostro.

Donato, consumido por la ira y el dolor, gritó y su hermano lo dominó, colocándose sobre su espalda.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —gritó Donato, con la cabeza pegada al tapete, sintiendo la derrota.

—Cuando entiendas que todas son unas jodidas interesadas, te acordarás de mí. Ahora lárgate y deja de hacer un puto drama —sentenció Damiano, levantándose y marchándose al baño, dejando a Donato herido tanto física como emocionalmente.

Donato se incorporó del suelo, limpiándose la sangre de su rostro con la mano temblorosa. Salió de la habitación, afligido, y se marchó en busca de Cristina. La encontró en la biblioteca, absorta en su trabajo.

Cuando la joven lo vio herido, abrió los ojos con sorpresa y preocupación.

—Estás sangrando —dijo ella, señalando lo obvio. Se levantó y se acercó a Donato, quien sacudió la cabeza en señal de negación.

—Vámonos de aquí —le suplicó, su voz llena de dolor y desconsuelo. La joven sintió cómo su corazón se partía, pero dio un paso atrás, llevando una mano a su pecho.

—No puedo irme. Tengo un compromiso con tu sobrina… —respondió Cristina, sintiéndose atrapada en medio de un doloroso dilema.

—¿Por qué te metiste en su cama? —exclamó Donato, la voz cargada de reproche.

—Yo solo cuido a tu sobrina… —balbuceó Cristina, tratando de contener las lágrimas.

—No me mientas. Todos en la casa saben lo que está pasando —afirmó Donato, sintiendo cómo la confianza se rompía en mil pedazos.

Ella sacudió la cabeza y apretó los labios con fuerza, sin encontrar palabras para explicar su situación. No podía decirle una palabra o las consecuencias serían nefastas.

—Soy una adulta y lo que haga no es tu problema —exclamó con frialdad, tratando de ocultar el torrente de emociones que la embargaba. Pero sabía que no podía decirle más, que cualquier explicación sería en vano.

—Pensé que eras diferente —susurró Donato, sintiendo cómo el desengaño y el dolor se apoderaban de él.

—Yo no… —intentó balbucear, pero sus palabras quedaron suspendidas en el aire, incapaces de contrarrestar las acusaciones que la habían golpeado con fuerza.

—No tiene caso que lo niegues —interrumpió Donato, su voz estaba cargada de amargura—. Damiano me insinuó que te pagaba muy bien por acostarse contigo.

Cristina se quedó sin aliento, un dolor agudo se apoderó de su pecho, cortándole la respiración. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras luchaba por encontrar palabras que pudieran desmentir la terrible realidad. Pero en ese momento, las palabras parecían inútiles ante la crueldad de la situación. Sin decir una palabra más, Donato salió de la biblioteca, cerrando la puerta de un golpe que resonó en el silencio del lugar.

Cristina se dejó caer al suelo, abrazándose a sí misma, incapaz de contener el dolor que la invadía. Los sollozos sacudían su cuerpo, llevándose consigo la esperanza y honor.

# Capítulo 19



# Un secreto revelado

Damiano salió en busca de la joven que no regresaba, recorriendo cada rincón de la casa hasta que por fin la encontró en la biblioteca, sumida en un mar de lágrimas. Cristina se sentía sola y vulnerable, consciente de que su comportamiento carecía de justificación. Debía haberse negado a convertirse en la amante de Damiano. Siempre se había enorgullecido de ser una mujer de principios y de hacer lo correcto, pero ahora se encontraba en una situación de la cual no podía escapar.

—Levántate, vamos a dormir —dijo Damiano con voz fría y dominante.

—Quiero volver al cuarto de servicio —masculló ella, evitando su mirada y manteniendo la vista fija en el suelo.

—No me digas que tienes remordimientos, porque mi hermanito se enteró de la clase de mujer que eres —le increpó con ironía, deleitándose con su abatimiento.

—Me dijiste que no debía enterarse.

—Lo hecho, hecho está. Mi madre fue la que le contó todo, así que no tenía sentido seguir negándolo —mencionó encogiéndose de hombros, sin mostrar preocupación alguna.

—Creo que será mejor guardar las apariencias...

—¿Qué apariencias? El único perjudicado aquí soy yo. A ti no debería importarte, después de todo, para ti es solo parte de tu trabajo… —respondió Damiano antes de ser interrumpido por una bofetada que le cortó el aliento —. No vuelvas a golpearme, me entendiste —le gritó, agarrándola con brusquedad de los hombros. Cristina se encogió al ver la furia en sus ojos.

—No puedes tratarme así.

—¿Cómo? ¿Cómo a mi puta? Parece que olvidas que te pagué una suma exorbitante de dinero, una suma que aceptaste con gusto —le gritó en la cara—. Así que deja de fingir ser digna.

Ella apretó los dientes, sintiendo una mezcla de rabia y desesperación mientras las lágrimas seguían fluyendo.

—Te vas a arrepentir —susurró con voz temblorosa.

—Si continúas con tus dramas, lo único de lo que me arrepentiré es de haber cubierto tus deudas y de haberte pagado para que sigas enviando dinero a tu familia. Así que no me jodas —le advirtió con frialdad, soltándola de forma abrupta.

El hombre se bajó los pijamas y tomó su miembro con una mano.

—Arrodíllate, porque quiero que me la chupes —le ordenó masturbándose con descaro.

La joven, con las lágrimas aún en sus ojos y un profundo dolor en el pecho, se arrodilló frente a él. En ese instante, lo aborreció con todas sus fuerzas, pero se vio obligada a obedecer.

No deseaba experimentar las emociones que surgían en su interior cuando estaba con él, porque sabía que no se lo merecía. Para él, no era más que una puta que se cogía cuando le apetecía.

Agarró su miembro erecto y se lo llevó a la boca lo más profundo que pudo, cerró los ojos y comenzó a succionar con fuerza. Los gemidos y gruñidos de Damiano llenaron la habitación. Lo excitaba demasiado verla doblegarse ante sus demandas.

Antes de terminar la levantó del suelo y la acomodó en uno de los reposabrazos del sillón, bajó los pantalones de la joven y la penetró, deslizándose con facilidad.

—Estás muy mojada, parece que te gusta que te diga lo puta que eres —le dijo al oído furioso.

Cristina no dijo una palabra y se sujetó con fuerza del sofá.

—Entiendo porque mi hermano está obsesionado contigo, tienes un culo delicioso. ¿Quieres acostarte con él? —arremetió invadido por los celos, pero sus palabras la hirieron en lo más hondo.

Aunque le dijo a su hermano que, cuando se aburriera, podía cogérsela, la verdad era que solo pensar en eso lo llenaba de ira.

—¡Contéstame cuando te pregunte algo! —le gritó, agarrándola del cuello para que lo mirara, pero la joven no cedió.

Sus ojos reflejaban el desconsuelo que inundaba su corazón, pero a pesar de ello, no pudo detener el orgasmo que se estaba gestando en su interior. Cuando alcanzó el clímax, Damiano se dejó llevar y la penetró con mayor ímpetu. Un grito de satisfacción escapó de sus labios mientras su respiración agitada evidenciaba la necesidad de recuperar el control.

Aquella situación lo estaba llevando al límite de su cordura. El hecho de depender de ella y no poder vivir sin su presencia lo llenaba de furia, ya que se había jurado a sí mismo que no volvería a confiar en otra mujer. Por eso, creía que, al tratarla mal, ella no se daría cuenta de lo entregado que estaba, aunque sus palabras expresaran lo contrario.

—Te espero en la habitación. Quiero que estés desnuda en la cama —le indicó mientras la dejaba sobre el sillón, con los pantalones en los tobillos y las piernas temblorosas.

Cristina regresó a la habitación, se metió en el baño y se dio una ducha reconfortante. Después de secarse el cabello, aplicó sus cremas habituales, se cepilló los dientes y se metió en la cama, todo en silencio. Cerró los ojos y rezó para que Dios le diera la fuerza necesaria para seguir adelante. El apoyo de su familia la alentaba a ser resiliente, convencida de que esta pesadilla acabaría y al final regresaría a casa.

Durante toda la noche, Damiano evitó tocarla y, en silencio, Cristina le agradeció. Necesitaba tiempo para recuperarse de la humillación sufrida en la biblioteca, donde se hizo evidente cómo serían las cosas a partir de ese momento.

Al día siguiente, se levantó con una máscara de indiferencia y siguió con su rutina diaria. Se despidió de Mariela con un abrazo y un beso en la mejilla. Margaret la observaba con una mirada diferente, pero Cristina fingió que no pasaba nada.

Cuando salió a la calle, se encontró con un automóvil esperándola. Era conducido por uno de los hombres del equipo de seguridad que había investigado en la universidad, aunque sin obtener resultados concretos.

—Buen día, señorita. Soy Gregg y seré su conductor hacia la universidad, desde hoy —explicó el hombre rubio. Tenía el cabello corto y lucía atractivo. Vestía pantalones negros, un suéter de cuello alto y un abrigo. Su estatura denotaba su buena condición física.

Damiano había exigido que Cristina fuera vigilada, ya que la consideraba su amante y niñera de su hija, y no confiaba en ella. Para garantizar una discreción absoluta, le había pedido a Elijah Shaw, presidente y figura principal de la empresa Global Guard Group, que se encargara de la vigilancia.

El exmilitar se vio obligado a complacerlo, debido a que su empresa tenía un contrato para proporcionar seguridad a los socios y ejecutivos del Grupo Bancario Lloyds, además de proporcionar la vigilancia de sus edificios en Reino Unido, España y Suiza.

—No es necesario —dijo Cristina, esbozando una media sonrisa que más parecía una mueca.

—Es una orden del señor Damiano —respondió Gregg, abriendo la puerta de la camioneta negra para que ella subiera.

—Si no tengo más remedio —admitió Cristina, sacudiendo la cabeza. Al fin y al cabo, no era su culpa —. Mucho gusto, soy Cristina Navarro —se presentó, ofreciéndole la mano. Gregg la estrechó y asintió.

Gregg Lenz era uno de los tres socios de Global Guard Group, pero debido a la delicadeza del caso, había decidido encargarse en persona. Se tomaría esos días como si fueran unas vacaciones, considerando que se trataba nada más de los celos desmedidos de un hombre poderoso obsesionado con una joven que lo manipulaba para obtener dinero.

Aunque le desconcertó al revisar el expediente de Cristina, ya que en definitiva no encajaba con el perfil de una mujer oportunista capaz de obsesionar a un hombre como Damiano, quien tenía fama de ser frío y poco empático con sus empleados.

Cristina subió al automóvil y se acomodó en el asiento. Tenía la intención de comprar un café y un sándwich en el camino, ya que prefería evitar encontrarse con el ama de llaves en la cocina. Estaba segura de que ella había sido quien había revelado su relación a la madre de Donato.

Gregg se subió al auto, tomó una bolsa del asiento del copiloto y se la entregó. Contenía un teléfono móvil con una aplicación de rastreo instalada.

—El señor me pidió que le entregara este móvil —informó Gregg.

Cristina lo miró a través del retrovisor, pero él negó con la cabeza. Sin más opción, ella

tomó la bolsa y sacó el teléfono. Era un dispositivo de alta gama, mucho más grande que el suyo, con una pluma para escribir. Era de color rosa y la pantalla lucía impresionante.

El automóvil arrancó y se alejaron de la zona residencial. Faltaban apenas un par de cuadras para llegar a la cafetería que siempre observaba, así que decidió pedir un favor:

—¿Podrías hacerme un favor? —preguntó con amabilidad.

Gregg la miró a través del espejo retrovisor y frunció el ceño, recordando las advertencias de su socio de mantener distancia con la joven y evitar malentendidos.

—¿Qué necesitas? —preguntó con desconfianza.

—En un par de cuadras hay un Starbucks, ¿podrías detenerte para comprar un café? —solicitó Cristina.

—Por supuesto, no hay problema —respondió Gregg.

—Te lo agradezco —dijo Cristina.

Encendió el celular y, como estaba cargado al cien por ciento, comenzó a descargar su información. Lo dejó en el asiento contiguo y sacó su monedero para ahorrar tiempo.

Intentó abrir la puerta, pero no pudo.

—Está cerrado —explicó, mirando al hombre al volante.

—Permíteme un momento, no puedes salir así, por protocolo debo abrirle la puerta.

—Oh, perdón...

Gregg salió del vehículo y rodeó la camioneta para abrirle la puerta a Cristina.

—¿Quieres un café? —preguntó.

—Perdón.

—¿Quieres que te traiga un café? Son más de dos horas de viaje —comentó encogiéndose de hombros.

—Negro, por favor —dijo aclarándose la garganta.

—Vuelvo en un momento —anunció a Gregg y entró en la cafetería.

El aroma del café recién hecho reconfortó a Cristina y, por fortuna, no había fila en el mostrador. Se acercó y pidió un latte y un wrap de ensalada César. Decidió que se comería la mitad del y guardaría la otra mitad para más tarde.

Salió con una bandeja que contenía los dos cafés y una bolsa con los emparedados. Desde que aprendió que si pedía un combo pagaba menos, siempre lo hacía. Gregg la vio salir, sonriente, y le abrió de nuevo la puerta.

Cristina colocó su café en el portavasos central y dejó la bolsa con los emparedados en el suelo. Luego, sacó el café negro de Gregg y se lo entregó.

—Aquí tienes tu café negro —dijo ella y él lo tomó. Luego, le ofreció una caja.

—¿Qué es esto?

—Aunque no lo creas, si le dices al barista que quieres un combo de café y sándwich, te cobran solo el café y un par de libras más.

—No sabía eso.

—Por eso vengo aquí, sé que los cafés pueden ser muy caros, pero con esta opción resulta más económico que en una cafetería local —explicó Cristina.

Era un consejo que le había dado su amiga Fernanda, y aunque al principio no lo creyó, cuando lo comprobó, comenzó a pedir de esa manera.

—Gracias por el dato.

Continuaron su viaje, mientras Cristina aprovechaba para configurar su móvil y leer un poco sobre sus tareas.

Gregg la miraba intrigado. Era una persona demasiado organizada y meticulosa en todo lo que hacía. Observó cómo sacó un wrap, lo partió por la mitad y guardó el resto en su mochila, que era bastante modesta.

De hecho, en general su vestimenta era sencilla, no llevaba ninguna marca reconocida como solía hacer la mayoría. Era extraño para alguien a quien, según afirmaba el banquero, le habían pagado miles de libras.

La joven se ocupó de sus asuntos durante el resto del viaje y no volvió a dirigirle la palabra.

# Capítulo 20



# Algo no está bien

Cristina abrió WhatsApp y les envió un mensaje a su amiga y a su madre para informarles del cambio de número. Mientras guardaba su nuevo móvil, apareció una notificación que le pareció extraña: era un aviso de activación de una tarjeta de un banco donde ella no tenía cuenta. Solo contaba con la cuenta que le abrieron para depositarle el dinero de la beca y que utilizaba para sus gastos.

Frunció el ceño y borró el mensaje. No le prestaría atención, podía ser alguna estafa, así que bloqueó las notificaciones de ese número. Se dirigió al estacionamiento y recogió sus cosas.

—Estaré esperando. Envíame un mensaje cuando te desocupes.

Faltaban veinte minutos para las nueve de la mañana. Entraría a sus clases normales y regresaría de inmediato. No deseaba más problemas.

—Solo tengo dos horas de clases, pero tengo una hora libre entre las dos. Regresaré a las doce y media, más o menos —informó a Gregg y salió del auto.

Gregg asintió y la joven se alejó. Abrió el folder con la investigación y llamó a Elijah. Algo se les debió haber escapado, porque las cosas no cuadraban.

—¿Cómo te va en la vida universitaria? —dijo burlón su socio, que se encontraba sentado detrás del escritorio en su oficina.

—Necesito que volvamos a investigar a Cristina Navarro.

—¿Tanto te impactó? No quiero que pierdas tus ahorros, amigo.

Su socio era bastante bromista, pero el comentario no le causó gracia.

—Déjate de ironías. Algo no está bien en todo esto.

—Por supuesto que no está bien. El hecho de que seas el guardaespaldas de una mujer libertina no es muy digno que digamos...

—Cristina no es lo que ese hombre asegura. Tiene que ser muy ciego o estúpido para no darse cuenta...

—Vaya, ¿ya le llamas Cristina? —replicó con sarcasmo.

—No me estás escuchando, o esa mujer es muy buena actriz o ese hombre está mintiendo —reiteró molesto.

El hombre afroamericano que se quitó los lentes y se cruzó de brazos desconcertado. Lo que aseguraba su amigo era extraño. Gregg no era alguien que se dejara engañar con facilidad.

—¿Por qué dices eso?

—Ese hombre la describe como una mujer promiscua que se aprovecha de hombres ingenuos para sacarles dinero, y, aun así, él se convierte en su amante. Eso no tiene sentido.

—No olvides al hijo del petrolero árabe —recalcó.

Gregg puso el manos libres y le envió las fotografías que le había tomado esa mañana. Elijah las recibió y las abrió en su monitor, observándolas con detenimiento.

—¿Crees que esa es la apariencia de una mujer ambiciosa que usa su cuerpo para conseguir lo que quiere?

—Más bien parece una joven triste —masculló entrecerrando los ojos y mirando con atención la imagen de la chica que tenía frente a él.

—Esa joven no tiene un hueso de maldad en su cuerpo —le aseguró. Gregg tenía una habilidad para juzgar a las personas y nunca se había equivocado.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó a regañadientes, porque las observaciones de su socio no estaban infundadas.

—Envía a John a la universidad, quiero que la sigan adentro del campus.

—¿Lo consideras necesario?

—Tengo una corazonada. ¿Encontraron el móvil que se le perdió? —indagó.

Tenían un equipo de investigadores, era frustrante que no encontraran nada.

—No, no apareció. Nunca accedieron al dispositivo.

—Cuando le entregué el nuevo móvil, lo primero que hizo fue habilitar su huella digital. Eso podría explicar por qué no pudieron entrar. Además, ¿para qué demonios querrían un celular tan económico como ese? No está en un barrio peligroso, es una jodida universidad —subrayó porque le pareció incongruente.

Elijah bufó y se pasó la mano por la frente.

—Está bien, voy a enviarlo, pero no importa lo que encuentres. No podemos hacer nada en contra del Señor Mateus —le advirtió con un resoplido.

—¿Por qué tiene dinero?

El grupo era su principal cliente y la operación de su empresa dependía de los ingresos que les pagaban cada mes por medio de igualas de servicio.

—Porque nos tiene de las pelotas con el contrato de confidencialidad. No lo olvides —dijo Elijah molesto.

Bajó la mirada y revisó el convenio de pagos de la Commonwealth. Algo le pareció extraño, ya que ese número lo había visto antes.

—Está bien, pero quiero que investigues el número de teléfono y la cuenta bancaria que aparecen en el convenio de pagos de la beca —dijo.

—Con tal de que no me causes más problemas, enviaré a los investigadores —respondió el otro, frustrado.

En su opinión, esa joven complicaría sus negocios. Damiano estaba obsesionado con ella y su socio la estaba adoptando como una damisela en apuros. No auguraba nada bueno.

Gregg soltó una carcajada y cortó la llamada. Bajó de la camioneta, abrió la aplicación de rastreo y se acercó a la joven. Entraría al aula y la observaría mientras interactuaba con sus compañeros.

Cristina se sentó en silencio, sacó su cuaderno y dejó el móvil a un lado. Miró un mensaje de Damiano y le respondió directa sin muchas explicaciones. El hombre ni siquiera se despidió antes de irse, pero no le importó y en ese momento lo quería lejos de ella.

Omar se acomodó a su lado y la morena se sobresaltó.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué no viniste a clases? —preguntó el joven mirándola atento y la Cristina que se removió nerviosa, ya que no podía decirle la verdad.

—Estuve un poco enferma, pero ya estoy mejor, gracias —farfulló y volvió la vista al frente, porque los demás estudiantes estaban pendientes de ellos.

—Me alegra que estés mejor —dijo con sinceridad.

Asintió y apretó los labios, aunque Omar parecía bastante honesto, por un momento recordó en las acusaciones de Damiano, pero luego de hablar con el joven, le pareció imposible que el fuera capaz de drogarla.

Donato entró al salón de clases y dejó caer en el escritorio un libro que llevaba en las manos generando un ruido seco, no parecía contento.

—No viene de buen humor —masculló Omar, y Cristina se encogió de hombros.

—Todos tenemos un mal día —dijo, tratando de justificarlo.

—¿Terminaremos el trabajo en la biblioteca? —preguntó Omar.

—Creo que es mejor que lo hagamos en línea, porque tengo que regresar temprano —respondió Cristina.

—Entonces te llevo, y durante el camino podemos continuar —propuso Omar.

—Lo siento, pero me están esperando. Si gustas envíame lo que tengas y lo analizo. Mañana podemos platicarlo después de clase —le sugirió Cristina, procurando evitar más inconvenientes.

—¿Tuviste problemas con tu jefe? —preguntó Omar, intentando de indagar más.

—No, solo fue un malentendido. Es que perdí mi móvil y no pude contestarle —explicó Cristina y se mojó los labios.

—Veo que tienes uno nuevo. ¿Quieres mi número? —ofreció Omar.

—Gracias, ya lo tengo. Se descargó junto con el resto de mis contactos —respondió Cristina.

—Entonces, si no puedes hoy, ¿qué te parece vernos el fin de semana? —insistió Omar.

Ella se removió incómoda por su insistencia.

—No puedo, no tengo día de descanso —le confesó Cristina encogiéndose de hombros.

A Omar le pareció extraño, pero no insistió al darse cuenta de la incomodidad de la joven.



Cristina guardó sus cosas y salió del aula en dirección a la cafetería para encontrarse con Fer, quien le había enviado un mensaje informándole que necesitaba verla. Sin embargo, el tono del mensaje parecía más una lista de quejas que una preocupación genuina. Le decía que tenían que verse para asegurarse de que ella estaba bien.

En la cafetería, la encontró sentada tomando un chocolate caliente y un trozo de tiramisú. Cristina colocó su mochila en la banca y sacó su monedero para comprar una botella de agua y terminar su wrap. No contaba con dinero, apenas dejó unas libras en su cuenta y el resto lo había enviado a casa.

—¿Tienes que contarme qué te pasó? —preguntó Fer.

—Déjame comprar una botella de agua, que muero de sed —admitió y se levantó para pedir en el mostrador.

Una joven la atendió y, además del agua, compró una manzana. Apenas se sentó, Fer comenzó a interrogarla. Cristina abrió la botella y dio un buen trago, estaba sedienta.

Trató de explicarle lo más detallado posible a su amiga sin revelar la situación que ocurrió cuando Donato la dejó en la mansión.

—Es todo lo que recuerdo —expuso sincera.

—Pero ¿cómo te dieron la droga? Y lo más importante, ¿cuándo?

—No sé. He intentado recordar, pero no es posible. Desde el momento en que me subí al auto de Donato, todos mis recuerdos se desvanecieron. Solo tomé una botella de agua y el café que me ofreció Omar.

—¿Y si él te drogó?

—Sé que no lo conozco, pero no lo creo. ¿Con qué finalidad? Estábamos en la biblioteca con un muro de cristal y afuera había muchos estudiantes, no sería sensato —declaró y soltó un resoplido de frustración.

—Tienes razón, pero lo importante es que estás bien —asintió Fernanda encogiéndose de hombros —. Por cierto, tenemos que salir este fin de semana —dijo Fer.

—No puedo, el semestre está empezando.

—Es el mejor momento, aún no estoy abrumada por tareas y trabajos.

—Amiga, lo siento, pero me es imposible.

—Pero ¿cuándo tienes tu día libre?

—No tengo.

—¿Cómo que no tienes descanso? —replicó Fernanda cruzándose de brazos con una mueca en los labios.

—Recuerda que trabajo medio tiempo. Me dan comida y techo, no puedo ser exigente —señaló Cristina y le dio una mordida a su manzana.

—A mí no me convences, eso es abuso.

—Pero el día que termine el posgrado, voy a celebrar durante tres días —dijo Cristina, tratando de quitarle importancia al asunto.

La joven se quitó la bufanda del cuello y la dobló, colocándola sobre la mesa. Luego se giró para guardar sus cosas, en ese momento Fer pegó un grito que hizo que las demás personas las miraran.

—¿Qué te pasa, loca? —exclamó Cristina, quien se enderezó en el asiento sin comprender su reacción.

—La madre que te parió, ¿cómo que qué me pasa? —respondió la rubia, sobresaltando aún más a Cristina.

Confundida, la morena balbuceó: —¿Qué… tienes?

La rubia agarró su teléfono móvil y abrió la cámara. Luego se levantó y sujetó la cabeza de Cristina para tomarle una foto en la parte trasera de su cuello.

—Esto es lo que me pasa —dijo, mostrándole la foto del chupetón en la nuca.

Cristina abrió los ojos y llevó las manos a su cuello, tratando de tocar la marca.

—Creo que me golpeé —intentó justificarse.

—No digas gilipolleses, eso no es un golpe, guapa. No me quieras ver la cara de idiota. Si tienes los labios marcados... —replicó la rubia de manera cortante.

—¡Cállate, por favor! —exclamó Cristina, mirando a su alrededor.

—Pues empieza a hablar, chula, porque esto me lo explicas, sí o sí.

Cristina se colocó con rapidez la bufanda y se cubrió la boca con las manos. Un suspiro escapó de sus labios y levantó la mirada hacia su amiga.

—No puedes repetir una palabra de lo que te cuente. ¡Júramelo! —exigió Cristina, agarrando las manos de Fernanda.

La mandíbula de Cristina comenzó a temblarle y, sin poder evitarlo, se le escaparon unas lágrimas.

—Claro que te lo juro, nena —le aseguró para tranquilizarla.

—No es nada fácil para mí contarte esto —confesó Cristina, soltando un suspiro—. De hecho, me da vergüenza...

La mandíbula de la morena siguió temblando y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—¿Qué te pasó? ¿Te hicieron algo? —preguntó la rubia, muy preocupada.

—Nada que no haya aceptado —admitió, llevándose las manos a la boca—. Me convertí en la amante de mi jefe.

—¿Es una jodida broma? —exclamó Fer incrédula.

—No, no lo es.

—¿Abusó de ti ese hijo de puta?

Cristina negó con la cabeza. En ese momento, su teléfono móvil comenzó a sonar y lo levantó: era la alarma de su siguiente clase.

—Tengo que irme.

—Me importa una mierda la clase, ahora me vas a contar qué demonios te están haciendo en esa casa.

Cristina bajó la mirada y unió sus manos sobre la mesa, dispuesta a contarle todo.

—¿Recuerdas el problema con la beca?

—La que Donato te ayudó a pagar.

—Sí.

—¿Entonces no te dio el dinero?

—Donato me dijo que me había conseguido una beca para cubrir ese pago, una que otorgaba la fundación de su padre. Le creí y acepté el dinero, pagué la matrícula e incluso tenía para regresar a una residencia, pero luego ya no hubo lugar disponible.

—No te entiendo nada.

—Nunca me dieron ninguna beca. Donato me dio el dinero.

—Hala, con el maestro. Si te dije que lo traes loco, nena.

—Cuando Damiano se enteró de que su hermano o sea Donato, movió el dinero de su fideicomiso, se puso como loco, me acusó de haberlo engatusado para sacarle dinero. Recuerda que te conté que mi jefe y Donato son hermanos.

La rubia asintió recordando esa charla.

—Ese tío es un petardo. ¿Cómo se le ocurre que tú ibas a engatusar a nadie?

—Le juré que no tuve nada que ver, pero no me creyó, por si eso fuera poco, me dijo que me acusaría de extorsión y fraude. Regresó el dinero a las cuentas del fideicomiso y luego lo él pagó.

—Ya veo por dónde van los tiros.

Cristina asintió.

—Me dijo que no me delataría y que las cosas seguirían como hasta ese momento si accedía a complacerlo como quisiera, donde quisiera y a la hora que quisiera.

—No se trataba solo de sexo.

—No, por desgracia, hace seis meses su esposa murió en un accidente cuando iba a ver a su amante.

—Me cago en la leche.

—Para él, todas las mujeres somos falsas, hipócritas e interesadas. Me vas a decir que soy imbécil, pero desde que lo conocí, de ser un tipo pedante y prepotente, empezó a cambiar…

—¡Ay, hija!

—Lo sé, lo sé, pero empecé a sentir cosas por él. Aunque intenté alejarme lo más posible, pasaba mucho tiempo con Mariela y conmigo, no pude evitarlo —aceptó con una mueca.

—Mira que cabrón, usar a su hija.

—Lo peor es que cuando me hartó con su misma cantaleta de mi culpabilidad, terminé aceptando algo que no era.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque me di cuenta de que detrás de esa máscara de indiferencia, estaba celoso. Además, me tenía entre la espada y la pared. Así que le dije que haría lo que él quisiera, pero que no le saldría gratis. Acordamos una fuerte suma de dinero.

—Cris, ¿cómo pudiste hacer eso?

—Mi padre está en el hospital y su seguro no cubrió el accidente. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Por qué no me pediste ayuda?

—Era demasiado dinero. Le envié seis mil libras a mi madre para que pudieran operarlo, si no, quedaría en silla de ruedas. En ese momento, pensé que no sería un sacrificio acostarme con él. Te juro que no necesitaba amenazarme con enviarle a la cárcel para que lo hiciera —explicó, y la rubia abrió los ojos entre el asombro y horror.

—¡Cristo bendito!, qué lío. Pero no te culpo, según me dijiste ese tío está como un queso, pero es un hijo de puta —masculló enojada.

La joven asintió con una mueca.

—Me queda bien claro. El problema es que las cosas se salieron de control —aceptó afligida.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Todavía más?

—Donato se enteró de que me acuesto con su hermano y me pidió que lo dejara, pero no sabe toda la verdad y no puedo decírsela. Le reclamé a Damiano su indiscreción y se burló de mí, recordándome lo que era y lo que había pagado.

—¿Te obligó?

—No, me lo exigió. Todas las veces que me acosté con él, fue un amante entregado, pero nunca me hizo sentirme como una puta...

—Hasta ahora.

—Sí, esta mañana un chofer me estaba esperando afuera de la mansión, me trajo a la universidad y está esperando para llevarme de regreso. ¿Entiendes por qué no puedo salir? Está convencido de que, en cuanto salga de la casa, voy a irme con otro tipo —explicó Cristina. La española cruzó los brazos y soltó una risotada —. ¿Por qué demonios te estás riendo? —preguntó Cristina desconcertada.

—Ese ricachón se está enamorado de ti —aseguró la española y Cristina enarcó una ceja.

—Estás loca, cuando alguien ama a una persona, no la humilla —farfulló Cristina con una mueca.

—En el mundo de Cristina, que es todo amor y amabilidad, no. Pero ese pendejo está aterrado por perderte. Piénsalo, ¿qué hombre en su sano juicio te da todo ese dinero? A menos que tengas el coño de oro, joder.

—Fer, te estoy abriendo mi corazón.

—Es la verdad, has estado dándole día y noche con un hombre que es un adonis de metro noventa, moreno y de ojos azules. Si me preguntas, yo quiero uno de esos.

—Me trata como una cualquiera, y lo peor es que la servidumbre se dio cuenta de que estoy en su cuarto.

—Ese tío se está comiendo el coco solo. Se inventó un cuento y se convenció de que lo está haciendo porque está dándote una lección, pero en realidad no es más que un hombre desesperado —insistió la rubia con una mueca de suficiencia.

—Intenté que se diera cuenta de que lo que él piensa es mentira, pero no lo logré. Me he portado complaciente en todos los sentidos, y sí, tengo que admitirlo, ha sido el mejor sexo de mi vida, pero en lugar de poder tener un entendimiento me tacha de manipuladora.

—¿Y es tan bueno? —indagó con curiosidad.

Cristina agarró una servilleta y se limpió la nariz.

—¿Recuerdas al sujeto del chiringuito en Canarias? —le preguntó con una mueca.

—No me digas.

—Te juro que le da cátedra.

—Joder, y yo que te había conseguido un tío bueno para el fin de semana.

—Olvídalo, eso no podrá ser —le advirtió a su amiga negando con la cabeza.

Era imposible que ella saliera con la rubia a tomar unas copas con unos amigos.

# Capítulo 21



## Busquemos una estrategia

Cristina le envió un mensaje a Gregg y le avisó que saldría veinte minutos tarde porque seguía con una amiga en la cafetería, mientras que Fernanda la miraba conmocionada.

—Ahora me has dejado sin palabras.

—Una de las cosas que me preocupan es Mariela. Amo a esa pequeña y no quiero que salga lastimada.

—Pobre cría, la verdad, y luego con la abuela que le tocó y a ti de suegra, madre mía.

—¿Qué suegra? Yo no aspiro a nada, esto es temporal. Apenas me gradúe, mi compromiso terminará, y regresaré a casa.

—¿Y las pasantías?

—Fer, él sería el jefe en mis pasantías, ¿crees que soy tan estúpida para seguir a su merced?

—¡Mierda!

—Te juro que a ratos me hace odiarlo, y luego me doy cuenta de que me encanta, y me vuelve loca. El sexo es alucinante, que empiezo a sentir cosas muy profundas, por eso me lastiman tanto sus desprecios. Por desgracia, cuando una relación empieza mal, acaba mal —dijo convencida.

—Lo siento, Cris.

—Intento ser optimista, pero es como si el universo me la tuviera jurada —exclamó—. Lo único bueno de esta situación es que mi padre pudo operarse, pero hasta eso lo ha usado en mi contra.

—¿Qué fue lo que le pasó exactamente? Me dijiste que lo operaron, pero no me hablaste sobre su accidente.

—El auto de papá tuvo un problema en pleno boulevard. Él se bajó para revisar qué ocurría y un auto en exceso de velocidad lo arrolló. Tuvo mucha suerte de que el impacto no lo matara, pero le destrozó la pierna y le quebró las costillas.

—¿Y qué pasa con sus servicios médicos?

—Lo atendieron, pero cuando se dieron cuenta de que necesitaba prótesis especiales, le dijeron a mi mamá que eso no lo tenían. Le explicaron que lo podían operar, pero que perdería la movilidad. Tuvimos que pagarlas por fuera.

—En España, es la misma mierda con el servicio de hospitales.

—Durará un año en terapia para que vuelva a caminar, pero tengo fe en que lo logrará. ¿Crees que es incorrecto lo que estoy haciendo?

—Nadie puede juzgarte, y yo menos que me he echado un polvo con un tío que conocí en una discoteca. Lo único que te diría es que no te enamores, pero me temo que ya estás empezando a sentir cosas fuertes por ese hombre.

El móvil sonó y miró un nuevo mensaje. Era otro aviso del banco Barclays. Lo borró de nuevo y sacudió la cabeza.

—Tengo que irme, no quiero más problemas.

—Sé que no soy de mucha ayuda, pero estoy aquí para escucharte.

—Gracias —dijo y se dieron un abrazo.

—Y no actúes como una perra, deja que ese pendejo vea la maravillosa persona que eres, para que se dé cuenta de lo mierda que se está portando contigo. Si lo que quiere es sexo, dáselo a montones. Estará bien contento y no tendrá ni tiempo de pensar estupideces. Los hombres son bien básicos, amiga. Si les chupas la polla y les hechas un polvo, se vuelven mansitos.

—¿Ese es tu consejo? —exclamó horrorizada.

—Te he dado el mejor consejo para mantener a un amante contento. Mira, eso me lo dijo mi madre y ella sabe mucho —dijo la joven y Cristina sacudió la cabeza, que agarró su mochila y salió de la cafetería.

Gregg observaba a las dos chicas mientras charlaban largo y tendido. Para su mala suerte, aunque John estaba en la mesa contigua, no entendía una palabra porque hablaban en español. Entonces, cuando la joven abandonó la cafetería, le envió un mensaje para advertirle que iba al estacionamiento. Al seguirla, se percató de que un par de jóvenes la estaban siguiendo, lo cual le pareció sospechoso.

Le avisó a John para que lo alcanzara.

—¿Qué querrán estos desgraciados? —masculló con las manos en el abrigo, mientras Cristina caminaba ajena al peligro que la acechaba.

A mitad del pasillo, uno de los chicos viró y se encontró de frente con ella, mientras el otro lo seguía desde atrás. El que se acercó le dio un empujón, haciéndola caer al suelo y soltar el móvil que llevaba en la mano.

—Perdón, no te vi —exclamó el joven, tratando de distraerla mientras el otro se acercaba hacia el dispositivo que estaba en el suelo.

En ese momento, John salió sin que lo esperaran y recogió el móvil antes de que el joven pudiera alcanzarlo. Este bajó la cabeza y se marchó entre maldiciones. John se acercó y le entregó el teléfono a Gregg, para retirarse con discreción.

—¿Estás bien? —preguntó Gregg, muy preocupado. La joven levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Sí, fue un descuido por mi parte distraerme —dijo Cristina, mientras el rubio apretaba los dientes. Le tendió la mano y ella la tomó para levantarse —. Gracias —dijo cuando Gregg le entregó el móvil. Lo encendió y desbloqueó con su huella digital—. Menos mal que no se dañó, parece que no tengo suerte con los celulares.

Otra notificación apareció en la pantalla y ella gruñó frustrada.

—¿Qué sucede? —indagó el guardaespaldas.

—Durante todo el día he estado recibiendo notificaciones de un banco, pero no tengo cuenta allí —dijo con molestia.

Gregg arrugó la nariz y la instó a salir hacia el estacionamiento. Tomó la mochila de las manos de Cristina y sacó un paraguas, aunque ella ya estaba mojada.

Un par de horas después, llegaron a la mansión un poco tarde porque el tráfico era un caos debido a la lluvia que arreciaba cada vez más.

Cristina se dirigió a la habitación de Damiano, necesitando quitarse la ropa mojada. Tomó una ducha con agua caliente, secó su cabello y luego buscó ropa cómoda.

Su estómago gruñó, pero ella lo ignoró. Esperaría hasta que el resto del personal se fuera para bajar a la cocina y encontrar algo para comer, aunque nunca había nada, era como si todo lo dejaran fuera de su alcance a propósito.

Marianne estaba guardando unos trajes de Damiano cuando Cristina entró al vestidor.

—Buenas tardes —saludó Cristina, y la joven le sonrió.

—No te hemos visto en la cocina, aunque la señora Helen le prohibió a Patricia prepararte comida o atenderte —le confesó con una mueca de pena.

—No voy a arriesgarme con esa mujer, por eso prefiero comprarme un café en el camino.

—Quería disculparme por haber sido grosera, pero nos amenazó con despedirnos, si te tratamos bien. Nos aseguró que son órdenes de la madre del señor Mateus y necesito este trabajo —explicó con vergüenza.

—Gracias por decírmelo, no lo tomaré personal —admitió Cristina, tomando un par de pantalones de yoga y una blusa de manga larga.

—Ten cuidado con el ama de llaves, te aseguro que te odia —le advirtió para que se cuidara.

—El odio es un sentimiento muy fuerte, tal vez no le caigo bien, pero no soy tan importante como para que me odie.

—Su sobrina iba a ser la próxima niñera, y cuando llegaste tú, sus planes se arruinaron —le confesó, revelando lo que había escuchado de la misma mujer mientras maldecía el momento en que Cristina llegó.

La morena torció los ojos al entender a qué se refería.

—Créeme, no le habría servido de nada —aseguró convencida de que Damiano la habría despedido de inmediato, ya que parecía gustarle tener el control en todos los aspectos.

El ruido de la puerta las sobresaltó y Marianne dejó el último gancho antes de salir apurada.

Cristina aprovechó para quitarse la bata y ponerse la ropa. Se puso unas bragas y un sostén deportivo bastante cómodos. Justo cuando estaba pasando la blusa por la cabeza, entró el hombre que la atormentaba día y noche.

—Buenas tardes —saludó a Damiano que la miró con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Él esperaba su silencio, su indiferencia, pero no que lo saludara con una sonrisa.

Se giró para ponerse los pantalones y luego unos calcetines. Solo tenía que leer un libro en el cual se basarían para hacer un ensayo, aunque comenzó a leerlo en el auto no lo terminó.

—El viernes vamos a Gloucestershire, a la casa de campo de mi madre. Cumple sesenta años y hará una fiesta el sábado. Regresaremos el domingo —le informó y ella asintió.

—¿A qué hora nos marcharemos?

—Cuando regrese de la oficina, pero hay un detalle —mencionó con dudas, porque pensó que la joven se negaría a usar un uniforme de niñera.

—¿Cuál? —indagó, ladeando la cabeza para mirarlo fijo.

—Tienes que llevar uniforme.

—No hay problema —declaró, encogiéndose de hombros, como si no fuera importante.

—Helen te dará el uniforme que te ordenó.

—Está bien, se lo pediré. ¿Algo más que deba saber?

—Nada, por el momento —respondió el hombre y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Voy a la recámara de Mariela para ayudarla con su tarea.

El hombre asintió y miró cómo la joven se marchó. Se quitó el traje y se puso algo cómodo, luego se fue a trabajar a la biblioteca.

# Capítulo 22



# Un deseo concedido

Aunque el hombre no le decía nada, ella se acostaba a su lado desnuda como él le exigía. Para su total sorpresa, Damiano no la había tocado. Ella se levantaba y seguía su rutina. Gregg la esperaba para llevarla a la universidad y luego volvía apenas se desocupaba.

Pero el viernes por la mañana fue diferente. Se despertó con la cabeza de Damiano entre sus piernas. Al sentir la lengua lamer su sexo, gimió y levantó la pelvis hacia los labios del hombre.

Metió los dedos entre los mechones de su cabello, excitada por la situación, lo cual lo animó a atrapar su clítoris y succionarlo con fuerza. Era un experto en el arte del sexo oral y la joven no tardó en gemir mientras alcanzaba el clímax.

Damiano estaba desnudo y se levantó para cubrirla con su cuerpo. Entró en ella de un solo movimiento, y Cristina abrió las piernas para recibirlo con placer.

La joven agarró sus propios senos con las manos y comenzó a acariciarse, mientras el hombre ardía de deseo al presenciar la escena tan erótica. Se inclinó y tomó uno de sus pezones en la boca, chupándolo con intensidad.

La morena se arqueó de placer al sentir sus labios cálidos y húmedos en su piel. Los gemidos y gruñidos llenaban la habitación. Habían pasado tres largos días sin tocarse, y ya no podían aguantar más.

Una vez que estuvo por completo dentro de ella, Damiano recordó por qué no podía resistirse a tenerla. La levantó y la sentó sobre su regazo. Cristina soltó un grito al sentir la profundidad de la penetración y dejó caer la cabeza hacia atrás. Con ardor besó su cuello y luego capturó sus labios, saboreando lo que tanto anhelaba. La sujetó por las nalgas, controlando el ritmo y la intensidad de sus embestidas.

El sonido del choque de sus cuerpos era música erótica para sus oídos.

—Eu preciso de você, porra [2]—masculló entre dientes, pero la joven no entendió.

Ella gritó y se aferró a su cuello mientras lo cabalgaba deseando su propia liberación, cuando sintió que la joven comenzó a exprimirlo por los espasmos de su orgasmo la giró dejando que terminara hasta que sus paredes dejaron de apretarlo dejó su interior.

Cogió un tubo de lubricante que tenía en un cajón y lo vacío en su trasero. Se acomodó y con lentitud se enterró por detrás. Cristina gritó y se aferró a las sábanas, pero el gel facilitó la penetración. Damiano bramó al sentir lo apretada que estaba y la levantó de las caderas, para bombear con ímpetu.

Bajó su cabeza y mordió su espalda, marcándole los dientes en la piel. Los gritos de la joven fueron un aliciente para seguir penetrándola. Ella nunca había tenido sexo anal, pero fue tan ardiente y prohibido, que la llevó al éxtasis.

Sujetó sus nalgas y siguió, hasta que no pudo más. Eyaculó dentro de su trasero mientras resollaba con violencia. Cuando se sintió satisfecho, le dio un beso en el cuello y salió despacio

para no lastimarla.

Damiano en una nube de placer se dejó caer a su lado mirando el techo.

—No quiero seguir terminando fuera, ponte un parche anticonceptivo —demandó.

Eyacular dentro de su cuerpo cálido fue jodidamente alucinante, y quería repetirlo una y otra vez.

—Está bien —farfulló boca abajo, recuperando el aliento sin mirarlo.

Damiano se sentó y la incorporó, deseando ver su rostro en busca de cualquier indicio de molestia. Ella lo miró con los ojos nublados de placer y él la abrazó. Se acostaron de nuevo y la besó con devoción. Era sorprendente lo contradictorio que podía ser aquel hombre.

# Capítulo 23



# Una revelación inesperada

Cristina guardó su laptop en la mochila y se ajustó la bufanda; necesitaba regresar temprano. Aunque ya tenía lista la maleta de Mariela, no quería olvidar nada. En cuanto a su atuendo, no necesitaba mucho, ya que usaría el uniforme de niñera que le había dado la señora Helen. La mujer sonrió con satisfacción cuando se lo ofreció. Era un vestido de color camel claro, de manga corta con cuello blanco, que le llegaba debajo de la rodilla. Completó el conjunto con medias de color nude y zapatos Oxford de color tabaco con cintas.

Cristina buscó los uniformes de las niñeras y se dio cuenta de que la mayoría eran parecidos, por lo que concluyó que el ama de llaves no lo había elegido solo para fastidiarla. Al salir del salón, se encontró con Omar, que la esperaba en el pasillo. El joven moreno tenía las manos metidas en los bolsillos y se notaba preocupado.

—Me gustaría hablar contigo —le dijo al interceptarla.

—¿Qué necesitas? —preguntó ella.

Aunque no se reunían en persona, sí mantenían comunicación virtual para seguir trabajando en el proyecto. Se permitían bromear el uno con el otro y se sentía cómoda en su compañía, ya que le demostró ser confiable.

—Lo que voy a decirte necesita ser en privado —le explicó, mirando a los alumnos que caminaban por el pasillo.

La joven sacó su móvil y se mordió el labio, pensativa. Le dio pena negarse al ver la cara de angustia de su compañero.

—Está bien, pero no dispongo de mucho tiempo.

Lo más cercano era la biblioteca, así que se dirigieron a uno de los cubículos insonorizados que contaba con una pequeña sala para conversar. Se acomodaron en uno de los sofás, y Cristina cruzó las piernas, lista para escuchar lo que Omar tenía que decir. Debía ser algo importante para que insistiera tanto.

—Sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero mi intuición me dice que puedo confiar en ti. Eres una persona honesta y amable que me ha ayudado sin ningún interés oculto —comenzó Omar.

—Gracias... —respondió Cristina, sin comprender del todo la importancia de lo que Omar le estaba diciendo, ya que solo lo veía como un amigo y compañero.

—Eres diferente al resto, incluso después de revelarte quién es mi padre.

Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Es tu padre, no el mío —dijo con inocencia.

—No todos piensan como tú. Siempre quieren algo de mi padre y tratan de usarme para llegar a él. Pero lo que no saben es que soy la oveja negra de la familia. Por eso, cuando cumplí dieciséis años, mi madre y yo salimos de Arabia y nos fuimos a vivir a Estados Unidos.

—¿Les permitieron hacer eso?

—Veo que estás al tanto de las leyes arcaicas de mi país.

—En parte —admitió.

—Mi madre es inglesa. Es la tercera esposa de mi padre, por eso me educó de manera diferente —explicó Omar, juntando sus manos.

—¿Tu padre tiene tres esposas? —exclamó Cristina con sorpresa.

—En realidad, tiene cinco. Por eso mi madre dejó el país, aunque sigue siendo su esposa. Casi pasamos desapercibidos en Boston, hasta que se dieron cuenta de quién era yo, y me quedó claro que no podría ocultarme para siempre. Decidí venir a Londres porque tuve un problema con mi pareja. Mi padre se enteró y me amenazó con desheredarme.

—¿No le gustó la joven que elegiste?

—No era una mujer.

—¿Cómo que no era...? Ahh, ya comprendo —manifestó Cristina, abriendo la boca y los ojos sorprendida.

Nunca hubiera sospechado esa faceta de Omar. Era guapo, con unos hermosos ojos negros y siempre vestía con estilo. De hecho, su porte le recordaba mucho a David Gandy.

—Me dio otra oportunidad de enmendar mi camino, pero ahora mi padre viene en dos semanas, y quiero que me acompañes a cenar con él.

—¿Por qué yo? —preguntó abruptamente.

—Le dije que tengo una novia.

La joven ladeó la cabeza y casi se le cayó la mandíbula de la impresión.

—¿Quieres que finja ser tu novia?

—Sí, no te lo pediría si no fuera importante. Sé que no me delatarás —admitió y se pasó las manos por el cabello.

—¿Y te vas a ocultar para siempre?

—Llegamos a un acuerdo: él me permite vivir fuera de Arabia y yo no provoco ningún escándalo. Mi madre está al tanto de mis preferencias y no tiene ningún problema con eso.

—Tienes derecho a vivir como quieras y con quien quieras. Al fin y al cabo, la vida es efímera, como dice mi madre.

—Pero mi padre no lo entiende, por eso te lo suplico. Solo iremos a cenar con él para que se sienta tranquilo y regrese a Oriente Medio sin preocupaciones.

—No es que no quiera ayudarte, pero ¿qué pasa si algo sale mal? No sé qué debo hacer o cómo comportarme... —balbuceó, sacudiendo la cabeza.

—Te explicaré todo. Además, ni siquiera tienes que mostrarte cariñosa conmigo —insistió, y ella resopló porque le dio pena el pobre chico. Además, no perdería nada ayudándolo y su mirada de cachorrito herido la conmovió.

—Está bien, pero debes avisarme con tiempo el día y la hora, ya que tengo que salir de mi trabajo.

—Acabas de salvarme la vida. Desde que te vi, supe que eras maravillosa.

El joven sonrió con gran satisfacción, y Cristina entrecerró los ojos.

—Deja de halagarme —le reprendió con una mueca. Miró la hora y soltó un grito de sorpresa—¡Dios! Me tengo que ir porque es tardísimo y hoy salgo de la ciudad.

—¿A dónde vas?

—La madre de mi jefe cumple años, y debo acompañarlos porque celebrarán todo el fin de semana.

—¿Has considerado cambiar de trabajo?

—No, ¿por qué? —preguntó nerviosa.

—Ese jefe tuyo es un tirano. Pareces su esclava y no su empleada —afirmó mientras ladeaba la cabeza—. Por cierto, ¿cómo se llama? —le cuestionó.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es normal que sepa dónde trabaja mi novia —expuso y Cristina resopló, porque el joven tenía razón.

—Trabajo para Damiano Mota de Sousa como *au pair*, es decir, como niñera —susurró y agarró su mochila.

—¿Trabajas para ese hombre? —inquirió escandalizado.

—¿Qué pasa con él? —exclamó, ladeando la cabeza interesada.

—Discúlpame, pero su fama le precede y no es buena.

—¿Lo conoces?

—Mi padre es inversor en Grupo Lloyds y cómo voy a quedarme al frente de las oficinas de la petrolera en Londres, me he estado informando sobre lo más relevante. Cuando se fue a vivir a Madrid, casi hicieron fiesta porque nadie lo aguantaba.

—¡Qué malo eres! —le reprendió.

—Es la verdad, por desgracia regresó y todo el mundo le evita por ser insoportable y arrogante. Parece que la edad le está agriando el carácter.

—No quiero justificarlo, pero su esposa murió hace apenas unos meses, por eso cuido a su hija.

—No lo sabía, de verdad que lo siento. Mi madre es mi mundo y si la perdiera, no sé qué haría.

—Yo también extraño mucho a mis padres, pero en cuanto me gradúe volveré a casa.

—Pensé que te quedarías para hacer las pasantías.

Aunque era lo que deseaba, ya no sería posible. Además, ya no le parecía una opción atractiva; solo anhelaba volver con su familia.

—Las pasantías son en Grupo Lloyds —declaró con una mueca.

—¡Mierda! ¿No tienes otras opciones?

—Por desgracia, no. Ahora me voy —anunció. Se incorporó y se acercó al joven. Le dio un abrazo que dejó a Omar paralizado, pero luego le correspondió.

—Cuenta conmigo y mi total discreción —dijo la joven.

—Gracias otra vez —masculló Omar con un nudo en la garganta.

Se separaron y Cristina salió apurada. John observaba la escena y tomó varias fotos de los jóvenes que envió a Gregg.

# Capítulo 30



# No olvides tu lugar

Con bastante tiempo de sobra, regresó a su habitación y se sumergió en un relajante baño. Después, se peinó con pulcritud con un elegante moño ajustado en la base de la nuca, con una raya bien definida a un lado. Para asegurar su peinado, tomó prestado el gel que Damiano solía usar. Con habilidad, se maquilló con un ligero toque de polvo compacto, un poco de rubor en las mejillas, rizó sus pestañas y delineó sus ojos de manera sutil.

Luego se vistió con su uniforme y se cubrió con un suéter del mismo tono, ya que sentía un ligero frescor en los brazos. Para finalizar su preparación, se roció un poco de perfume en el cuello y las muñecas, como siempre hacía. Tomó una pequeña maleta que contenía sus productos de limpieza, dos conjuntos de ropa adicional y el uniforme de repuesto.

Al salir al pasillo, Damiano la examinó de arriba abajo, y ella le respondió con una sonrisa. Él carraspeó y frunció el ceño, mostrando una leve incomodidad.

—Buenas tardes, voy con Mariela para cambiarla —anunció amable.

—Saldremos en una hora —decretó Damiano, a lo que la joven asintió.

—Estaremos listas —le aseguró.

Cristina continuó caminando hasta llegar al ascensor. Damiano observó su uniforme y cómo le quedaba tan bien. No sabía cómo podría pasar tres malditos días sin tenerla en su cama.

Más adelante, la joven se encontró a Mariela llorando en un rincón, y su sonrisa desapareció de repente. Preocupada, se acercó y se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa, princesa? ¿Por qué estás llorando? —preguntó, preocupada.

—No quiero ir a casa de mi abuela —respondió la niña, desconsolada.

—Pero no vas sola, irás con tu papi y conmigo.

—¿Tú también vas a ir? —preguntó la niña, buscando confirmación.

—Por supuesto, voy a estar a tu lado en todo momento.

—¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo. Ahora debemos cambiarte para que luzcas muy bonita.

La niña observó a Cristina y arrugó la nariz.

—¿Por qué llevas puesto ese vestido feo y ese peinado? —cuestionó, inclinando su cabecita.

Cristina soltó una risita y fingió estar ofendida.

—¿De verdad me veo tan mal? Es el uniforme que usan las niñeras —se acarició el vestido y frunció el ceño.

—Te ves… diferente —respondió con tacto la niña y ocultó una mueca.

Cristina abrió los brazos y la niña se sentó en su regazo.

—Si me presento en casa de tu abuela sin el uniforme, se enfadaría mucho, y no queremos eso porque hoy es su cumpleaños.

—De todas formas, siempre se enfada —dijo la niña con pesar.

—Bueno, nosotras haremos todo lo posible para que no se enfade. Ahora, vamos a cambiarte y ponerte ese hermoso vestido.

Mariela asintió y comenzó a desvestirse. Cristina le limpió su carita, le cambió la ropa interior y luego procedió a vestirla. Al final, le hizo un peinado con una media cola y le puso un moño a juego.

En su maleta llevaba tres vestidos, ropa abrigada, pijamas y todo lo necesario. También llevaba libros para colorear, su cerdita de peluche y algunos juegos más. Era una maleta bastante grande.

Tres horas más tarde, llegaron a la mansión de la madre de Damiano. Era impresionante. Amberley House había sido construida en 1640, pero el tiempo parecía no haber dejado huella en ella. A pesar de estar cubierta de nieve, el paisaje era hermoso. El chofer se detuvo frente a la entrada y abrió la puerta. Damiano se levantó y bajó del auto para ayudar a su hija, y luego a Cristina. Entraron al recibidor, donde la señora Mateus los esperaba.

—¡Qué gusto que llegaste, hijo! —exclamó y abrazó con efusividad al hombre.

—Hola, madre —saludó sin un ápice de emoción.

Cristina estaba detrás de Damiano, con las manos metidas en su chaqueta.

—Pensé que traerías a Margaret —comentó la anciana inspeccionando a la joven con desagrado, y Damiano soltó un suspiro, porque su madre sabía que asistiría Cristina, pero parecía que lo había olvidado.

—Recuerda que no podría acompañarnos debido a un problema familiar.

La anciana miró a Cristina de arriba abajo, desaprobando su presencia, y llamó a su ama de llaves, que se presentó de inmediato.

—Sí, señora —respondió la mujer de mediana edad que controlaba al resto del servicio.

—Lleva a la niñera de mi hijo al área de servicio.

Mariela tomó la mano de Cristina sin intenciones de soltarla.

—Dijiste que estarías conmigo —se quejó la niña.

Cristina se arrodilló y miró a Mariela a los ojos.

—Estarás con tu papá, princesa, pero si necesitas algo, vendré de inmediato —le aseguró, y la niña asintió. Cristina le dio un abrazo, lo que molestó a la abuela.

—Acompáñame —ordenó la mujer mirando con desagrado la escena. Sabía quién era

Cristina y que su patrona no la toleraba.

Cristina se puso de pie y siguió a la mujer rubia que parecía un sargento. Mientras Damiano alegaba con su madre, pero la mujer lo tomó del brazo y lo llevó a la sala para que se olvidara de la niñera.

El ama de llaves sonrió con suficiencia porque tenía órdenes de su patrona de hacerle la estadía miserable a la joven.

—No puedes vagar por la casa a menos que te llamen. Las habitaciones están por ese pasillo, te asignamos la última. Solo hay un baño compartido. No podrás comer a cualquier hora, solo cuando los señores lo hagan y con lo que se destine al servicio —advirtió con voz inflexible mientras entraban a la cocina.

—Lo entiendo.

—Debes quitarte el abrigo y el suéter. Solo puedes usar tu móvil en tu habitación, déjalo en un cajón —ordenó la mujer.

—Lo que pasa es que... Da... mi jefe quiere que lo tenga en todo momento.

—No será necesario, debes dejarlo, ¿entendiste?

Ella asintió. Se quitó el abrigo y el suéter que llevaba. La mujer la llevó a la habitación asignada, abrió la puerta y se quedó en el umbral. La joven entró y se dio cuenta de que el lugar estaba a punto de congelarse, además de ser muy pequeño. Dejó sobre la cama lo que llevaba en las manos.

—El personal tiene que presentarse a las seis de la mañana para recibir instrucciones sobre sus tareas.

—Disculpe, pero solo soy la niñera de...

—No sé en qué lugares has trabajado, pero en el momento en que entraste a esta casa, quedas a mi disposición como parte del servicio. Te espero de regreso en la cocina —interrumpió, cruzándose de brazos y levantando una ceja.

Cristina abrió la boca, pero decidió no decir nada, ya que no tenía idea de las reglas a las que se refería. La mujer se marchó, dejándola sola y desconcertada.

La joven se sentó en la cama y recibió un mensaje de Omar. Lo abrió y sonrió al leerlo: "¿Ya te encerró en el sótano la bruja malvada?".

—Este sí que se pasó —murmuró y respondió—. Todavía no he llegado a ese extremo, estoy en una habitación como la de Harry Potter, pero sin estar debajo de la escalera —escribió con humor.

Recibió un emoticón de un gatito sorprendido y soltó una risita. Se despidió y guardó su móvil en un cajón del pequeño buró.



Al regresar a la cocina, la llevaron a una especie de almacén. Había hileras de estantes con numerosas cajas de plástico, pero no todas estaban etiquetadas.

—Tenemos que sacar las cajas con la vajilla para la fiesta —le explicó, una mujer de entrada en los treintas un poco rellenita, con cabello rojo y muchas pecas en la nariz, que parecía bastante amistosa.

—Por cierto, soy Cristina —se presentó la joven.

—Mucho gusto, soy Lorna —respondió.

—¿Qué estamos buscando?

—Copas, servilletas, unas charolas para los canapés y una caja de cubiertos. Hay varias vajillas, pero necesitamos la que es blanca con un grabado dorado en el borde, es para cincuenta invitados.

—¿Tantos?

—Sí, vendrán un poco más de cuarenta personas, entre la familia y los amigos más cercanos.

—Por lo visto es un evento muy importante —mencionó Cristina mientras abría una caja.

—La señora festeja cada década que cumple con una gran fiesta. La familia de su esposo es originaria de Portugal, pero la señora es inglesa.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Un par de años. Es raro cuando vienen en invierno. La señora solo viene en verano.

—Debe ser hermoso, todo verde y lleno de flores —admitió Cristina, recordando el paisaje.

—Lo es, por eso prefiero vivir en el campo que en la ciudad. La desventaja es que no hay muchas opciones de trabajo, pero el beneficio es que, aunque la casa esté vacía, siguen pagándonos —explicó Lorna, guiñándole un ojo.

—Eso es bueno para ti.

—Por supuesto.

De forma natural, comenzaron a charlar. Después de un par de horas, encontraron un total de diez cajas. Las marcaron y las colocaron a un lado para que un mozo las recogiera, ya que eran pesadas.

—Cada pieza debe lavarse a mano, sin usar la máquina lavaplatos, porque es una vajilla muy antigua —explicó Lorna.

—No te preocupes, no uso el lavaplatos. Me parece un desperdicio de tiempo y agua. Aunque mi compañera de habitación en la universidad siempre se burlaba de mí por no querer usarlo —respondió Cristina con determinación.

Lorna le pidió que sacara una caja que estaba en la repisa más baja. Era una caja con copas de champán. Cristina se arrodilló y jaló la caja con cuidado.

—¿Estudiaste en la universidad? —exclamó sorprendida la pelirroja.

—De hecho, todavía estoy estudiando...

La puerta se abrió de forma intempestiva, sobresaltándolas, y Damiano ingresó hecho una furia.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le gritó, inclinándose sobre Cristina.

Lorna se llevó la mano al pecho y dio un paso hacia atrás, mientras la morena se quitaba del rostro un mechón de cabello que ya estaba un poco despeinado. Sacudió la cabeza, se limpió las manos en su sucio uniforme y resopló mientras inhalaba aire.

—Estoy haciendo lo que me ordenaron —respondió tranquila, como si el hombre no estuviera hecho una furia descomunal.

—¿Quién jodidos te ordenó que ayudaras al servicio? —bramó furioso.

Cristina se levantó y agarró la caja para apilarla junto al resto. Tomó el marcador y la etiquetó dándole la espalda.

—El ama de llaves me dijo que, mientras estuviera aquí, debía acatar sus órdenes, señor —respondió con una sonrisa sarcástica.

—¿Y por qué no has contestado mis llamadas? —le reclamó indignado, lanzando un gruñido.

—No tengo mi celular, lo dejé en la habitación. Al servicio no se le permite tener uno —explicó.

—Es cierto —contestó Lorna, y Damiano la miró furioso, lo que hizo que saliera despavorida.

—La asustaste con tus gritos —expuso Cristina, frunciendo los ojos.

—Te dije que debes tener ese aparato contigo en todo momento.

—Pues parece que esa mujer tiene más poder sobre mí que tú, porque ella me dijo lo contrario —respondió con ironía, lo cual no pasó desapercibido para Damiano.

—Tú no viniste a hacer labores domésticas, debes cuidar a Mariela —le dijo Damiano indignado.

Ella se llevó las manos a la cintura y soltó un suspiro.

—Eso discútelo con tu madre, estamos en su casa...

—¿Por qué no han terminado lo que les ordené? Todavía tienen mucho por hacer —vociferó el ama de llaves desde la puerta.

Damiano dio un paso adelante y se mostró, dejando a la mujer sin palabras.

—Perdón, señor. No sabía que estaba aquí —balbuceó ella, juntando sus manos nerviosa al verse descubierta.

—Quiero que me explique con qué autoridad puso a mi niñera a hacer labores que corresponden al servicio.

—Lo que pasa es que su madre me dijo que podía ayudar en los preparativos de la fiesta. Aún falta mucho por hacer...

—Me importa una mierda lo que falte —interrumpió Damiano con un grito—. Ese es su maldito problema, pero yo no la traje aquí para que haga su trabajo. Mi hija está llorando porque no la encuentra. ¿Usted va a ir a tranquilizarla? —le increpó.

La mujer, demasiado afectada, sacudió la cabeza. Lorna, que estaba detrás de ella, miraba con una sonrisa de complicidad a Cristina.

—Discúlpeme, hablaré con su madre —dijo la mujer, tratando de calmar la situación.

—No tiene nada de qué hablar. Recoge tus cosas porque te quedarás en la habitación con Mariela —demandó Damiano, y la joven asintió. Él se acercó a ella y la olió, pero el aroma que tanto le gustaba había desaparecido—. ¿A qué jodidos hueles?

Ella se olfateó y arrugó la nariz. El fuerte olor a humedad y desinfectantes la golpeó con fuerza.

—Creo que son las cajas —admitió la joven con desagrado.

—Dúchate y cámbiate de ropa, no tardes —le ordenó antes de salir furioso. El ama de llaves se apartó a un lado y bajó la mirada.

—Le dije que debía tener el celular conmigo, porque se enfada si no le contesto —agregó Cristina y sacudió la cabeza.

La mujer estaba furiosa por el regaño. Se cruzó de brazos y la miró con encono. Al pasar a su lado, pensó que la asesinaría, pero decidió seguir su camino. Se encontró a Lorna en el pasillo y notó la expresión de satisfacción en su rostro.

Corrió a su habitación, metió en la mochila lo que había sobre la cama y, cuando buscó su móvil, no lo encontró. Alguien debió haberlo cogido. Sin perder más tiempo, le preguntó a una joven dónde se encontraba la hija de su jefe y subió con rapidez las escaleras.

Al tocar la puerta, otra joven con el uniforme de niñera abrió la puerta. Mariela, desolada, corrió hacia ella con lágrimas en los ojos.

—Me dijiste que no te separarías de mí —le reprochó, y a Cristina se le encogió el corazón.

—Fue un malentendido, princesa.

La niña quiso abrazarla, pero Cristina le pidió que no lo hiciera.

—Huelo espantoso y estoy llena de polvo. Déjame tomar una ducha y en un momento salgo.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó la otra joven a la pequeña.

—Sí, gracias por acompañarme —respondió la niña aliviada de que Cristina hubiera llegado.

—Perdón por entrar sin avisar —se disculpó Cristina con una rubia que acompañaba a Mariela. La joven llevaba un uniforme similar al suyo.

La mujer la examinó de arriba abajo con desagrado y Cristina tragó saliva.

«Parece que a ella tampoco le caí bien», pensó Cristina, pero no dijo nada, solo sonrió paciente mientras la otra la escrutaba.

—¿En qué academia de niñeras estudiaste? —preguntó con indignación—. Ese uniforme que llevas solo puedes usarlo si te graduaste de una academia —alegó molesta.

—Pues a mí me lo dieron —admitió Cristina.

La otra mujer resopló molesta y se marchó. Cristina miró a Mariela, quien aguantaba la risa.

—Deberías haberle dicho que estudias en la universidad y que mi tío te da clases, que no solo eres una niñera —sugirió la niña.

—No te burles, señorita —la regañó la morena y la pequeña se encogió de hombros.

—Yo también quiero bañarme antes de dormir —dijo Mariela.

—Está bien, tomaremos una ducha.

La niña soltó un chillido y corrió hacia el interior del baño. Cristina se quitó el uniforme y lo guardó en una bolsa. Luego se desnudó y se metió debajo del chorro de agua caliente para eliminar el desagradable olor. Cuando se sintió satisfecha, salió para preparar el baño de Mariela, quien jugaba en el tapete con Rachel.

# Capítulo 31



# Sin poder contenerse

La habitación asignada a Mariela era espaciosa, con una cama matrimonial de postes de madera. Contaba con su propio baño y vestidor, además de un amplio sofá frente a la chimenea que estaba encendida, aunque no era de leña.

Era tarde, y se metieron en la cama. Cristina estaba quedándose dormida cuando la puerta se abrió. Damiano entró y le hizo señas para que se levantara.

—¿Qué pasa? —dijo bostezando.

—Te envié un mensaje y no me contestaste.

—No tengo mi móvil.

—¿Cómo que no lo tienes?

—Lo dejé en la habitación, pero cuando regresé, ya no estaba —explicó encogiéndose de hombros.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura —replicó ladeando la cabeza.

El hombre sacó su celular y abrió la aplicación de rastreo. Apareció un pequeño mapa con un punto rojo, y maldijo entre dientes al darse cuenta de que estaba fuera de la habitación.

—¿El móvil tiene contraseña? —le cuestionó sin dejar de mirar su móvil.

—Solo se desbloquea con mi huella.

—Vuelvo en un momento —declaró, pero antes de abrir la puerta, se volvió—. ¿Ya cenaste? —le preguntó, lo que no sabía es que ni siquiera había comido.

—No, pero no tengo hambre, gracias —respondió, la joven soltó un suspiro y se sentó en el sillón frente a la chimenea para esperar a que el hombre regresara.

Damiano bajó las escaleras y buscó la habitación de su madre. Tocó a la puerta, y el ama de llaves la abrió, mirándolo con sorpresa.

—Quiero hablar con mi madre —dijo, dando a entender que deseaba que se marchara.

La mujer le dio paso y Damiano entró casi empujándola. Su progenitora estaba sentada a un lado de la chimenea, con los lentes de lectura puestos y un libro en las manos.

El hombre vio el móvil de Cristina sobre la mesilla.

—¿Qué necesitas, hijo? —preguntó la madre.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué tu ama de llaves envió a mi niñera a hacer tareas que corresponden a tu personal de servicio?

—La servidumbre se rige por jerarquías. Mi ama de llaves tiene el rango más alto y tiene

derecho a dar órdenes.

—Ella no es mi empleada, está aquí como au pair para cuidar a mi hija.

—Es lo mismo, no entiendo por qué te molesta tanto.

—Porque ignoraron mis instrucciones. Le dije al chofer que llevara su equipaje a la habitación de Mariela, pero en cambio la colocaron en un cuarto sin calefacción en el que nadie ha dormido desde el siglo pasado —exclamó.

—Eres un exagerado, ¿por qué debería dormir con esa niña consentida? —respondió la madre.

—Mi hija tiene terrores nocturnos, que apenas hemos logrado controlar, y este lugar es desconocido para ella. Esa es la razón.

—Ese es solo un pretexto. Lo que pasa es que quieres tener a esa zorra a tu disposición, ¿verdad? Te importa poco tu hija. Admite que es tu amante. Todos en tu casa saben que duerme contigo en tu habitación y que le tienes un chofer que la lleva a la universidad —le reclamó, llena de furia.

Damiano era su hijo favorito. Se casó con Georgina en contra de su voluntad porque su esposo fue quien acordó la unión entre las dos familias. Ahora, cuando la infeliz estaba muerta, llegaba una oportunista para seducir a su hijo de nuevo.

—¿Así que ahora te dedicas a espiarme? —exclamó, ladeando la cabeza y levantando una ceja.

—¿Entonces no lo niegas?

—Lo que haga o deje de hacer es mi problema. Soy adulto y no tengo que darte explicaciones. Si quieres que llevemos las cosas en paz, te mantendrás al margen —exigió Damiano, extendiendo la mano—. Ahora, dame el móvil que tomaron de su habitación.

La mujer apretó las mandíbulas, tomó el celular y se lo entregó en contra de su voluntad.

—Te advierto que no permitiré que manches el apellido de tu padre.

—No te equivoques, no soy tan estúpido —señaló Damiano, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cristina se había quedado dormida enroscada como un ovillo. La puerta se abrió y Damiano entró en la habitación de su hija, puso el seguro en la puerta y se acercó a la joven. Le tocó el hombro para despertarla, pero le hizo una señal colocando el dedo sobre sus labios, indicándole que guardara silencio.

Le devolvió el móvil y con un gesto de cabeza le indicó que lo siguiera al baño, donde se encerraron.

El hombre no pronunció palabra, solo la agarró del rostro y la besó con pasión. Ella gimió entre sus labios y la levantó de las caderas para colocarla sobre el lavabo. Inhaló profundo su cuello y mordisqueó su oreja, gruñendo complacido al percibir el aroma que lo excitaba al máximo.

—Me encantas —susurró en su oído.

—Mariela está durmiendo a pocos metros de aquí y podría despertar —le advirtió ella.

—Por eso no harás ruido —decretó él y la besó devorando sus labios.

Bajó la pijama de Cristina llevándose su ropa interior y metió los dedos en su entrepierna. Comenzó a estimular su clítoris con su pulgar y levantó su blusa para coger uno de sus pezones con los labios. Al sentir en su mano la humedad que escurría se bajó el cierre de sus pantalones, la jaló a la orilla y la empaló en un movimiento.

La joven rodeó su cintura con las piernas y recargó los codos en el mármol. Sin dejar de chupar con ansias sus senos comenzó a penetrarla, entrando y saliendo con desesperación.

Se sentía como un adolescente de nuevo, haciéndolo en la casa de sus padres. La sensación de peligro y de estar haciendo algo prohibido alimentaba su libido. Estaba tan excitado que sentía su pene arder. Jadeaba absorto, pero deseaba más.

La obsesión por tener a Cristina lo estaba llevando al límite; no le importaba nada más que estar por completo dentro de su cuerpo y disfrutar de esos senos que lo volvían loco.

La joven sintió los espasmos en su interior y contuvo un gemido. Con embestidas profundas y enérgicas, el hombre se dejó llevar. No se detuvo hasta que se derramó en su interior.

Su pene expulsó semen sacudiéndose y rozando las paredes inflamadas. Damiano cerró los ojos y jadeó intentando recuperar el aliento. Con un gruñido abandonó ese lugar cálido donde encontraba el placer más sublime. Acomodó su miembro adolorido y se arregló los pantalones.

—No quiero que sigas las instrucciones de nadie más que las mías. Ni siquiera de mi madre. ¿Entendido? —dijo con firmeza.

—Entendido —masculló ella con un gemido.

Con las piernas temblorosas como gelatina, Damiano la bajó con cuidado. Le subió el pijama y la besó. Lleno de furia, abandonó el baño. Maldijo la estúpida fiesta. En ese momento, podría haber estado desnudo en la cama con Cristina, pero en su lugar, se resignó a dormir solo.

Cuando la dejó a solas, ella abrió el grifo y se lavó la cara. Estaba segura de que las marcas de los dedos de Damiano quedarían impresas en sus nalgas.

Orinó para eliminar el semen en su interior. Aunque no estaba tomando ningún anticonceptivo, esperaba que su periodo llegara en un par de días, lo que reduciría las posibilidades de quedar embarazada. Se limpió y volvió a la cama junto a la niña, que seguía dormida.



Damiano abandonó la habitación con sigilo, pero a medio pasillo, se encontró con su hermano, quien lo observaba de arriba abajo. El hombre abrió la puerta de su propia habitación y Donato lo siguió como un toro embravecido. Tenía la camisa desfajada y arrugada, evidenciando lo que había ocurrido momentos antes. Su hermano lo miró con desaprobación y lleno de rabia.

—Ni siquiera puedes respetar la casa de nuestros padres —le reprochó.

Con cinismo, Damiano se tocó la entrepierna y se lamió los labios, burlándose de su hermano.

—No tengo por qué privarme de los placeres de tener una amante. Si supieras lo que esa mujer es capaz de hacer, no estarías juzgándome por no poder contenerme.

Donato lo agarró del cuello y, lleno de furia: —Eres un arrogante hijo de puta —despotricó, dolido. La mera idea de su hermano con Cristina lo volvía loco.

Damiano forcejeó para liberarse del agarre de su hermano, molesto por su actitud acusatoria.

—Si mi madre te escuchara, se pondría muy triste —dijo con cinismo.

—¿Por qué te comportas como un miserable? —replicó herido.

—Prefiero ser un miserable a un pusilánime. Deberías estar agradecido de que te salvé de las garras de una zorra que te sangraría mientras te miraba la cara de idiota —le aseguró, apartándolo de su camino.

—¿De qué estás hablando?

—Prometí que nadie me engañaría de nuevo, y te lo juro por la memoria de mi padre. Estuve a punto de caer en sus redes, pero gracias a mis investigadores me di cuenta a tiempo.

—Entiende que ella no me pidió nada, yo se lo di porque quise...

—Eso es lo que te hizo creer, con su actuación de mujer de buen corazón, preocupada por los demás. Pero en realidad, solo estaba manipulándote. ¿Sabes qué fue tan hábil de engañarme? Me convenció de que todo lo hacía por mi hija —explicó, gesticulando con las manos—. Pero después de darme cuenta de sus verdaderas intenciones, fui yo quien puso las condiciones, y ahora la tengo en mis manos —admitió, con un brillo de satisfacción en sus ojos y una sonrisa de orgullo.

—¿La estás chantajeando para que se acueste contigo? —preguntó Donato horrorizado.

—No seas estúpido. Cuando se vio descubierta, admitió todo y acordamos un pago por sus servicios, para que te des cuenta de que no es la santa que pensabas —explicó Damiano, haciendo una pausa.

Donato bajó la cabeza, destrozado. Aún guardaba la esperanza de que Cristina fuera

diferente.

—No puedo creerlo —dijo con tristeza.

—Pues créelo y deja de lanzarme mierda. Tengo el derecho de usarla a mi antojo, ese fue nuestro trato. Debo reconocer que vale cada centavo que he pagado. Date cuenta de que la mayoría de las mujeres son unas interesadas que solo les importa nuestro dinero.

Donato se talló la frente, decepcionado después de la revelación de su hermano. Damiano sacó una botella de coñac, sirvió un par de vasos y uno se lo entregó a su hermano menor, que lo cogió resignado.

—¿Cuándo terminará tu acuerdo con ella? —preguntó Donato interesado.

Damiano entrecerró los ojos.

—Cuando ya no me complazca. ¿Por qué? —respondió con indiferencia.

—También puedo pagarle —propuso su hermano mejor y sintió cómo la ira crecía en su interior, pero la disfrazó con una sonrisa burlona.

—No pensé que te interesaría una mujer que ha estado conmigo.

El joven tragó el líquido ámbar y soltó un suspiro sonoro.

—Si es lo bastante buena como para engancharte a ti, que has tenido infinidad de amantes, ¿por qué no habría de probarla yo? Pero debo ser discreto, no puedo arriesgar mi puesto en la universidad. Es bastante conveniente que ella siga en tu casa. Nadie sospecharía si la visito a través de mi hermano —manifestó con descaro.

—Olvídalo, no voy a meter mi polla en el mismo coño que tú. Tendrás que esperar tu turno —masculló molesto.

—¿Estás seguro de que eres el único que se acuesta con ella?

—¿Qué insinúas?

—La semana pasada vi a Omar rondándola...

Damiano chasqueó la lengua.

—Ese pobre idiota está perdiendo el tiempo. La vigilo cada segundo que está en el campus. No soy tan estúpido como para confiar en ella —admitió con una mueca y se terminó el trago.

Su hermano se marchó y Damiano arrojó su copa al fuego. Por más que lanzara palabras despectivas, no podía quitarse a Cristina de la cabeza. Olió sus dedos y soltó un grito de frustración. Era mejor que su hermano se mantuviera alejado de lo que era suyo. Estaba convencido de que lo que sentía por ella no era amor. Era una obsesión desmedida por el deseo que la joven despertaba.

Estaba seguro de que, si la poseía lo suficiente, la sacaría de su sistema y pasaría página, pero mientras tanto nadie se le acercaría.

# Capítulo 32



# Injusticias dolorosas

El resto del fin de semana lo pasó casi todo el tiempo encerrada en la habitación de Mariela, y resultó ser lo mejor. Durante la fiesta, se mantuvo en un rincón del salón junto a otras dos jóvenes que llevaban con orgullo el uniforme de niñeras y que la miraban como si estuviera cometiendo un crimen al hacerse pasar por algo que no era.

La joven pasó horas sin probar bocado, ya que no se sentía con ánimos de ir a la cocina después de lo sucedido con el ama de llaves. Para su fortuna, la amable chica pelirroja se encargó de llevarle unos sándwiches del buffet de la fiesta y unos scones con mantequilla para que no muriera de hambre.

Su principal preocupación era la pequeña Mariela. A Cristina le encantaban los niños y tenía paciencia, pero aquellos pequeños eran una verdadera pesadilla. Por eso, no se separó ni un momento de su "princesa".

Aunque las jóvenes presumían de haberse graduado de una prestigiosa academia donde se formaban niñeras para la realeza, eran tan frías como un tempano de hielo. Podía entender en parte el comportamiento de las pobres criaturas a su cuidado. Si ellas mismas no mostraban ni un atisbo de ternura, no era de extrañar que los niños fueran difíciles de manejar.

El finalizar la comida, se retiraron a un salón acondicionado para mantener a los niños entretenidos. Sin embargo, las miradas de reproche y los murmullos no se hicieron esperar cuando vieron que Mariela se había quedado dormida en brazos de Cristina.

Se encontraba agotada, pero todavía restaban algunas horas antes de irse y el fin de semana parecía interminable. Acababa de tener un altercado con uno de los niños, quien intentó tirar a Rachel por el retrete, y Mariela había llorado tanto que se quedó dormida.

De repente, sintió la urgencia de ir al baño y miró a su alrededor, porque no quería dejar a Mariela sola. Cuando avistó a la pelirroja aproximándose, se sintió aliviada

—¿Puedes cuidarla un momento? Voy al baño —le pidió.

—Claro, aquí me quedo a su lado —le aseguró.

—Gracias, volveré enseguida.

Cristina colocó a Mariela en el sofá y la pequeña permaneció dormida. Salió al pasillo en busca de un baño de servicio, ingresó apresurada para no demorarse demasiado y, tras aliviar sus necesidades, se lavó las manos. No había espejo, por lo que no inspeccionó su apariencia, que debía ser lamentable.

Mientras volvía, un brazo la sujetó y la condujo hacia una habitación desconocida. La joven soltó un grito, pero una mano le silenció tapándole la boca.

—No grites, soy Donato —dijo una voz desde atrás.

Ella se liberó de su agarre y se giró para enfrentarlo.

—Me asustaste.

—He querido hablar contigo, pero no he podido hacerlo porque siempre estás ocupada con Mariela —expresó con frustración.

—Cuidar de Mariela es mi responsabilidad —respondió la joven con tono defensivo.

—¿Y también acostarte con Damiano? —inquirió acusatorio.

La joven desvió la mirada hacia abajo y se mordió los labios, sintiendo una oleada de incomodidad.

—¿Qué es lo que quieres realmente? —preguntó con un nudo en la garganta, su voz cargada de emotividad.

—Exijo una explicación por tu engaño —declaró con firmeza, mirando directamente a Cristina.

Esta se sintió abrumada por las acusaciones del joven y se quedó sin palabras, sacudiendo la cabeza en señal de confusión.

—Supongo que tu hermano ya te ha contado todo. ¿Qué sentido tiene que yo te lo explique? —cedió, con una expresión derrotada.

—Entonces, ¿lo admites? —indagó él, buscando una confirmación.

—No estoy en posición de negarlo. Solo quiero que este maldito semestre termine para poder irme a casa de una vez —susurró con los ojos llenos de lágrimas, sintiendo la vergüenza inundarla mientras bajaba la mirada.

Donato inclinó la cabeza, observándola con compasión, pero antes de que pudiera decir algo, la puerta se abrió abruptamente.

—¿Puedo saber qué demonios están haciendo solos aquí? —intervino Damiano, interrumpiendo el tenso momento.

—Tenía que hablar con Cristina —respondió el joven entre dientes, manteniendo la mirada fija en ella.

—No sé qué más quieres saber. Ella está conmigo hasta que yo lo decida, y aceptó por dinero. ¿Acaso estoy mintiendo? —le cuestionó Damiano, dirigiendo su mirada a Cristina y alzando una ceja.

La joven negó con la cabeza, pero optó por guardar silencio.

—Díselo claro para que lo entienda y deje de buscarte como un perro faldero —exigió él, mientras Cristina se humedecía los labios.

Sintiendo que su cuerpo empezaba a temblar, se obligó a responder.

—Estoy contigo por el dinero —añadió en un tono monótono, apenas audible.

—Ahí lo tienes, ahora deja a mi amante en paz —le advirtió, Donato gruñó y abandonó la habitación.

Damiano se volvió hacia la joven, su rostro endurecido.

—¿No te prohibí acercarte a mi hermano? —le preguntó furioso, y la joven asintió.

—No me acerqué a él, solo regresaba del baño cuando me interceptó —susurró impotente.

—Acabo de tener otra pelea con mi madre porque querían acusarte por maltrato a un menor, y cuando voy a buscarte en lugar de estar con mi hija, te encuentro con mi hermano —exclamó furioso.

—Yo no maltraté a nadie —balbuceó horrorizada.

—Eso me lo explicarás cuando regresemos. Nos vamos —anunció mientras la agarraba del brazo para sacarla del lugar.



Ahora iban de camino a casa y la niña estaba acostada en el regazo de Cristina, que le dio un beso en la frente y la cubrió con la manta. Comenzó a nevar y, a pesar de la calefacción, el frío era despiadado.

Deseaba llegar y tomar una ducha caliente. Le dolía la cadera y estaba segura de que en unas horas comenzaría su periodo.

—La niñera de la prima Elena fue quien se quejó de ti —expuso Damiano más calmado.

—¿La rubia con los dientes un poco torcidos?

—Esa misma —respondió reprimiendo una sonrisa ladeada.

—Debería quejarme de ella. Un mocoso que llevaba unos tirantes azules le arrebató a Mariela a Rachel y salió corriendo para tirarla por el retrete, porque le dijo que era una cerda estúpida. Fui, le quité el peluche y le exigí que se disculpara con tu hija —se quejó con molestia.

—¿Por qué hizo eso? ¿Mariela le hizo algo o lo provocó?

—Por supuesto que no. Estábamos sentadas leyendo un cuento, pero esos niños son potenciales abusadores y son unos malcriados.

El hombre frunció el ceño y mostró señales de enfado.

—No me dijeron eso.

—Por supuesto que no lo harían. Mariela es una niña sensible y, aunque a veces puede ser obstinada, no es mala ni grosera —dijo con convicción mientras él observaba cómo acariciaba su cabello.

Damiano asintió y apretó la mandíbula. Su madre y su prima querían acusar a la joven formalmente. La niñera tampoco se quedó atrás, argumentando que Cristina no estaba capacitada para cuidar a un niño. Pero dejó en claro que no le importaba en lo más mínimo la opinión de las

tres. Sería la última vez que la llevaría a un evento familiar.

Al llegar al garaje, Damiano bajó para tomar a su hija en brazos, quien seguía dormida. Subieron en el ascensor y la joven caminó detrás de ellos en silencio. Una vez que acostó a la niña y la arropó, fue directo a su habitación.

Se quitó el horrendo uniforme y se metió debajo de la ducha. Mientras se enjabonaba el cabello, sintió un dolor agudo en su pubis y se dobló de dolor. Bajó la mirada hacia las baldosas y un hilo de sangre corrió hacia el desagüe.

Una vez limpia, salió apresurada. Tenía que buscar una toalla higiénica que guardaba en su neceser debajo del lavabo y un par de analgésicos. Se cambió de manera ágil y, aun con el cabello húmedo bajó para prepararse una taza de té caliente. Entró a la cocina, que estaba desierta, y encendió la luz. Tomó una pequeña olla y la llenó de agua. Agregó un sobre de té a una taza. Una vez que el agua hirvió, la vació en la taza y le echó dos terrones de azúcar.

Hizo una mueca de dolor y se apoyó en la encimera de la cocina.

—¿Qué te sucede? ¿Te sientes mal? —preguntó el hombre. Levantó la mirada y se encontró con Damiano.

—Un poco, pero se me pasará —admitió y dio un sorbo a su té, que estaba muy caliente.

—¿Quieres que llame al médico?

—No, es algo normal —dijo encogiéndose de hombros. Siempre le sucedía lo mismo, pero no era para tanto. La miró sin comprender y ella frunció el ceño—. Es mi período, mañana estaré bien.

—En ese caso, vamos a dormir.

Ella asintió y caminó detrás de Damiano.



Damiano despertó y vio a la joven durmiendo enroscada sobre sí misma. Apenas había tomado las pastillas la noche anterior y se había quedado dormida. Tomó un mechón de su cabello y lo olió. Decidió dejarla descansar, ya que se veía muy pálida.

Después de ducharse y cambiarse para ir a la oficina, salió al frente de la casa para informarle a Gregg. Con el abrigo en el brazo, se acercó al guardaespaldas.

—Cristina no irá a la universidad, puedes retirarte —anunció sin siquiera saludarlo.

—¿Le ha ocurrido algo malo?

—No, tomó unos analgésicos y se quedó dormida.

—No me sorprende, apenas come —farfulló el rubio, enarcando una ceja y cruzando los brazos.

—Por supuesto que come, aquí tiene todo lo que necesita —declaró Damiano molesto por la afirmación del hombre.

—No llamaría "comer" a eso —insistió.

—Eso no puede ser, tengo una cocinera que prepara los alimentos.

—Pues lo único que come todos los días es un café y un sándwich o un wrap que compra en Starbucks. Se desayuna la mitad y guarda el resto para mediodía...

Furioso, Damiano se dio la vuelta y entró a la casa, dejando a Gregg con la palabra en la boca. No se había dado cuenta antes porque solía salir temprano y, la mayoría de las veces, cenaba fuera, pero ahora que lo pensaba, cuando regresaba a casa no veía que ella comiera nada, solo beber agua.

Entró a la cocina y encaró a la cocinera. El ama de llaves estaba sentada de manera apacible tomando café y revisando su móvil, mientras Marianne acomodaba la vajilla en los gabinetes.

—Quiero que me expliques. ¿Por qué Cristina no desayuna ni come aquí? —le exigió a Patricia, cruzando los brazos.

La mujer agarró el delantal con las dos manos, nerviosa. Miró entre su jefe y al ama de llaves.

—Señor... es que... al principio sí desayunaba y comía lo que preparaba antes de irme..., pero luego dejó de hacerlo —confesó, mirándolo con preocupación.

—¿Por qué dejó de hacerlo? —preguntó Damiano, frunciendo el ceño—. Contéstame, ¿por qué dejó de comer en casa? Su chofer me dijo que ha estado sobreviviendo a base de café y sándwiches de Starbucks. Dime si tú podrías comer solo eso durante todo el día.

La mujer negó con la cabeza.

—Me prohibieron darle cualquier alimento y tirar lo que sobraba para que no cogiera nada —masculló nerviosa.

Damiano abrió los ojos sorprendido y enfadado.

—¿Quién diablos te ordenó hacer eso?

Marianne, al escuchar los gritos, dejó lo que estaba haciendo y se paró a un costado, mirando el suelo.

—Su madre... —contestó la cocinera.

—Perdón, ¿mi madre le prohibió que le diera de comer?

—Sí.

Damiano se apoyó en la isla de la cocina y arqueó una ceja con sorna.

—Me dice que vino mi madre y le dio la orden en persona. Que yo sepa, mi madre no ha

entrado a esta casa desde hace meses.

—No fue su madre, fue la señora Helen, y nos amenazó con despedirnos si alguien la trataba bien —denunció Marianne, mirando al ama de llaves con encono.

—Qué curioso, no sabía que mi madre diera órdenes en esta casa —destacó Damiano, ladeando la cabeza y mirando a la mujer que se le descompuso el rostro—. ¿Acaso cree que soy un imbécil que necesita que mi madre intervenga en mi casa?

—No, señor —respondió Helen tartamudeando.

—Pues sus acciones dicen lo contrario, porque al parecer usted tiene la suficiente autoridad para decidir quién puede comer o no en mi propia casa —clamó iracundo.

—Solo seguí órdenes —expuso, apretando las manos.

—Entonces creo que se equivocó de lugar de trabajo, porque en esta casa mando yo, no mi madre. Así que está despedida. Lárguese de inmediato de mi casa —bramó. La mujer se llevó las manos a la boca y abandonó la cocina. Damiano se giró hacia las otras mujeres y les advirtió —. Si vuelvo a enterarme de que la tratan mal o hacen algún comentario fuera de lugar, estarán despedidas también. ¿Les queda claro?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Prepárenle el desayuno y que alguien se lo lleve, no se siente bien —declaró molesto.

—En un momento, señor —respondió Patricia.

Damiano las miró con frialdad y dejó la cocina. Estaba furioso con su madre. Ahora sabía quién era la que le mantenía informado de todos sus movimientos.

Los analgésicos la dejaron atontada; subestimó el dolor y cuando despertó, eran las diez de la mañana. Su alarma no sonó y nadie la despertó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al darse cuenta de la hora.

Marianne, la mucama, entró con una bandeja en las manos.

—Buenos días, parece que nos quedamos dormidas.

—Ni me lo recuerdes —dijo la joven con la voz pastosa. Marianne puso la bandeja encima de la mesilla y esta le sonrió —. ¿Qué hay ahí? —preguntó interesada.

—El señor ordenó que te prepararan el desayuno y te lo trajera.

El estómago de la joven hizo un ruido extraño y se llevó las manos al vientre.

—La verdad es que muero de hambre.

—Buen provecho, la cocinera lo hizo con mucho cariño.

—Gracias.

La joven se marchó y Cristina aprovechó para levantarse de la cama y dirigirse al baño. Se lavó los dientes y decidió que se bañaría después de comer. Estaba famélica, por eso los medicamentos la afectaron tanto; tenía el estómago vacío.

Se sentó y destapó el plato. Olía delicioso: había huevos revueltos, salchichas, un par de tiras de tocino, un par de waffles y un croissant. Además, había una taza de café, un tarrito de leche y unos terrones de azúcar. Preparó el café y le dio un buen sorbo. Durante el fin de semana, habría dado cualquier cosa por un poco de café.

Sacó su móvil y vio un mensaje de su amigo Omar. Estaba preocupado porque no había ido a clases. Le contestó informándole que se sentía un poco indispuesta, pero que iría al día siguiente.

Roció miel sobre los waffles y los devoró. Cuando se sintió satisfecha, tomó otro par de pastillas y se metió en la cama. Descansaría todo el día.

Damiano regresó casi a las cinco de la tarde y encontró a su hija acostada a un lado de Cristina. Cerró la puerta y Mariela abrió los ojos. Levantó un dedito, lo puso sobre sus labios e hizo el ademán de que no hiciera ruido.

Su padre asintió, se quitó el saco y la corbata. La niña se acostó de nuevo y pasó un brazo por su espalda, como si quisiera protegerla, mientras que el hombre entró al vestidor para cambiarse de ropa.

Cristina se despertó al sentir las manitas sobre su estómago y soltó una risita.

—Los ronquidos de un pequeño león me despertaron.

—Oye, yo no soy un león, además no ronco —contestó quejándose Mariela.

La morena se giró y comenzó a hacerle cosquillas a la pequeña. Las risas atrajeron de nuevo a Damiano.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, gracias por el desayuno —exclamó.

Damiano esperaba que Cristina se quejara del ama de llaves, pero la joven guardó silencio. Observó la sonrisa de Cristina, que se sentó recargando su espalda en la cabecera acolchada.

—¿Comiste?

—No tenía hambre, me tomé otro par de pastillas y quedé fuera de combate.

—Entonces debes cenar —insistió.

—No se me antoja nada.

—Podemos pedir una pizza de pepperoni —sugirió Mariela y la miró suplicándole que aceptara. La joven asintió y la niña gritó de emoción. En la escuela solo les servían comida

saludable y equilibrada.

—Tienes razón, me gustaría una pizza —aceptó para complacerla.

Damiano sacó su móvil para pedir las pizzas a domicilio. Al final, optaron por una de pepperoni y otra con demasiadas verduras para el gusto de Mariela, quien arrugó la nariz con desagrado al verla. Se sentaron en la sala y los tres compartieron la cena como una familia.

# Capítulo 33



# Novia de mentira

Después de la fiesta en casa de la madre de Damiano y el incidente con Donato, todo volvió a la calma. Lo que más dolía a Cristina era que su maestro ni siquiera le dirigía la palabra desde que ella le reveló la naturaleza de su relación con su hermano. Incluso durante las clases, evitaba cruzar miradas con ella, pero quizás era lo mejor. Una vez terminara el semestre, dejaría todo eso atrás.

Sin embargo, su principal preocupación ahora era su familia. Las cosas no estaban yendo bien, por lo que había tomado la decisión de regresar a su ciudad natal en cuanto tuviera la oportunidad.

Dos semanas después, Cristina regresó temprano a la mansión alegando haber faltado a su última clase. Ese era su pretexto para llegar al mediodía, pero una vez Gregg se marchó, salió de la propiedad. Le envió un mensaje a Damiano explicando que iría a la farmacia a comprar más parches anticonceptivos, y aunque él no le pidió más detalles, sabía que era una mentira.

Había comenzado a utilizar ese método para evitar un embarazo y el hombre estaba más que complacido. Con el gorro de su chaqueta levantado, cruzó Hyde Park mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie la seguía.

Su cita era con Omar en el hotel Mandarín Oriental, ubicado al lado del parque. El padre de Omar había llegado desde Riyadh, donde tenía su residencia permanente, y se estaba alojando allí. Esto hacía que Cristina se pusiera nerviosa, ya que estaban muy cerca de la mansión. Pero no podía fallarle a Omar, quien había depositado todas sus esperanzas en ella para escapar de su padre, al menos por unos meses.

Omar la esperaba afuera del hotel, donde había preparado una habitación con varios conjuntos de ropa para que ella pudiera cambiar su atuendo de mezclilla y botas, que llevaba ese día.

Al entrar a la recepción, Cristina se quedó boquiabierta ante la opulencia del lugar. Los pisos de mármol blanco con vetas grises, las paredes con paneles ornamentados y una escalera de mármol verde mezclado con molduras doradas evocaban un aire de nobleza inglesa.

Se dirigieron a la habitación. Paul, amigo de Omar, y Morrison, el novio prohibido del joven, un chico americano que lo había seguido desde Boston y que permanecía en las sombras, también estaban allí.

Apenas entraron, el amigo de Omar se acercó y besó a su novio, quien le sonrió complacido.

—Te presento a Cristina —anunció Omar, y el pelirrojo se acercó con una sonrisa.

—Muchas gracias por hacer esto.

—Es un placer —le respondió, dándole un beso en la mejilla—. Omar es un buen amigo, no me cuesta nada ayudarlo.

«Aunque podría meterme en un lío», pensó Cristina nerviosa.

—Vamos, elijamos un vestido —dijo Paul, sosteniendo varias perchas en sus manos.

Todos los vestidos eran de manga larga, sin escote y llegaban hasta los tobillos.

—Prueba este —le animó Paul, extendiéndole un vestido blanco con un estampado de cuadros y un cinturón negro.

Cristina entró al baño, se quitó la ropa y se puso el vestido. Salió descalza y los jóvenes la miraron expectantes.

—No me gusta, no tiene demasiado escote —señaló con el dedo índice—. Los pliegues le dan volumen. Necesita algo más destapado.

—Mi padre no lo aprobará —expuso Omar.

—Este es perfecto —dijo Cristina, tomando un vestido largo negro de gasa con pequeños lunares blancos. La parte superior tenía botones, como si fuera una camisa, pero con un par de volantes que llegaban a la cintura, junto con un cinturón del mismo material. La falda tenía un corte en forma de "A" y se dividía en dos secciones.

Entró de nuevo al baño y se puso el vestido. Al verse en el espejo, le encantó cómo lucía, le quedaba perfecto.

—Vaya, ese te queda muy bien —dijo Paul, acercándose para abotonar los primeros botones, que no mostraban demasiado.

Luego le entregó unos tacones negros de unos siete centímetros con una tira en el tobillo.

Una vez vestida, le recogieron el cabello en un elegante moño bajo y holgado. Completaron su atuendo con unos discretos aretes de perlas y un maquillaje sutil. El resultado fue magnífico. La joven se miró en el espejo con asombro, apenas se reconocía a sí misma.

—Luces hermosa —declaró Morris con una sonrisa.

—Gracias.

—Ahora, recuerda todo lo que hemos hablado en estas semanas —mencionó Omar.

—Lo tengo presente —dijo Cristina, tocándose la frente.

—Aquí tienes, te falta el bolso.

Agarró un bolso negro con asa para el hombro y metió su teléfono móvil, asegurándose de que estuviera en modo vibración.

—Apenas cabe el móvil —se quejó la joven con una mueca.

—Es un Saint Laurent de la última colección de invierno, querida —dijo Paul indignado.

—No me importa, pero es demasiado pequeño.

Omar llevaba puesto un pantalón de vestir, una camisa y un saco, sin corbata, y se veía muy guapo.

—Vamos, mi padre acaba de bajar al restaurante —les informó cuando recibió un mensaje.

La joven respiró profundo y tomó el brazo de su falso novio.



El padre de Omar resultó ser diferente a lo que Cristina esperaba. Era moreno, de ojos negros, con una barba bien cuidada que tenía algunas canas, y llevaba el cabello corto. No vestía un traje tradicional árabe, sino un traje gris oscuro con corbata azul y camisa blanca, parecía un hombre de negocios común.

Al llegar a su mesa en el restaurante Heston Blumenthal, ubicado en el mismo hotel, el hombre se levantó.

—Salam Alaikum[3] —exclamó con una pequeña inclinación.

—Wa Alaikum Assalam [4]—respondió la joven, y el padre de Omar sonrió satisfecho.

—Te presento a Cristina Navarro, mi novia —dijo Omar.

—¿Eres española? —preguntó complacido el padre de Omar.

—No, señor, mexicana. Estoy haciendo un posgrado en la universidad.

—Nos conocimos en una clase, padre.

—Una mujer preparada, me gusta. Felicidades, Omar.

—Gracias —respondió el joven complacido.

Un mesero llegó y permitieron que el padre de Omar eligiera la comida para todos. Principalmente se dedicaron a escucharlo. Disfrutaron de una exquisita ensalada de langosta, una sopa de betabel con alcachofas y un cordero rostizado con romero.

Cristina sonrió en todo momento y escuchó atenta todo lo que el hombre decía. Era sabio y tenía experiencia. No parecía tan tirano como Omar lo había descrito, pero a veces las apariencias engañaban.

Al final, les sirvieron café y pequeños postres en una torre. Cristina aprovechó para ir al baño y dejó a padre e hijo a solas, quienes hasta ese momento habían mantenido una conversación respetuosa.

—Cuéntame, hijo. ¿Cuáles son tus planes una vez que termines la carrera? —preguntó el padre de Omar. Al estar solos, habló con más libertad.

El joven estaba a punto de finalizar su MBA ese semestre. Solo le faltaba la materia que cursaba con Cristina y que no pudo concluir en Boston.

—Quiero quedarme en Londres de forma permanente.

—Me alegra que por fin hayas madurado y dejado atrás esos episodios de confusión que sufriste en Estados Unidos. Nunca me gustó que te fueras a ese país tan corrupto —anunció su padre, creyendo de verdad que sus preferencias fueron solo un error que había superado.

—Así es, padre. Pero después de más de ocho años fuera de Arabia, no sería fácil regresar y adaptarme de nuevo. Además, tengo entendido que nombrarás a Halil como el nuevo CEO de la empresa.

El hombre se acomodó en su asiento y cruzó las piernas, analizando la reacción de su hijo. Halil era su primogénito y el heredero legítimo de ese puesto. Aunque tenía cuatro esposas, solo tenía dos hijos varones.

—En tres meses anunciaré su nombramiento.

—Me alegra mucho por él, por eso prefiero mantenerme alejado del país.

—También eres mi heredero y tienes un lugar en mis negocios —dijo su padre.

—No lo dudo y agradezco el amor que me tienes, pero Amira tiene cierto rencor hacia mi madre y no quiero exponerla ni generar conflictos. Por eso nos hemos mantenido alejados y todo ha sido más armonioso.

El hombre asintió ante la sinceridad de su hijo. Claire Davies fue una azafata que conoció cuando la enviaron como parte de la tripulación de su avión privado. Se encaprichó con la inglesa y un mes después se casó. La madre de Omar era una mujer muy hermosa, pero nunca terminó de adaptarse a las costumbres de su cultura, lo que provocó el odio de las otras dos esposas del petrolero.

Cuando la mujer le propuso dejar el país para acompañar a su hijo a Estados Unidos, aceptó y al año tomó otra esposa.

—Respetaré tus deseos, pero pido que a cambio cumplas los míos —dijo su padre.

—¿De qué se trata? —preguntó Omar.

—Vas a cumplir veinticinco años, es hora de que encauces tu vida. —Omar entendió de inmediato a qué se refería, su padre quería que se casara—. Vine a informarte que he seleccionado a cuatro jóvenes con las que puedes contraer matrimonio, pero dado que tienes una relación con una joven que podría cumplir el rol que espero de una esposa, te dejaré que tomes la decisión.

—¿Estás exigiéndome que me case? —preguntó Omar incrédulo.

Su padre levantó la taza, dio un trago al café y asintió.

—Si lo haces, tendrás mi apoyo incondicional y tu madre puede quedarse contigo, o vivir sola si lo prefiere —declaró.

Eso era un chantaje en toda regla.

—No me dejas muchas alternativas.

—A veces necesitamos ese pequeño empujoncito. Cristina es una mujer amable, recatada

y que sabe guardar silencio cuando debe hacerlo. Además, es hermosa. Pero si no quieres casarte con ella, tienes otras cuatro opciones para elegir. Hablé con los padres de las jóvenes y están más que encantados de que nuestras familias se unan —dijo juntando sus manos sobre la mesa.

Omar asintió y se aclaró la garganta. El escenario era peor de lo que pensaba.

—Agradezco tu preocupación, pero en ese caso, prefiero escoger a mi esposa. Como mencionaste, mi novia tiene todo lo que podría desear —dijo seguro, siguiendo con la farsa de su relación con Cristina.

—Me alegra escuchar que estás dispuesto a cumplir mis deseos—anunció sonriente.

Levantó la mano y un hombre que Omar no había visto antes abrió un maletín y lo giró para que lo mirara.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

—Como no es musulmana, no realizaremos una boda tradicional, pero sabes que regalar joyas a la novia es parte de nuestra costumbre. Por eso traje este regalo para que se lo entregues a tu futura esposa. Además, te transferiré una fuerte suma de dinero que será para su familia, ya que aún no cuentas con recursos propios. Sin embargo, eso cambiará en cuanto firmen el contrato matrimonial. De todas formas, te dejo un expediente con la información de las otras cuatro mujeres, por si llegaras a cambiar de opinión —insistió mirando a su hijo, quien no parecía convencido.

—Gracias, pero no será necesario —manifestó Omar, haciendo una ligera inclinación. Cerró el maletín y lo colocó a un lado.

«¡Mierda! ¿Cómo voy a salir de este desastre?», se preguntó asustado.

—Por desgracia, como bien mencionas, para evitar momentos incómodos, vendré solo a la boda.

—Es lo mejor —admitió Omar—. Así que, considerando que sus costumbres son occidentales, tendré que comprar un anillo de compromiso —expuso, mientras su padre le guiñaba un ojo.

—Debes complacerla, recuerda que solo tendrás una esposa —mencionó su padre con una sonrisa burlona.

Quedarse a vivir en Londres tenía sus limitaciones, al menos así lo consideraba el magnate que tenía cuatro esposas.

Cristina regresó del servicio y se sentó al lado del joven ajena a lo que habían acordado padre e hijo.

—Muchachos, fue un placer, pero tengo que dejarlos. Tengo una reunión en el Grupo Lloyds —anunció. Se levantó y se abrochó el saco, arreglando su corbata.

Cristina estuvo a punto de ahogarse con un trozo de fresa al escuchar ese nombre, pero se recompuso. Ambos se incorporaron e hicieron una ligera reverencia.

—Gracias, padre —dijo Omar de nuevo, y el hombre se marchó.

El joven agarró el maletín y tomó la mano de Cristina. Subieron de inmediato a la habitación donde los esperaba Murray.

Cuando entró, dejó el portafolios sobre la mesilla y comenzó a pasearse de un lado a otro. El joven pelirrojo y Cristina lo miraron sin comprender qué le pasaba.

—¡Santa mierda! —exclamó y se pasó las manos por la barba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Murray.

Omar abrió el maletín y los invitó a mirar su contenido.

—¿Por qué traes eso? —preguntó Cristina.

—Son las joyas que tengo que regalarle a mi esposa. Mi padre me advirtió que debo casarme.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó la joven con sorpresa.

—¿Y con quién demonios te vas a casar? —replicó su novio alterado.

El joven sacó el folder y lo hojeó. No había fotos, solo los nombres de las familias.

—Tengo cinco opciones para elegir. Cuatro están aquí —dijo levantando el folder.

—¿Y la quinta? —preguntó Morrison, cruzándose de brazos.

—Es Cristina.

—¿Quéééé? Estás loco. Una cosa es hacerme pasar por tu novia unas horas, pero eso es imposible.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a ceder al chantaje? —preguntó Murray devastado.

—Si no lo hago, mi madre tendrá que regresar a Arabia. ¿Sabes el infierno que fue para ella vivir en la mansión de mi padre? Si él quiere que regrese, por ley puede obligarla.

—¿Entonces vas a sacrificarte casándote con alguien que ni siquiera conoces? Ni siquiera te gustan las mujeres —bramó el joven, mirándolo con tristeza.

—Lo único que puede salvarme de perder mi vida es que Cristina se case conmigo —admitió abrumado.

—No me pidas eso, por favor —dijo Cristina sacudiendo la cabeza—. Soy católica y, discúlpame, pero no estoy de acuerdo con sus costumbres.

—Viviríamos en Londres, tomaré el control de las empresas que están aquí. Tu podrás hacer lo que quieras y con quien quieras, ambos podremos hacerlo. Solo tendríamos que ser discretos y no llamar la atención —le aseguró Omar, mientras Murray la miraba esperanzado. Era la única forma de seguir juntos.

—Es una locura que siquiera lo estés considerando —expuso Cristina levantando los

brazos incrédula. El matrimonio era algo muy importante para ella.

—Piénsalo, tendrás el puesto que desees dentro de la empresa de mi padre, aunque te aseguro que no necesitarás trabajar. Me convertiré en un hombre muy rico. Hasta ahora mi padre solo me deposita dinero para lo básico, pero una vez que esté casado, me dará la parte que me corresponde de su fortuna.

—Si nos casamos, ustedes podrán estar juntos, pero ¿qué va a pasar conmigo? —señaló a los dos jóvenes.

—Vivirás con todas las comodidades y lujos el resto de tu vida, y tu familia también. Es una tradición entregar algo llamado "Mehr", es una cantidad de dinero que el novio le proporciona a la novia para que haga con él lo que quiera. El monto depende de la fortuna del novio.

En el caso de Omar, serían millones de dólares. Al escuchar eso, la joven sintió un dolor en el pecho.

Todo por el maldito dinero, pensó con tristeza, por eso estaba viviendo un infierno al lado de Damiano.

—Tengo el anhelo de formar una familia en el futuro y casarme. Quiero un hombre que de verdad me ame y no tener que esconderme —admitió con amargura, y sus labios temblaron al recordar a Damiano.

Omar se llevó las manos a la cabeza.

—Perdón por ser tan egoísta y pensar solo en nosotros —aceptó. El joven abrió los brazos y Cristina lo abrazó, buscando consuelo. No lloraba por su propuesta, lo hacía porque al pensar en su futuro se dio cuenta de que no tenía ninguno.

# Capítulo 34



# Los errores se pagan caro

Regresó a la mansión rodeando el parque. Si le preguntaban, diría que fue a caminar un rato para despejarse. Cuando llegó, Damiano no estaba, así que entró con tranquilidad a la cocina para coger una botella de agua. Estaba llena después de todo lo que había comido. Marianne la miró y ladeó la cabeza apreciando su aspecto.

—Te ves preciosa, nunca te había visto maquillada —admitió con una sonrisa, y la joven abrió los ojos.

«Mierda, no me quité el maquillaje», pensó alterada. Pasó la mano por su mejilla y le sonrió de vuelta.

—Gracias, me voy porque tengo tarea —declaró, cogió la botella de agua y cuando salió al pasillo, corrió con desesperación.

Estaba frente a la puerta de la habitación cuando escuchó el ruido del elevador.

«¡Maldita sea!», exclamó para sí misma.

Era Damiano que llegaba en un muy mal momento. Sin pensarlo, se metió al baño, se quitó la ropa y entró a la ducha. Agarró el bote de gel, derramó un poco en la esponja y se frotó la cara con energía para eliminar el maquillaje. Se enjuagó el jabón y cerró la llave de agua. Tomó dos toallas, una para envolver su cabello y otra para secarse el cuerpo. La puerta del baño se abrió y el moreno la miró de arriba abajo. Cristina estaba desnuda con la toalla sobre su estómago, mostrando varias partes de su anatomía que se le antojaron.

Solo con verla era suficiente para desearla y excitarse.

El hombre enarcó una ceja y abrió los labios soltando un ligero jadeo. Se deshizo de su saco y desabrochó la camisa, para luego desabrocharse los botones de los pantalones. Sin decir una palabra, apreció el cuerpo de la joven, que brillaba por la humedad de la ducha, y se lamió los labios.

Retiró la camisa y dejó caer los pantalones al piso.

—¿Vas a ducharte? —preguntó ella.

—Sí, voy a una gala —explicó. Ella apretó la toalla con sus manos y asintió.

El Grupo Lloyds patrocinaba el evento, por lo que era importante que los socios asistieran, además, la cabeza de cada familia debía estar presente.

Cristina se giró para buscar una bata de baño y el hombre admiró su trasero, sacó el pene de sus bóxers y comenzó a masturbarse. La joven lo observó por el espejo y él hizo un gesto con la cabeza indicándole lo que deseaba.

—Deja caer la toalla al piso —le ordenó lleno de deseo.

La joven no se sentía de ánimos, pero abrió las manos y la toalla se deslizó por su cuerpo hasta el piso. El hombre excitado dio varios pasos y se acercó. La abrazó y cogió sus nalgas con

las manos. Le dio un beso en los labios, luego bajó por su cuello hasta llegar a uno de sus senos, lamió un pezón y luego el otro.

La joven gimió y Damiano se arrodilló, recargándola en el lavabo de mármol. Abrió sus piernas y comenzó a chupar su sexo, ella dejó caer la cabeza agarrándose de la encimera.

Cuando el hombre que la devoraba sintió la humedad fluyendo en sus labios, se levantó y la giró para penetrarla. Le quitó la toalla del cabello y lo cogió en un puño.

Entró una y otra vez con placer. El golpeteo contra su trasero era música para su libido. Le cogió las tetas y la empaló con más fuerza. Los gruñidos y jadeos de los amantes eran audibles.

Damiano explotó en un orgasmo y cuando sacó su miembro semi duro, la arrodilló para que se lo llevara la boca. La joven se agarró de sus muslos y comenzó a chuparlo.

—Joder, tienes una boca que obra milagros —farfulló. Onduló sus caderas con euforia. Su pene regresó a la vida endureciéndose de nuevo ante tal estímulo.

Con las respiraciones aceleradas la cogió de la cara usándola para masturbarse. Antes de terminar sacó su pene de los labios y le dio varios golpecitos en la mejilla para derramarse embarrando su barbilla. Los espasmos se detuvieron cuando dejó de salir su semilla.

Al sentirse satisfecho, se deshizo de los bóxers y se metió a la ducha sin decir nada más. La joven miró al suelo mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas. Luego se levantó y abrió la llave para lavarse. El hombre dentro de la regadera se sentía saciado y sonrió satisfecho. Le había dejado claro que solo la usaría bajo sus condiciones y estaba cumpliendo su palabra. Quería asegurarse de que ella supiera quién tenía el poder en esa relación.

Cristina sentía una mezcla de indignación, tristeza y humillación. El hecho de haberse entregado a Damiano bajo esas condiciones la hacía sentir como si hubiera perdido parte de sí misma. Se preguntaba cómo había llegado a esa situación, cómo había permitido que él ejerciera tanto control sobre su vida.

Una vez que terminó de lavarse se envolvió en una toalla. Evitó mirar hacia la regadera donde Damiano seguía disfrutando de su ducha.

Dejó el baño para ingresar al closet. Mientras se vestía con agilidad, decidió que no podía permitir que esto continuara. No podía seguir viviendo bajo las condiciones de Damiano, sintiéndose utilizada y menospreciada. Debía encontrar la forma de liberarse de esa situación y recuperar su autonomía.



Un par de horas después, Damiano subió a su auto vestido con un elegante esmoquin negro y se dirigió a la gala. Sabía que no podía llegar solo a un evento de esa envergadura, por lo que decidió invitar a Camille Marín, la directora ejecutiva de cuentas en Francia, quien también estaba allí para asistir al evento.

Después de una reunión con el padre de Omar, Damiano vio en Camille una oportunidad de divertirse y explorar hasta dónde podrían llegar. Con esa idea en mente, decidió tener una cita con ella.

Cuando estaba a punto de llegar, le envió un mensaje de texto para avisarle que llegaría en cinco minutos. La limusina se estacionó y una deslumbrante pelirroja salió de ella con un abrigo de piel. Debajo llevaba un elegante vestido negro de noche con delicadas transparencias y bordado con brillantes piedras de Swarovski, que la hacían brillar aún más. Su cabello rojizo estaba recogido en un elaborado moño, y su maquillaje realzaba el verde intenso de sus ojos y sus labios carnosos. Con su estatura imponente, casi alcanzaba el metro ochenta. Damiano no se bajó del auto para recibirla; en su lugar, fue su chofer quien abrió la puerta para que ella subiera. Al sentarse a su lado, Camille lo miró con deseo evidente, ansiosa por devorarlo.

—Luces hermosa —la halagó Damiano, mientras ella se inclinaba hacia su costado, rozando con descaro su miembro con su mano.

—Eres un hombre muy guapo —ronroneó ella sugestiva.

Damiano murmuró con cierta ironía ante la audacia de la mujer, acostumbrada a tomar lo que deseaba.

—Parece que no eres muy sutil a la hora de pedir lo que quieres.

—No me gusta perder el tiempo, y tú me gustas. Somos adultos y sabemos lo que queremos. Toda la tarde me estuviste devorando con la mirada, ¿o me equivoco? —dijo Camille con seguridad, mostrando su confianza.

Damiano la observó con insistencia, recordando cómo la había invitado a acompañarlo al evento y cómo ella había aceptado de inmediato.

—No, no te equivocas. Eres una mujer muy bella —admitió Damiano, reconociendo su atractivo.

—Entonces, tendremos una noche muy entretenida —aseguró Camille, con una sonrisa pícara que dejaba claro que estaban dispuestos a disfrutar de su compañía mutua.

La mujer se atrevió a bajar el cierre de su pantalón y sacar su pene en plena limosina, se agachó y se lo llevó a la boca mostrando sus dotes de amante experimentada.

Lo succionó con fervor y Damiano cerró los ojos. Su pene creció al sentir el calor y humedad de su lengua, pero cuando se le vino a la mente la imagen de Cristina arrodillada mirándolo con sumisión, fue como si le tiraran un balde de agua fría desinflando la erección. Resopló molesto y juró por lo bajo, en lugar de seguir excitado, fue una situación incómoda.

—Es mejor que te detengas, porque no quiero estropear tu peinado —mencionó el hombre entre dientes, y guardó su pene en sus pantalones.

Ella pasó la lengua por sus labios, convencida de que su acción había encendido la pasión en el hombre. Al llegar, Damiano bajó primero y luego le tendió la mano a Camille, quien también descendió con gracia. Él tomó su brazo y juntos desfilaron por una alfombra azul, el color representativo de la fundación. Había numerosos fotógrafos cubriendo el evento. Una vez

dentro del lobby, se dirigieron a posar para la prensa acreditada.

Después de media hora de entrevistas y fotografías, ingresaron al salón principal. Allí se encontraban muchas personalidades famosas, incluso miembros de la realeza y algunos mandatarios.

Damiano se acercó al CEO del Grupo Lloyd y le dio un abrazo. Samuel Morgan, un anciano que estaba a punto de retirarse, era quien tomaría la decisión sobre quién sería el sucesor en la presidencia.

—Es un gusto verte —declaró el hombre mayor. El sexagenario entregaría la presidencia al primogénito de la familia que considerara más adecuado para el cargo.

—Lo mismo digo —respondió Damiano, tratando de congraciarse con el anciano.

—Vienes muy bien acompañado, muchacho —señaló Samuel mientras le daba una palmada en la espalda.

La joven sonrió con falsa modestia. Era hija de Durand Martin, un importante inversor en París, y había sido incorporada al grupo francés por razones obvias: el dinero de su padre.

—Usted siempre tan amable, señor Morgan —respondió ella.

—Cada vez te pareces más a tu madre —dijo la esposa del anciano, dándole un beso en la mejilla a la chica.

—Me siento halagada. Espero ser al menos la mitad de hermosa —añadió, sacudiendo la cabeza. La madre de la joven, que ahora tenía cincuenta años, había sido una reconocida modelo internacional que se casó con un multimillonario.

—¿Cómo se encuentra tu padre?

—De maravilla. Está en Grecia junto con mi madre, disfrutando de unos días libres.

—Siempre le digo a Samuel que deberíamos ir a lugares más cálidos, pero él no deja de trabajar —se quejó Darla, la esposa del director del grupo.

—Será más pronto de lo que piensas —declaró, guiñándole un ojo a Damiano.

Un mesero les entregó una copa de champán y continuaron charlando. Cuando las mujeres se retiraron al baño, el hombre que había sido muy amigo de su padre le insinuó que un matrimonio con la hija de uno de los hombres más ricos de Francia sería muy beneficioso para él. Damiano asintió y escuchó atento todos sus consejos.

Después de la cena, el señor Morgan fue el encargado de cerrar el evento con un discurso agradeciendo el apoyo de los presentes a la fundación. Un par de horas más tarde, Damiano caminaba hacia la salida y sujetaba a Camille por la cintura, mientras ella lo miraba embelesada, un gesto que no pasó desapercibido para la prensa que aguardaba la salida de los asistentes al evento.

Regresaron al Hotel Ritz, donde se alojaba la pelirroja, y bajaron tomados de la mano como una pareja de enamorados. Subieron a la habitación y en cuanto cerraron la puerta, la

mujer comenzó a besarlo con pasión.

Ella tomó la iniciativa y le quitó el saco, deshizo la pajarita de su cuello y luego desabrochó su camisa.

—Parece que no solo te dedicas a hacer dinero —mencionó la joven, admirando sus abdominales marcados y pectorales.

Damiano se enorgullecía de su apariencia física y se esforzaba en mantenerse en forma. Todos los días visitaba el gimnasio de su mansión, donde realizaba una rutina de pesas y corría en la cinta.

—La apariencia y el físico son muy importantes para mantener mi estatus. ¿Qué pensarías si fuera un hombre descuidado? No sería una buena carta de presentación, ¿verdad? —respondió con una sonrisa.

La mujer se giró y le pidió que le bajara el cierre del vestido. Damiano tomó el cierre y lo deslizó hasta la baja espalda. La prenda cayó al suelo, dejándola solo en ropa interior con medias hasta la mitad de las piernas. Su figura era estilizada y esbelta, con una cintura estrecha y caderas angostas. Se notaba el resultado de horas de trabajo en el gimnasio. Su piel nívea contrastaba con el rojo intenso de su cabello. Su vello púbico se transparentaba a través de la pequeña tanga y sus pequeños senos estaban coronados por unos pezones erectos.

—Esta es una noche sin compromisos —le advirtió el moreno.

Camille enarcó una ceja con molestia, pero luego esbozó una sonrisa soberbia.

—Relájate —dijo con desdén—. Tengo a una fila de hombres a mis pies, pero me gusta divertirme. Está claro que cuando decida casarme, será con un pretendiente que esté a la altura de mi estatus y el apellido de mi familia —decretó con arrogancia.

Damiano apretó los labios, desagradado por la actitud pretenciosa de la mujer, quien era demasiado engreída. En cuanto a las relaciones, él era quien llevaba la batuta y estaba decidido a demostrárselo. Le desabrochó el sostén y lamió uno de sus senos. Luego la tumbó en la cama y procedió a quitarse su propia ropa.

Sonrió con malicia cuando la joven se mordió el labio al ver como se alzaba su pene, se colocó un preservativo y sin preámbulos la alzó de las caderas para metérsela hasta el fondo.

—Sí —gritó levantando la pelvis.

Las piernas largas y delgadas descansaron en su cintura. Apretó los labios y con un movimiento de cadera rítmico, la penetró una y otra vez.

La mujer se retorcía debajo de él, pero Damiano no compartía el éxtasis que ella experimentaba. Bufó molesto y la giró, poniéndola de rodillas. Se introdujo otra vez y continuó con sus embestidas, esperando encontrar el placer que anhelaba. Agarró sus senos, pero no experimentó ninguna satisfacción.

No deseaba compararla con Cristina, pero resultó inevitable. La insatisfacción que sintió fue reveladora. Su sexo no lo envolvía de la forma que le gustaba, y encontró que su cuerpo era insuficiente para llevarlo al límite, a pesar de la belleza de la joven.

Eso lo enfureció aún más y un sentimiento de frustración se fue construyendo en su interior, así que salió de su sexo y la penetró analmente con violencia, pero se dio cuenta que lejos de molestarla, la joven pegó un alarido de regocijo, al parecer disfrutaba del sexo rudo y agresivo, por lo que esas prácticas no eran nada nuevas para la mujer. El dolor se mezcló con el placer y la sujetó por el cabello con furia. La joven explotó con bramido, mientras que Damiano terminó como un acto físico, pero nunca alcanzó su propio orgasmo.

Maldijo en su interior, pero la joven no se dio cuenta.

—¡Dios, eso fue increíble! —jadeó, con la cara apoyada en el colchón. Ese hombre era puro fuego.

Salió de su interior y se dirigió al baño para quitarse el preservativo. Al mirarse al espejo, notó su cabello desordenado y un chupetón en su pecho, lo que le provocó fastidio.

Al regresar a la suite, la pelirroja yacía desnuda, muy satisfecha.

—¿Te quedarás a dormir? Tal vez podríamos repetir —sugirió con los ojos aún nublados de placer.

Damiano negó con la cabeza, de ninguna manera pasaría la noche con ella.

—Debo marcharme —murmuró mientras comenzaba a recoger su ropa.

Camille lo llamó moviendo su dedo índice, con una sonrisa coqueta, creyendo que ese encuentro había sido placentero. Se jactaba de ser una amante entregada.

—Despídete —le ordenó, y el hombre reprimió una mueca.

—¿Te irás mañana? —preguntó el hombre, deseando que se marchara antes de volverse una molestia.

—No lo sé, tal vez me quede un poco más —respondió la mujer guiñándole un ojo.

Damiano se acercó, le dio un beso fugaz y desapasionado. Se vistió con prisa y se puso el abrigo para salir del lugar lo más pronto posible. Al subir a la limusina, dejó caer la cabeza en el asiento y suspiró. Solo anhelaba regresar a casa, donde lo esperaba una mujer que le brindaba plena satisfacción sexual y con la que disfrutaba pasar toda la noche.

Al llegar a su mansión, entró en la habitación y encontró a Cristina dormida. Se dirigió al vestidor sin hacer ruido y se quitó la ropa. El aroma dulzón de Camille y el látex llenaban sus fosas nasales con desagrado, así que decidió darse una ducha y limpiarse.

Se secó y se puso un pijama. Luego se acostó en la cama junto a la joven, la abrazó por detrás y tomó sus senos, que apenas cabían en sus manos. Inhaló con suavidad el aroma de su cabello, que tenía un olor a flores y cítricos, el cual adoraba. Después de un tiempo, se quedó dormido.

# Capítulo 35



# La realidad en tu cara

Al día siguiente, Cristina se levantó temprano. Era viernes y ya casi había transcurrido la mitad del semestre. Ingresó a la cocina con pereza. Damiano la despertó en plena madrugada, besando su cuello, acariciando sus senos y suspirando con pesadez en su oreja. Todo parecía demasiado extraño, pero ella siempre recordaba que no debía sorprenderse, porque ese hombre podía hacerle el amor con dulzura, poseerla con pasión o usarla con furia. Tenía más estados de ánimo que una adolescente hormonal.

Al entrar a la cocina, se percató de que Marianne y la cocinera cuchicheaban, pero cerraron la boca al verla. Cristina frunció el ceño y abrió el refrigerador con los labios apretados, era evidente que estaban hablando de ella. Sacó un bote de jugo de manzana para Mariela y se acercó a la barra.

—Buenos días —saludó, y las dos mujeres asintieron.

—El desayuno está listo —anunció la cocinera.

—Gracias, eres muy amable —respondió Cristina.

Patricia le sirvió a Mariela, y tomó un vaso para verter un poco de jugo. La niña entró corriendo con gran entusiasmo, se acercó a Cristina para darle un beso en la mejilla y se sentó en el antecomedor.

—¿Podrías hacerme una bufanda igual a la mía? —preguntó Mariela sonriente.

—Por supuesto, princesa, pero ¿no te gustaría un color diferente?

—No es para mí, es para mí nueva amiga —anunció emocionada.

—¿Tienes una nueva amiga? —preguntó contenta, ya que Mariela temía no poder hacer amigos en su nueva escuela.

—Sí, se llama Gretel y le gustó mucho —asintió animada.

—En ese caso, haré una para Gretel. Ahora come, que se nos hará tarde —indicó Cristina, y la niña obedeció.

Damiano entró a la cocina, y las mujeres se quedaron paralizadas.

—Buenos días, señor. ¿Qué desea desayunar? —preguntó la cocinera.

—Café, un par de huevos revueltos y pan tostado, por favor —pidió Damiano, y la cocinera se puso manos a la obra.

Desde que había despedido a el ama de llaves, no había regresado a la cocina, pero ese día le apetecía desayunar allí. Se acercó a su hija y a Cristina, jaló una silla para sentarse cuando su móvil sonó. Lo cogió y vio que era un mensaje de Camille, frunció el ceño molesto. Apenas leyó el mensaje, se dio cuenta del terrible error que había cometido al involucrarse con ella.

Sabía que esa mujer era peligrosa debido al poder e influencia de su padre, por lo que no

era conveniente rechazarla tan directo o podría provocarle un problema.

—Buenos días —anunció, y Cristina respondió.

—Papi, tengo una nueva amiga —expuso su hija, y él sonrió con ternura a la pequeña.

Cristina estaba bebiendo su café cuando recibió un mensaje de su amiga Fernanda, quien le envió un enlace de una noticia con una carita triste. Frunció el ceño y tocó el enlace. Era una nota sobre una gala de beneficencia celebrada la noche anterior, donde aparecían diversas celebridades sobre una alfombra azul. Incluso uno de los príncipes había asistido.

A la joven se le desencajó el rostro al ver a Damiano acompañado de una hermosa mujer pelirroja a la que tenía sujeta de la cintura, y que sonreía de oreja a oreja. La mujer, que aparentaba más de treinta años, posaba en cada foto tocándole el pecho con complicidad, como si fueran íntimos.

La noticia revelaba que se trataba de la heredera de una de las fortunas más grandes de Francia y mencionaba a Damiano y su familia. El grupo Lloyds era el principal patrocinador del evento.

Para la joven, resultó impactante ver a Damiano con otra mujer. Aunque no tenía derecho a considerarlo un engaño, ya que no existía una relación formal entre ellos, no dejaba de ser doloroso. A pesar de todo lo que le había hecho, seguía enamorada.

Se sintió patética y no quería que se dieran cuenta de su desconsuelo. Bajó la mirada, tomó la servilleta y se limpió los labios, decidida a marcharse. Necesitaba alejarse de allí y evitar hacer el ridículo. Cada vez que salía de la mansión, volvía a ser solo una estudiante más, aunque fuera por unas horas.

Le quedó claro que debía empezar a prepararse para dejar Londres y no volver jamás. Sin embargo, para hacerlo, necesitaba asegurarse de que sus problemas con la Commonwealth estuvieran resueltos. Decidió ir a las oficinas y exigir los comprobantes de pago que nunca le enviaron.

Tal vez no lo haría en ese momento, pero apenas se terminara el semestre de largaria y no quería perder tiempo.

—Gracias por el desayuno —anunció la joven con una sonrisa disimulada.

Se levantó y besó en la frente a la niña. Las mujeres miraron entre a Cristina y a Damiano, quien seguía revisando sus mensajes, ajeno a cualquier reacción de la morena.

—Después de las clases, iré a conseguir estambre para tejer una bufanda que Mariela quiere —mencionó, y el hombre asintió sin mirarla a los ojos.

—Está bien —respondió él, y ella aprovechó para irse.

Al subir al auto, Gregg la miró a través del retrovisor y la joven le sonrió apenas. Sacó su móvil y le envió un mensaje a su madre. Había sido complicado hablar con ella las últimas semanas. Su padre estaba en proceso de recuperación y Mireya siempre estaba ocupada.

La joven le sugirió contratar a alguien que la asistiera, ya que, entre mantener la casa,

hacer las compras y cuidar de su padre, su madre se estaba agotando. Aunque siempre le enviaba un audio saludándola al inicio del día, ese día no se sintió con ánimos. No deseaba que su madre se diera cuenta de que algo le pasaba, no necesitaba más preocupaciones.

Ni siquiera el clima estaba de su lado, el cielo estaba gris y parecía que llovería. En el salón de clases, Omar se sentó a su lado, mostrando cierto nerviosismo.

—Mi mamá me pidió que te invitara a comer, quiere conocerte —insistió, esperanzado de que su progenitora pudiera persuadirla para que Cristina aceptara casarse con él.

Aunque era una posibilidad remota, estaba desesperado.

—Sabes que no puedo estar mucho tiempo fuera debido a mi trabajo. Además, ¿por qué querría conocerme? —musitó ella, mirando hacia el frente y cuidándose de que Donato no se acercara.

—Le causas curiosidad porque le he hablado mucho de ti. Además, el lugar está a solo cinco minutos del campus, podemos ir y volver rápido. Es un restaurante de comida italiana bastante relajado con una excelente pizza, por favor, acompáñanos —suplicó él, y la joven frunció los labios al mirar su lápiz, maldiciéndose por ser tan débil.

—Está bien, pero tendrá que ser rápido —aceptó entre dientes.

—Te prometo que así será. Gracias —declaró el moreno con una sonrisa.

El viernes conocería a la madre de Omar, aunque no entendía qué podía querer de ella, ya que no cambiaría de opinión.

Al salir del aula sin mirar atrás, Cristina caminó apretando la correa de su mochila y se subió al auto, donde Gregg la esperaba.

—Necesito ir a dos lugares antes de volver —le explicó, y él la miró a través del retrovisor.

—¿A dónde deseas que te lleve?

—Primero a Loop a comprar unos estambres y luego a las oficinas de la Commonwealth.

El hombre frunció el ceño con perspicacia.

—¿Por qué quieres ir a la Commonwealth? —indagó interesado.

La joven se removió en su asiento y se aclaró la garganta.

—Me gustaría obtener una carta que demuestre que ya no tengo ninguna deuda con ellos. Aunque realicé el pago, no me proporcionaron ningún comprobante que me libere del problema.

—¿Tienes una cita? —preguntó Gregg.

—No, pero tengo el nombre del encargado que me informó sobre el problema.

—Está bien —exclamó y encendió el auto.

Loop era una tienda especializada en hilos y estambres, tenía todo lo necesario para tejer

y hacer muñecos de crochet, tan de moda. El lugar era bastante pequeño, lleno de estantes en las paredes donde exhibían su inventario colorido. Necesitaba estambre en los colores de la bufanda de Mariela. La joven entró y compró lo que necesitaba, sin perder tiempo.

Cuando regresó al auto, explicó a Gregg a qué oficinas de la Commonwealth debían ir, ya que abarcaban muchas áreas, incluyendo la educación. Al llegar, se estacionó en la esquina, pues no podía hacerlo frente al edificio.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Gregg, y ella sacudió la cabeza.

—El acceso está muy controlado, no creo que te dejen pasar. Vuelvo en un momento.

Se bajó y caminó unos metros, subió la escalinata e ingresó. A Gregg le pareció interesante investigar por qué la joven quería obtener esos documentos en ese momento.

Cristina esperó hasta que la mujer detrás de una ventanilla de cristal le prestara atención.

—¿Con quién tienes la cita? —preguntó la mujer con gesto de hastío.

—No tengo una cita...

—Entonces no puedes pasar —la interrumpió y dejó de prestarle atención.

La morena, un tanto desesperada, tocó el cristal de nuevo.

—Te lo suplico, necesito hablar con el señor Wilson —clamó juntando las manos.

La mujer abrió los ojos al escuchar el nombre.

—¿Estás buscando al señor Wilson?

—Sí, por favor, es muy importante.

—¿Cuál es tu nombre? —indagó, mirándola de arriba abajo.

—Cristina Navarro.

—¿Para qué deseas verlo? —exigió, entrecerrando los ojos.

—Hace unos meses me citó para entregarme este documento —explicó ella, mostrando la hoja que contenía la deuda y donde debía depositar el dinero para pagar.

—Permíteme —dijo y levantó el teléfono.

La mujer explicó la situación por teléfono y asintió con vigor. Presionó un botón y se escuchó un sonido como de una chicharra que abrió la puerta que daba acceso al área de oficinas.

—Puedes entrar, te recibirán en la última puerta del pasillo —anunció, y la joven entró con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

La mujer no respondió, pero cogió su móvil y envió un mensaje mientras observaba a la joven, apretando los labios.

Cristina recorrió el largo pasillo y tocó la puerta. No era la misma oficina. Un hombre de mediana edad que estaba sentado detrás del escritorio le indicó que tomara asiento.

—Buenas tardes —saludó por educación, pero no obtuvo respuesta.

El hombre, bastante grosero, extendió la mano y ella le entregó la carpeta. Recibió los documentos y los revisó.

—¿El señor Wilson te entregó estos documentos?

—Sí, ya realicé los pagos —le informó.

Él levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Realizaste el pago? —preguntó sorprendido.

—Sí, por eso quiero un comprobante de su parte que demuestre que estoy libre de toda responsabilidad.

—Eso no es tan sencillo, pero déjame estos documentos y realizaremos una investigación —dijo, cortante, e hizo un ademán con la mano para que se marchara.

—¿Por qué no es sencillo? El pago está hecho, solo necesito algo que certifique que no tengo deudas y que puedo dejar el país.

Levantó la cabeza para mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿Vas a dejar el país? —preguntó interesado.

—No en este momento, pero esa es mi intención.

—Necesito que me des tu dirección actual —decretó con los dientes apretados y sacó una hoja de un cajón, colocando una pluma encima.

—¿Para qué? —replicó escéptica.

—Por si necesitamos enviarte algún documento.

—Prefiero que me llamen y vendré a recogerlo...

El sujeto apretó las mandíbulas con molestia, metió la carpeta que le entregó la joven en un cajón y lo cerró de un golpe.

—En ese caso, puedes retirarte. Te llamaremos si es necesario —la interrumpió de forma grosera.

—Necesito los papeles que te entregué... —insistió, apretándose las manos mientras miraba el cajón donde los guardó.

—No, no los necesitas. Ahora retírate —dijo levantando una mano y señalando la puerta.

La joven salió de la oficina lanzando maldiciones. Era injusto que la trataran de esa forma. Un hombre caminó detrás de ella, pero la joven no se dio cuenta. Cuando se acercó a la salida y ese sujeto se aproximó demasiado, pero de pronto la puerta se abrió. Una mujer mayor

entró con prisa. Ella se apartó y, al voltear para ver a la mujer que casi la atropelló, el hombre ya no estaba.

Salió a la calle y Gregg la esperaba en la escalinata.

—¿Cómo te fue?

—Mal, no quisieron darme nada. Además, el hombre que me atendió antes ya no está en su puesto —le informó con desesperanza.

—Vamos —le indicó el rubio y la agarró del brazo.

A Gregg le pareció muy extraño que los mismos sujetos que meses atrás intentaron robarle el móvil entraran al edificio. Algo estaba mal, y descubriría de qué se trataba.

# Capítulo 36



# Entre el miedo y la desesperación

Por la tarde, Cristina llamó a su madre. Eran las cinco de la tarde en Londres, por lo tanto, las once de la mañana en México. Se encerró en la biblioteca y encendió su portátil. Llevaba días enviando mensajes, pero su madre nunca podía atender, así que cuando la mujer le dijo que estaba disponible, le envió una solicitud de videoconferencia de inmediato.

—Mi niña —respondió Mireya con una sonrisa de oreja a oreja, pero su mirada estaba triste y su rostro cansado, con marcadas ojeras.

—¡Hola, mamá! ¿Cómo están todos por allá? ¿Papá está mejor?

—Cada día está mejor, pero ha sido complicado lograr que se quede acostado.

Cristina miró la imagen de fondo y frunció el ceño. Esa no era su casa, la cocina en la que se encontraba era pequeña y antigua, mientras que la cocina de su hogar era blanca y contaba con electrodomésticos de acero inoxidable. Además, las paredes no tenían pintura, se veía el cemento en bruto.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no estás en casa? ¿Quién está cuidando a papá? ¿Contrataste a una enfermera como te sugerí? —preguntó abrumando a su madre. La mujer de mediana edad se llevó las manos a la boca y acalló un sollozo—. Me estás asustando, mamá, dime, ¿qué está pasando?

—Nos desalojaron —balbuceó con la voz ahogada.

Una semana atrás, la familia de Cristina había perdido todo lo que su padre construyó a lo largo de los años, prácticamente se quedaron en la calle.

—Eso es imposible, mi papá pagó esa casa hace cinco años —replicó conmocionada.

Su madre sacudió la cabeza y las lágrimas brotaron de su garganta.

—¿Recuerdas que tu padre adquirió unos fondos de inversión hace dos años?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Todo iba bien, cada mes nos daban muy buenos rendimientos...

—Pero ¿qué tiene que ver eso?

—Dejó la casa como garantía, se la pidieron como protección, pero le aseguraron que no había riesgo —admitió angustiada.

—¡Mamá! ¿Por qué hizo eso?

—Porque la persona que lo asesoró era su amigo y le aseguró que era solo un requisito, que no era importante.

—¿Qué pasó con la empresa? —exclamó, abriendo los ojos.

—Era una especie de esquema piramidal y los dueños se fueron llevándose todo,

vendieron la casa hace seis meses y ni siquiera nos dimos cuenta.

—¡Eso no puede ser! —declaró abrumada.

—Pero eso no es lo peor —masculló y cerró los ojos con dolor. Exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—¿Aún hay algo peor? —inquirió con pánico.

—Tu padre no tuvo un accidente —le confesó Mireya, conteniendo un sollozo.

—¿Cómo que no tuvo un accidente?

—Hija, tu padre intentó suicidarse.

La joven miró a su madre y abrió la boca con horror, luego rompió en llanto cuando comprendió lo que estaba pasando.

—Eso no puede ser verdad, mi padre nunca haría algo así...

Para Cristina, su padre era un hombre íntegro y trabajador que siempre les había dado un buen ejemplo. No podía creer que se hubiera rendido de esa manera.

—No pudo enfrentarlo, estaba tan avergonzado porque cayó en esa estafa. En un momento de desesperación, al cruzar la calle, se paró frente a ese auto.

Cristina se llevó las manos a la boca y bajó la cabeza. Comenzó a llorar desconsolada, sin poder creer lo que su madre le estaba contando. Apoyó su frente en el escritorio, permitiendo que las lágrimas fluyeran sin control.

Al final cuando pudo hablar de nuevo, levantó la mirada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reprochó con dolor.

—Me hizo prometerle que no te lo diría. Han sido meses muy difíciles, pero poco a poco tu padre ha aceptado el error que cometió. Una empresa de bienes raíces nos exigió que dejáramos la casa y, como nos negamos, hace una semana la policía llegó con una orden de desalojo.

Fue todo un espectáculo cuando los sacaron de su hogar, dejándonos sin nada, para su familia fue uno de los peores momentos de su vida.

—¿Dónde están ahora?

—En una casa que nos prestó tu tío Francisco.

—¿Qué casa?

—Él construyó unos cuartos en un terreno cerca del río… —balbuceó. El lugar era terrible, porque todo estaba a medio construir.

—¿Cómo se te ocurrió meterte en ese lugar? Es una zona muy peligrosa —clamó preocupada.

—No teníamos otra opción, nos quedamos sin nada. Tu padre aparece como socio de ese grupo financiero y han estafado a muchas personas. Lo están acusando de fraude. Tuve que sacar todo el dinero de las cuentas para pagar una fianza, que solo aceptaron porque tu padre está convaleciente, pero pueden meterlo en la cárcel.

—¡Dios mío! Esto es una pesadilla.

—Te juro que tu padre es inocente —dijo entre sollozos—. Esteban lo engañó y lo metió en este lío.

Esteban era amigo de su padre desde la preparatoria, por eso no sospecharon de él. Nunca imaginaron que los traicionaría de esa manera, y ahora él había huido de la ciudad.

—Por supuesto que te creo, pero ahora lo importante es ver qué vamos a hacer. Y, hablando de eso, ¿cómo está mi hermano?

—Empezó a trabajar con tu tío en la constructora. Me ha estado ayudando mucho.

—Él no puede trabajar, ¿qué pasa con la escuela?

—La dejó, porque todos sus amigos le dieron la espalda y en la escuela lo señalaron como el hijo de un ladrón. La noticia incluso salió en los periódicos.

—¡Qué cabrones! ¿Cómo se les ocurre lastimarlo de esa forma?

—Todos nos han tratado muy mal, hija. Incluso despidieron a tu padre del trabajo.

—Pero ¿por qué? Ha estado trabajando allí por más de veinte años.

—Porque los padres se quejaron, no querían que sus hijos estuvieran cerca de un delincuente.

—¡Malditos hijos de puta! Son unos desgraciados ingratos —exclamó con rabia.

—Me siento tan avergonzada. Somos el tema de conversación de nuestras amistades. Sabes, escuché a Leonor decir que merecíamos lo que nos había pasado, que éramos arrogantes y que queríamos vivir por encima de nuestras posibilidades.

No entendía cómo la gente podía ser tan cruel. Pasó su manga por el rostro para secar las lágrimas.

—No debes avergonzarte de nada, mamá. Vamos a salir adelante. Lo que mi padre necesita es un buen abogado.

No solo necesitaba un buen abogado, también necesitaban dinero para resolver ese problema.

—No, hija, tú no puedes abandonar la escuela. Has trabajado demasiado. Nosotros encontraremos la solución.

—Pero ¿por qué mi hermano puede arruinar su futuro y yo no puedo hacer nada?

—Es injusto, pero no sé qué más hacer —admitió con resignación.

—No vamos a llorar más. Debemos pensar con claridad —se agachó y sacó un bloc de notas de su mochila—. Haremos una lista de todo lo que necesitamos.

—¿Para qué?

—Es importante saber cuánto dinero necesitamos conseguir —dijo determinada.

Anotó todo lo que consideró necesario. El pago de un alquiler en un lugar seguro para su madre y su hermano, además de los gastos para que su padre regresara al hospital. Un buen abogado y la suma de dinero que le estaban exigiendo por el desfalco. Continuaron hasta que tuvieron una larga lista.

Todo eso sumaba una cantidad de al menos cincuenta mil libras.

«¿Cómo diablos conseguiré tanto dinero?», pensó, pero no lo expresó en voz alta.

Terminó la llamada con su madre y le pidió que le informara de cualquier otro problema que surgiera. Le rogó que no le ocultara nada.

Cuando Damiano entró en la habitación, la joven tenía los ojos y la nariz rojos de tanto llorar. Por un momento, pasó por la mente de Cristina la idea de pedirle prestado, pero la desechó de inmediato. Así que decidió distraerse tejiendo la bufanda que le había prometido a Mariela.

—¿A qué fuiste a la Commonwealth? —le cuestionó Damiano. Se acercó a ella, se quitó el saco y deshizo el nudo de la corbata.

Cristina bajó su tejido y lo miró a los ojos.

—Fui a solicitar una carta en la que se certifique que no les debo dinero y que mi situación migratoria no se verá afectada, que puedo viajar si así lo requiero —dijo con sinceridad.

—¿Y a dónde demonios querrías viajar? Aún no has terminado el posgrado.

Pensó una y otra vez qué pasaría si su padre era acusado de fraude, y era apresado. Por lo que decidió que regresaría de inmediato a México para apoyar a su familia.

—Están acusando a mi padre de fraude...

—¿Crees que voy a creer esa historia? —estalló Damiano con una sonrisa irónica.

—No es ninguna historia, mi familia lo está pasando muy mal.

—Me importa una mierda cómo le vaya a tu familia. No irás a ninguna parte hasta que cumplas el trato que tienes conmigo o, en su defecto, me devuelvas todo el dinero que te he dado —la increpó mientras la joven lo miraba impotente. Apretó los labios, que comenzaron a temblar —. ¿O en realidad solo quieres más dinero? —le preguntó con desprecio.

La joven bajó la cabeza y apretó sus manos.

—Nunca te pediría ayuda —farfulló decepcionada.

—¡Es increíble que seas tan ambiciosa! —clamó mientras se inclinaba y la agarraba del cuello. Cristina abrió los ojos al sentir cómo le faltaba el aire—. No vales tanto, no lo olvides. Puedo encontrar otro entretenimiento con solo chasquear los dedos, así que es mejor que no pienses en engañarme —clamó furioso, convencido de que la joven le estaba mintiendo.

Cristina puso sus manos sobre las de Damiano para que la soltara, y él la liberó como si le repugnara. Se enfureció aún más, ya que cuando comenzaba a pensar que tal vez se había equivocado, ella le confirmaba de nuevo que no era así con esa increíble historia.

—Lárgate a otra habitación, ya no dormirás conmigo. Fui un estúpido al permitirte invadir mi espacio como si lo merecieras. A partir de ahora solo vendrás aquí para tener sexo y luego regresarás a donde perteneces, al área de servicio. Y no quiero que te acerques a mi hija, Margaret se encargará de ella —le gritó furioso.

La morena se levantó del sofá y salió de la habitación. Damiano gritó lleno de ira.

«Malditas mujeres, siempre quieren algo», pensó indignado. En un arrebato de rabia, entró al vestidor y tomó las perchas con la ropa de Cristina, arrojándolas al pasillo. Desde el fondo del corredor, la joven observó cómo su ropa salía volando por la puerta. Luego de vaciar el armario, entró al baño y tomó una bolsa de plástico que encontró. Sin cuidado alguno, arrojó todos los productos de la chica en la bolsa, la cerró con un nudo y la tiró al suelo. El ruido de los frascos rompiéndose la hizo sollozar.

Cristina se quedó llorando en el suelo, llevándose las manos a la cabeza.

# Capítulo 37



# Miradas que lastiman

Cristina guardó sus pertenencias en la habitación contigua a la cocina. Rescató todo lo que pudo de sus objetos personales, ya que la mayoría tuvo que tirarlos. Por la mañana, al entrar a la cocina, las mujeres la miraron sorprendidas, pero no le hicieron preguntas. Sin embargo, las miradas de lástima dejaron en claro que sabían lo que había sucedido. Entregó la bufanda a Margaret, quien no le permitió entrar a la habitación de Mariela, y con el corazón destrozado se marchó.

Cuando salió de la casa, estaba lloviendo con intensidad. No vio la camioneta de Damiano y comprendió que había despedido al chofer. Se puso la capucha y se encaminó hacia la entrada del metro. Al abandonar la privada, vio a Gregg apoyado en una camioneta BMW azul oscuro, sosteniendo un paraguas negro.

—Hola, buenos días —saludó con una sonrisa.

Le sorprendió mucho que su socio le dijera que ya no tenía que ir a buscar a Cristina, que Damiano había cancelado el servicio. Sin embargo, no podía abandonarla a su suerte. Los hombres que había visto en las oficinas el día anterior no descansarían hasta obtener lo que querían, aunque aún no entendía qué era con exactitud.

El hombre abrió la puerta y ella negó con la cabeza.

—No tienes que molestarte. Puedo llegar sola —respondió con una sonrisa triste e intentó rodearlo.

Él la tomó del brazo y la detuvo.

—Piensa que evito que una amiga coja un resfriado. Te estás empapando. Vamos, sube —le suplicó, y ella lo miró. La joven asintió y se sentó en el asiento del copiloto. Gregg subió al vehículo y cerró el paraguas.

—Voy a ensuciar los asientos —dijo con preocupación al ver cómo su anorak goteaba.

—No te preocupes, se puede limpiar. Además, los asientos son de piel y repelen el agua.

—Gracias —agradeció ella y se abrochó el cinturón.

—Por la tarde...

Ella negó con la cabeza, interrumpiéndolo.

—No te preocupes por mí. Regresaré por mi cuenta. No quiero hacerte perder más tiempo.

El hombre apretó los labios y arrancó el automóvil. Al llegar a la universidad, la lluvia había cesado, así que Cristina se despidió de Gregg y se dirigió al salón de clases.

Omar, como todos los días, se sentó junto a Cristina. La joven había estado reflexionando durante horas y se dio cuenta de que no tenía otra opción. Necesitaba dinero y nadie se lo ofrecería. El único que podría ayudarla era el joven que también la necesitaba a ella. Ambos saldrían beneficiados.

Giró la cabeza y miró a Omar, quien se percató de lo desmejorada que se veía la morena.

—¿Qué te sucedió? —preguntó él.

—¿Todavía quieres casarte conmigo? —susurró mirándolo fijo.

El joven abrió los ojos sorprendido.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, muy en serio.

—Por supuesto que quiero casarme.

—Pero primero, debemos tener una larga conversación, y si después de lo que te cuente sigues pensando lo mismo, entonces lo haremos.

Él sonrió de oreja a oreja y le tomó la mano agradecido. En ese momento, Donato entró en al salón y los observó entrecerrando los ojos.

Al terminar la clase con premura, se dirigieron a la biblioteca, el único lugar donde podrían hablar sin ser interrumpidos. Se sentaron con un par de cafés y una botella de agua frente a ellos.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó Omar.

—Hace tres meses, mi padre tuvo un accidente. O eso me hicieron creer, pero en realidad, mi madre me confesó que trató de suicidarse —admitió Cristina con dolor.

—¿Por qué intentó quitarse la vida? —inquirió Omar.

—Por vergüenza y desesperación —le confesó y soltó un suspiro—. Hace dos años, invirtió todos sus ahorros en un grupo financiero y los estafaron. No solo perdió el dinero, sino también la casa y los dos autos —explicó.

—¿Estafaron a tu padre? —preguntó Omar.

—Sí, yo no sabía nada. Me lo ocultaron porque no querían que me afectara —asintió Cristina, aguantando las ganas de llorar.

—Eso es horrible.

—Ayer tuve una videoconferencia con mi madre y me di cuenta de que no estaba en mi casa. Estaba en un lugar feo y descuidado. Cuando le pregunté por qué estaba ahí, ya no aguantó más y me contó todo.

—Es una verdadera tragedia. Tenemos que ayudarlos...

—Pero primero debes saber toda la verdad sobre mi trabajo. Tal vez después ya no

quieras seguir con los planes —interrumpió Cristina, deseando que Omar conociera toda la verdad en lugar de ocultarle algo.

—¿Qué sucede con tu trabajo? —preguntó Omar.

—No solo soy la niñera de la hija de Damiano, soy su amante —confesó Cristina avergonzada.

Omar abrió la boca y luego la cerró, atónito.

—No lo puedo creer...

—Créelo. Donato me llevó a la casa de su hermano porque su hija necesitaba una niñera, eso fue el año pasado. Estuve un mes y medio trabajando solo como niñera, pero luego todo cambió.

—No me digas que te obligó a acostarte con él.

La joven sacudió la cabeza y unió sus manos nerviosa.

—En el estricto sentido de la palabra, no. Pero digamos que después de los acontecimientos...

—¡Ese maldito cabrón! —exclamó Omar indignado.

—Tengo que confesar que desde el principio sentí algo por él, hasta creo que me he enamorado así que no ha sido un sacrificio acostarme con él, sino todo lo contrario. Lo que más me ha lastimado todos estos meses es que piensa que soy una zorra a la que solo le importa el dinero.

—Está loco, ¿cómo puede creer eso de ti? Después de pasar meses a su lado, es imposible que no se haya dado cuenta de su error.

Cristina bajó la cabeza y soltó un sollozo.

—Es una historia muy larga —admitió.

Le entregó una servilleta y Cristina la tomó. Comenzó a narrar con lujo de detalle todo desde el principio. Al terminar de explicar qué fue lo que la hizo considerar la propuesta, Omar estaba furioso.

Damiano era un malnacido sin escrúpulos que manipuló a la que consideraba su amiga para que hiciera lo que él quisiera. Pero incluso para un hombre de su reputación, esto era demasiado bajo. Omar se sentó al lado de la joven y la abrazó, permitiéndole desahogarse, porque ella lo necesitaba. Cristina estaba destrozada y era injusto que siguiera al lado de ese hijo de puta.

—Firmaremos el contrato prenupcial en cuanto mi padre lo envíe —declaró Omar.

—¿Estás seguro? No quiero que mis acciones manchen la reputación de tu familia —mencionó Cristina afligida.

Omar soltó una ligera risita y sacudió la cabeza. La sentía como esa hermana que nunca

tuvo.

—Mi familia tiene un historial horrible de abusos y vejaciones hacia todas las mujeres con las que mi padre se ha casado. Por eso nos fuimos de Arabia, porque mi madre estaba destrozada. Tardó años en recuperarse y cuando le dije que mi padre quería que volviera, casi pierde la cabeza —explicó con amargura.

—¡Dios mío! —exclamó Cristina, impactada por la historia.

—Mi madre quería verte para suplicarte que te casaras conmigo, porque prefiere morir a volver al lado de mi padre —le confesó Omar con un nudo en la garganta.

—Pues ya no tendrá que hacerlo —respondió Cristina, determinada.

Omar la tomó del rostro y le dio un beso en la frente, porque estaba muy agradecido.

—Todo gracias a ti, pero ahora lo importante es ayudar a tu familia.

—Tendremos que esperar a que tu padre te dé parte de la herencia que te prometió —dijo Cristina preocupada.

—No es necesario. En cuanto lo llame, me transferirá la "Mehr", eso será más que suficiente. Te aseguro que te sobrará —afirmó Omar.

—¿Estás seguro?

—La dote que mi padre pagó por la prometida de mi hermano fue de veinte millones de libras, además de las joyas —explicó Omar.

—¿Tanto? —exclamó Cristina sorprendida.

—Mi padre es uno de los hombres más ricos del país. Su patrimonio está valorado en miles de millones. Si no me ha dado más dinero, es porque me ha estado castigando y quería presionar a mi madre para que volviera. Mi hermano mayor es el primogénito, hijo de su primera esposa, y esa mujer odia a mi madre y por consiguiente él también a mí.

—Es una pena que, siendo hermanos, no puedan llevarse bien —señaló Cristina, a lo que Omar asintió.

—Adila fomentó el odio y el rencor en mi contra porque mi padre, con el resto de sus esposas, solo tuvo hijas. Por lo tanto, yo represento el único peligro para ella.

—Qué triste —mencionó Cristina, mordiéndose el labio inferior—. No sé cómo saldré de la vida de Damiano —confesó con una mueca de dolor.

—Con dinero. Le pagarás con tu dote lo que él considera que te dio y lo mandarás al diablo —aseguró Omar. Cristina asintió y sus labios temblaron de dolor —. Sé que lo amas porque, si no lo hicieras, no habrías soportado tantas humillaciones. Pero él no te supo valorar. A veces nos enamoramos de la persona equivocada, aunque nos demos cuenta de lo dañino que son —confesó el joven con un suspiro, como si recordara algo.

—¿Eso te pasó a ti? —preguntó curiosa.

—Sí. Sufrí mucho tiempo, pero cuando estuve listo, encontré a Murray, quien me ofreció un amor sincero. Primero, tienes que sanar tu corazón para que, cuando llegue el hombre que te ame y respete, te des la oportunidad de ser feliz —aconsejó convencido de que ella superaría ese episodio oscuro de su vida.

Cristina no estaba tan convencida, pero apoyó su cabeza en el pecho de Omar y cerró los ojos, reflexionando sobre sus palabras.

Más tarde, llamó a su padre para darle la noticia. El magnate aún estaba en Londres y se puso muy contento. Le dijo que aprovecharían su estancia para firmar el contrato matrimonial, y Omar aceptó. El sábado se comprometerían según las leyes sauditas.

El padre le envió bendiciones y le dijo que ese día hablarían de negocios. La dote se transferiría de inmediato a las cuentas de Omar, para luego ser enviada a una cuenta a nombre de Cristina, ya que sus padres estaban fuera del país. El monto superó en un treinta por ciento al que le otorgó a su hermano en su matrimonio, y eso hizo feliz al joven.

Le daría la noticia a su madre durante la comida y juntos comenzarían una vida de libertad, lejos de las garras de su progenitor.

# Capítulo 38



# Noticias impactantes

El viernes por la mañana, Omar llamó a Cristina para que se encontraran en el Starbucks que estaba a una cuadra de la mansión. Por suerte, Damiano había salido de la ciudad y no regresaría hasta el próximo miércoles. No le había dicho adónde iba, ya que seguía muy molesto. En un arrebato, se marchó a París con Camille, a la casa de sus padres que habían regresado de Grecia.

A pesar de todo Cristina disfrutaba de la intimidad con Damiano en la cama, pero desde el día en que la echó de su habitación, comenzó a buscar a la francesa para tener sexo, evitando tocar a la joven. Sin embargo, el hombre no se daba cuenta de que solo estaba enviando un mensaje equivocado por despecho. Lo peor de todo era que cada vez que estaba con Camille, se sentía miserable, aunque su orgullo le impedía admitirlo.

Por otro lado, cuando Damiano se distanció de Cristina, ella se sintió libre, ya que nadie la vigilaba y se concentró en terminar el semestre para poder marcharse.

Al entrar a la cafetería, la joven encontró a Omar tomando un té verde. Le dio un beso en la mejilla y se sentó frente a él.

—Hola, ¿cómo estás? —saludó Omar.

—Bien, Damiano se fue y no regresará hasta el próximo miércoles —confesó con alivio.

—Son excelentes noticias —aceptó Omar —. Ya abrieron tu cuenta y pasé a recoger las tarjetas —le informó mientras las colocaba frente a ella en la mesa.

—¿No fue necesario que firmara nada? —preguntó Cristina, sorprendida.

—Por supuesto que no. Mi padre tiene parte de su fortuna en ese banco, por lo que son capaces de besarle el trasero —dijo con complicidad y soltó una risotada.

—Me lo imagino —declaró Cristina, sonriendo de lado.

Abrió el sobre y sacó dos hojas dobladas cada una con una tarjeta adherida con un pegamento especial. Las despegó y leyó su nombre. Una era verde y la otra plateada, ambas con la imagen de un caballo negro.

—Una es de crédito y la otra de débito. El dinero está en la tarjeta verde. Te envié un correo con los datos para que instales la aplicación móvil y puedas monitorear tus movimientos. La tarjeta de crédito no tiene límite y es aceptada en todo el mundo —explicó Omar y Cristina levantó una ceja, incrédula.

—¿Estás bromeando?

—No, puedes usarlas de inmediato. En cuanto a las joyas...

—Quédate con ellas. Son demasiado valiosas —declaró mortificada.

—Las llevaré a la bóveda del banco y luego decidirás qué hacer con ellas —insistió Omar.

—No las quiero —expuso Cristina, Omar podía conservarlas, el dinero que le había dado ya era demasiado.

—Sería un desaire a mi padre y a sus costumbres. Aunque no sean de mi agrado, no deja de ser una tradición —le hizo ver el joven y Cristina se avergonzó por haber hecho ese comentario a la ligera.

—No quise ser grosera, es solo que me parece demasiado —exclamó Cristina mientras tomaba la mano de Omar, apenada por su falta de respeto.

—Es lo que te corresponde, nada más. Y para mi padre, es una cuestión de honor —le aseguró el joven.

—Gracias —dijo Cristina.

—Aunque no lo creas, eres la que está sacrificando más en esta relación —mencionó Omar entre dientes, consciente de que él no perdería el amor de Morris, mientras que Cristina debía cuidar mucho más su comportamiento.

—Salvar a mi familia es algo que nunca podré pagarte con nada, y por eso siempre tendrás mi lealtad absoluta —dijo convencida.

—¿Has pensado en traer a tu familia a vivir aquí? —preguntó Omar.

—La verdad es que no lo he considerado.

—Creo que sería lo más conveniente. Imagínate cómo afectará a tu hermano ser señalado por las personas que pensaba que eran sus amigos.

Cristina cerró los ojos y se llevó la mano a la frente.

—Mi hermano apenas tiene diecisiete años y prefirió dejar la escuela antes que seguir soportando las burlas de aquellos que él creía lo apoyarían, pero no, al contrario, su grupo de amigos le dieron la espalda—admitió con rabia y frustración.

Era lamentable que aquellos a quienes consideraban amigos les dieran la espalda y los criticaran sin darles una oportunidad de conocer por lo que estaban pasando.

—Aquí podrá tener un nuevo comienzo y muchas más oportunidades. Empezar en un lugar donde nadie te conoce y no te juzgue es una gran bendición —aseguró Omar.

Cristina comprendió que hablaba por experiencia propia.

—Lo entiendo, el problema será convencerlos —aceptó, conocía a su padre y era un hombre muy orgulloso.

—Puedes traerlos para la boda. Tu familia debe asistir, porque mi padre lo exigirá.

—Ese será un buen pretexto —dijo asintiendo con complicidad.

—En dos días estaremos comprometidos, aunque para mi padre prácticamente estaremos casados, y en seis meses que es el tiempo que definió, celebraremos la unión —anunció Omar, a lo que ella asintió.

Según sus leyes el compromiso no solo era verbal, se firmaban documentos vinculantes entre los novios.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo. Hablaremos con mi madre sobre comprar una casa nueva. Vivimos en un departamento cómodo, pero no acorde a lo que necesitaremos.

—¿Tu madre vivirá con nosotros?

—Sí, pero podemos buscar algo más grande…

Cristina sacudió la cabeza con una sonrisa ladeada, porque Omar la estaba mal interpretando, por supuesto que no lo molestaba que su madre viviera con ellos, si no sería un matrimonio real.

—Por supuesto, que no me molesta. No pregunto por eso, es solo curiosidad.

—Si no vive conmigo, tendría que regresar con mi padre.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Nunca. No puedo esperar para conocerla. Debe ser una mujer maravillosa —afirmó con una sonrisa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tiene un hijo con un corazón enorme, y eso solo puede ser obra de una buena mujer.

Cristina tomó la mano de Omar y este le dio un beso en el dorso.

—Serás como la hermana que nunca tuve —afirmó con ternura.

—Me alegra que me consideres así —dijo la morena.

—Piensa en esta unión como algo temporal. Sé que suena horrible, pero cuando mi padre muera, podremos divorciarnos, y cada uno será libre de hacer lo que quiera sin tener que cuidar las apariencias.

Ella asintió. El precio que tendría que pagar sería alto, pero era joven y estaba dispuesta a esperar. Ningún sacrificio sería demasiado si eso significaba mantener a su familia a salvo. Había pasado suficiente tiempo alejada de casa por motivos egoístas, dejando a sus seres queridos en un segundo plano. Era hora de ponerlos en primer lugar.

Omar le advirtió que una vez que firmaran su unión, no podrían salir a la calle solos, ya que, si la noticia salía a la luz, estarían en peligro. Ambos formarían parte de la familia Al Fadid, y su padre tenía enemigos en todas partes. Aunque no lo harían oficial hasta que se llevara a cabo la ceremonia en seis meses, los reporteros estaban siempre al acecho.

Además, le recordó que llevaba mucho dinero en las tarjetas que le había dado, y sería mejor que no viajara en metro. Podía pedir un taxi o le contrataría a un chofer, pero Cristina no quería levantar sospechas.

Cristina mencionó que conocía a alguien a quien podía pedir ayuda, y Omar estuvo de acuerdo, así que llamó a Gregg para que se reuniera con ellos en la cafetería.

Gregg respondió y dijo que estaba bastante cerca, que llegaría en quince minutos. Mientras tanto, pidieron un postre y un par de cafés para seguir charlando.

Quince minutos más tarde, el rubio entró vistiendo un abrigo negro, debajo llevaba un traje gris y una corbata guinda. Tuvo una reunión con su socio en la empresa y decidió que regresaría al trabajo, pero todavía no tenía un cliente de quien hacerse cargo.

—Buenas tardes —saludó y se sentó en la silla vacía más próxima a Cristina.

—Gracias por llegar tan rápido. Permíteme presentarte a mi amigo, Omar —dijo Cristina, mientras el joven estrechaba la mano de Gregg. Este la apretó con fuerza, y Omar respondió con una sonrisa, aunque notó claramente la hostilidad que emanaba de él.

—Sé quién es —murmuró el rubio, demostrando sin disimular que no le agradaba. Seguía desconfiando del joven y sus intenciones.

—Parece que no le caigo bien a tu amigo —comentó Omar con ironía, ya que su expresión lo decía todo.

—Es que trabaja para Damiano, y me imagino que ha hablado mal de ti —admitió Cristina con una mueca.

Gregg frunció el ceño, sin comprender por qué Cristina estaba con ese joven, quien incluso había sido sospechoso de drogarla.

—Soy socio de la empresa de seguridad que resguarda las instalaciones del Grupo Lloyd, no su empleado —aclaró con molestia—. Trabajo para garantizar la seguridad de las personas del corporativo, incluida Cristina.

—Mucho mejor, eso significa que puedo contratar tus servicios —dijo Omar complacido —. Por lo que seré directo: necesito que tus servicios para que cuides de Cristina a partir de ahora —explicó Omar, cruzándose de brazos.

—¿Quieres firmar un contrato con mi agencia? —preguntó Gregg.

—Lo que sea necesario. Pero requiero un automóvil que la lleve y traiga de la universidad, al menos hasta que me aconsejes que auto o camioneta es la más apropiada para adquirirla. El próximo sábado firmaremos un contrato que nos comprometerá a casarnos en un plazo de seis meses, pero la boda se celebrará más adelante —declaró Omar decidido.

—¿Cómo que te casarás con él? —intervino Gregg, consternado, mirando a Cristina, quien unió sus manos sobre la mesa—. ¿No se supone que son am...?

—No te atrevas a completar esa frase —advirtió Omar con un gruñido—. Ese hijo de puta no es más que un maldito abusador...

—No digas eso —murmuró Cristina afligida.

—¿Niegas que te ha estado chantajeando todo este tiempo?

Ella bajó la mirada hacia sus manos y apretó los labios.

—Le permití hacerlo. En parte, también es mi responsabilidad —susurró con un nudo en la garganta.

—¿Entonces me estás diciendo que no te amenazó con arruinar tu carrera y meterte en la cárcel por fraude? —replicó enojado y soltó un bufido—. Mira, no quiero discutir contigo sobre eso, porque me da mucha rabia —declaró abriendo las manos para mostrar su inconformidad.

—¿Te amenazó con meterte en la cárcel? —exclamó Gregg abriendo los ojos sorprendido.

—Ese tipo es un desgraciado, pero en este momento lo único que me importa es saber si la cuidarás —decretó el joven decidido.

Gregg se pasó las manos por el cabello y lanzó una maldición, sabía que algo no estaba bien, pero nunca creyó que Damiano fuera un tipo tan ruin.

—Claro que lo haré —respondió mirando al moreno.

—Muy bien, ella vale demasiado para mí y no quiero que le pase nada. El sábado nos reuniremos en el hotel Mandarín con mi padre.

—¿Y qué pasa con Damiano?

—Él no está, regresa hasta el miércoles —declaró la joven y él sacudió la cabeza.

—Dame tu celular.

—¿Para qué?

—Él sabe todo lo que haces, siempre te rastrea a través del móvil.

—¿Es una broma? —exclamó la joven indignada.

—No, yo instalé la aplicación —dijo y sacó otro móvil de su saco—. Dámelo —insistió.

—¿Qué vas a hacer?

—Desactivar el software y pasarlo a este —explicó señalándolo.

—Se va a dar cuenta de que cambié de móvil.

—Te aseguro que no, dejarás este en su casa y así no sabrá dónde estuviste.

—¿A dónde se fue? —preguntó la joven entre dientes.

—Se marchó a París con Camille Martin —declaró el rubio.

—¿Es la misma mujer de la gala?

—Sí, su padre dará una fiesta y como es un inversor muy importante...

No terminó de explicarle porque Cristina lo interrumpió: —Ha estado con ella, ¿verdad?

Gregg no contestó, pero asintió.

—No debes tener ningún remordimiento con ese cabrón, ya te lo dije —señaló Omar entre dientes.

—¿Cómo es que te vas a casar con ella sabiendo que está enamorada de otro?

—Necesito que mantengas total discreción con lo que te voy a decir —le pidió la joven mirando alrededor y bajando la voz.

—Por supuesto, tengo ética en mi trabajo —expuso Gregg.

—Nuestro matrimonio es un acuerdo que nos beneficiará a ambos. Mi padre me exigió casarme para entregarme mi herencia y Cristina me está ayudando. Además, debes saber que tengo pareja —confesó Omar mirando fijo al rubio.

—¿Por qué no te casas con ella? Si ya tienes una relación...

—Porque se llama Murray y es maestro de historia. Si mi padre se entera, no solo me desheredaría, sino que me repudiaría.

—Entiendo el problema —musitó Gregg, frunciendo el ceño—. ¿Necesitarás también un chofer?

—Sería muy conveniente —admitió Omar.

—Cuenta con ello —declaró, sacó una tarjeta de presentación y se la entregó al joven—. Envíame tu dirección y tendrás un par de escoltas.

Omar levantó la mano y Gregg la estrechó sin intentar quebrarle los dedos.

—Gracias. Me marcho, porque mi madre me espera —anunció y se levantó.

—¿Quieres que me ponga algo formal para comer con tu madre? —preguntó, vistiendo unos pantalones y un suéter bastante sencillos y desgastados.

—No es necesario, no tienes que aparentar nada con mi madre. Te adorará tal como eres. ¿Vas a clases?

—Prefiero no hacerlo, después de todo, es viernes —admitió con una mueca.

—No le gustará nada a Donato. Ese hombre está al pendiente de todo lo que haces.

—La verdad, no me importa —declaró encogiéndose de hombros.

La relación con Donato estaba destrozada y no se preocuparía por algo que no podía cambiar. Omar sonrió de lado por la respuesta de su amiga. Le dio un beso en la mejilla y salió de la cafetería.

Gregg la miró fijo y se cruzó de brazos.

—¿Crees que soy una mujer interesada que embaucó a otro pobre incauto con mis artimañas de femme fatale? —exclamó con ironía y dio un sorbo a su café.

—Nunca creí una palabra de Damiano. Lo que no entiendo es por qué no pediste ayuda.

—Por miedo, cobardía y necesidad. Además, me tiene en sus manos. Me dijo que la única forma de dejarlo era devolviéndole el dinero que pagó a la Commonwealth y que me dio para ayudar a mi familia. Y aunque te parezca estúpido, me enamoré de él —admitió, viendo la taza de café sin poder mirarlo a los ojos—. Pero de repente cambió y me acusó de ser una puta porque su hermano me ayudó. En ese momento todo se descontroló y se convirtió en un tirano resentido. Ingenua, creí que si le demostraba que estaba equivocado, me miraría de nuevo como al principio.

—No soy nadie para juzgarte. Todos hemos tomado malas decisiones, especialmente cuando estamos enamorados.

—Gracias por no tratarme como una cualquiera cuando me conociste, a pesar de lo que te dijo Damiano.

El hombre sacudió la cabeza con una expresión indescifrable.

—¿Te casas con ese chico solo por el dinero?

—En parte sí, lo hago porque tengo un problema demasiado grande y que está por encima de mis posibilidades. No solo es para librarme de Damiano, mi padre está metido en un lio legal muy grave, pero también para ayudar a Omar y a su madre. Si no me caso con él, su padre lo obligará a casarse con una mujer de su país y tendría que regresar.

—¿No puede negarse? ¿O es por la herencia que no recibirá?

—No es por el dinero. Su padre lo amenazó con hacer valer sus derechos sobre su madre. Si se niega, la obligará a volver a Arabia y parece que ha sufrido maltratos durante años.

—Vaya desgraciado —masculló indignado.

—Así que, como ves, todos saldremos ganando de una forma o de otra. ¿Me podrías hacer el favor de llevarme a un lugar para comprar un poco de ropa? —dijo mirándose su atuendo y el hombre asintió.

—Por supuesto.

Salieron del lugar y Gregg le abrió la puerta de su BMW, que estaba estacionada en la acera.

La llevó a una tienda cercana, donde compró un abrigo nuevo, un suéter, unos pantalones gruesos tipo leggings y una bufanda con guantes a juego. Además, reemplazó lo que Damiano le había dañado días antes.

Se encerró en su habitación y llamó a su madre. Su hermano había regresado a la casa en la que estaban sobreviviendo. Ingresó al portal de la compañía de telefonía móvil y pagó la factura de su madre, subió su plan y ahora contaba con internet ilimitado.

Mireya abrió la videollamada y Cristina miró a su hermano a su lado. Al ver a Raúl, se le llenaron los ojos de lágrimas. Parecía tan diferente al chico alegre con el que habló apenas unos meses atrás.

—Tengo una noticia que darles —anunció con una sonrisa conteniendo su tristeza.

—Me asustas, hija.

—No es nada malo, madre, te lo prometo, al contrario. Hola, hermanito, ¿cómo estás? —dijo mirándolo.

—Cansado, pero mejor de lo que imaginarías —aceptó apenado.

—Siempre fuiste un niño muy fuerte y maduro —agregó Cristina orgullosa de su hermano menor, que ante la adversidad respondió ayudando a sus padres.

—No creas. Este problema me sirvió para darme cuenta de muchas cosas que no valoraba —mencionó. El golpe que se llevó lo hizo madurar y darse cuenta de que la vida no era tan fácil como creía.

—Todo se arreglará, se los prometo —anunció la joven con los ojos llorosos.

—¿Qué harás desde allá? ¿Vas a regresar? —indagó su madre.

—Sí, en unas semanas.

—Pero hija, no puedes volver. ¿Qué pasa con la escuela? —preguntó Mireya con preocupación.

—No voy a abandonar la universidad, seguiré estudiando. Solo pospondré mis estudios unos meses, porque voy a casarme.

—¿Con quién te vas a casar? —preguntó su hermano frunciendo el ceño.

—Nos conocimos en clases y de repente surgió —mintió.

—¿Por qué tienes que casarte tan pronto? Pueden esperar a que termines el posgrado te falta muy poco —dijo su madre.

—Por su padre, le dio un ultimátum y debe casarse, o deberá regresar a su país.

—¿De dónde es? —replicó Raúl con suspicacia.

—Nació en Arabia Saudita, pero su madre es inglesa.

—No cometas ese error, esos hombres son malos —dijo su hermano con preocupación.

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

—Omar es diferente. Cuando lo conozcas, te darás cuenta de que es un hombre maravilloso. Le conté nuestros problemas y se preocupó muchísimo.

—¿Así que el tipo está forrado?

—Se podría decir que sí —admitió ella.

—Hija, prométeme que no te casas solo por ayudarnos.

—No lo hago por eso, madre —mintió descaradamente viéndola a los ojos, pero era verdad, solo era una de las razones por las que se casaba.

Mireya se pasó las manos por la frente angustiada.

—No quiero abusar de un joven que ni siquiera nos conoce. No somos su responsabilidad...

—El dinero que voy a usar es mío.

—¿Cómo que tuyo? —preguntó su hermano.

—En su país, se acostumbra que la novia o los padres de esta, reciban una dote.

—¿No es al revés?

—En Medio Oriente no. Así que, según sus reglas, ese dinero me corresponde.

—Vaya, no sé qué decir —dijo su madre conmocionada.

—No digas nada. No quiero oír quejas —le advirtió a su madre—. ¿Cómo está papá?

—Dormido. Todavía tiene mucho dolor y casi siempre está medicado.

—No pueden seguir en ese lugar. Sé que nuestro tío les ofreció esa casa con la mejor intención, pero son solo dos cuartos. ¿Cómo te las arreglas para atender a papá? Estás sola, sin ayuda.

—Oye, yo estoy trabajando, pero cuando regreso ayudo en lo que puedo —se quejó Raúl.

—No te estoy juzgando. Has hecho demasiado, pero eso se acabó. Tienes que regresar a la escuela...

Su hermano se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—Nunca volveré a ese lugar.

—¿Por qué dices eso?

—Mis amigos me dieron la espalda cuando salió la noticia del fraude. Me dijeron que no querían al hijo de un ladrón cerca. Nadie me creyó cuando les dije que engañaron a nuestro padre. Trabajar con mi tío fue un alivio. Entre los albañiles de la obra, nunca nadie me ha ofendido —admitió con tristeza.

—¿Qué pasa con papá y su recuperación?

—No ha recibido terapia porque no tenemos cómo llevarlo o cómo pagarla. Además, me gustaría que lo vea otro médico porque siento que algo quedó mal con su rodilla. No la puede doblar.

—Debes llevarlo de vuelta al hospital para que revisen si algo salió mal.

—No hemos terminado de pagar —aceptó su madre con vergüenza.

—Yo lo haré. Mañana irán por mi padre en una ambulancia. Hagan sus maletas porque se mudarán a un hotel cercano —espetó determinada.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Raúl, te enviaré las reservas por correo —dijo decidida, y su madre comenzó a llorar.

—Mañana tengo que ir al trabajo —replicó su hermano.

—No irás. Llama y da las gracias, debes ayudar a mamá —demandó sin titubear, era lo mejor para todos que su hermano dejara ese trabajo.

—Y mientras tanto, ¿qué haré? No puedo estar sin hacer nada.

—En eso tienes razón. Quiero que tomes un curso intensivo de inglés para que puedas hacer el TOEFL.

—Ese examen es muy difícil.

—No es tan complicado, yo lo pasé, así que tú puedes hacerlo. Si necesitas ayuda, consigue un curso en línea, como quieras. Ese será tu trabajo a tiempo completo.

—No tengo computadora, nos embargaron todo —se quejó su hermano con una mueca.

—Tendrán dinero para comprar lo que necesiten, así que deja de poner pretextos —le advirtió entrecerrando los ojos.

—¿Por qué necesito hacerlo?

—Lo mejor será que vengan conmigo a Londres, en cuanto nuestro padre pueda viajar.

—¿Estás segura? ¿Qué dirá tu esposo? —expuso su madre.

—No te preocupes, él me lo sugirió. Para mayor rapidez, te voy a transferir dinero usando PayPal. Raúl, configura la cuenta bancaria de mi madre y envíame el correo electrónico para poder hacerlo. También te enviaré una foto de mi tarjeta de crédito y mi identificación, para que la entregues en el hospital —le explicó.

—Lo haré de inmediato —dijo con un saludo militar, porque Cristina estaba en modo mandona y la joven torció los ojos.

—Se los digo en serio, no se preocupen por el dinero. Madre, lo que se necesite pueden pagarlo y por favor, exige la mejor atención para mi padre, debe recuperarse —exclamó con un nudo en la garganta.

—Gracias, mi niña.

—Saldremos adelante de esto —dijo convencida, tenía fe de que todo se arreglaría.

Se despidió de su familia, colgó la llamada y sacó su portátil. Tenía mucho trabajo por hacer. Lo primero era enviar un correo al hospital para solicitar la cuenta pendiente y luego pedir el servicio de traslado.

Después, registraría la aplicación bancaria para realizar las transferencias de dinero. Lo bueno era que en Londres apenas era por la tarde, así que tenía tiempo.

# Capítulo 39



# Conociendo a la suegra

Como estaba cerca de la universidad, llamó a su amiga Fernanda para saber si estaba en su dormitorio, y cuando le dijo que sí, corrió a su departamento. La rubia le abrió la puerta con una enorme sonrisa. No la había visto porque estuvo fuera en un viaje relámpago a España, donde su abuela estuvo al borde de la muerte.

—Nena, un gusto verte, pasa —anunció y le dio dos besos en las mejillas.

—Gracias —contestó Cristina e ingresó al lugar que fue su hogar por más de un año, ahora había un desastre por todas partes. —Vaya, pero ¿qué fue lo que pasó aquí?

—Que no contentos con enviarme a la entrenadora de canguros esa, me mandaron a dos tías francesas, con decirte que son peores que la otra. Así que me cansé de recogerles su mierda, por eso que se jodan. Compré mi propia nevera y ahora tengo todo en mi habitación, porque aparte de guarras, gorronas.

—Lo siento mucho.

—Ya puse una queja a la administración y estoy acumulando evidencias para que las echen, para que puedas volver —le dijo con esperanza.

—¿Puedo entrar a tu cuarto para cambiarme? Tengo una comida.

No quiso hacerlo en la casa, para que las personas del servicio no se dieran cuenta.

—Pero claro, pasa —dijo. Caminó para abrir su puerta que tenía llave y Cristina arqueó una ceja.

Abrió la mochila y sacó la ropa doblada con cuidado para que no se arrugara. Entró al baño y se cambió con rapidez. Dobló la ropa que se quitó para guardarla en el lugar de la nueva.

—¿Te gusta? —le preguntó a su amiga cuando salió del baño.

—Qué va, me encanta, te ves chulísima. Pero dime, ¿con quién te vas a ver que tienes que verte tan linda?

Los pantalones de lana rectos color carbón y jersey de cuello V cruzada le estilizaban la figura.

—Voy a conocer a mi suegra —declaró y se sentó en la cama para sacar el maquillaje.

—¿Qué has dicho?

—Me voy a casar mañana, bueno, firmaré un contrato que me compromete a casarme en seis meses —le explicó y se encogió de hombros.

—Pero ¿qué demonios ha pasado con tu jefe? ¿No te lo estabas tirando?

—Pues por eso me caso. Es la única forma que tengo de librarme de él.

—Pensé que intentarías conquistarlo, que estabas enamorada de él.

—Él me considera una zorra que pertenece al cuarto de servicio, que solo sirve para quitarle las ganas y humillarme cuando le venga en gana. No pienso seguir soportándolo. Además, en casa pasaron cosas horribles. Estafaron a mi papá y dejaron a mi familia en la calle, pero literalmente en la calle, amiga.

—¡Madre mía, no puedo creerlo! —exclamó escandalizada.

—Yo tampoco podía, pero tuve que asimilarlo. Mi papá tiene que pagar una fuerte suma de dinero que ni siquiera se robó, o lo meterán a la cárcel y sigue sin recuperarse de sus lesiones —le explicó angustiada.

—¿Acaso le pediste dinero a ese desgraciado? —preguntó Fernanda.

—No, ni siquiera fue eso. Damiano se enteró de que fui a la Commonwealth para que me liberaran de la deuda que tenía con ellos, porque mi intención es regresar a casa.

—¿Vas a dejarlo todo tirado?

—No me importa, no puedo dejar a mi madre sola —dijo decidida, soltando el aire y encogiéndose de hombros—. Bueno, el caso es que me reclamó y me recordó que nuestro trato no había terminado. Le expliqué el problema que tiene mi familia y me acusó de querer sacarle más dinero. Me insultó, me llamó zorra y dijo que mi ambición no tenía límites. Sacó mi ropa de su habitación y me dejó claro que solo me llamaría para acostarse conmigo y luego regresaría al lugar del que nunca debí salir —confesó con un nudo en la garganta.

—¡La madre que lo parió! Pero entonces, ¿con quién diablos te vas a casar que debes firmar un contrato? Eso es una locura —exclamó escandalizada.

—Con un árabe.

—¿Estás fuera de tus cabales?

—Te aseguro que no. Omar es mi compañero de clases y su padre le exige casarse, pero él no quiere volver a su país, así que, si se casa conmigo, no tendrá que hacerlo, ya que no soy musulmana.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Esos tipos son unos desgraciados.

—Él no es así, por eso no quiere volver. Su madre es inglesa. Además, el matrimonio resolverá mis problemas económicos y podré librarme de Damiano. No tengo alternativa —aceptó y empezó a llorar.

Fernanda se acercó y la abrazó para consolarla.

—No es justo todo lo que te ha pasado, pero eres una mujer fuerte y saldrás adelante.

—Eso espero.

—Así que conocerás a tu suegra.

—Sí, por eso estoy un poco nerviosa.

—No lo conozco y no sé si es guapo o un adefesio, pero eso de tener intimidad con un

hombre al que no amas o te sientes atraída... —expuso Fernanda con una mueca de repulsión.

—La verdad es que es muy guapo, tiene unos ojos negros muy lindos, es moreno claro con una barba de candado. En cuanto a la intimidad, no habrá —aseguró Cristina sacudiendo la cabeza.

—Eso es lo que dicen todos —dijo Fernanda cruzando los brazos.

—Omar es un hombre de palabra y confió en él —le aseguró mordiéndose la lengua, porque no le correspondía divulgar un secreto tan importante. En la cultura del joven era algo de vida o muerte.

—¿Entonces no será una matrimonio en realidad?

—No, pero es una exigencia de su padre y la única forma de recibir lo que le corresponde.

—Vaya, parece que te pasan las cosas más descabelladas.

—Te juro que es como si alguien me hubiera lanzado una maldición.



Llegaron al restaurante Laghi's, que estaba a quince minutos. Cristina aflojó un poco la bufanda y Gregg le abrió la puerta, a lo que ella le agradeció. Con el maquillaje y el peinado, lucía como una persona diferente. Gregg no había considerado que fuera tan bella como para tener a Damiano tan obsesionado, pero ahora se daba cuenta de que estaba equivocado.

—No sé cuánto tiempo estaré dentro —mencionó Cristina, a lo que Gregg sacudió la cabeza.

—Me sentaré en una mesa apartada.

Una atmósfera rústica los recibió: el suelo era de madera envejecida, las sillas de hierro forjado y las mesas de madera clara. El lugar no solo era un restaurante, sino también una tienda Deli con una amplia cava. Pero lo mejor fue el aroma que impregnaba el lugar, olía delicioso, tanto que recordó que no había comido desde el día anterior.

Omar estaba sentado en una mesa en una esquina, acompañado por una mujer rubia de ojos verdes, de rostro redondo y un poco rellena, se notaba que era mayor de cincuenta años.

—Gracias, perdón por llegar un poco tarde —se disculpó Cristina al acercarse.

El joven se levantó y besó su mejilla. Luego, Cristina se acercó a la señora, le dio un beso y un ligero abrazo. La madre de Omar abrió la boca un poco, impactada, y la morena se dio cuenta de su expresión de desconcierto. Miró a Omar y a su madre, moviendo la cabeza entre los dos. Su estómago se hundió y se dio percató del error que había cometido.

—Perdón, lamento mucho esto —murmuró, llevándose las manos a la boca y sintiéndose apenada.

La mujer sonrió de oreja a oreja y la tomó de los hombros para tranquilizarla.

—Tranquila, cariño. Me sorprendiste, eso es todo. Soy Claire Evans, me alegra conocerte —exclamó y le dio un abrazo al que Cristina respondió.

—Igualmente, señora. Soy Cristina Navarro. Siempre olvido que no debo hacer eso —admitió avergonzada.

La mujer tomó su mano y la instó a que se sentara a su lado.

—Así que eres de México, ¿verdad?

—Sí —respondió.

—Es que aquí la gente es un poco reservada, no te avergüences de ser espontánea. Mi hijo me dijo que eras bonita, pero no te hizo justicia y tienes un cabello increíble —la halagó con una sonrisa.

—Gracias —balbuceó Cristina, tocándose el cabello que su amiga había peinado con maestría.

El camarero se acercó y Cristina pidió una copa de vino tinto, pero se dio cuenta de que tal vez no era apropiado.

—¿Puedo tomar vino? —preguntó dudosa.

—Por supuesto, yo también quiero una copa. Sigo siendo católica, mi madre era irlandesa —aclaró la mujer con una sonrisa ladeada.

—Y yo llevo muchos años fuera de Riyadh, y soy la oveja negra de la familia —admitió guiñándole un ojo.

Omar decidió pedir una botella y ordenaron la comida: una pizza de rúcula y tomates deshidratados, una ensalada verde con prosciutto, una pasta cremosa con setas, una lasaña y unos calamares fritos como entrada.

El joven se levantó y se dirigió al baño, dejándolas solas.

—Te agradezco lo que estás haciendo por nosotros —mencionó la mujer.

Cuando Omar le dijo que se casaría con una chica que conoció en la universidad, lloró de alegría, por fin se libraría de ese hombre que le amargó la existencia, por tanto tiempo, aunque de lo único que no se arrepentía era de tener a su hijo que amaba con devoción.

Cristina sacudió la cabeza y le tomó una mano como gesto de apoyo.

—Créeme que es una ayuda mutua.

—¿Cómo está tu padre? Mi hijo me contó de los problemas de tu familia.

—Tuvieron que operarlo de nuevo y está en el hospital, pero salió bien, ahora debe recuperarse.

—Me alegra que puedas ayudarlos. ¿Piensas traerlos para la boda?

—Eso espero, el padre de Omar le pidió conocer a mi familia.

—Ayer me habló mi abogado, por fin después de diez años de insistir, el padre de Omar me concedió el divorcio y todo gracias a ti —confesó y tomó una servilleta para secarse una lágrima.

—Es una noticia maravillosa. Me da mucho gusto.

—Yo estoy feliz. Como puedes ver, tengo problemas de peso —admitió con una mueca y la joven sacudió la cabeza, pero la mujer asintió—, después de que mi hijo nació me dediqué a cuidarlo en cuerpo y alma, pero cuando tenía cinco años, entré en una depresión muy fuerte con desórdenes de anorexia. Las esposas de Samir me criticaban por todo y decían que era demasiado obesa. Me afectó hasta el punto de que dejaba de comer por días, necesité mucha terapia para decidir que dejaría de importarme lo que pensaran de mí. Ahora disfruto comer lo que me gusta, pero cuidando mi salud.

—No quiero sonar prejuiciosa, pero si esas mujeres siempre están cubiertas de pies a cabeza cómo pueden criticar a otra mujer.

—Se que parece ilógico para nosotras, pero eran bastante crueles.

—¿Cómo hizo para criar a su hijo fuera de la religión? —preguntó la joven interesada.

—No fue tan difícil, porque siempre estábamos solos, así que desde muy pequeño le enseñé a rezar todas las noches y le hablé de Dios, de nuestro Dios. Mi hijo siempre fue muy inteligente y comprendió todo a muy temprana edad —dijo con orgullo.

El joven volvió y se sentó a la mesa con una amplia sonrisa.

—Quiero entregarte este anillo —expuso, metiendo la mano en su saco y extrayendo una cajita que contenía el anillo de compromiso. Era un diamante cuadrado con pequeños diamantes alrededor, montado en un aro de platino.

—Es hermoso —exclamó Cristina al verlo.

—Mi madre me dijo que debía comprarte uno y me pareció apropiado —aceptó, le tomó la mano y se lo colocó —. Ahora sí estamos comprometidos —mencionó y le guiñó un ojo.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—La boda puede ser en un salón privado de un hotel, todo para que Samir quede satisfecho —sugirió la madre de Omar.

Claire le hizo preguntas sobre dónde querían vivir y su hijo le comentó que empezarían a buscar una casa.

—Por cierto, tengo una noticia que darte —dijo, mirándolo a los ojos.

—¿Qué noticia, madre?

—Tu padre me concedió el divorcio —admitió llena de felicidad, por fin se libraba del yugo de su terrible esposo.

Omar sonrió feliz y se levantó para abrazarla. Cristina se conmovió, esa mujer había sufrido por años y era tiempo que dejara eso atrás.

—No puedo creerlo, ¿cuándo te lo dijo?

—Mi abogado me informó. Aunque dejó claro que me excluirá de su testamento —dijo, rodando los ojos—. No es que me importe.

—Madre, siempre estaré aquí para ti, y vivirás con nosotros.

—Gracias, hijo, pero no es necesario —mencionó con complicidad.

—¿Cómo que no es necesario?

—Phil me propuso matrimonio —confesó con una risita nerviosa sonrojándose.

—¿Nuestro abogado? —exclamó sorprendido.

—No eres el único que tenía secretos —le guiñó un ojo.

Phil Byrne, el abogado de Claire, era un hombre un par de años mayor que ella. Habían estado juntos como pareja durante al menos seis meses, aunque él había estado a su lado durante años, primero como abogado y luego como amigo. Siempre estuvo enamorado de ella. Como sabía quién era su esposo, lo tomó con calma, pero ahora ya no había nada que impidiera que estuvieran juntos.

—Vaya, y yo que pensaba que era un abogado muy dedicado, siempre ha estado al pendiente de nosotros —destacó con sorna.

—Y lo ha sido, pero ahora podremos estar juntos sin ocultarnos. Solo tendremos que esperar seis meses más. Así que cuenta conmigo para escoger el que será tu hogar, pero no te preocupes, no tendrás una suegra entrometida.

—Gracias, y nunca pensé que sería entrometida.

—Hablas demasiado pronto —dijo Omar, tomando un trozo de pizza.

—Omar, no le digas eso —le reprendió Cristina, inclinando la cabeza, y su suegra soltó una risotada.

—Déjalo, me extrañará —exclamó, entrecerrando los ojos y mostrando una amplia sonrisa.

El resto de la comida fue muy amena. Omar y su madre tenían una maravillosa relación.

# Capítulo 40



# El contrato

En un salón privado del hotel Mandarín Oriental, donde su padre seguía hospedado, todo estaba listo para la firma del contrato. Samir estaba complacido porque su hijo había cumplido sus deseos más rápido de lo esperado, lo cual facilitaría la sesión de bienes y su posición dentro de la empresa. Su hermano Halil reprochaba a su padre la vida licenciosa de su hijo menor, argumentando que no estaba comprometido ni con la familia ni con la empresa, y trataba de apartarlo a toda costa. Con el requisito del matrimonio cumplido, tendrían un problema menos.

Los futuros esposos llegaron en autos separados, siguiendo la tradición. La empresa de Gregg asignó una escolta y un chofer a Omar, junto con un vehículo, mientras Gregg se encargaba en persona de Cristina.

La joven se vistió y se maquilló en una habitación del hotel, como la primera vez. Optó por un vestido blanco hasta el tobillo, de manga larga y cuello en V, con una ligera abertura en un costado de la pierna. Complementó su atuendo con unos aretes de diamantes en forma de gota que Omar le regaló para ese día.

Cristina le pidió a Gregg que la acompañara, ya que no había ningún hombre de su familia presente. El rubio aceptó, entendiendo que no era un paso fácil para la joven. Aunque no estuviera de acuerdo, respetaba los motivos que la habían llevado a hacerlo. Vestía un traje negro con una camisa y corbata formales para la ocasión.

Al entrar, Omar ya la estaba esperando, luciendo el tradicional thawb blanco. Había cuatro personas presentes: el novio, el padre del novio, un testigo y el abogado frente al cual firmarían el contrato.

El novio animó a Cristina a acercarse, y en ese momento el padre indicó al abogado que comenzara a leer el contrato. Después de la lectura, ambos firmaron.

Omar no podía tocar a la novia, y aunque su padre sabía que no sería una boda tradicional, no debía mostrar ningún gesto de cariño. La única excepción fue una fotografía que se tomaron con su padre en medio de los dos.

—Felicidades, espero que tus padres asistan a la boda —dijo el padre y abrazó a su hijo, mientras hacía una ligera inclinación de cabeza hacia su nuera.

—Estarán aquí, padre —aseguró Omar, y el hombre sonrió complacido.

Cristina no dijo nada. Omar le había aconsejado que hablara lo menos posible con su padre, así que siguió sus recomendaciones.

Gregg abrió la puerta y los jóvenes abandonaron la suite. En el corredor del hotel, un hombre salió de un pasillo y el guardaespaldas se abalanzó sobre él.

Omar colocó a Cristina detrás de su espalda y ella se asustó.

—¡Déjame, idiota! —gritó, y Gregg se dio cuenta de que solo tenía un teléfono móvil en la mano. Abrió los ojos al darse cuenta de su error y lo soltó. Había pensado que el hombre

llevaba un arma.

—¿Qué es lo qué pasa? — preguntó Omar antes de comprender que la persona que tenían frente a ellos les había tomado una fotografía.

—Todos saben quién es tu padre. Se corrió el rumor de que uno de sus hijos se casará, pero nadie sabía quién era.

—Bórrala —ordenó Omar.

—No puedes obligarme —respondió el hombre indignado y guardó el móvil en su abrigo.

—Vámonos —exclamó Gregg, quien dejó en paz al tipo.

Omar tomó la mano de Cristina y caminaron apresurados, para dejar el lugar.

Salieron a la calle y subieron al auto de Omar. John era el chofer y Gregg los siguió. El reloj empezó a correr y solo era cuestión de tiempo para que Damiano se enterara.



Damiano llegó a la casa del padre de Camille en la noche de sábado. El señor Martin iba a celebrar una cena a la que asistirían varios amigos, así como el CEO del grupo bancario Lloyds y su esposa. Era más una cena de negocios que de placer.

Fue recibido en la puerta y conducido al salón donde se encontraban Camille y su padre.

—Buenas noches —saludó Damiano desde el umbral, y la joven se acercó para darle un beso en los labios.

—Te estaba esperando —susurró sugerente la pelirroja con una sonrisa. La joven ya había construido toda una historia de amor con Damiano entre sus amistades, pero él no lo sabía.

—Buenas noches —contestó el señor Martin y se acercó para estrecharle la mano al hombre que le gustaba para su hija—. ¿Quieres una copa? —le ofreció.

—Gracias, te lo agradezco.

Damiano se sentó en el sofá y la joven se acomodó a su lado. El señor Martin observaba a su hija con entusiasmo, deseando que por fin sentara cabeza. Aunque el hecho de que el joven inglés tuviera una hija no era un obstáculo, sino más bien una ventaja, ya que la niña heredaría una fortuna cuando muriera su abuelo materno, que era muy rico.

Apenas Damiano dio un sorbo, el señor Morgan, y su esposa llegaron. Ambos lucían sonrisas de oreja a oreja, una pareja sólida a pesar de llevar más de treinta años casados.

—No hace falta beber whisky, traje una botella del mejor champán —dijo el hombre mayor, mirando a Damiano y levantando la botella hacia uno de los empleados del servicio para que la tomara.

—¿A qué se debe tanta emoción? —preguntó Damiano.

—Ayer tuve una reunión con Samir Al Fadid y cerramos un magnífico trato de varios millones.

Damiano apretó los labios, pensando en Cristina, y sacó su teléfono móvil para revisar dónde se encontraba la chica. La aplicación de localización indicaba que estaba en un punto muerto dentro de su casa, lo cual le hizo fruncir el ceño.

—Felicidades, ese hombre parece una fuente inagotable de dinero —mencionó el francés con arrogancia.

—Mientras siga explotando el petróleo de sus tierras, así seguirá siendo. Para nosotros es un negocio extraordinario, pero debemos mantener contento a su hijo, quien estará a cargo de las importaciones en Europa.

Damiano inclinó la cabeza, interesado.

—¿Su hijo Halil se mudará a Londres? —preguntó con suspicacia.

—No, el que tomará las riendas será su hijo menor, Omar.

—Pensé que estaba fuera de los negocios familiares —farfulló Damiano, y el sonido del corcho hizo que Camille soltara una risita de sorpresa.

—Pues acaba de entrar, ya que su padre transfirió varios cientos de millones a sus cuentas personales y le entregó el control de sus negocios en Europa.

Damiano se cruzó de brazos, mostrando su fastidio.

—¿Y qué hizo para merecer esa fortuna? —replicó molesto.

—Se comento que había sentado cabeza y que se ha casado —anunció el anciano encogiéndose de hombros.

—¿Estás seguro? —exclamó con sorpresa.

—Sí, de hecho, también se abrió una cuenta bancaria a nombre de la joven que será su esposa. Ya conoces sus costumbres —dijo con desdén.

—Entonces, su padre le buscó una novia en Medio Oriente —musitó Damiano, mientras daba un trago a su copa intentando sonar sereno.

—En realidad, no fue necesario. La mujer con la que se casó no es árabe —admitió el anciano con una mueca.

—¿Cómo se llama? —preguntó Damiano con insistencia.

—No lo recuerdo, pero tiene un apellido español —dijo entrecerrando los ojos mientras se frotaba la mandíbula pensativamente.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. A esa mujer le dieron más de veintiséis millones de libras, y depositaron en nuestra bóveda un maletín lleno de joyas muy valiosas.

Camille hizo un gesto de disgusto, torciendo los ojos y elevando una ceja con desdén.

—Ni por todo el oro del mundo vendería mi libertad. Debe ser una muerta de hambre o una cazafortunas para aceptar algo así —clamó la joven, mientras sorbía un trago de champán.

—Querida, vivimos en una cultura muy diferente a la de esas personas, son unos bárbaros, por mucho dinero que tengan. Los aceptamos solo por conveniencia, pero nunca serán parte de nuestra sociedad —decretó la esposa del CEO.

Damiano se levantó y se excusó, diciendo que iría al servicio. Salió del lugar y se adentró en uno de los baños. Abrió su móvil y envió un mensaje al encargado de cuentas del Grupo Lloyds, preguntando por la cuenta de la esposa de Omar Al Fadid.

Dejó el móvil a un lado del lavabo y se miró en el espejo. Debía de ser algún maldito error.

—¡Maldita sea! —bramó y apretó sus manos en puños.

El sonido de un mensaje lo sacó de la nube de ira en la que se encontraba. Al leerlo, sintió un golpe en el estómago. La esposa era Cristina.

Marcó el número de la joven, pero ella no respondió. Eran las seis de la tarde y debería estar en casa, además de ser sábado y no tenía clases. Llamó a su casa y Marianne contestó.

—Buenas tardes, residencia de la familia...

—¡Quiero hablar con Cristina! —bramó, interrumpiéndola.

—No se encuentra, señor. Salió temprano.

—¿Cómo que no está? ¿A dónde fue?

—No le pregunté, señor...

Damiano cortó la llamada y abrió otra vez la aplicación. El punto de ubicación mostraba que seguía en la casa. Gritó de furia y se dio cuenta de que lo había estado engañando, pero eso no quedaría así. Regresó al salón, donde lo miraron con extrañeza, ya que lucía muy perturbado.

—Necesito retirarme. Ha surgido un imprevisto en casa —alegó, llevando las manos a la frente, demasiado afectado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Camille, con intenciones de obtener más explicaciones.

—Es algo importante —mencionó, sin intención de dar más detalles.

—Puedo acompañarte... —sugirió la joven, pero Damiano negó con la cabeza.

—No te preocupes. —La detuvo levantando una mano —. Buenas noches —anunció, se dio la vuelta y salió apresurado del lugar, dirigiéndose al hangar donde se encontraba su avión.

Cristina regresó a la mansión, que estaba casi vacía. Mariela no estaba en casa porque Damiano la envió con su abuela, y la joven sufría por la pequeña, pero no podía hacer nada al respecto. No verla le dolía en el alma, ya que su padre le había ordenado que se mantuviera alejada. Apenas eran las ocho de la noche, pero necesitaba dormir.

Después de una llamada con su madre, quien le informó que su padre entraría de nuevo al quirófano para arreglar un problema en su cadera, Cristina rezó para que todo saliera bien esta vez. Su madre y su hermano ya estaban acomodados en el hotel, lo cual la tranquilizaba. Además, les envió una suma considerable de dinero para que pudieran pagar sus cuentas pendientes.

Agotada por el estresante día, se tomó una ducha y secó su cabello. Preparó un té de manzanilla y regresó a su habitación. Terminó las tareas pendientes y luego se quedó dormida. Estaba cansada y le dolía la cabeza. Ya no podía seguir en ese lugar. En cuanto Damiano regresara, arreglaría lo del dinero que le había dado y se marcharía a un hotel por unos días, mientras preparaba su salida de la universidad y su viaje a México. Era necesario contratar a un abogado para que su padre se librara de la cárcel, y ella estaba dispuesta a pagar lo que fuera necesario.

Un mensaje la despertó. Era su hermano avisándole que su padre ya estaba en la habitación y que tendría su recuperación en el hospital. Era lo mejor para su madre y también para él, ya que era demasiado complicado moverse en su condición. Por lo menos, estaría inmovilizado durante dos meses, pero ahora recibiría la atención adecuada. Dejó el móvil sobre el buró y cerró los ojos de nuevo.

Varias horas después, cuando dormía profundamente, el ruido de la puerta al estrellarse contra la pared la despertó asustándola y abrió los ojos perturbada. En el umbral estaba el hombre de sus sueños y de sus pesadillas. Se sentó agitada por la irrupción del que se suponía que no regresaría hasta el miércoles. ¿Qué diablos hacía allí de la madrugada?

—¿Qué pasa? —preguntó, frotándose los ojos.

Damiano vestía un traje y llevaba un abrigo largo.

—¿Dónde estuviste todo el día? —le cuestionó enojado de manera visible.

—Fui a la biblioteca —mintió con descaro y bajó la mirada.

Nerviosa, se levantó de la cama. Necesitaba salir de esa habitación tan pequeña para los dos.

—¿Así que fuiste a la biblioteca? —replicó sonriendo con malicia, enarcando una ceja.

—Sí —masculló y caminó para salir, pero él la agarró del cuello y la empujó contra la pared.

—Yo te voy a decir dónde estabas —le gritó al oído, y ella se encogió asustada por la ira en su voz—. ¡Maldita puta! Te diste cuenta de que ya no podías sacarme más dinero y buscaste a otro idiota, ¿verdad?

Cristina cerró los ojos consternada. Era evidente que estaba enterado de su matrimonio.

Llena de rabia, se zafó de su agarre y le dio una bofetada con todas sus fuerzas que le volteó la cabeza.

—Nunca más vuelvas a llamarme puta, ¡maldito bastardo! —clamó señalándolo con el dedo índice, con la cabeza levantada.

—¿Ahora sí te sientes muy valiente?

—Voy a pagarte el dinero que me diste y nunca más volverás a humillarme. ¡Estoy harta! —le advirtió.

El hombre abrió los ojos llenos de furia y desesperación.

—¿Sabe tu flamante esposo que eres una zorra a la que me he cogido en todas las posiciones que he querido, y que me has comido la polla cada vez que me ha dado la gana? —exclamó con suficiencia.

Ella lo miró a los ojos, desafiante, y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—Te odio porque me convertí en una mujer sin valores ni principios. Te odio porque hice todo lo que me pediste a pesar de saber que estaba mal. ¿Y por qué? —exclamó con rabia—. Porque, como una estúpida, me enamoré de ti. Nunca me importaron tus amenazas, porque tenía la esperanza de que cambiarías, de que dejarías de ser el hombre soberbio y arrogante que estaba destrozando mi vida y a su familia, por orgullo y rencor. Creí que de verdad estabas enamorándote de mí cuando no me tratabas como una basura, como si mereciera sufrir por un pecado que no cometí, pero estaba equivocada. Ahora me doy cuenta de que eres un hombre mezquino, que piensa que todos los que no pertenecemos a una familia como la tuya somos unos muertos de hambre, que no merecemos nada. Pues bien, ¡jódete! ¡Soy mejor que esto! ¡Soy mejor que tú! Aunque tengas todo el dinero del mundo. Quédate con esa mujer con la que has pasado todos estos días. Ella sí está a tu nivel, una mujer que no es una puta dispuesta a abrir las piernas por conveniencia, ¡a diferencia de mí! —clamó con vehemencia.

La miró con el cabello un poco alborotado y la pijama de franela. Sin embargo, no necesitaba nada para desearla. La besó, pero ella lo empujo. Cristina le propinó varias bofetadas llena de rabia y el hombre cerró los ojos recibiendo los golpes.

—¡Maldito desgraciado! —bramó alterada.

Damiano la levantó por la cintura y la llevó a la cama, donde siguió besándola. Entre el dolor y la rabia, la joven le correspondió de la misma forma: llena de ira, coraje y amor que no podía dejar de sentir por él.

El moreno le abrió la pijama reventando los botones y comenzó a lamer sus senos con desesperación. Anhelaba su olor, su sabor y la suavidad de su piel. Ella pasó las manos por el cabello de Damiano y arqueó la espalda para pegar su pecho a sus labios con ansias.

El hombre se quitó el saco y la camisa tirándolos al piso, con habilidad se bajó el cierre del pantalón y la penetró con impaciencia. Los gruñidos y jadeos resonaban en la habitación, acompañados de los sollozos de la joven.

Damiano pegó su frente contra la de la morena y la embistió una y otra vez, con los

sentimientos desbordados, hasta que juntos estallaron en un orgasmo que los llevó al límite de su cordura.

Al terminar salió del cuerpo desmadejado de la joven, con parsimonia se subió el cierre del pantalón, levantó su camisa y su saco. Lanzó una maldición por no poder contenerse con la mujer que lo tenía loco de deseo. Pasó la mano por su cabello desordenado y la observó con los ojos entrecerrados, luchando contra la tormenta de emociones que lo invadía.

—Quiero que te largues de mi casa, o haré que te echen —demandó con furia.

—Por supuesto que me voy a ir y nunca volverás a verme. Te enviaré el dinero y espero no tener que cruzarme nunca más por tu camino, ¡maldito cabrón! ¡Espero que ardas en el infierno! —gritó ella, su voz cargada de rabia.

Las palabras resonaron en la pequeña habitación, como un estallido que rompía el silencio tenso del momento. Sus ojos, normalmente dulces y llenos de ternura, ahora estaban encendidos con una furia incontrolable. Sus manos temblaban de ira, pero también de miedo por lo que estaba a punto de hacer.

La habitación estaba tensa, llena de emociones encontradas que amenazaban con desbordarse. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, reflejando el profundo dolor que sentía en su corazón. Sus palabras eran un grito de liberación, una promesa de poner fin a una relación tóxica y destructiva.

Damiano salió sin decir otra palabra. Subió al elevador y cuando las puertas se cerraron, soltó un grito de agonía y se dobló, llevándose las manos al estómago. Si ella no se marchaba, regresaría y le pediría perdón de rodillas.

La joven se levantó destrozada, como afuera hacía mucho frío buscó en su armario lo más abrigado que encontró. Sacó sus pertenencias y las guardó en una maleta junto con sus otras cosas. Dejó su mochila con la laptop y dentro colocó las tarjetas que le dio Omar, así como el anillo de compromiso. Le pediría a Gregg que recogiera todo al día siguiente.

Tomó su identificación y quinientas libras en efectivo para pagar una habitación de hotel, eso sería más que suficiente. Agarró su móvil y buscó un hotel cercano. A un par de cuadras se encontraba un Radisson con un precio bastante razonable.

Intentó llamar a Gregg, pero el hombre no respondió; eran pasadas las tres de la mañana, así que decidió marcharse de una vez. Abandonó la casa y caminó por la calle de la privada. Damiano estaba en la ventana y observó cómo Cristina salía de su vida para siempre.

# Capítulo 41



# Malas decisiones

Las calles se encontraban iluminadas, aunque el frío resultaba apenas soportable. Cristina caminaba con premura, deseando llegar al hotel lo más rápido posible. Necesitaba un baño caliente para deshacerse del frío que se había arraigado en sus huesos y del persistente rastro de Damiano que aún permanecía en su piel. A esa hora, apenas se vislumbraban unos pocos automóviles circulando por la avenida, tal vez algún trasnochado saliendo de un bar.

Con la capucha de su abrigo sobre la cabeza y la bufanda cubriendo la mitad de su rostro, mantuvo la mirada baja, fijándose en el suelo húmedo y resbaladizo. Al doblar la esquina, divisó un automóvil que se detenía. Decidió cruzar la acera y alzó la vista, avistando el hotel a poca distancia.

De repente, escuchó pasos detrás de ella. Al voltear, se encontró con un individuo que comenzó a seguirla. Un grito apenas audible escapó de sus labios, y comenzó a correr con todas sus fuerzas. Sin embargo, antes de llegar al hotel, una camioneta bloqueó su camino.

Desesperada, intentó evadirla, pero unas manos la sujetaron por la cintura y otra mano enguantada le tapó la boca, silenciándola. Fue arrastrada hasta la puerta de la camioneta, cuya apariencia parecía sacada de una película, y con agilidad cubrieron su rostro con un pañuelo. Un olor desconocido invadió sus fosas nasales, provocándole un mareo que la hizo desvanecerse. La subieron a la parte trasera del vehículo y se alejaron del lugar.

Mientras tanto, su teléfono móvil comenzó a sonar, llamando la atención de uno de los secuestradores.

—Quítale el celular y tíralo por la ventana —ordenó uno de ellos.

El joven acató la instrucción, pero en lugar de descartarlo, lo apagó y lo guardó codicioso en el bolsillo de su chaqueta, pensando que podría conseguir unas buenas libras si lo vendía.

—¿Vamos a llevarla a la casa de seguridad? ¿Cuándo nos pagarán? —preguntó, anhelante el más joven.

—En cuanto esa perra firme los documentos para que podamos acceder al dinero de su cuenta —respondió el hombre de mediana edad, responsable del secuestro.

—El banco no abrirá hasta el lunes —se quejó.

—Pues entonces, hasta el lunes tendremos que esperar para recibir el pago. Deja de molestar —espetó el otro con fastidio.

—¿Qué haremos con ella cuando nos paguen? —indagó, curioso, mientras apartaba el cabello de Cristina de su rostro y acariciaba su mejilla. La había observado en múltiples ocasiones mientras la acechaba, y se preguntaba cómo sería tocarla.

—Haremos lo mismo que con el resto —aceptó con una mueca.

El joven que se encontraba junto a Cristina dejó escapar un suspiro de decepción. La

situación le desagradaba demasiado.

—Es una verdadera lástima...

—Quizás puedas divertirte un poco —sugirió su cómplice con una sonrisa lasciva.

—Eso sí que es una buena motivación —exclamó el joven, emocionado.

—Ahora, no quiero problemas con ese hijo de puta. Hemos fracasado demasiadas veces con esta perra —admitió con enfado.

Habían esperado meses por esta oportunidad, ya que nunca lograban encontrar a la joven sola, y por fin, habían tenido la suerte de su lado.

Gregg despertó sobresaltado por el sonido del teléfono móvil. Sin darse cuenta, lo silenció, pero la vibración persistente terminó por despertarlo. Era John quien llamaba.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Sabes qué hora es? —exclamó con voz ronca y adormilada. Eran casi las tres y media de la madrugada.

—El señor Mateus regresó de París...

—¿Qué? —lo interrumpió, sorprendido. Se suponía que estaría presente cuando Cristina abandonara la casa de Damiano, después de su conversación para cerrar ese capítulo de su vida.

—Fue hace un par de horas.

—¿Por qué no me lo informaron antes?

—Fue una sorpresa...

—¡No me importa una mierda! Te dije que me mantuvieras al tanto de sus movimientos —gruñó malhumorado mientras se levantaba de la cama y se dirigía al baño—. ¿Ya está en su casa?

—Sí, lo siento.

Se pasó la mano por el cabello y se apoyó en el lavabo. Colgó la llamada y revisó su teléfono móvil. Tenía varias llamadas perdidas de Cristina en los últimos quince minutos. Leyó un mensaje en el que avisaba que se hospedaría en el hotel Radisson durante la noche.

Presionó el botón de llamada una y otra vez, pero la joven no contestaba.

—¡Maldita sea! —exclamó desesperado, enviando solo una grabación de que no estaba disponible.

Llamó de inmediato a su hombre de seguridad y monitoreo de clientes.

—Bob, necesito que revises las cámaras de seguridad de la mansión de Mateus.

—¿Qué sucede?

—Quiero saber a qué hora Cristina Navarro dejó la mansión y también necesito rastrear su teléfono móvil, pero está apagado.

—De acuerdo, pero me llevará tiempo —añadió.

—Estaré esperando —dijo antes de colgar.

Luego, llamó al hotel, pero Cristina no estaba registrada; nadie había llegado a esa hora. Se adentró en la ducha y se bañó. Miró su reflejo en el espejo mientras pasaba la mano por su barba rubia. Sus ojos grises lucían cansados.

Tomó la maquinilla de afeitar y se rasuró con cuidado, dejando su rostro fresco y limpio. Luego, se dirigió al armario y tomó unos pantalones cargo, un suéter de lana de cuello alto, su abrigo, unos guantes de cuero y una bufanda negra. Se cambió mientras observaba el móvil que seguía sin sonar.

Cuando se ataba las botas, su teléfono se iluminó. Contestó, llevándolo al oído y continuó atándose los cordones.

—Salió sola alrededor de las tres de la madrugada, pero no puedo ver hacia dónde se dirige.

—Pídele a Roger que revise las cámaras de las calles cercanas.

—Ya lo intenté, pero necesita una orden de desaparición para acceder a ellas. Su supervisor lo ha estado molestando por ayudarnos.

—Ese maldito resentido —dijo enfadado.

Rob, el jefe de Roger, se dio cuenta de que estaba ayudándolo y lo amenazó con despedirlo. Gregg se pasó los dedos por la frente y sacudió la cabeza.

—Lo sé, pero es necesario que abran un reporte de desaparición, de esa forma, aunque no haya pasado el tiempo requerido según sus protocolos, podrá comenzar la búsqueda sin que su jefe le tire mierda.

Tendría que llamar a Omar para presentar una denuncia. Cortó la llamada con Bob y luego llamó a Omar, aunque sabía que lo despertaría.

—Buenos días —dijo el joven con voz pastosa. Había estado celebrando toda la noche con su novio y estaba bastante desvelado.

—Buenos días, soy Gregg —anunció y soltó un suspiro—. Cristina ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Cómo que desapareció?

—Me llamó de madrugada, pero no pude contestar. Le devolví la llamada, pero ya no respondió.

—¿Estás seguro? Podría tener el móvil apagado.

—Salió de la mansión a las tres de la mañana y me informó en un mensaje que iba a un hotel...

—¿Por qué diablos abandonó la mansión en medio de la noche?

—Damiano regresó de París. Cristina me envió un mensaje avisando que se iría al hotel Radisson, pero no está allí —le explicó el rubio preocupado.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Levantar una denuncia.

—¿Dónde nos encontramos?

—La estación más cercana está a tres cuadras de Hyde Park.

—Voy para allá —declaró Omar. El joven se levantó con rapidez, se vistió y se dirigió sin perder más tiempo a Scotland Yard.



Entraron en la estación de policía, donde un detective los recibió. Omar siguió al hombre de mediana edad con una expresión adusta en su rostro, evidenciando que no había tenido una buena noche y que solo quería irse a descansar. Gregg se quedó afuera esperando y le envió un mensaje a su amigo para informarle que ya estaban en la comisaría.

—Entonces, ¿su prometida vivía en la mansión del señor Damiano Mateus de Souza? —preguntó el detective mientras llenaba un formulario en su computadora.

—Prácticamente es mi esposa —aclaró Omar, aunque sabía que el contrato firmado no tenía validez en Gran Bretaña.

—De acuerdo, su casi esposa —repitió el detective, arqueando una ceja. Omar apretó la mandíbula molesto por la actitud del hombre.

—Cristina trabajaba como au pair cuidando a su hija pequeña —añadió para proporcionar más detalles.

—¿Cómo sabe que ha desaparecido? ¿Es posible que se haya ido con alguna amiga?

—Solo tiene una amiga y no ha tenido contacto con ella. Además, le envió un mensaje a su guardaespaldas diciendo que se dirigía al hotel Radisson, que está a un par de cuadras de Hyde Park, pero nunca se registró allí.

—¿Por qué salió de la mansión a esa hora? ¿No habría sido más lógico esperar hasta que amaneciera?

—Mire, detective, no puedo decirle por qué, pero lo que sabemos es que mi esposa salió y no podemos localizarla.

—Está bien, abriremos una investigación. ¿Podemos ir a la casa del señor Mateus?

—Hagan lo que tengan que hacer —respondió, cruzándose de brazos.

—Pero insisto, han pasado pocas horas. Es posible que la señora aparezca...

—¿Sabe quién es mi padre? —exclamó Omar inclinándose sobre el escritorio. El detective carraspeó.

—Estoy al tanto.

—Mi esposa es muy importante para mí, así que empiecen a buscarla. No me importa lo que cueste, quiero que toda la policía se movilice —decretó con firmeza. El detective asintió.

—Si sospecha de un secuestro, le aconsejo que se mantenga atento. Si recibe alguna llamada exigiendo un rescate, comuníquese de inmediato.

Omar se levantó y salió de la oficina. Afuera, encontró a Gregg hablando por teléfono con uno de los hombres de la empresa de seguridad. Tenían imágenes claras de Cristina abandonando la mansión. También lograron rastrear su teléfono móvil, pero como estaba apagado, no tenían una ubicación precisa. Solo indicaba que se encontraba en un radio de cien millas en el área de Plaistow, una zona problemática en el este de Londres.

—¿Qué te dijeron? —preguntó Gregg al acercarse.

—Van a investigar —respondió Omar.

Caminaron hacia la salida y Gregg invitó a Omar a subir al auto.

—Un amigo revisará las cámaras de esas calles. Esperemos encontrar pistas sobre quién se la llevó.

Omar asintió.

—¿Crees que la hayan secuestrado porque saben que nos comprometimos?

—No lo creo. Tengo la sensación de que esto viene de tiempo atrás.

—¿A qué te refieres?

—Recuerdas el día en que estudiaron juntos por primera vez en la biblioteca.

—Claro que lo recuerdo.

—Donato la llevó a la mansión de Damiano y llegó completamente drogada.

—Pero ¿cómo es eso posible? Solo tomó un café que yo le compré... y una botella de agua —mencionó desconcertado.

—Damiano te culpaba a ti de haberlo hecho.

—Está loco, ¿por qué querría drogarla? —exclamó el joven, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué Cristina nunca me dijo nada al respecto?

—Porque ella nunca sospechó de ti, pero es evidente que alguien lo hizo. Por desgracia, no pudimos encontrar al culpable. Por eso, Damiano me asignó como su protección, porque en el

fondo ese idiota está enamorado de ella.

—Bonita manera de demostrar su amor —murmuró entre dientes.

—Es un completo imbécil, pero te aseguro que la ama —dijo con convicción.

—Si alguien la ha estado persiguiendo durante tanto tiempo, es aún más urgente encontrarla cuanto antes.

—Un par de semanas después de que comencé a seguir sus pasos en el campus, intentaron robarle el móvil por segunda vez.

—¿Qué podría ser tan importante como para que necesitaran su teléfono?

—No lo sé, pero lo averiguaré —contestó el rubio.

El tiempo avanzaba implacable y resultaba crucial encontrarla. Con cada hora que transcurría, las posibilidades de hallarla con vida disminuían, y Gregg era consciente de ello.

# Capítulo 42



# Un error de los grandes

El lunes siguiente, Damiano se encontraba sentado en su oficina revisando un contrato cuando alguien tocó a su puerta. Su joven asistente entró, sosteniendo una tableta en una mano y una taza de café en la otra, como solía hacerlo Eran casi las dos de la tarde y Damiano todavía tenía mucho trabajo por delante, además de que no deseaba regresar a casa.

—Señor, hay un comandante de policía que desea hablar con usted —informó el asistente con temor a la reacción del hombre que estaba tras el escritorio, quien había estado de mal humor desde hacía días. Incluso estaba considerando en renunciar, cansado de los malos tratos de su jefe.

—¿Qué quiere? —exclamó Damiano con gesto adusto.

—Es por la desaparición de una de sus empleadas —añadió el asistente, nervioso, y se aclaró la garganta, mientras colocaba la taza de café en el escritorio.

—¿Una de mis empleadas?

—No mencionaron su nombre, solo dijeron que es importante hablar con usted.

Damiano cogió la taza y le dio un sorbo.

—Está bien. Hazlo pasar —indicó, y el joven salió para cumplir con la orden que había recibido.

Un detective amigo de Gregg se hizo cargo del caso para evitar que la noticia de la desaparición de Cristina se filtrara a la prensa y obstaculizara su rescate. Un hombre robusto de alrededor de cincuenta años entró en la oficina. Tenía una barba incipiente, ojeras marcadas y vestía de civil.

—Buenas tardes, señor Mateus. Soy Elliot Campbell —anunció el hombre al entrar. Damiano se levantó y estrechó su mano en señal de saludo.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó, invitándolo a sentarse mientras él hacía lo mismo.

—Tengo algunas preguntas sobre la desaparición de la señorita Cristina Navarro, esposa de Omar Al Fadid —respondió el policía.

—Debe de haber algún error —dijo Damiano con el rostro desencajado, lo cual no pasó desapercibido para el detective.

—No hay error alguno. La señora desapareció a unas cuadras de su mansión, cerca de Hyde Park. La pregunta es: ¿qué hacía en la calle a altas horas de la madrugada, cuando vivía bajo su techo como empleada suya? —cuestionó Elliot.

Damiano se removió incómodo en su silla, recordando lo sucedido.

—Tuvimos una fuerte discusión porque me enteré por unos amigos de que se casó ese día —admitió apretando la mandíbula y cerrando los puños con las manos.

—¿Qué tiene de malo que una empleada se case? ¿Por qué le causó tanta molestia al punto de despedirla sin ninguna consideración? —inquirió Elliot.

El hombre se retorció en su silla, recordando los hechos.

—No lo entendería... —murmuró Damiano.

—Lo que entiendo es que esa joven salió alrededor de las tres de la mañana y unas cuadras más adelante fue secuestrada por unos individuos que la subieron a una camioneta utilitaria en contra de su voluntad —afirmó el detective con vehemencia.

—Eso no puede ser, ¿por qué harían eso? —preguntó Damiano, desconcertado.

—El por qué no lo sabemos, pero tenemos pruebas de que así fue —decretó el policía, mostrando una fotografía captada por las cámaras de seguridad.

Damiano sintió un nudo en la garganta y un profundo arrepentimiento lo invadió.

—¿Tienen alguna pista? No es posible que la hayan secuestrado. Ya le preguntaron a su esposo, tal vez él tenga que dar más explicaciones —insinuó, alzando la voz.

No confiaba en Omar y ahora, por su culpa, Cristina estaba en peligro. Era difícil admitir que él mismo la había despedido y ahora no sabían dónde estaba. Un dolor en el pecho y un remordimiento abrumador lo embargaron.

—Está insinuando que el señor Al Fadid está involucrado en la desaparición de la joven.

—Ese hombre la estuvo rondando, es más, creo que él la drogó hace unos meses —alegó, seguro de que Omar era un malnacido que se la arrebató de las manos.

—Eso no es posible. El señor Al Fadid reportó la desaparición de su esposa a las pocas horas, y en cuanto al incidente con las drogas, Gregg, su guardaespaldas, nos dio todas las explicaciones. Es imposible que su marido esté involucrado —respondió el detective, tratando de calmar los ánimos.

Damiano se retorció en su silla, lleno de angustia por sus acciones pasadas.

—¿Qué busca conmigo? Si ya sabe que salió de mi casa, lo que deberían estar haciendo es buscarla. Ha pasado demasiado tiempo —exigió, su voz cargada de desesperación.

El detective sonrió con ironía, comprendiendo el tormento interno de Damiano.

—¿Ahora sí está preocupado por su integridad física?

—No es nadie para juzgar mis acciones. Y si no tiene más que decir, es mejor que se largue por donde vino.

—No me marcharé hasta que me muestre los movimientos bancarios que realizó para pagar el dinero que supuestamente la joven tuvo que reembolsar por su beca. ¿Desea que le recuerde los hechos? Estoy al tanto de todo, señor Mateus, así que sería mejor que colabore conmigo y deje de hacer exigencias —advirtió el detective. Damiano abrió los ojos sorprendido al enterarse.

—¿Qué es lo que necesita? —preguntó entre dientes, sintiéndose acorralado.

—Necesitamos los registros interbancarios. Esas cuentas no pertenecen a la Commonwealth.

—¿De qué me habla? Yo mismo hice esos movimientos a las cuentas que le entregaron en el convenio.

El detective mostró fotografías de jóvenes desaparecidas a manos de una red criminal. Separó dos imágenes de jóvenes coreanas, compañeras de departamento de Cristina.

—Desde hace meses tenemos sospechas de una red de corrupción que utiliza la beca como pantalla para atraer a mujeres de diversos países de América y Asia. Todas vienen a estudiar a universidades, pero según los registros, regresan a sus países de origen seis meses después.

Damiano se enderezó, frunciendo el ceño y prestando atención. Las imágenes mostraban a mujeres jóvenes y hermosas en su mayoría.

—¿Qué tiene que ver esto con Cristina? —exclamó, interesado.

El detective colocó dos fotos más junto de las hermanas Kim, compañeras de piso de Cristina. Las jóvenes estaban irreconocibles, fueron torturadas antes de ser asesinadas.

—Estas dos hermanas fueron encontradas hace una semana, sepultadas en una fosa clandestina.

—Dios, ¿por qué me muestra esto? —dijo, horrorizado al ver los cuerpos sin vida de las mujeres.

El detective conocía la relación entre Damiano y Cristina gracias a la información proporcionada por Gregg.

—Según los registros, estas chicas se marcharon hace meses de la ciudad, pero las encontramos muertas. Creemos que hay una conexión entre alguien de la administración encargada de otorgar estas becas y la mafia albanesa.

Damiano palideció, su voz temblorosa.

—¿Está seguro? —preguntó con horror.

—Fueron enterradas en una casa que cateamos, donde había mujeres inmigrantes retenidas y obligadas a trabajar como esclavas sexuales. Si podemos encontrar a quién pertenecen esas cuentas, podremos rastrear a los culpables.

Damiano se llevó las manos a los labios, cerrando los ojos, perturbado por las revelaciones del detective.

—Hace una semana investigamos a Cristina y descubrimos que tenía una cuenta en otro banco.

—¿En qué banco? —preguntó, sorprendido.

—En el Banco de Gales —respondió el detective, entregando a Damiano un sobre con los documentos correspondientes.

Damiano solo había pensado que esas cuentas eran donde guardaba el dinero que le había estafado, por eso se enfadó tanto cuando le mencionó el problema con su familia y se comportó como desquiciado.

—¿Cómo obtuvo esta información?

—Entre instituciones bancarias podemos solicitar información de nuestros clientes —se justificó con el detective.

El policía revisó la cuenta y arrugó la nariz. El saldo era de cien mil libras, y el depósito provenía de una cuenta del gobierno.

—¿Podría verificar si esta cuenta aún tiene ese dinero?

—¿Por qué es importante?

—Creemos que las están usando para desfalcar a la Commonwealth y una vez que ya no las necesitan, las entregan a una red de tráfico de mujeres...

—¡Eso es imposible! —exclamó Damiano, golpeando el escritorio.

—¿Por qué lo considera imposible, señor Mateus?

—Porque yo pensé... que...

—¿Qué pensó, señor Mateus?

Damiano se llevó las manos a la cabeza y cogió el teléfono que estaba sobre el escritorio.

—Verifica las cuentas de Cristina Navarro. Quiero saber si ha ingresado a la aplicación para revisar su saldo y si ha realizado movimientos en las últimas cuarenta y ocho horas —bramó horrorizado. El hombre al otro lado de la línea le preguntó sobre sus nuevas cuentas—. Sí, también las cuentas que su esposo abrió para ella —respondió entre dientes.

El móvil del detective sonó y él contestó al darse cuenta de que era Gregg.

—Dime, estoy en la oficina del señor Mateus... —Los gritos de Gregg se escucharon al otro lado de la línea—. ¿Cuándo? Estoy en camino, envíame la ubicación —exigió, y se levantó de la silla.

—¡Dios santo! —clamó Damiano con un nudo en la garganta y una carga de culpa sobre sus hombros.

«¿Qué demonios he hecho?», se cuestionó horrorizado, dejando caer el teléfono sobre el escritorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el detective al ver la cara de desconcierto de Damiano.

—La cuenta en Gales está vacía.

—Maldición, debo irme. Consiga el nombre del titular de la cuenta y envíemelo —pidió

el detective, dejando su tarjeta sobre el escritorio.

—¿Tiene alguna pista sobre su paradero?

—No puedo decirle. Gracias por su cooperación —bramó, saliendo de la oficina.

Damiano se llevó las manos a la cabeza y gritó desesperado. Era un miserable. Alterado, tiró todo lo que había sobre el escritorio. Si algo le sucedía a Cristina, su alma estaría condenada al infierno por el grave error que había cometido.

Agotado, se recargó sobre el escritorio. Miró fijo hacia abajo y se dio cuenta de que estaba llorando.

# Capítulo 43



# ¿ Dónde estoy?

Cristina yacía boca abajo en un colchón sucio en el suelo, en medio de un lugar oscuro y frío. Sus manos estaban atadas a la espalda y una mordaza le oprimía la boca. Habían pasado horas desde que la llevaron a ese sitio, el sufrimiento y el miedo se entrelazaban en su interior. A pesar de llevar varias capas de ropa, temblaba sin control debido al ambiente gélido del almacén en el que se encontraban, ocultos detrás de pilas de cajas.

Con un esfuerzo doloroso, ladeó la cabeza y dirigió su mirada hacia una mesa donde su teléfono móvil descansaba. El mismo joven que la había subido a la camioneta estaba sentado a poca distancia, absorto en su propio celular. Sus audífonos le cubrían los oídos, dejando en claro que estaba jugando algún videojuego.

En ese momento, una puerta se abrió y un hombre se acercó. Con disimulo, el joven guardó el móvil de Cristina en su chaqueta, tratando de ocultarlo, y guardó el suyo en el bolsillo de sus pantalones.

—Levántala del suelo, necesito hablar con ella —ordenó el hombre, vestido con un traje y sosteniendo un maletín en una mano.

—Sí, señor —respondió el joven entre dientes.

Colocó el maletín sobre la mesa con disgusto, evidenciando su repulsión por las condiciones insalubres del lugar.

Sin contemplación, el joven agarró con violencia a Cristina por los antebrazos y la obligó a sentarse en la silla. Un gemido de dolor escapó de la garganta de la joven, cuyas piernas y brazos estaban entumecidos por las cuerdas que la aprisionaban.

—Quítale la mordaza y si grita, golpéala —ordenó el sujeto sin vacilar.

Cristina abrió los ojos, pero no emitió ningún sonido, atemorizada de que cumplieran sus amenazas.

—¿Me recuerdas? —preguntó el hombre con una sonrisa de satisfacción.

Cristina lo miró y, cuando le quitaron la mordaza que le aprisionaba la cabeza, pasó la lengua por sus labios resecos. Bajó la mirada, intentando ocultar su miedo.

—Agua, por favor —susurró, sintiendo cómo su estómago se contraía.

—Tráele una botella de agua —gritó el hombre, mientras el joven resoplaba—. ¡Rápido, no tengo todo el día! —exigió de manera grosera.

Tim no tuvo más opción que obedecer las órdenes del hombre, quien era el responsable de pagarles por el trabajo.

El hombre abrió el maletín y sacó unos papeles.

—Necesito que firmes este poder para realizar unas transacciones bancarias.

Cristina ladeó la cabeza y lo reconoció, era el mismo individuo que le informó que su beca había sido revocada meses atrás.

—¿Usted?

—Ve que por fin te diste cuenta. No tienes idea de los problemas que me has causado, pero ahora vas a firmar y me desharé de ti.

La joven sacudió la cabeza, llena de miedo.

—¿Por qué debería firmar si de todas formas no saldré viva de aquí?

—Tienes dos opciones: firmar por las buenas o enfrentarte a las consecuencias. Dependerá de ti cuánto estás dispuesta a sufrir —dijo el hombre con frialdad.

Tim regresó con la botella de agua y la colocó sobre la mesa.

—Está bien, pero necesito que me desaten las manos —exclamó Cristina con la voz entrecortada, evidenciando el dolor y la incomodidad de estar atada.

El hombre asintió con un gesto de cabeza y el joven cortó la cinta que aprisionaba las muñecas de Cristina, las cuales lucían amoratadas. La sangre volvió a fluir en sus manos, causándole un quejido de dolor.

—Pero ábrele la botella, no queremos que piense que somos unos malos anfitriones —añadió el hombre con sarcasmo, y el joven, cansado de la situación, siguió sus instrucciones.

Tim estaba harto de ese tipo, pero necesitaba el dinero que le pagarían para saldar una deuda de juego considerable.

Cristina se frotó las manos, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer. Tomó la botella y dio un sorbo de agua, siendo cautelosa para no atragantarse. Con las manos temblorosas, la colocó de nuevo sobre la mesa y miró el papel que el hombre había dejado frente a ella. Era una autorización para realizar retiros bancarios de una cuenta desconocida para ella.

Cogió la pluma y firmó donde le indicaron, sin atreverse a enfrentarse a más sufrimiento. Deslizó el documento hacia el hombre y se limpió las lágrimas con la manga.

—Perfecto. Dile a tu jefe que puede hacer lo que quiera con ella, y que no pienso pagarle por esto —murmuró el hombre entre dientes. Se acercó a Cristina y le agarró el cabello con violencia—. Me despidieron por tu culpa. Espero que te envíen a una de esas casas donde realizan esos eventos sexuales y te destrocen. ¡Maldita puta! —gritó furioso.

Lleno de ira, levantó la mano y la golpeó en el rostro, haciendo que su cabeza se sacudiera. Sin embargo, antes de que pudiera golpearla otra vez, Tim lo detuvo.

—Si no va a pagarnos, tampoco la lastime, o valdrá menos —le increpó.

El hombre de traje bufó de manera molesta y se marchó del almacén para realizar los retiros bancarios.

—¿Cuánto les iba a pagar por mi secuestro? —balbuceó Cristina mientras se limpiaba la sangre del labio y hacía una mueca de dolor. Tim la miró con una ceja levantada.

—No tengo por qué darte esa información —le advirtió enojado por el dinero que había perdido.

La joven sacudió la cabeza al ver que el joven sacaba un trozo de cinta gris de su chaqueta, temiendo que, si la volvían a amarrar, nunca saldría de allí.

—Puedo darte el dinero que quieras —dijo desesperada—. ¡Te lo juro! Puedo darte veinte millones de libras —gritó, con temor en su voz.

Tim levantó la mirada y ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Eres una mentirosa. Trabajabas como niñera en esa mansión y ahora me dices que tienes veinte millones de libras. Es pura mierda y no voy a caer en tus mentiras —respondió, incrédulo.

El joven, sin creerle, se abalanzó sobre ella, pero Cristina no se rindió.

—Puedes comprobarlo por ti mismo. Si me ayudas, te daré todo el dinero. Revisa mi móvil, ahí está la aplicación del banco —suplicó entre sollozos.

Tim recordó que tenía el móvil de la mujer y lo sacó de su bolsillo.

—Si me estás mintiendo, lo pagarás caro...

—No te miento, enciéndelo y con mi huella puedo acceder para que veas el saldo. Por favor, revísalo, no tienes nada que perder —suplicó Cristina con desesperación.

—Siéntate y coloca las manos sobre la mesa, no quiero que hagas ninguna tontería —ordenó el joven. Cristina obedeció y se sentó, poniendo sus manos temblorosas sobre la mesa.

Tim encendió el móvil, pero no pudo desbloquearlo. Entonces, Cristina levantó el dedo índice y lo colocó sobre la pantalla, la cual mostró de inmediato los iconos de las aplicaciones. Luego, dejó el dispositivo sobre la mesa. Presionó el icono que representaba un osito, abriendo una canción infantil.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó el hombre, asustado por el sonido—. Apágalo ahora mismo —ordenó.

—Perdón, me equivoqué. Era una canción de cuna que solía usar para dormir a Mariela —se disculpó Cristina. Con el dedo, abrió la aplicación del banco, desbloqueándola con su pulgar y mostrando su información—. Esta es mi cuenta —añadió, empujando el móvil hacia el chico, quien lo tomó con los ojos abiertos de par en par.

En la pantalla se mostraba el saldo de la cuenta, con más de veinte millones en ella.

—¡Dios mío! —exclamó el joven, mirando con avidez el número en la pantalla.

—Si me llevas al banco, sacaré todo el dinero y te lo entregaré —aseguró Cristina. El joven sonrió complacido.

—Por supuesto que lo harás, pero no quiero que nadie se dé cuenta.

—No diré nada. Tú te llevas el dinero y me quedaré callada —prometió Cristina.

—Querían que te entregara a los albaneses, pero no lo haré. Extiende las manos... —dijo el joven.

—No, por favor —suplicó Cristina, aterrada por la idea de ser amarrada de nuevo.

—No puedo sacarte así. Primero iremos a mi casa para que te duches y te cambies, ¿entendido?

Ella asintió, respirando profundo para calmarse, y extendió las manos para que pudiera sujetarla de las manos y las piernas.

—No olvides mi bolso. Ahí tengo mis identificaciones y me las pedirán —le recordó.

Acercándose al colchón donde ella había estado tendida, él le puso cinta adhesiva en los labios. Luego, sacó una bolsa de tela negra de detrás de sus pantalones y se la colocó en la cabeza. Cristina respiró agitada debido a la falta de aire.

En ese momento, Armand el jeve de Tim entró a la bodega y vio cómo el joven levantaba a la mujer del suelo.

—¿Ya vino Roger? —preguntó Armand, esperando el dinero que habían acordado meses atrás.

—Sí, pero dijo que no nos pagará porque tardamos demasiado —admitió Tim con un gruñido de frustración.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Y qué haces con esa perra? —exclamó señalando el bulto sobre el hombro del joven desgarbado.

—La llevaré con Murat. Te dije que necesitaba dinero —respondió Tim fingiendo molestia.

—Está bien, pero quiero mis quince mil —exigió Armand. Les correspondían veinte mil libras, y a Tim solo le tocarían cinco mil.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa fingida.

Si Armand supiera la cantidad de dinero que obtendría de esa mujer, se volvería loco, pero no merecía que compartiera nada con él, ya que siempre lo había tratado como basura. Con ese dinero, no necesitaría nada más, solo largarse de la ciudad y ya vería qué haría.

Salió con la mujer a cuestas y la metió en el maletero de su coche. Luego, abrió las puertas de la bodega y se dirigió a su casa. Su madre no regresaría hasta la medianoche, ya que era enfermera, y su hermano estaba fuera de la ciudad trabajando en Escocia.

Tim pertenecía a una familia de clase media, pero se había involucrado con personas peligrosas, se había enganchado a las drogas y a las apuestas. Su madre no tenía ni idea de lo que hacía su hijo.

Después de varias millas, llegó a su casa y retrocedió el coche. Bajó el asiento trasero y arrastró a la mujer hacia afuera.

Cristina gimoteó por la brusquedad con la que fue tratada. El joven le quitó la bolsa de la

cabeza mientras ella seguía acostada en el asiento trasero, y luego la desató.

—Vamos a salir del auto e ingresar a la casa para que te duches y te cambies. Te daré un abrigo de mi madre —anunció Tim.

—Está bien —respondió Cristina apenas audible.

El joven abrió la puerta del auto y Cristina salió tambaleándose, por lo que tuvo que ayudarla a subir las escaleras de entrada. Tim sacó las llaves de su pantalón y abrió la puerta de la casa.

La casa de su madre era hermosa y muy limpia. Cristina se preguntaba cómo un joven viviendo en un lugar así había caído tan bajo. La condujo a una habitación, en el segundo piso, y la encerró con llave después de explicarle dónde encontraría todo.

# Capítulo 44



# En el lugar equivocado

La imagen de Tim apareció en la pantalla del ordenador de la central de seguridad de la empresa de Gregg y fue enviada a Scotland Yard para su identificación. La aplicación del móvil no solo reproducía una canción de cuna, sino que también activaba el audio y la cámara del celular de Cristina. Era como un botón de pánico que podía utilizar en caso de sentirse en peligro.

—Ese joven siguió a Cristina hace algunos meses dentro del campus de la universidad —declaró Gregg horrorizado.

—¿Por qué no lo reportaste? —preguntó Elliot, indignado.

—Lo hicimos, pero a la policía no le pareció relevante —replicó Gregg, frustrado.

Elliot resopló molesto y explicó: —Se llama Tim Hall, tiene veintitrés años y ha sido arrestado en varias ocasiones por delitos menores —dijo el detective.

—Parece que ahora decidió entrar en las grandes ligas. Menciona a un tal Murat en el audio, ¿sabes quién puede ser? —le preguntó a Elliot.

—Murat Dervishi, es un traficante albanés que tiene dos órdenes de arresto, pero aún no lo han localizado.

—Como si Londres fuera tan grande —se quejó Gregg.

En ese momento, Elliot recibió un mensaje en su móvil y lo sacó para revisarlo. Era la información bancaria que había solicitado a Damiano. Incluso había conseguido la imagen de la persona que retiró el dinero en el banco, gracias a un colega que conocía bien al sujeto en cuestión. Obtuvo la información que necesitaban y le enviaron la foto.

Resultó ser Mary O'Brien, la asistente del director encargada de administrar los recursos de las becas otorgadas a través de las embajadas inglesas. Era la misma mujer que recibía a las jóvenes cuando eran convocadas para darles la mala noticia de la pérdida de la beca.

—No puede ser que esa mujer sea la única implicada en esto —dijo Elliot.

—Desde luego que no. Roger Kelly fue despedido hace meses tras una auditoría en el departamento. Luego, Walter Sullivan ocupó su puesto y también fue destituido.

—Pero la única constante es esa mujer —expuso Gregg.

—Exactamente.

Continuaron escuchando el audio y transcribiendo la grabación.

—Su jefe le dijo que la llevara con los albaneses, pero es evidente que el joven no lo hará —dijo Gregg seguro de que ese joven no dejaría pasar la oportunidad de conseguir ese dinero.

—Sacar veinte millones de libras no será nada fácil.

—Es un chico estúpido y con demasiadas deudas, está desesperado.

—Creo que sería conveniente avisar al señor Mateus para que monitoreen todas las sucursales. Lo más probable es que la lleve a retirar el dinero —sugirió Elliot.

Justo en ese momento, uno de los operadores que vigilaba los monitores se acercó y les informó:

—Señor, acaba de salir la noticia de que la esposa del hijo de Al Fadid fue secuestrada, según el periódico The Sun —le dijo a Gregg.

—Maldito periódico de mierda. ¿Cuál es la dirección de ese idiota? —gruñó el rubio, enfurecido.

—Vive en un departamento en Barking —mencionó el detective.

—No podría llevarla allí sin llamar la atención —reflexionó Gregg, llevándose la mano a la cabeza —. ¿Y cuál es la dirección de su familia?

—Su madre, Sara Hall, es jefa de enfermeras en el hospital Queen Elizabeth y vive en una casa de dos pisos con garaje propio y vista al río en Greenwich —le informó Elliot.

—Y su hijo es una basura —farfulló Gregg, sacudiendo la cabeza y cruzando los brazos.

El detective tomó su móvil y llamó a la comisaría, pidiendo que enviaran unidades a la dirección de la familia Hall. Sin embargo, el teléfono de Tim seguía apagado. Después de todo, el joven no era tan estúpido. Gregg insistió en acompañar a Elliot, por lo que salieron juntos en busca de Cristina.

La joven se secó el cabello y se cambió de ropa, tratando de recomponerse. Apenas terminaba de vestirse cuando la puerta se abrió con brusquedad.

—Así que eres la esposa de ese árabe millonario —dijo el intruso, enarcando una ceja. La noticia acababa de salir en las noticias, filtrada por la policía.

Ella giró y miró al joven con las manos en la cintura, que la observaba desde la puerta.

—Sí, me casé hace unos días...

—Y por eso no te importa darme ese dinero, ¿verdad? Te casaste con un tipo forrado. ¿Estás segura de que solo tienes veinte millones? —preguntó amenazante.

—Es toda la dote. No tengo más que eso, es mi única cuenta —aseguró, sacudiendo la cabeza negativamente.

—¿Y qué hay del anillo de compromiso? Dicen que el hombre te compró uno que vale millones —insistió el joven.

—Lo dejé junto con el resto de mis cosas...

—Tendré que conformarme con eso, pero vamos, o el banco cerrará —dijo molesto,

revisando su móvil.

La joven lo miró apretando los labios, sintiendo el peso de la enorme cantidad de dinero que exigía, pero lo único que quería en ese momento era salir de esa situación.

—Tenemos que ir a la central, es ahí donde se abrieron las cuentas —expuso, agarrando su bolso.

—Está bien, te mantendrás a mi lado en todo momento. No cometas ninguna tontería —advirtió el joven.

—No lo haré, solo quiero regresar a casa —aseguró ella, apretando el asa del bolso sobre su hombro.

—Si te comportas bien, no te haré daño, pero debes tener cuidado con los hombres del gobierno, porque no se quedarán de brazos cruzados cuando se enteren de que no hice lo que me pidieron.

—¿Han hecho esto muchas veces? —preguntó la joven, con miedo en sus ojos.

—Innumerables veces, y siempre quedan impunes. Así que en cuanto puedas, dile a tu esposo que te saque del país —aconsejó el joven, encogiéndose de hombros.

El tiempo era crucial. No quería que su jefe descubriera la identidad de la joven, pues si se daba cuenta de quién era, lo mataría por traicionarlo.

—Gracias... —susurró ella, sintiendo la angustia en su voz.

—No me agradezcas, solo camina —respondió grosero.

La muchacha siguió al joven escaleras abajo y entraron en el garaje para salir de la casa.

# Capítulo 45



# Sacrificios

Llegaron a la calle Whitecross, donde se encontraban las oficinas centrales del banco Lloyds. Eran las tres de la tarde y faltaban un par de horas para el cierre. Tim se sentía nervioso por las llamadas perdidas de su jefe, pero no las contestó. No sabía si Armand ya se había enterado de quién era la joven, pero no pensaba arriesgarse a descubrirlo. Sujetaba con firmeza el brazo de Cristina y mostraba una amplia sonrisa, tratando de aparentar que eran una pareja. Por su parte, ella tenía una sonrisa incómoda que más parecía una mueca. Mantenía la mirada fija en el suelo, siguiendo las indicaciones del joven.

Cuando llegaron a una de las ventanillas, Cristina sacó su identificación y esperó para ser atendida por el hombre tras el cristal.

—Bienvenida. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el cajero, un hombre moreno de origen hindú.

—Buenas tardes, quiero hacer un retiro de mi cuenta —dijo Cristina, con Tim a su espalda. Entregó su identificación y el número de cuenta anotado en un papel que sacó del móvil.

El cajero ingresó el número de cuenta y de inmediato los datos de Cristina aparecieron en la pantalla. Al ver el monto disponible en su cuenta, el cajero abrió los ojos y esbozó una sonrisa exagerada.

—Por supuesto, ¿cuánto dinero desea, señorita Navarro? —preguntó, pero notó que la mujer parecía nerviosa, lo que le hizo sospechar que algo no estaba bien.

Cristina vestía un abrigo que le quedaba un poco grande, como si no fuera suyo. Además, tenía enrojecimiento alrededor de los labios y parte de la mejilla, como si la hubiera golpeado.

—Todo —murmuró Cristina, y se le notó el nerviosismo en su voz.

La expresión del hombre cambió de repente cuando apareció una alerta en la pantalla, solicitando la notificación de su presencia. La sonrisa desapareció de su rostro, aunque intentó disimularlo. El cajero observó al joven que estaba detrás de ella. Tim era alto y tenía el cabello rapado, lo que le daba un aspecto amenazante.

—Tendré que enviarla con un ejecutivo, porque no tengo esa cantidad de dinero en la caja. Si pudieran acompañarme, por favor —mencionó, señalando hacia las oficinas al fondo.

Siguieron al hombre, que caminaba a paso veloz, hasta que llegaron a una puerta de madera clara. Al abrirse, reveló una sala con una mesa y varias sillas. Las paredes tenían un tono crema, pero estaban salpicadas de detalles en verde, representativos del banco.

—Gracias —dijo la joven y se sentó en una de las sillas, notando que sus piernas temblaban.

—¿Les gustaría tomar algo, quiere un té o una botella de agua? —preguntó el cajero cuando ambos estuvieron sentados.

—Agua, por favor —pidió Cristina, suspirando abrumada.

—¿Y para usted, joven? —preguntó a Tim, notando su agitación.

—Nada... gracias —respondió Tim, mirando a su alrededor con ansiedad.

El cajero salió de la sala y los dejó solos.

—Creo que fue un error venir aquí —confesó Tim, sudando por el estrés.

—Es comprensible que nos envíen a otro lugar. Es una gran cantidad de dinero —explicó Cristina, angustiada. No quería abandonar la sucursal, ya que era su única oportunidad de salir con vida. Tim llevaba un arma y si se ponía nervioso, podría matarla sin pensarlo.

La puerta se abrió y una joven entró con un par de botellas en las manos, las cuales colocó sobre la mesa. Cristina tomó una de ellas, ya que tenía mucha sed debido a los nervios.

De repente, el ejecutivo que entró resultó ser nada menos que Damiano en persona. Cristina tosió al verlo, ya que se atragantó con el líquido que tenía en la garganta. Tim le dio un golpe en la espalda y ella se limpió la boca con el abrigo, mostrando las heridas de las muñecas.

—Buenas tardes, señorita Navarro —dijo Damiano y se sentó al otro lado de la mesa, fingiendo que no la conocía.

—Buenas tardes —balbuceó Cristina en respuesta, siguiendo el juego.

—Mi compañero me dijo que desea retirar todo su dinero.

—Sí, por favor —respondió de forma escueta y asintió, evitando mirarlo a los ojos para no quebrarse.

Tim tenía una pistola en el bolsillo de su chaqueta, la cual sostenía con la mano izquierda, mientras apretaba la mano de la joven con demasiada fuerza.

Cristina hizo una leve mueca y Damiano apretó los dientes al darse cuenta, pero continuó con la actuación. La policía estaba en camino y solo era cuestión de tiempo antes de que llegaran.

—Bien, tendrá que firmar un documento para poder hacerlo. Además, el dinero tiene que ser retirado de la bóveda, lo que puede tomar unos treinta minutos.

—Está bien, esperaremos —dijo en voz baja, sin mirarlo.

Nunca esperó encontrarse con él en ese lugar, pero lo que no sabía era que Damiano, al recibir la alerta, bajó ansioso en el ascensor para corroborar que ella estuviera bien. La joven tenía el rostro amoratado, estaba pálida y tenía profundas ojeras, pero estaba viva, y eso fue lo único que le importó.

—¿Está segura de que no quiere un café? Parece que tiene frío —mencionó Damiano, notando que Cristina temblaba a pesar de sus esfuerzos por controlarse.

—No queremos nada, solo el dinero —dijo Tim, bastante desesperado.

—Vuelvo con los papeles para realizar la transacción —explicó Damiano y se levantó de la silla.

Se encaminó hacia la puerta y miró de reojo a Cristina, quien reprimió un sollozo cuando Tim casi le quebró la muñeca. En un estallido de furia, Damiano se giró con ira y se abalanzó sobre el joven, golpeándolo directo en la cara y derribándolo al suelo.

—¡Sal de la habitación! —gritó Damiano, quien se levantó y rodeó la mesa para salir.

Tim gruñó y, en cuanto pudo, metió la mano en la chaqueta para agarrar el arma. La sacó y apuntó directo a la cabeza del moreno.

—Si sales por esa puerta, voy a matarlo —le advirtió Tim a Cristina.

—¡Vete! —ordenó Damiano de nuevo, pero ella se detuvo.

Cerró los ojos, apretó los labios temblorosos y las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas. Se giró para ver cómo tenía a su amado en la mira del arma. Damiano, horrorizado, observó cómo Cristina no obedecía su orden y sacudió la cabeza entre sollozos.

—Camina hacia acá, ahora —le indicó Tim y ella hizo lo que le ordenó. Cuando se acercó, él le agarró el cabello y colocó el arma en su cuello.

—¡Maldito hijo de puta! Déjala en paz —bramó Damiano, horrorizado.

—¡Te salvé de que te violaran una docena de hombres y así me pagas! —le reclamó Tim enfurecido, ignorando al moreno que miraba a Cristina con el corazón hecho pedazos.

—No, por favor... —balbuceó. Cuando Tim tiró con más fuerza, la joven soltó un grito de dolor.

El joven se dio cuenta de la desesperación de Damiano y sonrió con malicia.

—Ahora tú vas a traerme ese dinero, o si no, voy a matarla. Además, te advierto que, si salgo y me encuentro con la policía, no dudaré en apretar el gatillo. ¿Me entendiste? —bramó al oído de la joven, quien cerró los ojos aterrorizada.

—Voy a traer lo que pides, pero no le hagas daño —suplicó Damiano, abriendo los ojos y levantando las manos, rindiéndose a sus demandas.

Tim se colocó detrás de la joven, cuyo cuerpo apenas alcanzaba su pecho, y pasó su brazo alrededor de su cuello, con el arma presionada contra su sien.

—Si entra alguien más que no seas tú, o veo algún movimiento sospechoso, ella morirá —dijo desquiciado.

—No tienes que cometer una estupidez, en cuanto tenga el dinero, lo traeré —aseguró Damiano, aunque no confiaba en el sujeto que se sentía cada vez más acorralado.

Salió apresurado y descubrió que las oficinas habían sido evacuadas y cerradas al público. Gregg y Elliot estaban esperando afuera.

—Quiere el dinero de la cuenta y si no se lo entrego, la matará.

—¿Por qué no esperaste a que llegáramos? —le recriminó el policía, y Damiano sacudió la cabeza.

—El joven estaba muy nervioso y casi le rompió la muñeca —explotó Damiano, levantando una mano y un hombre se acercó —. Saca veinte millones de la bóveda y ponlos en dos bolsas de lona —ordenó, y el hombre salió corriendo.

—¿Le entregará el dinero? —preguntó Elliot.

—Por supuesto. Si quiere el dinero, que se lo lleve —respondió Damiano al oficial.

—¿Cómo está Cristina? —indagó Gregg.

—Bien, solo un poco golpeada —confesó con la voz afectada.

Se llevó las manos a la cabeza y lanzó un grito.

«¿Por qué demonios se quedó cuando tuvo la oportunidad de salir corriendo por la puerta?», se preguntó, aunque la respuesta se estrelló en su rostro.

Se quedó por él, porque lo amaba a pesar de todas las vilezas que le había hecho, y eso lo estaba matando.

Gregg y el policía se sorprendieron por la reacción de Mateus, que se acercó a una pared y se dobló soltando un grito para disimular su dolor. Damiano era un hombre orgulloso que pecaba de soberbio, pero en ese momento solo veían a un hombre destrozado por los errores que había cometido. Inhaló profundo y se serenó.

Si alguien iba a salvar a Cristina, sería él. Si ella moría, nunca se lo perdonaría. Aunque estuviera casada con otro hombre, no permitiría que le hicieran más daño. Había sufrido suficiente por su culpa. Disimulando su dolor se limpió las lágrimas y se recompuso.

El hombre que había enviado a la bóveda regresó minutos después con lo que le había pedido.

—Aquí está, señor —indicó, depositando en el suelo las dos bolsas llenas de dinero. Los billetes eran de alta denominación y aun así eran bastantes.

—Gracias —respondió Damiano y las tomó—. Si los mira aquí afuera, la matará.

Elliot levantó la mano ordenando que la gente saliera.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el agente.

—Voy a intercambiarme por ella —dijo decidido.

—Ese chico es muy peligroso, puede matarlo.

—No me importa, solo quiero que la deje ir —masculló entre dientes y caminó directo a la oficina.

Se paró en la puerta y la abrió despacio.

—Tengo el dinero, no dispares —anunció en voz alta.

—¡Entra! —gritó Tim, quien sudaba en exceso con el pulso acelerado.

Damiano entró y cerró la puerta a sus espaldas. Dejó las dos bolsas de lona sobre la mesa y se alejó hacia una esquina con las manos en la cabeza.

—¿Está todo el dinero?

—Sí, ahí está todo —le aseguró.

El joven se acercó y echó un vistazo a las maletas; era demasiado pesado para él solo.

—Bien, coge las dos bolsas —le dijo a Damiano apuntándole.

—Te ayudaré con la condición de que ella se quede.

—No —gritó la joven, y Tim le golpeó con el arma, haciendo que cayera al suelo inconsciente.

—¡Te dije que no le hicieras daño, cabrón! —le reclamó Damiano, pero Tim se giró apuntándole.

—Así no dará problemas. Ahora abre la puerta y luego levanta las bolsas; si haces un movimiento, te mato, ¿entendiste? —le dijo amenazándolo.

Damiano asintió e hizo lo que se le ordenó. Una vez listo, se giró hacia la puerta. Tim pegó el arma en su cuello, al salir se dio cuenta de que el banco estaba vacío y sonrió de lado. No era tan ingenuo como para creer que la policía no estaría presente; tuvieron tiempo de sobra para llegar.

—¡Quiero un auto en la puerta o lo mato! —gritó Tim, y Elliot salió de detrás de una mampara con las manos en alto.

—Te daremos lo que pides, pero baja el arma.

—No soy tan estúpido. Si no quieren que este tipo se muera, harán lo que les digo. Solo quiero irme y que no me sigan —exclamó alterado.

—Tendrás el auto esperando, pero si le haces daño, no podré hacer nada por ti, muchacho —dijo Elliot, intentando persuadirlo.

—Cristina está inconsciente en la oficina —murmuró Damiano, y Elliot asintió.

El agente tomó la radio que tenía enganchada en el cinturón y solicitó un vehículo.

—Tu auto estará afuera.

Tim empujó a Damiano, quien caminó hacia la salida del banco con los dientes apretados. Las puertas automáticas se abrieron y se encontraron con el auto encendido y la puerta abierta. No había nadie a la vista, solo las barreras de la policía.

Apresurados, se metieron al auto y se perdieron en el tráfico de la tarde.

Gregg corrió hacia la oficina y encontró a Cristina en el suelo, con sangre corriendo de sus labios y un hematoma en su mejilla derecha.

—¡Maldito hijo de puta! —murmuró y levantó a la joven para sacarla del lugar. Era necesario que fuera revisada por un médico.

La joven emitió un gemido de dolor y abrió apenas los ojos.

—Damiano...

—Todo estará bien. Vamos, necesitas que un médico te revise.

—Se lo llevó —mencionó afectada.

—Mateus es un hombre que puede defenderse solo —le aseguró. El auto tenía un rastreador y varias patrullas lo seguían a distancia.

Ella asintió y dejó salir un sollozo, pegando su cara en el pecho de Gregg y cerrando los ojos.

Salió a la calle con la joven en brazos y se acercó a una ambulancia que estaba a la vuelta de la esquina. Allí la entregó a los paramédicos. Gregg se sintió aliviado, porque todo había terminado y ella estaba a salvo.

# Capítulo 46



# Todo ha terminado

La joven despertó horas después en el hospital St. Thomas, ubicado a quince minutos del banco. Gregg llamó a Omar, quien de inmediato se trasladó al lugar. La noticia del secuestro de su esposa se había difundido en las noticias, por lo que llamó a su padre para informarle que Cristina estaba fuera de peligro. El hombre elogió a su hijo y le ofreció su casa de descanso en una de sus islas privadas. Omar agradeció el gesto, pero le dijo que primero hablaría con su mujer para saber qué quería hacer.

Ahora estaba sentado junto a la joven, con su mano entre las suyas. Su rostro mostraba un hematoma bastante severo y estaba conectada a una vía debido a la deshidratación. Omar apreciaba mucho a su amiga y se asustó muchísimo cuando se enteró de su desaparición.

—Hola, esposa mía —dijo con una sonrisa, animándola, y le dio un beso en los nudillos —. Casi me muero cuando supe que estabas desaparecida —confesó.

Cristina le devolvió la sonrisa, pero las lágrimas inundaron sus ojos.

—Hola —respondió, conteniendo un sollozo.

—Ey, todo estará bien. Arrestaron a todos los culpables gracias a ti —le informó, tratando de consolarla.

—Mataron a muchas jóvenes inocentes, todo por dinero... —expuso con la voz ahogada.

—Pero ya no podrán hacerlo más —le aseguró, mirándola a los ojos, y ella asintió.

—¿Y Damiano?

—Hace unas horas lo rescataron. Está bien —le explicó.

—Me salvó la vida...

Omar torció los labios y exhaló con pesadez. Cristina tenía que olvidar a ese hombre que tanto daño le hizo.

—Recuerda que lo que te ocurrió fue porque te echó en la madrugada sin importarle lo que te pasara —la interrumpió sin miramientos, y ella cerró los ojos, sintiéndose muy cansada.

—Mi familia debe estar preocupada —dijo, cambiando de tema.

—Hablé con tu hermano. La noticia de tu secuestro está en las redes y no quise que se enteraran por terceros. No le dijo nada a tus padres para no preocuparlos, pero ya sabe que estás bien.

—Gracias —mencionó, aliviada.

—Te tomarán declaración por la tarde, así que no será necesario que vayas a la estación de policía. Después de eso, puedes ir a donde quieras.

—Quiero regresar a a casa —aceptó con la voz ahogada.

—¿Estás segura?

—Extraño mucho a mi familia —admitió, con lágrimas en los ojos.

—Está bien, pero recuerda que en seis meses debemos casarnos por todas las leyes, como acordamos con mi padre.

Aunque prácticamente ya estaban casados, el matrimonio aún podía anularse según sus leyes.

—No se me olvida.

—Está bien, pero no puedes irte sola. Tendrás que llevar escolta. México es un país muy peligroso —señaló Omar, y la joven frunció los ojos.

—Porque aquí es tan seguro, ¿verdad? —dijo con ironía, y Omar hizo una mueca.

—No importa, tienes que estar protegida. Además, ahora saben que estás relacionada con la familia Al Fadid.

—Lo comprendo —susurró.

—Tómate el tiempo que necesites para recuperarte, pero también está la opción de irnos a una casa de descanso. Mi padre me llamó muy preocupado y me dijo que la isla está a nuestra disposición. Allí nadie nos molestará y tu padre podrá recuperarse en un lugar hermoso.

—No es mala idea, pero debo consultarlo con mi familia. ¿Podrías enviar por mis cosas a la casa de Damiano?

—No te preocupes, Gregg se está encargando de eso. Descansa y, en unas horas, regresaré por ti. Por cierto, Morrison te manda saludos.

—Gracias. Dile que estoy bien.

Se inclinó y le dio un beso tierno en la mejilla. Omar había desarrollado un gran cariño por Cristina. Se había convertido en su cómplice, aliada y amiga, y la protegería a toda costa.

Gregg entró a la habitación de servicio que ocupaba Cristina en la mansión junto con uno de sus hombres, para sacar sus pertenencias que estaban sobre la cama.

—Carga todo esto en la camioneta —le pidió a Ted, señalando una maleta grande, la mochila de la laptop y una caja de cartón.

Damiano caminó hacia la habitación con un nudo en el estómago. Apenas regresó a su casa, encontró un auto estacionado frente al portón. Le informaron que un par de hombres estaban recogiendo las pertenencias de Cristina.

Se paró en el umbral de la puerta y miró la cama con el rostro desencajado, recordando lo último que ocurrió sobre ese colchón. Lo mezquino y ruin que se había comportado con la mujer

que amaba. Lo más doloroso era que solo fue capaz de aceptarlo cuando la vio en esa oficina, en peligro de muerte, pero ya era demasiado tarde.

—Buenas noches, señor Mateus. Estamos recogiendo las cosas de la señora Al Fadid —anunció Gregg con satisfacción.

En su opinión, se merecía el desprecio de Cristina, pero sabía que la joven seguía enamorada. Sin embargo, no sentía ninguna consideración hacia Damiano.

El moreno apretó la mandíbula y sus labios formaron una línea delgada, dejando clara su molestia al oír ese apellido. Ted tomó las cosas y los dejó solos.

—¿Cómo está Cristina? —preguntó interesado.

—La trasladaron al hospital, solo sufrió el golpe, pero su esposo la está cuidando.

—Me gustaría hablar con ella...

Gregg sacudió la cabeza de forma negativa y frunció los labios, interrumpiéndolo.

—No creo que sea lo más conveniente, señor Mateus. Ahora es una mujer casada y no necesita más problemas.

Damiano se cruzó de brazos y asintió. Lucía bastante golpeado, ya que se enfrentó a Tim cuando intentó matarlo. Tenía un par de costillas rotas y el hombro dislocado. Estaba vivo gracias a la intervención oportuna de la policía, que acabó con la vida del joven.

—Tienes razón —admitió, se dio media vuelta y recorrió el pasillo apesadumbrado, para asombro de las mujeres de servicio.

Gregg resopló molesto, pero sabía que era lo mejor para Cristina.

# Capítulo 47



# De vuelta a casa

Hacía dos meses que Cristina había regresado a su ciudad natal. Como aún no tenían un hogar propio, se alojó en el hotel donde se encontraba su madre y su hermano. El padre de Omar le envió uno de sus aviones para que la joven viajara junto con dos hombres que ahora la escoltaban.

Al llegar a la ciudad, disfrutó del clima cálido. Extrañaba sentir el sol en su piel y contemplar el cielo azul, pero después de años viviendo en el frío de Londres, el calor la estaba agotando. Así que, si no estaba en la habitación de su padre, se encerraba en la suite del hotel.

En dos días darían de alta a Mauricio, ya solo necesitaría fisioterapia durante unos buenos meses, pero se recuperaría por completo y eso llenaba de alegría a Cristina. Eran las doce del día y estaba sola en la habitación porque a su padre se lo llevaron para hacerle una tomografía, eran los últimos estudios antes de darle el alta. La joven estaba sentada leyendo un libro que había descargado en su móvil y estaba muy entretenida.

—¿Qué haces? —preguntó su madre, quien entró con un café frío con crema batida y un sándwich de jamón con cuatro quesos, del cual se había aficionado desde que regresó.

—Leyendo —exclamó Cristina y puso su móvil en la mesilla.

—Aquí está lo que me pediste —dijo su madre, colocando una bolsa de papel y el vaso con hielo.

—Tengo mucha hambre —admitió la joven.

—Últimamente tienes demasiada hambre y siempre estás cansada, deberías hacerte exámenes clínicos, puede que estés anémica —señaló su madre. Cristina hizo una mueca porque no le agradaba la idea de que le sacaran sangre—. No seas miedosa, solo tienes que bajar un piso para ir al laboratorio —dijo recordándole que estaban en el hospital.

La joven se encogió de hombros y exhaló resignada.

—Está bien, mañana me haré una serie de estudios y luego iré a consulta para que los revise un médico.

Cogió la pajilla, le quitó el plástico que la recubría y luego la deslizó dentro del vaso con el logo de Starbucks.

—¿Hablaste con Omar? —indagó Mireya y la joven asintió mientras succionaba el delicioso café frío.

Con un sonido de satisfacción, terminó de tomar la bebida y luego abrió el sándwich. Su madre tenía razón: tenía hambre a todas horas, sueño y cansancio.

—Sí, quiere que regrese —le explicó, pero ladeó la cabeza y frunció el ceño, no muy animada.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Siento que, si me marcho, ya no volveré. Es como si hubiera perdido mis raíces, no sé, me siento nostálgica —admitió apesadumbrada. No tener un hogar la hacía sentir perdida.

Su madre se sentó junto a ella y la abrazó.

—Nosotros también nos iremos. Por desgracia, ya no nos queda nada aquí. Tu hermano necesita un nuevo comienzo. Es el más perjudicado, ha perdido la beca, a sus amigos y tal vez la oportunidad de tener un futuro...

—Claro que tendrá un futuro y uno muy bueno. El próximo ciclo puede ingresar a un colegio en Londres...

—No queremos ser una carga. Creemos que nos iría mejor si nos mudamos a Guadalajara —expuso con una sonrisa triste.

Mauricio fue despedido y ni siquiera le quisieron dar una carta de recomendación después de tanto tiempo trabajando, alegando que tenía antecedentes penales. Si no hubiera sido por el embargo de sus bienes y el pago de una compensación que hizo Cristina por el daño a los afectados, lo habrían enviado a la cárcel.

—Nunca podrían ser una carga, somos familia… —dijo la joven tratando de convencer a su madre.

—Sabes que debes volver con tu marido. Si él es el hombre que elegiste para formar una familia y vivir a su lado el resto de tu vida, debes quererlo mucho. No creas que no te he oído llorar por las noches, sé que lo extrañas —mencionó, y la joven abrió los ojos sorprendida, porque era cierto que había llorado todas las noches, pero no por Omar.

Cristina se mordió los labios para no confesarle la verdad sobre su matrimonio, pero tarde o temprano tendría que hacerlo.

—Lo extraño —dijo con un nudo en la garganta, y sin querer, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pronto estarás a su lado. No estés triste.

Ella asintió y sonrió más por compromiso. Si su madre supiera que el hombre al que añoraba tanto era un egoísta desalmado que la había tratado fatal durante meses, y que, a pesar de todo, lo amaba y lo extrañaba, la consideraría una estúpida.

Se sentía patética porque tenía una foto en su móvil que miraba todas las noches y luego no podía controlar sus lágrimas.

—Madre, te lo digo en serio. Los tres van a irse conmigo, no pienses que los voy a dejar solos, además los necesito —confesó con tristeza.

—Mi niña, sabes que siempre estaremos aquí para apoyarte, pero hemos abusado de tu esposo. Ha pagado por todo y no queremos causarle más problemas —agregó apenada.

—Te aseguro que estará contento de que estén conmigo, por favor…

La puerta se abrió y un enfermero ingresó a la habitación con su padre en una silla de

ruedas. Cristina se limpió una lágrima y le sonrió. El hombre detuvo la silla a un lado de la cama y luego lo ayudó a recostarse; apenas lo acomodó, se marchó.

—¿Cómo te fue? —preguntó interesada. Adoraba a su madre, pero su padre era su debilidad.

—Muy bien, mañana me retirarán el yeso, pero el hueso ya está soldado. Necesitaré usar un andador, pero solo será por un par de meses y luego usaré un bastón.

La joven se levantó, se acostó de lado sobre la cama de hospital y abrazó a su padre.

—Pronto estarás corriendo de nuevo —le aseguró su hija, y Mauricio sonrió.

Tenía que ser fuerte por su familia y no se daría por vencido. La terapia con la psicóloga le había ayudado mucho; debía perdonarse a sí mismo para poder seguir adelante. Era un hombre muy activo, practicaba diferentes deportes y correr por las mañanas era parte de su rutina.

La puerta se abrió y su hermano Raúl entró a la habitación. Desde que llegó a la ciudad, practicaban todos los días inglés y el joven había mejorado mucho.

El muchacho estaba muy entusiasmado con la idea de ingresar a un colegio privado en Londres, y aunque perdería un año, sería más fácil para obtener una oportunidad en la universidad.

No le mencionaron nada a su madre, porque no querían agobiarla, pero entre los hermanos hablaron largo y tendido sobre el tema. Incluso Raúl estaba considerando la posibilidad de entrar a un internado.

—Por ahora, me conformo con dejar la silla de ruedas —admitió, cerró los ojos y apoyó su mejilla en la cabeza de Cristina. Amaba a su hija y ahora le estaba agradecido por haberlo salvado de la cárcel.

—Veo que todo salió bien —anunció el joven mientras se sentaba en un sofá junto a la cama de hospital.

—Sí, gracias a Dios —dijo su madre emocionada. Notó la mejoría de su esposo desde que su hija regresó y estaba agradecida por ello.

—En dos días te darán el alta, papá —mencionó la joven, mordiéndose el labio inferior, esperando la reacción de Mauricio.

—Por fin, llevo demasiado tiempo encerrado.

—¿Qué les parece si nos vamos a descansar unos meses? —les propuso al tiempo que se levantaba para sentarse. Quería observar la reacción de su padre.

—Necesito empezar la fisioterapia.

—Lo sé, pero eso se puede resolver —aseguró con una sonrisa que parecía más una mueca fingida—. Imagínense, nos vamos un par de meses a descansar lejos de hospitales y de cualquier persona que nos conozca —dijo entusiasmada.

—¿Tu esposo árabe va a financiarlo? —preguntó su hermano con sarcasmo.

—No seas grosero —le reprochó su madre.

—Pues sí, su padre nos ofreció una casa que tiene en Ibiza para el verano.

—¿Cómo se te ocurre? Son demasiados problemas —decretó su padre.

—¡Por favor! Después, si quieren volver a México, lo respetaré, se los prometo —suplicó con un puchero, y el hombre sacudió la cabeza.

—Está bien —respondió Mauricio, y el joven soltó un grito.

—Luis no me va a creer, no le he dicho que te casaste con Alibaba sin los ladrones —exclamó. Luis era su primo y el único amigo que le quedaba.

Cristina frunció los ojos ante los comentarios de su hermano, quien incluso cuestionó si tendría que llevar burka y caminar detrás de su esposo, burlándose. La joven respondió golpeándolo varias veces en la cabeza.

Aunque Cristina les explicó que todavía no estaban casados, ya que solo habían firmado un compromiso matrimonial y que la ceremonia se llevaría a cabo en seis meses, Mireya le dijo que para ella era como si ya estuvieran casados porque había firmado un contrato con el joven.

—Qué tonto eres, en serio —dijo molesta—. Cuando conozcas a Omar te darás cuenta de que no es nada de lo que dices. Apenas tiene veinticuatro años...

—Hermana, eres una cougar, porque como su sugar mami no puedes —interrumpió con una risita, cruzando los brazos.

Cristina gruñó molesta, y su madre intervino para poner orden.

—Deja en paz a tu hermana y quiero que te comportes. No nos hagas pasar vergüenzas con ese joven.

—Mamá, ¿crees que voy a hacer esos comentarios delante de su marido?

Las dos mujeres lo miraron con una ceja levantada, y el joven hizo una mueca indignado.

—Más te vale —le advirtió su padre.

—Lo que sigo sin entender es por qué te dieron una dote por casarte con él. Debería ser al revés —comentó su hermano.

—Así es en su país, y cállate, que con esa dote voy a pagarte el internado —le advirtió su hermana, lanzándole una mirada asesina.

—¿Internado? —chilló su madre, y Cristina se dio cuenta de que había metido la pata.

—¿No te podías quedar callada?

—¡Ups!, se me escapó —dijo con cinismo.

—¿Qué internado? —insistió su madre, abriendo los ojos porque no estaba enterada.

—Quiero entrar a un internado en Londres. Cristina me dijo que, si termino la

preparatoria allá, será más fácil entrar a la universidad, pero tendré que repetir el último año. Puedo asistir solo a las clases o vivir en el campus —explicó a sus padres, quienes lo miraron sorprendidos.

Mauricio aclaró su garganta y pasó la lengua por los labios.

—Es una buena oportunidad —admitió su padre, sintiéndose culpable por haber arruinado su futuro. Su error y estupidez habían convertido a su familia en parias.

—Pero vas a estar solo —señaló su madre, y Raúl miró a Cristina.

—Mi hermana vivirá en Londres con su esposo.

—Es que todos podemos vivir juntos… —agregó la joven, sin perder las esperanzas de llevarlos con ella.

Su padre frunció el ceño y sacudió la cabeza negativamente.

—No podemos ir a vivir contigo, hija. Te amamos, pero no podemos depender de ti. No dominamos el idioma, ¿cómo voy a conseguir trabajo?

—Te dije que la dote es para el padre de la novia. Sé que no quieres el dinero...

—No, mi cielo, nunca aceptaría dinero por mi hija. Sería como si te estuviera vendiendo. Respeto las costumbres de tu esposo, pero no me sentiría bien. Me parece bien que Raúl se vaya contigo, porque es bueno para su futuro, pero nosotros no —declaró tajante.

—No nos adelantemos —dijo su madre, dándose cuenta de que Mauricio se ponía a la defensiva.

—Mi mamá tiene razón. Primero tienes que recuperarte y luego ya veremos —sugirió, no queriendo que se arrepintieran de irse con ella.

Mauricio era un hombre que, a pesar de haberlo perdido todo, no estaba dispuesto a perder su orgullo, que era lo único que le quedaba.

El estómago de Cristina hizo ruidos extraños y todos la miraron.

—Parece que tienes un león rugiendo por comida —señaló su hermano.

—Ya te dije que te hagas estudios. No es normal que tengas tanta hambre. Puedes estar anémica. Regresaste en los huesos de allá, parece que no comías nada —la reprendió su madre, y Cristina torció los ojos, porque le parecía exagerada su afirmación. Había bajado una talla de ropa, pero no era para tanto, al menos eso pensaba la joven.

—Sí, mamá. Mañana me los haré —agregó para que dejara de hablarle sobre su peso—. Ahora quiero una sopa de tomate servida en un pan rústico —confesó, saboreándose la comida.

—Pero si tú odias la sopa de tomate —le recordó Mireya.

—No sé, se me antojó —admitió y arrugó la nariz.

—Mujer, te quejas de que está flaca y ahora que está comiendo, también te quejas. Mejor

vayan y me traen algo, porque esta comida me está matando.

El hombre, desde el accidente, había perdido cerca de diez kilos y se veía bastante delgado.

—No es tan mala la comida que te dan —expuso su esposa.

—Pero dos meses comiendo vegetales al vapor me está agotando —admitió Mauricio. Su hija soltó una risita y le dio un beso en la mejilla.

—Ve con Raúl. Yo me quedaré con tu padre —le sugirió su madre.

—Está bien, ¿no se te antoja una pizza de camarones? —le preguntó a su hermano, con una sonrisa.

—Me convenciste, te acompaño —aceptó y se levantó del sillón.

La madre de la joven se acercó a su padre, peinó su cabello y le dio un beso lleno de amor.

Cristina agarró su bolso y el móvil que había comprado al llegar a la ciudad. Se despidió de sus padres y les pidió que le mandaran un mensaje con lo que deseaban comer.

En el exterior de la habitación había dos hombres enviados por Gregg. Aunque no había viajado con ella, siempre la cuidaban. La acompañaban a todas partes y no la dejaban sola ni un solo momento.

# Capítulo 48



# ¡ Es imposible!

Cristina se levantó temprano, se duchó y se vistió con rapidez para cruzar la calle hacia el hospital. Había pasado una mala noche. Después de disfrutar de la tan ansiada sopa, le cayó mal y tuvo reflujo debido a la acidez del tomate, algo que planeaba mencionarle al médico.

Descendió a la recepción del hotel y encontró a los dos hombres sosteniendo tazas de café. Faruk era de origen turco, de piel morena, con una cuidada barba de candado. Era alto y musculoso, aunque no era guapo, tenía un atractivo que volvía locas a las enfermeras del hospital que lo miraban y se reían como adolescentes cachondas. Mientras tanto, Jan era un hombre de mediana edad, de origen catalán, con ojos de color verde oliva, tez blanca y cabello castaño claro. A simple vista parecía tener una expresión seria, pero era muy amable.

Los dos hombres la cuidaban y reportaban a Gregg, quien se había convertido en el jefe de seguridad de Omar. El mes pasado, el joven había asumido el cargo de CEO en las oficinas de Londres y ahora tenía que lidiar con su hermano mayor, quien relevaría a su padre en la empresa dentro de un mes, lo que lo tenía muy nervioso.

—Buen día —saludó Cristina.

—Buen día —respondieron los dos hombres en español, habían sido elegidos por su fluidez en el idioma.

—Voy al hospital a hacerme unos estudios —anunció la morena, y los dos hombres la miraron extrañados—. Relájense, no tengo nada grave, pero mi madre insiste así que le daré el gusto —admitió, arrugando la nariz.

Se dirigió hacia la puerta y antes de llegar, Faruk la abrió para salir a la calle. Tenían un auto de alquiler, pero era raro que lo utilizaran, ya que el hospital se encontraba al cruzar la calle. Al entrar, una enfermera miró al turco y Cristina frunció el ceño. Subieron al ascensor y ella contuvo una risita.

—Otra admiradora más —comentó con ironía, y Jan sonrió de lado.

—Las novelas turcas están de moda —añadió el catalán, y Faruk lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿En serio? —exclamó la joven, quien no solía ver televisión.

—Eso fue lo que dijo tu madre —admitió Jan, y Cristina sacudió la cabeza.

—Hasta podrías regresar casado —bromeó la morena, y él hizo un gesto de negación. A sus treinta años, lo último en lo que pensaba era en casarse, a diferencia de Jan, quien era divorciado.

Los dos hombres vestían pantalones formales y camisas de manga larga, ya que, a pesar del calor en la ciudad, dentro del hospital parecía un congelador. Mientras tanto, Cristina prefería llevar leggings y blusas de manga corta, aunque siempre llevaba consigo un suéter.

—Cuando salgamos, quiero ir a desayunar crepas —declaró, y los hombres la miraron.

Ambos notaron el aumento de apetito de la mujer y cómo sus caderas comenzaron a llenarse, pero les pareció inapropiado hacer algún comentario. Además, en su opinión, se veía mejor así.

—Estaremos esperando aquí —dijo Jan, y ella asintió.

Entró en la pequeña oficina y fue recibida por una joven con una sonrisa, a pesar de su expresión de cansancio.

—Buen día, quiero realizarme unos estudios generales. Ya sabes, de glucosa, colesterol, y demás análisis —solicitó Cristina al acercarse al mostrador de la recepción del laboratorio.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó la joven.

—Cristina Navarro —respondió, mientras la joven anotaba su nombre en una libreta y marcaba las casillas correspondientes a los estudios solicitados.

—¿Los resultados son para algún médico en particular? —inquirió la joven, curiosa.

—No, en realidad no tengo un médico específico, pero planeo llevar los resultados a consulta con alguno de los doctores del hospital. Es solo para tranquilizar a mi madre, ya sabes cómo son, siempre preocupadas. Además, he tenido mucha hambre y piensa que podría tener algún problema de salud —explicó Cristina, mientras la joven sonreía de manera pícara.

—Oh, entiendo. A mí me pasó lo mismo —confesó la joven, vestida con un mono azul oscuro y con una credencial colgando del cuello, guiñándole un ojo de manera cómplice.

—A ti también te pasó, ¿qué cosa? —preguntó Cristina, entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Sí, durante mi primer embarazo siempre tenía hambre, era insaciable —respondió mientras ingresaba los datos de Cristina en la computadora.

—Pero yo no estoy embarazada. De hecho, no puede ser, he tenido mi periodo normal. Es imposible que esté embarazada —se apresuró a aclararle.

La última vez que había tenido relaciones sexuales fue con Damiano, y ya habían pasado más de dos meses desde entonces.

—He visto cosas más extrañas. Voy a agregar una prueba de embarazo a tus estudios, solo por si acaso, así saldrás de dudas —insistió la joven, sonriendo. Sin embargo, Cristina arqueó una ceja, no muy convencida del consejo.

—No creo que sea necesario…

—El médico siempre necesita la mayor información posible, y no pierdes nada haciéndola —insistió la joven, mientras Cristina fruncía los labios, indecisa.

—Está bien, de acuerdo —aceptó a regañadientes.

—Ven conmigo para extraerte sangre y luego puedes tomar la muestra de orina en el

baño —explicó la joven, señalando hacia una puerta.

«Esta mujer está fuera de sus cabales, no puede ser que esté embarazada», pensó Cristina incrédula, pero decidió no discutir y seguir el procedimiento.

Tras extraerle sangre, Cristina se dirigió al baño y luego salió con la muestra de orina en la mano. Pagó con su tarjeta de crédito y abandonó el lugar. No quería dejarse llevar por la sugestión. Era imposible que estuviera embarazada. Tal vez tenía algún problema con la insulina que le generaba tanto apetito, se convenció a sí misma.

Había estado investigando en internet y coincidían muchos de los síntomas. Los resultados le serían enviados por correo electrónico alrededor del mediodía, por lo que la espera no sería tan larga.



Cristina lloraba inconsolable en el baño del hotel. Después de desayunar junto a su hermano y los dos guardaespaldas con los que solía pasar mucho tiempo, regresó a su habitación para tomar una siesta debido al cansancio. Nadie la despertó hasta que el sonido de un mensaje en su teléfono móvil lo hizo. Era una notificación de correo electrónico. Al abrirlo, encontró los resultados de sus análisis. Todos los parámetros estaban dentro del rango normal, excepto el examen de embarazo, que dio positivo.

Preocupada, la madre de Cristina golpeó la puerta de su habitación. Su hijo le informó que su hermana llevaba más de una hora encerrada en el baño, llorando desconsolada.

—Mi amor, ¿qué te sucede? —preguntó su madre desde fuera.

La joven estaba sentada en el suelo frente al inodoro, después de haber vomitado todo lo que tenía en el estómago. Permaneció allí, con la mirada fija en el suelo, abrumada por la noticia. Mireya solo podía escuchar los sollozos de su hija.

—Me estás asustando, por favor, abre la puerta —suplicó su madre, y la joven se levantó del suelo frío. Tomó papel y se secó la nariz que le goteaba. Era algo que no podría ocultar por mucho tiempo, y ahora, ¿cómo enfrentaría a Omar?

—Dame un momento —gritó con la voz congestionada. Se puso frente al espejo del lavabo, cogió su cepillo de dientes, aplicó pasta dental y, después de lavárselos, se echó agua en la cara y se secó con una toalla limpia. Observó en el espejo su nariz roja y los ojos hinchados; se veía terrible. Sacudió la cabeza y respiró profundo para calmarse.

Al salir, encontró a su madre sentada en el sofá de la suite.

—Tengo algo que contarte, ya recibí los resultados... —dijo con lágrimas en los ojos y se sentó junto a su madre. Su rostro reflejaba angustia y tenía un nudo en el estómago.

—¿Tienes algo malo? —exclamó la mujer, llevándose las manos a la boca—. ¿Estás enferma? Sí, lo sabía… —prosiguió sin dejarla hablar, y comenzó a maldecir.

—No, mamá...

—Lo sabía, no era normal la forma en que comías, tú no comes tanto —continuó sin escucharla, lanzando una retahíla sin darle oportunidad de hablar.

—Mamá...

—Te dije que algo andaba mal.

—¡Estoy embarazada! —clamó, interrumpiéndola y soltándose a llorar.

Mireya cerró la boca, miró a su hija ladeando la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—¡Que estoy embarazada! —exclamó agitada, y la mujer la miró y luego sonrió con emoción.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—Es la mejor noticia que pudiste darme. Yo pensaba que estabas enferma, ¡qué tonta! —dijo sonriente.

—¿Estás contenta?

—Por supuesto, tienes veintiocho años, ya no eres una niña, y estás casada. ¿Cuál es el problema?

—Este bebé no es de Omar —confesó entre sollozos.

—¿Cómo que no es de tu esposo? —chilló horrorizada.

—No, no puede serlo, porque nunca me he acostado con él —admitió, y su madre abrió la boca impactada.

—¡Dios mío!, ¿cómo es posible?

—Tengo que contarte toda la verdad, no he sido sincera contigo...

—Pues más vale que empieces a hablar, Cristina Navarro, porque no te crie para que te casaras con un hombre y estuvieras embarazada de otro.

—¿Quieres pedir una botella de vino o tequila? —sugirió, y su madre se cruzó de brazos.

—¿Quieres emborracharme?

—Te juro que, si no estuviera embarazada, también me tomaría un trago.

Mireya era una mujer comprensiva, chasqueó la lengua y se levantó para agarrar el teléfono. Pidió una botella de vino tinto, agua y un plato de fruta para su hija, quien había vaciado el estómago en el baño y necesitaba comer algo debido a su condición.

Colgó el teléfono y regresó a sentarse en la cama. Mireya miró fija a Cristina, sus ojos

reflejaban una mezcla de preocupación y enojo.

—Ahora, empieza a hablar y más vale que no me ocultes nada —dijo con voz firme.

Cristina respiró profundo y comenzó a contarle todo lo que había pasado, sin omitir detalles importantes. Le confesó que estaba enamorada de Damiano, pero él no sentía lo mismo por ella, aunque la había salvado en el banco. Le explicó que no había sido sincera con respecto a Omar y le reveló su secreto bajo juramento de nunca revelarlo.

Mireya escuchó atenta, sintiendo cada una de las emociones que su hija expresaba. Al terminar, ambas terminaron llorando en la alfombra de la habitación.

—¿Ahora entiendes por qué me siento así? —preguntó Cristina entre sollozos.

La madre de la joven se levantó y fue a abrazarla, apretándola con fuerza y llorando junto a ella.

—Perdóname por haberte cargado con una responsabilidad que no te correspondía —suplicó Mireya entre lágrimas.

Después de escuchar todo lo que su hija había pasado, su corazón se rompió en pedazos y un sentimiento de culpa se apoderó de ella.

—Estás equivocada, soy adulta y tengo que asumir la responsabilidad de mis actos —respondió Cristina con voz entrecortada—. Además, nadie tiene la culpa de que me engañaran con la beca. Fui víctima de un grupo bien organizado que se aprovechó de muchas mujeres. Gracias a Dios, sigo viva. Muchas no corrieron la misma suerte que yo.

La emoción las invadió y se abrazaron una vez más, en un gesto de amor y comprensión.

—Ese hombre se aprovechó de ti, es un desgraciado. Ojalá se pudra en el infierno —maldijo su madre, afectada.

La joven sacudió la cabeza en desacuerdo.

—No digas eso, yo no le deseo ningún mal. Si cedí a todo lo que quiso fue porque me enamoré como una tonta —admitió, recordando el rostro de Damiano y sonrió entre lágrimas—. A pesar de todo, lo amo mamá, no puedo evitarlo. Me preocupa Omar porque su familia es muy tradicional y no quiero meterlo en problemas, pero él sabía de mi relación con Damiano.

—Entonces tienes que decirle la verdad, porque, aunque estés embarazada de ese hombre, sigues siendo su esposa.

—Lo sé, pero me da vergüenza.

—Nadie te juzgará. Yo, más que nadie, entiendo a la perfección que todos podemos tomar malas decisiones, pero no por eso debemos hacer penitencia para siempre. Nunca juzgaste a tu padre por la estupidez que cometió en busca de una mejor situación económica, ¿por qué nosotros tendríamos derecho a hacerlo?

—Gracias, no sabes lo aliviada que me siento al escucharte. Tenía miedo de que te avergonzaras de mí…

—Mi amor, nunca podría hacerlo. Siempre estaré orgullosa de la mujer en la que te has convertido y ese bebé que esperas será mi nieto, y por eso lo amaré.

La joven se refugió en los brazos de su madre y lloró hasta que se sintió aliviada. Mireya la dejó desahogarse y, cuando se calmó, le dio un beso en la frente.

# Capítulo 49



# Siempre seré honesta

La joven fue al baño a por más papel y, al regresar, cogió un plato de frutas del carrito de servicio porque tenía el estómago vacío. Se sentó en el suelo y colocó una almohada para apoyar la espalda.

—Por cierto, ¿cómo es el padre de mi nieto? —preguntó su madre interesada, curiosa por conocer al hombre que engañó a su hija siendo una mujer tan sensata.

—Es un hombre guapísimo, moreno y con ojos azules como el cielo. Tiene un rostro precioso y masculino. Es muy alto y tiene un cuerpo musculoso y definido —recordó enamorada, y su madre la miró con una sonrisa ladeada. Era evidente que Cristina estaba enamorada de ese hombre, ya que su rostro se iluminaba al describirlo.

—Estás describiendo a un superhombre —dijo con una risita, y Cristina quitó la cara de tonta. Agarró su móvil y buscó una foto de Damiano para mostrársela a su madre.

Era una selfie que habían tomado cuando estaban en la cama y Damiano no llevaba camisa, además, sonreía de oreja a oreja. Le entregó el móvil a su madre para que lo mirara y se cruzó de brazos.

Mireya sacó sus gafas y observó la imagen. La sonrisa se le borró de los labios y se le dibujó una enorme "O" de sorpresa.

—¿Es este hombre?

—Sí, él es —afirmó nostálgica.

—Ahora entiendo por qué te tenía toda pendeja. Vas a tener un hijo precioso —dijo llevándose la mano al pecho.

—¡Mamá! —se quejó por la sinceridad de su madre.

—Solo digo la verdad. Es viudo y tiene una hija, ¿verdad? —preguntó, y la joven asintió. Mireya entrecerró los ojos y ladeó la cabeza—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho —respondió.

Damiano, con diez años más que su hija, supo cómo seducirla. Además, era un hombre muy guapo, pero según lo que había escuchado, también era manipulador por naturaleza.

—Seguro que era buenísimo para coger —dijo con desvergüenza.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —exclamó escandalizada.

—Es solo que se nota. Los hombres más cabrones suelen ser los mejores en la cama y tener un pito más grande, pero no se lo digas a nadie, y menos a tu padre —dijo con complicidad, dando un sorbo a su copa y dejándola vacía. La joven abrió la boca para responder, pero luego la cerró—. Te lo digo, esa fórmula nunca falla.

—¿Entonces piensas que tengo que decírselo a Omar? —preguntó Cristina, dejando el

tema en paz.

—Cuanto antes lo hagas, mejor. Es tu amigo y si tuvo la confianza de sincerarse contigo, también debes hacer lo mismo.

—Tienes razón —aceptó y se frotó la frente, torciendo los labios.

—A ver, muéstrame la foto de Omar —le pidió Mireya con curiosidad.

La joven la buscó y se la enseñó a su progenitora, quien estaba un poco achispada por la botella de vino que se había tomado sola mientras le contaba toda la verdad.

—Vaya, qué guapo es y tiene unos ojos preciosos. Hasta se parece a ese modelo que sale con un bañador blanco pequeñito montado en un bote en el Mediterráneo, pero cuando era joven. No sé cómo se llama, pero anuncia un perfume que le compré a tu padre en su cumpleaños porque me encantó su póster cuando lo vi en la tienda —admitió con una risita, y Cristina torció los ojos.

—¿David Gandy? —dijo arrugando la nariz, ya que a ella no le parecía, y su madre asintió —¿Y de perdida huele bien el perfume? —preguntó la joven.

—Delicioso —dijo haciendo una señal con su mano, aprobándolo. Volvió a ver la foto del joven y soltó un suspiro —. Vaya, qué desperdicio —mencionó y le devolvió el móvil a su hija.

—Morrison no piensa que sea un desperdicio —dijo y soltó una risotada, recordando a la pareja de su ahora esposo.

—¿Entonces se piensan divorciar hasta que su padre se muera?

—Ese es el plan —admitió con una mueca.

—Te recomiendo que le llames y le cuentes. Te aseguro que te vas a sentir mejor. Voy a tomar una ducha porque debo volver al hospital. Te haré una cita con el ginecólogo, tienen que revisarte y darte vitaminas.

—Gracias.

La mujer se levantó y le dio un beso en la mejilla a su hija.

—Siempre estaremos contigo. No te voy a dejar sola —le aseguró, se despidió y dejó la habitación para permitir que su hija aclarara el lío en el que estaba metida.

La joven reflexionó sobre las palabras de su madre y al final tomó una decisión. A pesar de que ya eran las diez de la noche en Londres, confiaba en encontrar a Omar despierto. Puso el móvil sobre la mesa, se sentó en el suelo y buscó su contacto para hacer la llamada. Después de algunos timbres, apareció en la pantalla el rostro sonriente de Omar.

—Hola, esposa. Pensé que no me llamarías. Hace varios días que no hablas conmigo —anunció Omar con alegría, pero su rostro se preocupó cuando notó que Cristina estaba sonrojada —. ¿Te pasa algo?

—Tengo que darte una noticia y no sé cómo lo vas a tomar —dijo Cristina con una

mueca de preocupación.

—No me asustes, Cristina. Sabes que puedes decirme cualquier cosa —respondió Omar con ternura.

—Estoy embarazada —soltó Cristina de repente, encogiéndose de hombros.

—¡¿Estás embarazada?! —exclamó Omar, sorprendido. Morrison, quien estaba detrás de él, también se sorprendió ante la noticia.

—¿Estás embarazada? —repitió Morrison, asegurándose de haber escuchado bien.

Cristina asintió: —Solo te recuerdo que nunca hemos tenido relaciones sexuales —mencionó lo evidente.

—Por supuesto que no, si lo hubiera hecho, lo dejaría como un eunuco —intervino Morrison, algo celoso. Cristina torció los ojos y sacudió la cabeza.

Los jóvenes estaban sentados frente a la chimenea con una copa de vino en las manos, escuchando música de cuerdas. Esos dos eran más aburridos que ella.

—Cálmate, no seas celoso —dijo el moreno a su novio que dejó la copa sobre la mesilla, cogió las manos del rubio y le dio un beso en los nudillos —. No me importa si ese niño es de "él innombrable", ahora estamos casados y será mi hijo —le aseguró a su amiga, mirándola a los ojos, decidido.

—Pero Damiano tiene derecho a saber… —empezó a decir Cristina y fue interrumpida por Omar.

—Ni lo digas, ese perro ha estado saliendo con una rica heredera —anunció molesto, y Cristina sintió que se le rompía el corazón una vez más.

«Está con ella», pensó destrozada, los labios le temblaron y soltó un sollozo.

—Eres un insensible, ella está embarazada —le reclamó Morrison a Omar y le dio un manotazo.

—No me voy a callar, es mejor que sepa la verdad.

Morrison torció los labios en una mueca porque le daba pena la joven.

—Te juro que después de que arriesgó su vida por ti, pensé que tal vez merecía una oportunidad. Pero después de verlo en los tabloides, estoy convencido de que no se merece tus lágrimas y tu dolor. Eres demasiada mujer para ese imbécil —insistió Omar, enojado.

Cristina se llevó las manos a los labios y soltó un sollozo.

—¡Omar! —exclamó Morrison al ver a la joven devastada.

—Es la verdad, la quiero como a una hermana y no voy a permitir que le vuelva a hacer daño.

—Yo también los quiero a los dos —admitió conmovida y se limpió las lágrimas con una

servilleta que tenía sobre las piernas.

—¿Cuántos meses tienes?

—Casi doce semanas…

—Te acostaste con él el día que te echó de su casa, ¿verdad? —expuso, achicando los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy bueno para las matemáticas —respondió Omar, cruzándose de brazos, molesto.

—¿Ese maldito perro fue capaz de hacer eso? —replicó Morrison, enfurecido. La joven se llevó las manos al rostro y se soltó a llorar de nuevo.

—¿Y yo soy el insensible? —le reclamó Omar.

—No llores, preciosa. Ese hombre no te merece —dijo Morrison, mortificado por haber metido la pata.

—Pensaba que tal vez sería una buena idea ir a la casa de tu padre —balbuceó Cristina, acongojada por la noticia de su examante, con quien ni siquiera había tenido una relación normal.

—Es una excelente idea —interrumpió Omar, exaltado—. Te hará bien tomar un poco de sol y salir de ese encierro en el que estás.

Era evidente que Omar estaba informado de todos los movimientos de Cristina.

—Pero me gustaría llevar a mi familia —continuó ella.

—Por supuesto, buscaremos a un fisioterapeuta para que se encargue de tu padre, y la piscina le hará muy bien… —respondió Omar, tratando de tranquilizarla.

Cristina se llevó las manos a los labios y acalló un sollozo.

—Lo siento, es que tengo miedo —dijo, con lágrimas en los ojos.

—Todo va a estar bien —le aseguró Omar con una sonrisa—. Tendremos un hermoso bebé y lo cuidaremos con mucho amor.

—Le conté a mi madre la verdad —confesó Cristina—. No quise traicionarte. Te juro que no dirá nada.

—Entiendo que lo necesitabas y confío en ella —respondió Omar con calma—. ¿Cuándo dan de alta a tu padre?

—El viernes por la mañana.

—Bien, llegaré el jueves —anunció Omar con determinación.

—No tienes que hacerlo, son muchas horas —objetó Cristina.

—Tengo que hacerlo y me sentiré más tranquilo. Has pasado por demasiadas emociones

y necesitas tener un embarazo relajado.

—Mi madre me hará una cita con el ginecólogo —informó Cristina.

—Me gustaría estar presente —anunció Omar.

Cristina miró a Omar y se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—No te preocupes, me harán muchísimas revisiones, además no me gustaría que Morrison se sienta mal —dijo ella, preocupada.

—No te preocupes, por mí. Estoy seguro del amor de Omar. Estás dándonos la oportunidad de estar juntos sin preocuparnos por las represalias de su padre. Si no fuera por ti, Omar en estos momentos estaría en Riyadh, y eso sí que me mataría —admitió Morrison.

—Mi padre y mi hermano piensan que me casé por amor —dijo Cristina con una mueca.

—Sabemos comportarnos y nunca haríamos algo indebido o indecoroso frente a tu familia —le aseguró Omar.

—Se los agradezco —respondió Cristina, aliviada.

—Mantente en contacto, cuídate y no comas tantas harinas —bromeó, despidiéndose.

—Me doy cuenta que ese parecito es bastante comunicativo —se quejó Cristina, apretando los labios y entrecerrando los ojos.

—Gregg es quien me informa en realidad —reveló Omar con una sonrisa.

—Es lo mismo —dijo la joven con desgana.

—No te enojes, es su trabajo —respondió Omar con calma.

—No es que me enoje, pero me siento observada.

—Es porque lo estás —admitió con descaro, y la joven torció los ojos.

—Te enviaré una foto del ultrasonido después de la consulta —le aseguró la joven.

—Gracias —dijo Omar con emoción —. Avísame cuando quieras trasladarte.

—Lo haré, ahora los dejo chicos, tengo hambre así que voy a buscar a mi madre.

—Come mucha carne y frutas, nada de comida chatarra, y modérate con los postres —aconsejó Omar.

—Sí, papá —dijo la joven y cortó la llamada.

Se levantó con un peso menos sobre sus hombros y una sonrisa. Le dolía horrible saber que Damiano seguía con esa mujer, pero así debía ser. Tenía que pensar en su hijo, en su familia y en su amigo.

Por alguna razón extraña, sabía que ese bebé era un niño y se llevó las manos al vientre con amor. Al menos tendría un recuerdo del hombre que amaba, y lo cuidaría como el tesoro más preciado.



Un par de días después Cristina y su madre estaban sentadas frente al ginecólogo. El hombre mayor llevaba puestas unas gafas de lectura y escribía una receta para la joven. Vitaminas y ácido fólico eran fundamentales para el adecuado desarrollo del bebé, además de un antiácido debido al reflujo gástrico y la acidez estomacal, algo normal en el primer trimestre.

El médico les entregó un ultrasonido impreso dentro de un sobre, donde se podía ver a un pequeño bebé formado. Escucharon su corazón y Cristina se emocionó hasta las lágrimas.

—Todo marcha perfecto. En unas semanas podrán conocer el sexo del bebé. Pueden solicitar una cita con mi asistente —informó el médico.

—No estaremos, porque vamos a salir del país —explicó la joven.

—¿A dónde irán? —preguntó el médico interesado mirando a Cristina.

—A Ibiza…

En ese momento, tocaron a la puerta y el médico permitió que entraran.

—Doctor, este joven dice que es el padre del niño —anunció la asistente. Cristina se giró de inmediato y miró a Omar con una hermosa sonrisa.

—¿Por qué no me avisaste que vendrías? —le preguntó conmovida.

—Quise darte la sorpresa.

Omar estaba recién duchado, vestía un pantalón azul y una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los codos. Su cabello estaba bien peinado y la barba bien recortada.

—Mucho gusto —dijo con un acento marcado. Se acercó a Mireya, quien lo miraba con la boca abierta, y le dio un beso en la mejilla. Aunque la madre de la joven recordó que a ese hombre no le gustaban las mujeres, de todas formas, era un deleite para la vista.

—Es el padre del niño —afirmó la joven decidida.

Le informó al doctor que Omar no hablaba español, pero ella se encargaría de explicarle.

La recepcionista le ofreció una silla a Omar, quien se sentó junto a Cristina, tomó su mano y le dio un beso en la sien. Luego, observó la imagen del bebé en el ultrasonido que su esposa llevaba en el vientre.

Aunque sabía que no era su hijo biológico, en lugar de asustarse, le pareció maravilloso. Era una oportunidad de vivir algo que nunca podría experimentar con Morrison.

Cuando le contó a su padre que su esposa estaba embarazada, el hombre celebró con entusiasmo, pues sería abuelo. Aunque no le gustaba engañar a nadie, Omar sintió que había brindado a su padre una alegría que nunca pensó posible.



Al salir del consultorio, Omar abrazó a la joven, quien soltó un llanto incontenible.

—Lo siento, estoy demasiado sensible —admitió la morena y saco un pañuelo para limpiarse las lágrimas.

Observando la interacción entre ambos, la madre de la joven se dio cuenta de que eran buenos amigos.

—No te preocupes por eso —dijo Omar con una sonrisa ladeada—. Mi madre me dijo que lloró durante todo el embarazo, así que entiendo lo que estás pasando.

—¿Cómo está tu mamá? —preguntó la joven.

—Feliz porque será abuela. Te envía un abrazo y muchas bendiciones —respondió Omar.

—Me alegra que lo haya tomado tan bien —aceptó aliviada.

Cristina miró a su madre y la animó a acercarse.

—Mi madre entiende bastante inglés, pero no creo que pueda responderte —explicó Cristina y Omar asintió.

—Dile que muchas gracias por todo y que es bienvenido a la familia —dijo la madre de la joven atropelladamente.

Cristina interpretó lo que su madre había dicho y Omar agradeció su recibimiento.

—Vamos al hotel. A mi padre lo darán de alta en un par de horas y no creo que quiera conocerte en esas condiciones —admitió Cristina.

—Déjalo que conserve su orgullo —dijo Omar comprendiendo al hombre.

Mientras caminaban hacia la salida, se encontraron con los guardaespaldas y a Gregg, quien hablaba con ellos reprendiéndolos. El rubio sonrió al ver a la joven, que había ganado algo de peso desde la última vez que la vio. Faruk y Jan estaban parados frente a su jefe, aguantando inmutables con el rostro serio.

—Deja de regañarlos, se han portado muy bien —replicó la joven defendiéndolos. Luego se acercó y le dio un abrazo a Gregg, quien sonrió al verla.

—Te veo mucho mejor —comentó.

—Sí, con cinco kilos más —farfulló la joven mientras Omar se secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—Pues te ves muy saludable —dijo Gregg.

—¿Qué te pasa, esposo? Estás sudando a chorros —bromeó con Omar.

—Esto es un infierno —se quejó el joven.

—No exageres, estamos a cuarenta grados y apenas es principio de junio. Faruk y Jan ya se acostumbraron, ¿verdad chicos? —señaló Cristina, mientras Gregg gruñó por la confianza.

—Y yo que creí que Ibiza era caluroso a treinta grados —se quejó Omar.

—No seas llorón. Vamos al hotel para que no se mueran aquí en la calle —propuso la joven y caminó hacia la esquina para cruzar mientras los hombres la seguían.

# Capítulo 50



# La despedida

Omar y Cristina ingresaron a la suite donde se hospedaba la familia. Raúl estaba sentado en un sofá de la sala, concentrado en uno de sus cursos en línea. Al ver al hombre que seguía a su hermana, se quitó los audífonos y abrió la boca con sorpresa. Su cuñado era bastante joven y reconocía que era guapo. Además, no parecía ser de Oriente Medio; su acento era británico.

La pareja se acercó y se sentó en el otro sofá disponible. Omar estaba sudando debido al calor.

—Hermanito, te presento a Omar —dijo Cristina mientras lo señalaba.

—Mucho gusto —se presentó el moreno con una sonrisa.

—Hola —balbuceó Raúl y cerró su portátil para dejarlo encima de la mesa.

—No me dijiste que vendría tu esposo —le reclamó a su hermana, quien torció los ojos y sacudió la cabeza.

—Yo tampoco lo sabía —admitió la joven.

—Fue una sorpresa. Hoy le hicieron su primera ecografía y quería estar presente —explicó Omar con una sonrisa, aunque no llegó a tiempo el medico les envió un archivo con el video del ultrasonido.

—Papá sale en un momento del hospital —dijo a Raúl para continuar la conversación —. ¿Cuándo nos iremos? —preguntó emocionado, porque viajar a Ibiza sería toda una aventura.

—En cuanto tu padre pueda viajar, todo está listo para recibirnos, incluso el terapeuta ya está en la isla. Les va a encantar el lugar.

—Dicen que las discotecas en Ibiza son toda una experiencia.

—Lástima que no las vas a conocer porque eres menor de edad —le advirtió su hermana.

—¡Cristina! —se quejó con una mueca.

—Nada de Cristina, estás tonto si crees que vas a meterte en un lugar así. No te hagas ilusiones porque nuestros padres nunca te dejarán —le hizo ver a su hermano menor.

Raúl le platicó a su primo Luis que se iría de viaje a Ibiza, y los dos empezaron a buscar información sobre la vida nocturna en la isla.

Omar aguantó una risita al escuchar a su amiga reprendiendo a su cuñado.

—No seas tan dura, todos cuando somos jóvenes queremos irnos de fiesta —le defendió su supuesto marido.

—Pero él no. Además, tiene que estudiar mucho, porque en unos meses debe presentar el examen de admisión en el colegio en Londres.

—Pues habla muy bien inglés —dijo Omar halagando al joven, quien los miraba con un gesto de decepción.

—No nada más tiene que hablarlo, tiene que leerlo y escribirlo —le aseguró la joven, que se preocupaba por el futuro de su hermano menor.

—Ya no me regañes —replicó Raúl cruzándose de brazos.

—Mejor vamos a comer, estoy hambrienta —dijo Cristina, mientras Raúl fruncía el ceño.

—¿Tendremos que salir? —preguntó Omar, preocupado, recostándose en el sofá y cerrando los ojos.

—Pues hay dos restaurantes en el hotel y también podemos pedir servicio al cuarto, pero prefiero ir a un lugar fuera —respondió Cristina, intentando tranquilizarlo.

En ese momento, Raúl recibió un mensaje de su madre.

—Mamá dice que vayamos a comer porque tardarán un poco en salir.

—Está bien. ¿Qué quieren comer? —preguntó Cristina. Raúl abrió la boca para responder, pero la joven lo miró con desconfianza—. No creas que vamos a comer pizza —le advirtió, y su hermano levantó las manos.

—Tú decides —dijo Omar, sonriendo.

—Creí que los hombres de Oriente Medio eran más impositivos —murmuró Raúl, y Cristina levantó una ceja.

—Deja de molestar, Raúl.

Omar explicó que su madre era inglesa de origen irlandés, lo que hizo que Raúl se riera. Le dieron algunas opciones a Omar y salieron hacia el restaurante. Aunque estaba renuente a salir a la calle, descubrió que el lugar estaba a solo diez minutos del hotel y no tendrían que ir caminando.

Cuando entraron al restaurante, el joven quedó impresionado por el ambiente y la decoración. Era su primera vez en México y sus ideas preconcebidas sobre el país resultaron ser erróneas. El restaurante Bodega 8 era un lugar que ofrecía carnes, mariscos y comida internacional. Los pisos eran de madera, con mesas y sillas negras, y candelabros colgando del techo que le daban un toque contemporáneo. Había paneles de madera en las paredes con puertas francesas negras, además de una enorme pantalla que simulaba una chimenea con un video del fuego de una hoguera.

Un anfitrión los acompañó hasta la mesa y Cristina persuadió a Gregg para que se uniera a ellos, junto con los guardaespaldas.

—Les recomiendo las carnes y los mariscos —dijo la joven.

Era una mesa larga y Omar estaba a su lado.

—Podemos pedir diferentes platos al centro para que prueben —sugirió Raúl y todos estuvieron de acuerdo.

La madre de la joven le envió un mensaje y le dijo que su padre ya estaba en el hotel descansando, y que el doctor le había autorizado a viajar solo con los cuidados necesarios.

Cristina sonrió complacida, pero luego hizo un gesto, ya que su madre le informó que su padre deseaba despedirse de sus hermanos, ya que una vez que se marcharan no pensaba regresar a la ciudad. Al volver a México, se dirigirían a Guadalajara, donde querían instalarse. Mauricio creía que era un buen lugar para buscar trabajo.

—Mi padres quieren reunirse con la familia para despedirse. Aunque mis tíos lo han visitado en el hospital, no ha sido posible verlos a todos —se justificó, porque eso significaba que no se irían de inmediato.

Omar notó la preocupación en el rostro de Cristina y la abrazó, pasando un brazo por sus hombros.

—No te preocupes, no hay prisa. Si tu padre necesita más tiempo, podemos esperar —le aseguró con ternura.

—Gracias, me tranquiliza saber qué no afectamos tus planes —respondió Cristina con una sonrisa aliviada.

En ese momento, los camareros llevaron la comida y una botella de vino blanco. Omar olfateó el delicioso aroma que emanaba de los platos y no pudo evitar decir:

—Esto huele delicioso.

Cristina asintió en acuerdo y se dispuso a probar el pulpo a las brasas que habían colocado en la mesa. Omar observó sorprendido cómo su esposa cortaba una porción generosa de los tentáculos con cuchillo y tenedor.

—Se me antojó —confesó la morena con una sonrisa en los labios.

Sin embargo, Omar se preocupado por el embarazo de sacó su móvil para asegurarse de que era seguro que ella lo comiera en su estado.

—Es seguro comerlo, pero no debes excederte —le recomendó con cuidado.

Cristina se sirvió y comenzó a comer con entusiasmo, mientras su hermano le hacía bromas.

—Está rico, hermanita —dijo su hermano con una risita.

—Déjame comer en paz —le respondió Cristina refunfuñando.

Cristina necesitaba hacer una reserva para que su padre pudiera reunirse con su familia. Necesitaban encontrar un lugar lo bastante grande para recibir al menos a veinte personas.

El domingo, a la hora de la comida, toda su familia estaba reunida: tres tíos con sus esposas, hijos y algunos nietos. Se encontraban en uno de los salones privados del restaurante

favorito de su padre, donde habían preparado una mesa en forma de herradura para que todos pudieran sentarse juntos. Eran casi veinticinco personas hablando al mismo tiempo, y Omar sonreía sin entender nada de lo que decían.

Por una indiscreción de su madre, se enteraron de que Cristina estaba embarazada, así que tendría que aguantar todos los comentarios y preguntas sobre su nuevo hijo, intentando que Omar no se sintiera incómodo.

Su padre, a regañadientes, aceptó llegar en silla de ruedas, pero resultó ser lo mejor.

—Así que te casaste —le preguntó su prima Verónica, mirando a Omar, que ese día se veía muy guapo.

Cristina se sintió toda una farsante, porque su relación era solo una fachada, pero no dejaría en mal a su padre.

—Sí, fue un momento de locura —dijo entre dientes.

—Parece que era la única forma de atraparte, prima. Mi tía se quejaba porque decía que nunca tendrías hijos, y mira, se le cumplió su deseo —dijo Verónica.

Mireya sonreía mientras tenía a su sobrina en las piernas. Los extrañaría a todos, ya que no tenía hermanos y la familia de su esposo se sentía como propia.

Raúl estaba sentado al lado de Luis, al fondo de la mesa, observando a sus padres.

—Pensé que usaría turbante y esas batas blancas —susurró Luis y Raúl torció los ojos, pero él también había llegado a pensar lo mismo.

—Es un tipo genial —admitió el joven.

—¿Porque es muy rico?

—Para nada, en realidad es muy sencillo y al lado de mi hermana es como un corderito manso —dijo con una risita.

—Es que Cristina siempre ha sido bastante mandona —señaló Luis, y Raúl asintió.

—Pero él está muy contento.

—¿Cuándo se marchan?

—Mañana. Pasaremos un tiempo para que mi padre se recupere.

—Qué envidia.

—Ahora, pero antes no pensabas lo mismo, ¿verdad? —exclamó y arqueó una ceja.

Luis se sintió culpable, porque sabía todo por lo que su primo había pasado en la escuela y cómo fue apartado del grupo de amigos.

El padre de Cristina se levantó de la silla, apoyándose en un bastón, y todos se callaron.

—Gracias por acompañarnos hoy. Quiero agradecerles por todo el apoyo que me han

brindado en estos momentos difíciles. Sus palabras de aliento, sus visitas, sus oraciones. A pesar de la distancia, siempre estarán presentes en mi corazón. Hemos sido una familia unida y durante estos meses complicados me han demostrado el amor que nos tenemos. Les pido perdón si alguna vez los he decepcionado o lastimado, nunca fue mi intención. Lo que sí quiero dejarles claro es el amor que siento por cada uno de ustedes.

Su esposa tomó su mano y apretó los labios, porque no era fácil para Mauricio decir eso en voz alta.

—Después de perderlo todo, hemos decidido que lo mejor es irnos de la ciudad. Por ahora, nos iremos con Cristina y su esposo durante unos meses, pero tenemos la intención de mudarnos a Guadalajara.

—No tienes que irte, según nos dijo Mireya todo se ha solucionado —dijo su hermana.

—Es lo mejor, y no es por orgullo, es por dignidad —dijo entre dientes. Todos les dieron la espalda, solo su familia les brindó su apoyo incondicional.

Cristina tomó una servilleta y se limpió las lágrimas, estaba demasiado sensible. Su padre se sentó y Mireya le dio un beso. Omar pasó el brazo por la espalda de la joven y le dio un beso en la cabeza.

Después de la parte emotiva, el joven se sorprendió por lo rápido que todos se limpiaron las lágrimas y sonrieron para brindar por la salud del padre de su esposa.

# Capítulo 51



# Muy embarazada

Isla de Tagomago, tres meses después...

Eran las diez de la mañana y Cristina estaba recostada en una tumbona junto a la piscina, protegida del sol por una sombrilla. Era julio y hacía veintiocho grados, una temperatura maravillosa para la joven embarazada. El viento soplaba refrescando el ambiente, mientras el mar Mediterráneo se vislumbraba en el horizonte.

La hermosa mansión se encontraba en una de las islas del archipiélago de las Islas Baleares, a un par de kilómetros de Ibiza. Para llegar allí, era necesario tomar un helicóptero o una embarcación.

Cuando el padre de Omar compró la isla que albergaba la única mansión, construyó un helipuerto y un puerto marítimo. Solo tuvo que mejorar la piscina añadiendo un enorme jacuzzi, construir un área pergolada con un comedor y una cocina completa en el exterior, pero el resto era magnífico.

Cristina bajó su camiseta para cubrir su vientre, ya que la ropa no le quedaba bien, pero cuando fueron a Ibiza en busca de prendas para embarazadas, no encontraron nada.

—Esa ropa ya no te queda —señaló Omar cuando se acercó, se sentó en la tumbona a su lado y colocó un vaso de limonada en la mesita.

—Estoy enorme —dijo ella llevándose las manos al vientre —. Parece que estuviera en el octavo mes —refutó indignada.

Desde que llegaron a la isla, tenían un chef encargado de preparar comidas saludables y adecuadas para una embarazada, aunque su madre cocinaba de vez en cuando los platos que le apetecían.

—El bebé es grande —admitió el joven.

Un mes antes habían descubierto el sexo del bebé y, como ella había presentido, era un varón.

—Y yo me siento demasiado pequeña —agregó entre dientes.

—Lo que necesitas son prendas para embarazada. Mañana iremos a Madrid y allí encontrarás lo que necesitas. Tengo una reunión con mi hermano y mi padre —propuso.

—¿Qué quieren?

—Mi hermano quiere dejar claro que ahora él es el jefe y mi padre viene a respaldarlo —aceptó fastidiado, pero no tenía otra opción que obedecer.

Cristina tomó su mano y negó con la cabeza en señal de apoyo.

—No dejes que te haga sentir mal. Has hecho un excelente trabajo en Londres —le recordó, y él asintió—. Lo que sucede es que se siente amenazado —añadió acariciando su abdomen.

El hermano de Omar era autoritario y paranoico, siempre buscaba dejarle en claro que no era importante.

—Enfrentarlo no será nada fácil.

—Confío en que saldrás victorioso. Te acompañaré a Madrid, ¿puedo invitar a mi madre?

—Por supuesto, pero Raúl querrá ir y no me parece correcto dejar solo a tu padre —dijo Omar, mirando a Mauricio que estaba en la piscina con la terapeuta, realizando ejercicios acuáticos que hacía todos los días para fortalecer sus piernas.

—Mi hermano se quedará porque tiene mucho que estudiar para ingresar a Brighton en agosto.

—Eres demasiado estricta —dijo el joven, apoyando los codos en sus rodillas.

—No sé cómo lograste que lo aceptaran —manifestó Cristina con sorpresa —. Cuando revisé los requisitos para que mi hermano ingresara, estaba convencida de que no lo aceptarían.

Omar enarcó una ceja y sonrió de lado, insinuando el motivo. Cristina torció los ojos, sacudiendo la cabeza, y comprendió que todo se reducía al dinero. Raúl cumpliría dieciocho años en octubre y, según las políticas de la escuela, estaba destinada a jóvenes de hasta diecisiete. Era evidente que la institución no seguía sus propias reglas.

—Está esforzándose mucho. Para mí está listo. Además, tendrá un año para ponerse al día y podrá entrar a la universidad sin problemas.

—Mi madre anda inconsolable porque quiere quedarse como interno.

—Déjalo experimentar lo que es vivir en el campus y te apuesto a que antes de que termine el semestre, saldrá corriendo. Hablo por experiencia —admitió Omar con una risita.

—Eso espero, o mi madre se irá con él —dijo Cristina con sorna.

Mireya se acercó con un plato de fresas para Cristina, que eran su último antojo.

—Aquí están tus fresas —anunció la mujer y colocó el plato en la mesita.

—Gracias, mamá.

—Mañana vamos a Madrid —dijo Omar en español.

Raúl no era el único que estaba estudiando, aunque Omar no había pasado los tres meses completos en la isla; apenas tenía días disponibles en el trabajo, viajaba para cuidar de Cristina.

—Muy bien, cada vez hablas mejor —lo halagó Mireya, que lo miraba como a un hijo.

—Nada más no le enseñes malas palabras, que te conozco —le advirtió a su madre. Suegra y yerno se miraron cómplices y soltaron una risita —. Creo que es muy tarde —farfulló y se metió una fresa a la boca.

—¿Para qué vamos a Madrid? No es que me queje, me encanta viajar —preguntó su madre.

—A comprar ropa de embarazo —dijo el joven, y la morena torció los ojos porque ahora su madre le daría un sermón.

—Qué bien, ya te había dicho que necesitas ropa adecuada, todo te queda apretado. No es bueno para mi nieto —dijo con las manos en la cintura, mirando a su hija.

En cuestión de semanas, el vientre de embarazada se mostró en todo su esplendor.

—Es que aquí todas las mujeres son flacas y la ropa es demasiado pequeña —se quejó mientras dejaba el tazón a un lado. Luego, se llevó otra fresa a los labios.

—La gente viene a Ibiza para divertirse, así que no les preocupa tener ropa para embarazadas —mencionó la mujer con un gesto obvio. Era un lugar turístico y refugio de los ricos. Omar asintió, dándole la razón a su suegra.

—Salimos a las ocho, el avión está en el aeropuerto. Estaremos tres días. Mientras trabajo, pueden aprovechar para ir de compras y visitar la ciudad —les propuso, y ambas asintieron.

Tenían una lancha rápida que los llevaba a Ibiza en quince minutos, por lo que a las diez de la mañana ya estarían en Madrid.

El hermano de Cristina salió de la casa con unos auriculares inalámbricos y una tableta en la mano.

—¿Qué están planeando? —indagó, mirándolos con suspicacia.

Se llevaba muy bien con Omar. Le parecía muy agradable y disfrutaba charlar con él.

—Mañana nos vamos a Madrid —anunció Mireya emocionada.

—Supongo que no me llevarán, ¿verdad? —declaró, mirando a su hermana que comía a sus anchas.

—Supones bien —respondió su hermana, y el joven torció los ojos.

—Vayan y diviértanse, aquí me quedaré con mi padre —dijo con dramatismo.

—No seas ridículo, este lugar es hermoso y tienes todo lo que necesitas.

—No estoy diciendo que no lo sea...

—Después podrás tomarte todo el tiempo que quieras antes de entrar a clases —decretó con un gesto serio.

—¡Qué generosa!

—Para que no digas que soy una sargento.

—Nunca podría decirlo, hermana —dijo con sarcasmo.

—Voy con tu padre, ya ha terminado su terapia —informó su madre cuando vio a lo lejos que su marido salía de la piscina—. ¿Qué van a querer de comer para avisarle a Izan?

Izan Louredo era el chef encargado de preparar todas las comidas. Era un hombre de la misma edad que Mireya, originario de Canarias.

—Sopa de cebolla con mucho queso —sugirió Cristina con la boca llena.

—Cada vez pides comidas más horribles —se quejó su hermano.

—La sopa de cebolla es deliciosa —dijo indignada, y el joven negó con la cabeza en desacuerdo—. Entonces, ¿qué quieres?

—Pizza con camarones —respondió, lamiéndose los labios. Era su plato favorito.

—Ay, no, yo no quiero pizza.

—Tu hermana está evitando los carbohidratos —indicó su madre, y la joven hizo un puchero.

—Bueno, entonces quiero camarones a la mantequilla —agregó, relamiéndose los labios.

—Mejor voy a preguntarle qué puede hacer —dijo su madre, y la joven asintió.

—Afuera hay un horno para pizza —confesó Omar, y el joven abrió los ojos.

—¿De verdad?

—Es parte de la cocina, el chef puede preparar lo que sea —les explicó.

Al día siguiente llegaron a Madrid casi al mediodía. Se alojaron en el hotel Four Seasons, ubicado en la plaza de Canaleja, a solo tres cuadras de distancia de las oficinas. Cristina estaba ansiosa por ir de compras. La plaza era al aire libre y les recordaba a los centros comerciales en Estados Unidos, con bancos en los corredores abiertos, plantas, árboles, y toldos de colores que daban la bienvenida a las tiendas. Estaba repleta de marcas famosas como Dior, Armani, Chanel, Ferragamo, Versace, Coach, Michael Kors, así como las más comunes.

Sin embargo, prefirieron ir a buscar ropa de maternidad en Attesa Maternity donde encontraron ropa moderna y cómoda, así como vestidos de cóctel. Mientras Cristina y su madre escogían ropa, Jan y Faruk esperaban afuera de la tienda, montando guardia.

Cristina se detuvo y se agarró del perchero mientras buscaba un vestido de verano largo hasta el tobillo. Omar le recordó que al día siguiente tendrían una cena con su padre.

—Tengo miedo, no quiero dejar la isla. Es como si estuviera viviendo en un mundo paralelo —confesó Cristina afligida.

—No puedes seguir escondiéndote para siempre. Omar quiere que el niño nazca en Londres, así que tendrás que volver a la ciudad. Me pidió que compraras un buen abrigo —le explicó su madre.

—Ni siquiera había pensado en eso, pero no quiero volver a Londres… —dijo Cristina,

preocupada.

—¿Temes encontrártelo? —preguntó su madre.

Cristina no estaba lista para encontrarse con Damiano. Los meses que habían pasado no lograron hacer que lo olvidara.

—La ciudad es muy grande, sería complicado que nos cruzáramos, pero, aun así, es una posibilidad y no sé cómo reaccionará cuando me vea embarazada. No quiero que piense que lo engañé —respondió Cristina, agobiada.

Mireya se acercó y la abrazó, comprendiendo que su hija estaba demasiado sensible.

—Mi niña, no quiero herir tus sentimientos, pero tú misma me contaste que ese hombre piensa lo peor de ti —le recordó con tristeza.

—No lo he olvidado, pero… —No terminó la frase, apoyó la cabeza sobre sus manos que se aferraban al metal de la barandilla y suspiró—. Soy tonta, ¿verdad?

—Simplemente lo amas y te preocupa que siga considerándote... —Torció los labios y no pudo terminar la frase.

—Cometí demasiados errores —dijo con la voz ahogada.

—No te atormentes echándote la culpa, fuiste víctima de las circunstancias y él fue un cabrón contigo, no se te olvide.

—No quiero que mi hijo crezca pensando que su madre fue una mujerzuela que se vendió por dinero, no quiero mentirle —admitió dolida, reprimiendo un sollozo.

—Mi amor, nunca pensará eso. Ese bebé tendrá la mejor madre del mundo, además, recuerda que no puedes decir nada. El padre de Omar puede ser muy malo, si descubre que ese niño no es suyo, no solo perjudicarías a tu esposo, también estarías en peligro. ¿Me entendiste? —le advirtió preocupada—. Sécate esas lágrimas, porque tu hijo necesita que seas fuerte, él merece ser feliz.

—Tienes razón —aceptó. Se limpió las lágrimas con un pañuelo que le entregó su madre y respiró profundo.

—Ahora vamos a terminar de hacer las compras, porque necesitas comer y descansar, debes cuidarte —la reprendió, y la joven asintió.

Después de elegir una gran cantidad de prendas de verano, desde ropa interior, ropa semiformal, vestidos, pantalones, dos abrigos y un par de trajes de baño, además como se dieron cuenta de que el hotel en el que estaban era demasiado elegante escogieron uno de los vestidos que le llegaba debajo de la rodilla. Era de chifón en color rosa, con la parte delantera cruzada y mangas acampanadas.

La joven pagó con sus propias tarjetas y los hombres de seguridad tomaron los paquetes.

Cuando regresaban al auto, pasaron frente a una tienda de ropa de bebés y Cristina no pudo resistirse. Compró un conjunto de pantalones con tirantes, un body con un estampado de un

osito, guantes y gorro a juego que le parecieron súper tiernos. Era la primera ropita que compraba para su hijo, aunque todavía no sabía qué nombre le pondría.

Satisfechas, se pusieron en marcha para volver al hotel. La joven estaba cansada y tenía hambre.

# Capítulo 52



# Un encuentro inesperado

Hotel Four Seasons, Madrid

El auto en el que viajaba Damiano se estacionó frente al hotel. Había sido convocado para asistir a una reunión con Halil Al Fadid, el hombre que ahora se encargaría de manejar las empresas petroleras de su padre. Dado que Al Fadid era un cliente de suma importancia para el grupo Lloyds, Damiano viajó de inmediato, esperando que el cambio no causara problemas. Todas las inversiones de la empresa se realizaban a través de su banco, y él se encargaba de las transacciones en el continente.

El chofer le abrió la puerta del auto y él bajó con su saco en la mano. Eran la una de la tarde y la reunión se llevaría a cabo hasta las cinco. Tenía tiempo suficiente para registrarse, tomar una ducha, descansar un par de horas y cambiarse de forma adecuada.

—Te necesito aquí a las cuatro y media —le indicó a su joven asistente.

—Aquí estaré, señor.

Mientras bajaban su equipaje, Damiano subió las escalinatas del hotel. El portero le abrió la puerta y él ingresó al lobby. Caminó hacia el mostrador, sin despegar la mirada de su móvil y con el ceño fruncido.

Su vida se había convertido en una pesadilla: su hija tenía problemas en la escuela, su madre no dejaba de molestarlo con el comportamiento de la niña y su hermano no le dirigía la palabra desde que se enteró de lo que había ocurrido con Cristina. Incluso habían llegado a los golpes hasta que los guardaespaldas los separaron. Y para empeorar las cosas, Camille se había vuelto una molestia constante, pero él no se atrevía a mandarla al diablo debido a la presión que ejercía el CEO del grupo. Llevaba una semana evitándola.

Cuando llegó al mostrador para registrarse, dejó su móvil sobre el mármol y descansó las manos a un costado. En ese momento, escuchó una risa que removió miles de sentimientos en su interior. Giró la cabeza en ambas direcciones, buscando a la dueña de esa risa contagiosa. Caminó como hipnotizado por el sonido, olvidando el registro, y entonces la vio sentada en una salita.

Cristina estaba descansando después de volver de sus compras. Sus manos estaban apoyadas sobre su voluminoso vientre, mientras escuchaba atenta a una mujer de mediana edad.

—¡Está embarazada! —musitó casi en estado de shock.

—Señor, Mateus, su móvil está sonando —anunció una voz femenina a sus espaldas, y él se volvió. Una joven rubia sostenía el teléfono en su mano.

Soltó un gruñido y tomó el teléfono. Al mirar otra vez hacia donde se encontraba Cristina, se encontró con los ojos de la mujer que no podía olvidar, a pesar de todos sus esfuerzos por hacerlo.

El sonido del teléfono le recordó que tenía una llamada, y al ver la pantalla vio el nombre de Camille, cortó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón.

Cuando miró hacia el mismo lugar, solo alcanzó a divisar la espalda de la joven que caminaba del brazo de una mujer que podría ser su madre, dirigiéndose hacia el elevador. Dio un paso con la intención de alcanzarla, pero un hombre alto se interpuso en su camino.

—El señor Al Fadid no desea que se acerque a su esposa, señor Mateus —dijo Faruk, sin rodeos.

Desde que Damiano entró al hotel, los hombres que cuidaban a Cristina se percataron de la presencia del banquero. De inmediato le informaron a Omar, quien les ordenó que, en ninguna circunstancia, permitieran que se le acercara.

El moreno apretó los labios en una fina línea y asintió. Se dio la vuelta para regresar al mostrador y completar su registro.

«Así que ha llegado», pensó mientras firmaba el check-in.

—Bienvenido, señor Mateus. El botones se encargará de su equipaje —dijo el recepcionista con una sonrisa.

—Gracias —respondió Damiano mientras subía en el elevador hacia su habitación, tratando de sacudirse los pensamientos que lo atormentaban.

Una vez dentro, se sentó en la cama y se quedó perdido en sus pensamientos. El móvil sonó de nuevo, y suspiró con fastidio antes de cerrar los ojos.

Cristina salió corriendo asustada hacia el elevador como si hubiera visto al diablo en persona. Su madre la sostuvo para que pudiera apoyarse en ella. Mireya reconoció de inmediato al hombre que miraba a su hija con una expresión de incredulidad. Damiano era aún más impresionante en persona de lo que le había parecido en las fotos, y mucho más alto de lo que se había imaginado.

—Cálmate, no es bueno para el bebé —le advirtió su madre al ver que se estaba desmoronando.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —se preguntó Cristina atribulada. Su respiración se agitó y sintió como si su corazón fuera a salirse de su pecho.

Llegaron a la suite en la que se alojaban para buscar refugio, era la única que tenía dos habitaciones en dos plantas diferentes. Cristina dormiría con su madre, mientras que Omar se quedaría en el segundo piso.

La habitación tenía un balcón con un comedor y una sombrilla para proteger a los comensales del sol, donde podían disfrutar de una buena comida o cena si lo deseaban. Cristina salió a tomar aire y se sentó en una de las sillas, se quitó las sandalias y subió las piernas sobre otra. Aunque la vista no era la mejor, rodeada de altos edificios antiguos que parecían palacios con techos de tejas rojas, le ayudaría a relajarse.

Cerró los ojos y dejó que el viento refrescara su rostro acalorado.

—En algún momento te lo encontrarías —declaró Mireya y se paró detrás de su hija, colocando las manos sobre sus hombros.

—Pero nunca pensé que sería tan rápido. Ahora sabe que estoy embarazada —chilló y se llevó las manos a la frente.

—Tarde o temprano lo sabría, mi niña. Tienes que ser fuerte. —Depositó un beso en su cabeza y pasó sus brazos alrededor de su torso.

—Es que es tan difícil —admitió y cogió las manos de su madre, que la envolvieron en un abrazo.

—Si huyes como si hubieras cometido un delito, sospechará que algo estás escondiendo.

—Es que lo estoy.

—Pero no debe saberlo —le susurró al oído—. Estás casada y que estés embarazada no debería ser algo raro. Ahora debes comer algo, porque mi nieto no tiene la culpa de los dramas de sus padres.

—Quería comer en la terraza, creo que ahora no podré hacerlo.

Mireya le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—Sé que ver al hombre que amas te sacudió y sigues temblando. Verlo fue revivir todo lo que sientes por él, pero debes ser fuerte. No será fácil, pero poco a poco lo superarás. En este momento solo recuerdas lo bueno que fue para ti y te aferras a eso, pero tu mente te está engañando, mi niña, créeme que lo sé por experiencia —confesó con nostalgia. La joven abrió la boca, pero la cerró—. Por Dios, hija. Tengo casi ocho años más que tu padre, no creas que él fue el único, ¿verdad? —expuso y Cristina lanzó un sonoro suspiro.

—Me encantaría poder tomarme un tequila —suspiró Cristina.

—Pero podemos pedir una copa de vino o una cerveza, pero solo una —la advirtió Mireya, a lo que la joven asintió.

—Gracias —dijo la joven y su madre le dio un abrazo.

—Voy por la tableta que nos dejaron para ordenar servicio a la habitación, no vamos a arriesgarnos otra vez —dijo Mireya, levantándose de la mesa.

—Me parece bien, no quiero salir —respondió Cristina.

Mireya corrió a la sala para agarrar el aparato y regresó a la mesa para que juntas pudieran revisar el menú. Se decidieron por carne, ya que el resto de las opciones no era muy apetitoso. Un chuletón para Mireya y un ribeye para Cristina, acompañados de verduras salteadas, puré de papa y espinacas a la crema, además de un par de cervezas oscuras.

Después de comer, se dedicaron a revisar la ropa que habían comprado y la guardaron en el armario.

# Capítulo 53



# La reunión

Omar estaba sentado en la sala de juntas, soportando las quejas de su exasperante hermano, quien dejaba en claro que las cosas siempre se harían como él ordenara. En ese momento, recibió la noticia de que Damiano había visto a Cristina y ahora sabía que estaba embarazada. No creía que el hombre daría un paso al frente para reclamar la paternidad del hijo que esperaba su esposa, pero todo era posible.

Con una pierna cruzada y los codos apoyados en los reposabrazos de la silla, Omar se encontraba en una mesa cuadrada en la que se reunían los directores encargados de controlar las entregas de crudo e hidrocarburos que se vendían a varios países. Aparentemente, él era solo un peón de su hermano, aunque su padre dejó claro que sería el responsable de todas las operaciones en el extranjero y debían seguir sus órdenes, a menos que Halil dijera lo contrario.

Su padre se casaría de nuevo en tres meses después de divorciarse de su madre, y quería dedicarse a su nueva esposa como un niño con un juguete nuevo. Casi a las cinco de la tarde, Damiano ingresó a la sala en la que ahora solo estaban su padre, su hermano y él. Halil quería renegociar las cuotas de servicios que el banco cobraba, ya que se traducían en millones de euros.

—Buenas tardes —se acercó y saludó al hombre mayor con un apretón de manos, haciendo una ligera reverencia.

—Buenas tardes, señor Mateus —respondió Samir.

Damiano miró a Omar ocultando su molestia, tenía demasiadas preguntas en su mente.

—Bueno, está aquí porque necesitamos revisar los contratos con el Banco Lloyds ya que estamos considerando otras opciones —declaró Halil, tomando el control de la reunión, y Omar frunció el ceño.

Damiano inclinó la cabeza y sonrió, mirando fijo a Halil, sabiendo que tenía una hora para convencer al hombre de que su banco era la mejor opción, y su jefe tenía confianza en que lo lograría.

Durante la reunión, Omar recibió un mensaje de Morrison, lo extrañaba, pero no era conveniente que los vieran juntos. La reunión terminó cuando Samir hizo un gesto hacia su hijo mayor.

—Señor Mateus, no tomaremos ninguna decisión por el momento, pero deseamos que nos envíen una contrapropuesta con los costos de sus servicios —anunció Samir.

—Se lo agradezco, señor Al Fadid. En una semana tendrán una respuesta formal de nuestra parte —anunció Damiano, y luego miró a Omar enarcando una ceja —. Por cierto, quiero felicitarlo por el nacimiento de su primer hijo —señaló, y el joven sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, mi esposa y yo estamos muy felices —respondió sin perder la sonrisa.

—Tiene bastantes meses, por lo que vi —señaló Damiano con dobles intenciones, evidenciando sus dudas sobre la paternidad del hijo que esperaba Cristina.

—Algunos, pero no tantos como cree. Lo que ocurre es que mi mujer es un poco pequeña, pero más resistente de lo que muchos piensan —remató Omar, dejando clara su postura.

Las entrañas de Damiano hirvieron al escuchar al joven, apretó las manos en puños, evidenciando que había tenido intimidad con Cristina.

—Mi nieto es una bendición, no pensé que mi hijo me hiciera abuelo tan pronto. Halil solo tiene cuatro hermosas pequeñas, pero la esposa de Omar espera un niño que nacerá en diciembre. Una nueva generación para nuestro clan —anunció orgulloso Samir, y la sonrisa de Damiano se desvaneció al escuchar la fecha.

Omar se removió nervioso en su asiento cuando su padre reveló tanta información. Sabía que eso podría traerle problemas.

—Gracias por considerar a mi hijo una bendición, padre —respondió el joven.

Su hermano lo miró con recelo, su padre nunca había mostrado tanta alegría al anunciar los nacimientos de sus hijas. Hasta ahora, Halil no había procreado un varón con ninguna de sus dos esposas, por lo que estaba pensando en contraer nupcias de nuevo.

El padre se levantó, y Halil hizo lo mismo. El hermano de Omar era tan predecible, siempre tan competitivo, algo que a al joven nunca le importó.

—Entonces, los felicito de nuevo —anunció Damiano con una sonrisa forzada y se despidió.

Mientras se dirigía a la salida, escuchó a Omar preguntarle a su padre: —¿Dónde será la cena, padre? Cristina está esperando en el hotel y está ansiosa por verte —expuso el joven. Su hermano hizo una mueca.

Damiano, molesto, salió de la sala de juntas. Abandonó las oficinas de la empresa petrolera y se subió al auto que lo esperaba. No se iría de Madrid sin hablar con Cristina, aunque Omar no lo quisiera.

Mientras tanto, Omar, Halil y su padre se quedaron de pie charlando.

—Vamos a cenar con el embajador saudí y, no estás invitado —le advirtió Halil con desdén.

El padre se acercó a Omar, le dio dos besos en las mejillas y lo abrazó, como no lo hacía desde hace mucho tiempo.

—Hijo, me disculpo, pero surgió este compromiso de último momento y será una larga cena de negocios. Mejor mañana los espero para desayunar en Lhardy antes de volver a Riyadh. Ahí podremos hablar sobre mi nieto y los planes para su nacimiento —indicó con una sonrisa.

No quería alimentar la mala relación entre sus hijos. Tenía que trabajar mucho con Halil, quien era el más reacio a aceptar a Omar, y deseaba que dejara de odiar tanto a su hermano.

—Gracias por tu consideración, padre. Mañana estaremos puntuales —declaró Omar.

Samir estaba contento por el acercamiento con su hijo y se convenció de que casarlo fue la mejor decisión.

—Me haces muy feliz. Tendrás un heredero digno del apellido Al Fadid —anunció el hombre mayor lleno de gozo.

Omar observó cómo su padre y su hermano abandonaban la sala. Sacó su teléfono móvil y llamó a Cristina.

—Hola, esposa. ¿Qué están haciendo? —preguntó el joven exhausto.

—Hola. No mucho, estamos en la habitación, pero preferimos no salir...

—Me imagino por qué. Prepárense porque las llevaré a cenar a un lugar que les encantará —mencionó consciente de la presencia de Damiano y su intento de acercamiento a la joven.

Le recomendaron un restaurante de comida mexicana. Cristina tenía antojos de tacos, pero era difícil encontrarlos en Ibiza. Sin embargo, en Madrid había más opciones.

La joven durmió un par de horas, pero ahora estaba aburrida, así que la noticia le pareció maravillosa.

—Pensé que cenaríamos con tu padre —comentó extrañada por el cambio de planes.

—Desayunaremos juntos mañana. Ahora iremos a cenar a un lugar que me han recomendado y dicen que es de lo mejor de Madrid. Ya me dirás si es cierto.

—Aquí te esperaremos —respondió emocionada antes de colgar.

Omar le llamó a su pareja que siempre esperaba paciente al joven, porque Morrison lo amaba.

—Hola, amor —contestó el rubio, que estaba en Londres enseñando en un curso de verano.

—Te extraño —confesó Omar y cerró los ojos.

Amar a un hombre lo atormentaba por lo que representaba para la familia de su padre. A pesar de que su madre lo había enseñado a amarse y aceptarse a sí mismo, lo carcomía no poder hacer pública su relación. Además, Morrison no merecía estar en las sombras, como si fuera una vergüenza que esconder.

—También te extraño, pero ahora debes cuidar a nuestra chica —le recordó el rubio, que adoraba a Cristina y entendía los problemas que tenían en ese momento.

—Damiano sabe que está embarazada. Ese hombre es un hijo de puta, me hizo comentarios insidiosos frente a mi padre aludiendo a la paternidad.

—¿Crees que sospecha algo?

—No estoy seguro, pero, de todas formas, si quisiera, podría exigir un examen de paternidad.

—¡Mierda! ¿Cómo reaccionó Cristina?

—Está encerrada en el hotel.

—Deben verse juntos, la noticia explotará tarde o temprano. No tienen por qué esconderse. Ese hombre perdió su oportunidad. Hace una semana salió en una revista con la misma pelirroja e insinuó que tenían planes a futuro, que sería de mucho beneficio para sus familias. Esa mujer no lo dejará ir tan fácilmente se le notaba muy enganchada —le explicó a Morrison.

Cuando vio la nota en la revista, se llenó de rabia al ver el descaro de ese cabrón, aunque ni siquiera sonreía.

—Por más dinero que tenga, siempre tendrá que casarse según lo que le convenga a su familia —señaló Omar con un suspiro.

—Vaya, no eres el único jodido —admitió con un poco de lástima Morrison —. Al parecer, el dinero es más una maldición que una bendición, porque aquellos que lo tienen en abundancia no pueden hacer lo que quieren —farfulló hastiado.

—Hay reglas que debemos seguir, por desgracia. En mi caso, ver a mi madre feliz después de años de sufrimiento es más que suficiente.

—A veces desearía que pudiéramos empezar de cero —admitió el rubio.

—Yo también.

Se despidieron, y Morrison derramó algunas lágrimas, pero debía ser fuerte por Omar.

Damiano podría haber tomado el avión y largarse, pero no lo hizo. Fue directo al bar desde donde podía observar a las personas que bajaban por los elevadores o entraban por el lobby del hotel, esperando ver de nuevo a Cristina. Era un comportamiento bastante enfermizo pero inevitable.

El móvil del banquero sonó y, al ver el nombre de su madre en la pantalla, contestó porque su hija estaba con ella.

—Dime, madre. ¿Hay algún problema con Mariela? —dijo entre dientes.

—¿Por qué no me dijiste que tienes intenciones de casarte con Camille? —clamó con voz de reproche, olvidando a su nieta por completo.

—¿De qué demonios me hablas?

—De tu compromiso con Camille Martin, de tu novia.

—¿De dónde sacas esa idea tan absurda? —exclamó alterado.

—¿Cómo que de dónde? ¿En qué mundo vives? Camille hizo unas declaraciones hace

una semana y es una noticia que está circulando por todas partes. Sabes que nuestras familias son muy importantes...

—No, madre. No estoy comprometido con ella y mucho menos pienso casarme —expuso, enfadado.

Ahora entendía por qué Camille insistía tanto, pero no había respondido a sus llamadas.

—Eres un grosero, solo me interesas tú.

—Por supuesto, madre —dijo con sarcasmo y le colgó.

De inmediato buscó el artículo y leyó las declaraciones de la mujer, pasándose la mano por la frente con molestia.

«¡Jodida, estúpida!», pensó furioso. Era lo último que necesitaba, un problema con el padre de la joven.

Pidió otro trago de whisky y, mientras esperaba, las escoltas de Cristina salieron del elevador, seguidas de Omar con la morena del brazo, luego la madre de la joven y otros dos hombres, que los custodiaban.

Cristina llevaba un vestido corto de color morado, con unos leggings negros debajo. Su cabello estaba recogido en una coleta baja con algunos rizos en las sienes.

No podía olvidarla, por más que lo intentaba. Esos meses no logró borrar el deseo que sentía por ella y ahora que sabía que estaba embarazada, no dejaba de preguntarse si ese niño era suyo. Pero no se quedaría con la duda, no lo dejaría pasar.

Cuando la comitiva abandonó el hotel, él subió por el elevador. Descansaría esa noche y buscaría a Omar al día siguiente para tener una conversación en la que aclararía las cosas.

# Capítulo 54



# Una noche fatídica

Apenas llegaron a Santita, Cristina y su madre miraron con agrado el lugar. La decoración les encantó: los muebles de madera rústica estaban trabajados en colores crudos, con sillas de ratán. Las paredes eran de color hueso, con espejos circulares de madera que simulaban un bungalow gigante. Las lámparas de tela de lino colgaban del techo, acentos de plantas tropicales y vasijas adornaban las esquinas, iluminadas por luces montadas en color amarillo. Había mesas con azulejos de color ladrillo. Era un restaurante que fusionaba la comida mexicana y la caribeña.

Tenían una reserva y les asignaron una mesa en un rincón bastante cómodo con vistas al jardín.

—Vaya, esto me gusta —admitió la joven con una sonrisa después de revisar el menú con los ojos iluminados.

—¿Sabes lo que vas a pedir? —preguntó su madre.

—Por supuesto —dijo segura con una risita.

—Pues yo no, por favor, pide por mí —le suplicó Omar, revisando lo que había en la carta sin tener idea de qué ordenar.

—Bien, pediré para que probemos de todo —indicó Cristina sonriente. A pesar de la pésima tarde que tuvo, ahora las cosas marchaban mucho mejor. Esperaba que Damiano se marchara y perderlo de vista por un buen tiempo.

La mesera llegó y la joven ordenó varias entradas, bebidas y luego diferentes platillos que ofrecían, para que Omar tuviera opciones.

—Sí que te diste vuelo —señaló su madre y sacudió la cabeza.

—Tengo mucha hambre —dijo con una mueca.

—Hija, siempre tienes hambre —le recordó, aunque la realidad era que todo el peso ganado estaba en su vientre.

—Es por el bebé —se justificó la joven con cinismo.

Les trajeron sus bebidas: una piña colada sin alcohol para la embarazada, un mezcal con tamarindo para Mireya y una cerveza preparada para Omar.

De inmediato les sirvieron un molcajete con guacamole y una canasta de totopos en el centro de la mesa.

—Esto se ve delicioso —dijo la joven lamiéndose los labios. Tomó un plato, sirvió unas cuantas cucharadas y lo puso frente a Omar, luego se sirvió a sí misma.

Al probarlo, soltó un gemido de satisfacción. Mireya tomó algunos totopos y también se sirvió varias cucharadas de guacamole.

—Tienes razón, está muy rico.

—Te sacaste un diez… —le dijo al joven a su lado y le dio un beso en la mejilla. A Omar le encantaba verla feliz.

—Mañana iremos a desayunar con mi padre porque quiere hablar del nacimiento de nuestro hijo.

Cristina abrió los ojos asustada y el joven sacudió la cabeza.

—No hay de qué preocuparnos, mi padre está contento. Incluso nos invitó a su boda —le aseguró y le tomó la mano, como un gesto de apoyo.

—¿En serio se casará de nuevo?

—Sí, no se da por vencido. La novia es de mi edad —admitió, y Cristina arrugó la nariz con desagrado.

—Vi un video en el que muestran que en las bodas los invitados están separados, los hombres en un salón y las mujeres en otro —expuso Cristina entrecerrando los ojos.

Omar asintió mientras tomaba un sorbo de su cerveza.

—Es parte de la tradición.

—Vaya, qué divertido —dijo Cristina con sarcasmo, y Omar soltó una risotada.

—Ya lo vivirás y me dirás qué tan horrorosa te parece la experiencia. El palacio es impresionante —aceptó Omar, enarcando una ceja con una sonrisa ladeada.

Mientras conversaban animados, los platillos comenzaron a llegar y fueron repartidos entre ellos. Disfrutaron de la cena y, al terminar, Cristina decidió pedir unos churros con azúcar y un chocolate caliente como postre.

—Deja esos churros, no creas que te los vas a comer todos —la reprendió su madre, y la joven hizo un puchero.

Omar tomó el plato de churros y los apartó de su esposa. Soltó una risita y dio un sorbo a su vaso de agua con gas.

—Mamá, no seas tan estricta —se quejó Cristina.

—Ya comiste demasiado —agregó Mireya, y Omar asintió de acuerdo, lo que provocó que la joven arrugara la nariz molesta.

De pronto, Faruk se acercó con el rostro desencajado. El guardaespaldas le susurró algo al oído a Omar y su sonrisa desapareció al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó Cristina preocupada, pero el moreno no le contestó.

—Tenemos que irnos —declaró Omar, levantándose de la mesa.

Sin poder decir una palabra más, tomó del brazo a Cristina para que hiciera lo mismo. Mireya no entendía qué estaba sucediendo, pero la reacción de su yerno indicaba que era algo

grave.

Jan se adelantó y pagó la cuenta, con premura los sacaron del restaurante. Al subir al auto, Omar seguía en silencio, mirando por la ventana, hasta que por fin comenzó a llorar desconsolado hecho que asustó a Cristina.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa? Por favor, dime —le suplicó la joven, tomando el rostro de Omar para ver cómo las lágrimas fluían sin control.

—Acaban de asesinar a mi padre... —balbuceó aferrándose a la joven que, en estado de shock, solo pudo abrazarlo para brindarle algo de consuelo.

Mireya, sentada al lado de su hija sin comprender lo que sucedía, sacó su móvil y buscó alguna noticia relevante. De inmediato encontró el artículo: el padre de Omar y su hermano murieron junto al embajador saudí en un ataque dirigido al funcionario. Una bomba fue detonada dentro del restaurante, y no solo ellos perdieron la vida, sino también otras personas que cenaban en ese momento. El lugar estaba acordonado y los bomberos trabajaban para extinguir el incendio. No se hablaba de sobrevivientes.

Conmocionada, Mireya llevó las manos a los labios y guardó su móvil. Al llegar al hotel, un grupo de periodistas esperaba al joven, ávidos de obtener sus primeras impresiones sobre la muerte de su padre y su hermano. El conductor no se detuvo y continuó de largo.

—Señor, hay muchos periodistas allí —advirtió el chofer.

—Al hotel Mandarín Oriental, por la entrada privada —gritó Omar sin soltar a Cristina.

—¿Tu padre estaba hospedado allí? —preguntó la joven.

Omar asintió, y la joven asumió una expresión de angustia. Al entrar al hotel, los pocos hombres que quedaban de la guardia personal de Samir estaban apostados en el estacionamiento.

Jan abrió la puerta trasera del vehículo. Omar, con los ojos llenos de lágrimas, descendió y le tendió la mano a Cristina, quien se volvió hacia su madre.

—Será mejor que regreses al hotel. Estaré en contacto contigo —le dijo, y Mireya asintió.

Cristina tomó la mano que Omar le ofrecía y caminó junto a su amigo, sin soltarlo. Sería una noche agitada. Los hombres vestidos con ropas árabes los rodearon, guiándolos a la suite presidencial que ocupaba Samir.

El móvil de Damiano comenzó a sonar una y otra vez hasta que lo despertó. Se sentó en la cama y tomó el aparato para ver el nombre de Samuel Morgan, así que contestó. Eran las diez de la noche, pero se quedó dormido después de beber toda la tarde.

—Buenas noches —murmuró con voz entrecortada, mientras una punzada de dolor martillaba su cabeza implacable.

—¿Sigues en Madrid? —preguntó alterado el hombre del otro lado de la línea.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió mientras se tallaba los ojos.

—Acaban de asesinar a Samir en un atentado terrorista.

—Mierda, ¿estás seguro? —bramó consternado.

—Están especulando que sus hijos estaban cenando con él y un diplomático de su país —clamó mientras su esposa se acercaba con un trago de whisky para que se tranquilizara.

Recordó que Omar y Cristina habían salido del hotel unas horas antes, y en ese momento, su mundo se derrumbó en mil pedazos. La noticia del atentado terrorista y la posibilidad de que la mujer que amaba estuviera muerta lo llenaron de un miedo y desesperación abrumadores. El corazón le latía desbocado en el pecho mientras la angustia se apoderaba de él.

—Es imposible…

—Eso es lo que dicen las noticias. Han muerto más de cincuenta personas, todo está en llamas, no saben si podrán identificar a todos los muertos…

—¡Dios mío! —bramó y se llevó las manos a la cabeza. Dejó el móvil en la cama sin importarle que el señor Morgan siguiera hablando.

Sin pensar en las consecuencias, se levantó de la cama y se apresuró a ponerse los zapatos y el abrigo. Cogió su móvil y marcó el número de su chofer con manos temblorosas. Necesitaba llegar al lugar del atentado, necesitaba encontrar respuestas, necesitaba asegurarse de que Cristina estaba viva.

Al abrirse el ascensor, avanzó apresurado y vio cómo la mujer que estaba con ella entraba por la puerta con uno de los guardaespaldas del brazo.

Cuando miró que la mujer lloraba y tenía la cabeza gacha. Fue como si su mundo se hubiera detenido en ese instante.

—¡Esto no puede estar pasando! —masculló, sintiendo como si hubiera recibido un golpe directo en el pecho que lo dejó sin aliento. Sin embargo, necesitaba saber la verdad. Conmocionado, se acercó a la mujer y la agarró de los brazos.

—¿Qué está haciendo? —dijo Jan, pero Damiano lo ignoró.

—¿Dónde está Cristina? —preguntó de manera exigente, mirando a Mireya a los ojos.

—Está con su esposo —declaró con la voz ahogada.

—¿Está viva? ¡Por favor, dime que está viva! —replicó con desesperación, abrumado y al borde de las lágrimas.

La gente a su alrededor los miraba debido a la escena que el hombre estaba protagonizando, y el guardaespaldas se dio cuenta.

—Ellos no cenaron con su padre —exclamó Jan, sacándolo de la espiral de dolor en la que se encontraba perdido en ese momento. Damiano giró la cabeza para mirarlo escéptico.

—¿Estás seguro? —exclamó desconsolado.

—Absolutamente seguro. La señora está con su esposo en el hotel donde se alojaba su padre.

Damiano se dobló de la impresión, y la madre de Cristina lo tomó del brazo al verlo quebrarse.

—Venga, siéntese aquí —dijo y lo llevó a un sillón que estaba a pocos pasos de distancia.

Damiano se sentó y apoyó los codos en las rodillas. Estaba hiperventilando, y el guardaespaldas corrió a traerle un poco de agua. Cerró los ojos y comenzó a llorar de alivio, una reacción espontánea que no pudo controlar.

Mireya lo miró con compasión y se dio cuenta de que ese hombre amaba a su hija. Jan regresó y entregó la botella a la mujer, luego se puso frente a Damiano para bloquear la vista de los curiosos.

La madre de Cristina se agachó y le tocó el hombro. Damiano la miró con los ojos llenos de lágrimas, y ella le ofreció la botella.

—Soy la madre de Cristina, y estoy al tanto de todo —dijo con firmeza, endureciendo su mirada.

—Yo...

—Mi hija está bien, no se preocupe.

—Cuando me dijeron que Samir y sus hijos murieron, pensé que... no puedo ni repetirlo —confesó agobiado.

—Le recomiendo, que si en realidad la ama como parece, primero resuelva sus problemas antes de buscarla —le aconsejó.

Se dio la vuelta dispuesta a irse, y el hombre le dijo: —Señora... —la madre de Cristina se giró, y él asintió—, gracias...

Mireya sacudió la cabeza y se dirigió a los elevadores. Su hija merecía la oportunidad de ser feliz porque, a pesar de las barbaridades que ese hombre había cometido, ella lo amaba con devoción, y eso no cambiaría nunca.

Era cruel, pero el destino había liberado a su hija de su compromiso con Omar de la forma más violenta. El pobre muchacho no merecía sufrir de esa manera.



Horas después, Omar se enfundó en una dishdasha: una túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos, y se envolvió la cabeza en un pañuelo de seda blanca con cuadros rojos, sostenido por una cuerda negra gruesa llamada agal. La vestimenta pertenecía a su hermano, pero no le quedaba más opción que presentarse ante el consejo vestido de esa manera.

Tuvo una reunión remota con la junta directiva de la empresa Aramco, la petrolera que se había convertido en el último año en la empresa saudí más rentable y valiosa del mundo, con un valor neto de dos billones de dólares.

Con su padre y hermano muertos, ahora esa responsabilidad recaía sobre los hombros del joven. Si no salía a dar la cara, las acciones podrían verse afectadas debido a la inestabilidad que generaría entre los clientes y proveedores.

Los tres consejeros eran los únicos que permanecían en la sala de juntas, en conferencia con el joven.

—Se recuperarán los cuerpos de mi padre y hermano para llevarlos a casa. Los funerales se organizarán como mi padre hubiera deseado —declaró, y los hombres asintieron.

—Todo se hará como ordene. Ahora es la cabeza de la familia y de la empresa —mencionó uno de los consejeros, aquel que tenía mayor confianza por parte de su padre.

—Así es, señor Ahmad —admitió.

Aunque no tenía una buena relación con su padre, no lo odiaba, tampoco a su hermano, por eso estaba tan afectado.

—Prepararemos el palacio para recibirle… —dijo con una reverencia.

—No quiero que desplacen a las esposas de mi padre —decretó sacudiendo la cabeza.

—Pero usted solo tiene una esposa...

—Mi esposa no viajará conmigo. Llegaré a un hotel mientras resuelvo los asuntos —indicó seguro.

—Como usted desee, señor.

Terminó la videollamada, se quitó el paño de la cabeza, se levantó y caminó a la habitación donde Cristina aún dormía. En España eran las siete de la mañana, pero en Riyadh ya pasaban de las nueve.

La joven se había dormido cerca de las tres de la madrugada, cuando Omar la envió a la cama debido a su gran cansancio.

Durante toda la noche estuvo reflexionando sobre qué hacer con su vida y su matrimonio y ya tenía su respuesta.

—Buenos días, dormilona —dijo mientras apartaba el cabello del rostro de la joven, quien se despertó al escucharlo.

—Buenos días —respondió adormilada. Aún llevaba la misma ropa con la que llegó—. Veo que ya te has cambiado de atuendo.

—Fue necesario —admitió con una mueca—. Quiero que regreses con tu madre al hotel. Tengo que ocuparme de muchas cosas.

—Está bien, pero necesito un baño. ¿Cuándo será el funeral? No sé qué ropa tengo que

ponerme...

Omar tomó la mano de la joven y sonrió con tristeza.

—No irás conmigo.

—Pero no puedes estar solo.

—Y no lo estaré. Hablé con mi madre y con Morrison, viajaremos a Riyadh juntos. —Cristina tragó saliva y bajó la mirada, afectada por la noticia. Omar se dio cuenta y sacudió la cabeza—. Aprecio todo lo que has hecho por mí, pero no puedo ser tan egoísta y arrebatarte tu vida.

Ella levantó la mirada con expresión de confusión.

—No comprendo —masculló afligida.

—Mereces ser feliz y no voy a arrastrarte a esta locura. Acabo de asumir el control de la empresa y de la familia. Si vienes conmigo, te pondré en el ojo público. La muerte de mi padre ha causado una gran conmoción. Si apareces en los funerales, haremos público nuestro matrimonio y, dadas las circunstancias, tendré que vivir durante varios años en Arabia. Nuestro matrimonio no es oficial y todavía podemos anularlo —le explicó.

—Omar —dijo entre sollozos.

—Sabes que te quiero y no te haré pasar por lo que sufrió mi madre. Esta es mi vida y siempre supe que tarde o temprano tendría que cumplir con la familia —declaró con un nudo en la garganta.

La joven se levantó y lo abrazó con fuerza.

—Tú tienes el control, ya nadie puede decirte nada —le dijo al oído.

—Lo sé, pero debo ser muy prudente, porque un escándalo puede costarme caro. Por eso Morrison se convertirá en mi asesor personal —dijo con malicia entre lágrimas, y la joven soltó una risotada.

Se separaron y ella le tomó las mejillas.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros —exclamó emocionada.

—Considérame parte de tu familia para siempre, pero debemos anular el contrato de compromiso antes de que el niño nazca. Si lo reconozco como propio, tendría que llevarlo conmigo. El hecho de que nos separemos no significa que no me ocuparé de ustedes, solo quiero que puedas tener en el futuro la vida con el hombre que desees.

—De verdad, lo siento mucho —clamó entre sollozos.

—Yo también. Mi hermano era joven y, a pesar de que no nos llevábamos bien, nunca le deseé ningún mal —admitió con tristeza.

—Te lo dije, eres un hombre con un gran corazón —le tomó las manos y lo miró con cariño—. Lo digo en serio, siempre estaré aquí cuando me necesites...

—Lo único que me importa en este momento es que sigas cuidándote y tengas un embarazo tranquilo. En unas semanas firmaremos la anulación. Mis abogados arreglarán la transferencia de bienes y dinero.

—No pienses en eso.

—Es mi deber hacerlo. Te dejaré el avión y la seguridad. Si quieres quedarte en la isla, puedes hacerlo sin problema. O si deseas marcharte a otro lugar, es tu decisión. Puedes ir y establecerte donde quieras.

La abrazó de nuevo y le dio un beso en la frente.

—Gracias...

—Mantenme al tanto de tus revisiones, y aunque ya no será mi hijo, quiero estar cuando nazca —le pidió con una sonrisa, pero con los ojos llorosos.

—Por supuesto, serás el tío Omar —decretó la joven con los labios temblorosos.

—Tengo que irme. Al parecer, recuperaron los cuerpos y debo recuperarlos —admitió con un profundo dolor en su corazón.

Se despidieron entre lágrimas, abrazándose con fuerza. La joven se quedó sentada en la cama, dejando que las emociones la inundaran. Había recuperado su libertad y tendría el dinero suficiente para comenzar de nuevo, pero eso no disminuía el dolor de la despedida.

Mientras las lágrimas rodaban por su rostro, pensó en regresar a su país, a su hogar. A pesar de la tristeza y la incertidumbre, sabía que llevaba consigo la fortaleza y el coraje para enfrentar lo que venía. Cerró los ojos, respiró hondo, se prometió a sí misma que construiría una vida llena de felicidad y amor para su hijo.

# Capítulo 55



# Los milagros ocurren

Tres meses después. Punta Mita, Puerto Vallarta, México.

Cristina estaba sentada en la arena con un bañador de dos piezas que mostraba su voluminoso vientre. Se encontraba en una pequeña extensión de playa, de no más de veinte metros de largo, rodeada de rocas que conformaban su patio trasero. Era la única persona tumbada sobre una toalla, y un paraguas plantado detrás que la protegía del sol abrasador. Aunque era octubre, la temperatura rondaba los treinta y dos grados.

A pesar de tener una enorme una piscina infinita y una vista privilegiada a la hermosa Bahía de Banderas, a Cristina le encantaba pasar horas en la playa. La casa que había alquilado era magnífica, tanto que estaba considerando seriamente comprarla. Contaba con siete habitaciones, cada una con su propio baño, una terraza y varias áreas al aire libre, todo en una construcción moderna que lograba fusionar a la perfección los espacios interiores y exteriores en dos plantas.

Hacía una semana, se había convertido en una mujer libre. Omar anuló su contrato y asumió la responsabilidad de la separación, compensándola con una suma astronómica para reparar el daño causado a su familia. Aunque a ella le pareció absurdo, el joven insistió en que era la manera correcta de proceder.

Los funerales de su padre ya habían pasado y ahora vivía en una mansión en Riyadh, acompañado de Morrison, quien incluso trabajaba en la empresa. Los dos jóvenes se veían muy felices y más enamorados que nunca, mientras que la madre de Omar preparaba su boda con su actual pareja para dentro de seis meses y esperaba que Cristina asistiera junto con su hijo.

Por su parte, su hermano Raúl se encontraba en Londres, viviendo en el colegio al que ingresó, aunque tenía la opción de quedarse en casa de la madre de Omar si así lo deseaba en un futuro. Mientras tanto, estaba disfrutando de su nueva aventura, y la que sufría por ello era su madre, quien le llamaba todos los días.

El móvil de Cristina sonó y lo sacó de su bolso de playa. Era una videollamada de Omar, así que contestó con una sonrisa. Para ella eran las doce del día, mientras que para el joven eran las ocho de la noche.

—¿Cómo está la futura madre más hermosa del mundo? —dijo Omar adulándola, y Cristina sacudió la cabeza.

—Muy bien, mañana iré al médico.

—No olvides que debes enviarme el ultrasonido —le recordó.

—Por supuesto.

A pesar de la distancia, mantenían una buena comunicación entre los dos.

—Baja la cámara para ver a mi ahijado.

—Solo verás mi enorme vientre, como una pelota de playa.

—No seas grosera. En su interior está un pequeñito al que estoy ansioso por conocer.

—Pero si ya lo hemos visto —dijo la joven mirándolo a los ojos.

Le habían realizado un ultrasonido en cuarta dimensión, y las facciones del bebé se mostraron claramente.

—Será un niño muy guapo.

—Igualito a su papá —se escuchó la voz de Morrison de fondo, seguida de una risotada.

—No es cierto, se parecerá a mí —dijo indignada.

—Ya lo veremos —dijo el rubio, acercándose con una taza de té para Omar, que parecía un poco resfriado.

—¿Te sientes bien? —le preguntó a su amigo.

—Es algo sin importancia, solo un poco de cansancio, pero me recuperaré. Por cierto, en diciembre iremos a visitarte.

La joven abrió los ojos sorprendida y sonrió de oreja a oreja.

—Pensé que no vendrías.

—Te dije que estaría presente para el nacimiento de mi ahijado, y así será.

Cristina se conmovió y llevó sus manos a los labios.

—Gracias —dijo con la voz entrecortada—. ¿Se fue la esposa de tu padre?

Le preguntó preocupada. La primera esposa de su padre había querido abandonar el palacio después de conocer la noticia de la muerte de su hijo, y había caído en una lamentable depresión.

—No, las cosas resultaron mejor de lo que esperaba.

Omar la convenció de que debía ser fuerte por sus nietas, y la mujer le agradeció por no echarla después de cómo había tratado a su madre. Pero el joven no quería problemas con las viudas de su padre.

—Me alegra saber que los conflictos familiares quedaron en el pasado.

—Todo está marchando perfectamente, así que podremos tomar unas vacaciones. Estoy emocionado, ya que no conozco ese lugar y luce maravilloso.

—Te encantará. Los estaré esperando. Se llevarán una sorpresa cuando lleguen a casa. Tendremos unas navidades inolvidables —aseguró la joven con una amplia sonrisa.

—Creo que quien se llevará una sorpresa eres tú, querida —anunció Omar con una sonrisa y guiñó un ojo—. Cuídate mucho, preciosa. Llámame cuando estés lista —declaró el joven y cortó la llamada.

Cristina frunció el ceño y miró el dispositivo sin comprender las palabras de su amigo. Guardó de nuevo el móvil en su bolso y decidió tomar una siesta antes de subir a merendar. El clima era delicioso, así que se recostó de lado, acariciando su vientre.

El ladrido de un perro la despertó, y se sentó con las piernas extendidas, contemplando el mar de color verde azulado. La brisa movía su cabello mientras ella dejaba que sus gafas de sol se deslizaran sobre su cabeza. El perro se acercó, y la joven sonrió. Era un hermoso cachorro labrador color miel que llevaba una placa en el cuello.

—¿Te has perdido, pequeño? —preguntó con voz aguda. El perro se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su pierna, invitándola a acariciarlo.

Cristina tomó las orejas del perro con ambas manos y comenzó a masajear su cabeza, lo cual hizo que el animal entrecerrara los ojos, disfrutando del contacto. Observó la placa colgando de su cuello y se dio cuenta de que no era un macho, sino una hembra. Se llamaba Toto y esto le recordó a Mariela. La pequeña le contó que siempre quiso tener un perro llamado Toto, pero a su madre no le gustaban los animales.

«Mi niña, quién sabe dónde estarás en este momento», pensó con nostalgia y se le hizo un nudo en la garganta.

La casa se encontraba en una comunidad privada a lo largo de la costa, eran mansiones enclavadas en la península, lo que indicaba que el perro debía pertenecer a alguno de los vecinos.

De repente, unos gritos llamaron su atención y Cristina giró para ver como una niña rubia con coletas, enfundada en un traje de baño rosa tipo buzo corría hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡No puede ser! —exclamó y abrió la boca de sorpresa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y un sollozo se escapó de sus labios cuando miró que Damiano salió del patio de una casa contigua.

La niña llegó hasta donde estaba Cristina y se lanzó a sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó afectada.

—Tenía que conocer a mi hermanito —dijo la niña y apoyó su cabeza en el vientre de la mujer, quien rompió a llorar.

En ese momento, el bebé despertó de su letargo y comenzó a moverse de un lado a otro.

—¡Qué guay, se está moviendo! —señaló con los ojitos llenos de emoción.

—No se siente tan guay —admitió Cristina mientras descansaba los codos en la toalla, para estirarse un poco con una mueca de molestia.

—Mira, papá, el bebé me escuchó —exclamó cuando Damiano se detuvo a su lado, contemplando el espectáculo. La sonrisa se le desvaneció y se arrodilló a su lado preocupado.

—¿Estás bien? ¿Es necesario llevarte al hospital? —preguntó desconcertado, era impresionante la forma en que su vientre se movía.

Cristina abrió un ojo y frunció el ceño. Tomó una de las manos del hombre al que tanto amaba y la colocó sobre el bultito que tenía a un costado de su barriga.

—Mi niño, deja de patearme —le pidió al bebé, y como por arte de magia, su vientre volvió a su forma redonda.

—¿Hace eso con frecuencia?

—No, pero parece que Mariela lo alteró un poco —se sentó de nuevo y cogió un poco de papel de su bolso para limpiarse la nariz que goteaba.

—¿Me permites hablar un momento con Cristina? —le solicitó a su hija y la pequeña asintió.

—Por supuesto, papá. Voy a buscar mis palitas porque quiero construir un castillo de arena —declaró mientras se levantaba después de darle un beso a la joven.

Cristina se cruzó de brazos, esperando a que Damiano comenzara a hablar.

Se aclaró la garganta y pasó la lengua por los labios. Sabía que lo que iba a decir sería difícil, pero estaba decidido. Lanzó un suspiro y comenzó el discurso que había ensayado mil veces en las últimas semanas.

—Te pido perdón por haber sido un miserable y arrogante contigo. Me di cuenta de que no eras culpable de los errores de los demás, pero mi orgullo herido me llevó a cometer atrocidades y a pesar de todo, tú solo me diste amor incondicional. Siempre me arrepentiré de haberte causado tanto sufrimiento.

—¿Cómo sabes que es tu hijo? Después de todo, me casé con otro —dijo mirándolo a los ojos, esperando su reacción.

—Puedo apostar mi vida a que no estuviste con otro hombre —exclamó con seguridad.

—Pero tú sí estuviste con alguien más, ¿verdad? —Damiano asintió y bajó la mirada avergonzado —. ¿Quién te dijo dónde estaba?

—Omar. Lo busqué en Madrid y tuvimos una conversación de hombre a hombre. Le supliqué que te dejara libre, que sin ti mi vida no tenía sentido —le confesó.

La joven se llevó las manos a la boca y contuvo un sollozo.

—No me dijo nada...

—Me advirtió que no me acercaría a ti hasta que estuviera seguro de que mis intenciones eran honorables y de que nunca te haría daño de nuevo. O me arrepentiría el resto de mi vida.

—¿Omar te dijo eso? —preguntó ladeando la cabeza.

—Sí, pero primero casi me rompió la nariz —admitió con una sonrisa torcida.

—Él no es violento.

—Pero cuando se trata de defender a quienes ama, es capaz de hacer cualquier cosa. Hace

dos semanas me llamó y me reveló tu paradero, y desde entonces he estado organizando la mudanza. Sé que no será fácil que me perdones, pero solo te pido una oportunidad para demostrarte que puedo ser un hombre diferente, uno que se esforzará por hacerte feliz por el resto de tu vida. Deseo que formemos una familia juntos. Eres la única mujer a la que he amado, y no quiero perderte. Cuando creí que habías muerto, me di cuenta de que mi vida carecía de sentido sin ti.

La joven se puso de rodillas, lo abrazó y comenzó a sollozar.

—También te amo. A pesar de todo, nunca he dejado de amarte —confesó Cristina, y Damiano la estrechó entre sus brazos.

Paseó sus manos por su espalda y enterró su rostro en su cuello. Había anhelado tanto tenerla así que parecía increíble. Tomó su rostro y le dio un beso que le robó el aliento.

Cuando por fin se separaron, Damiano apoyó su frente en la de Cristina y, con los ojos cerrados, exhaló profundamente. El peso de la distancia y el tiempo perdido se hizo evidente en ese instante.

—Dios mío, cómo te he extrañado —susurró con voz entrecortada, dejando escapar toda la añoranza que había guardado durante meses.

Mireya, la madre de Cristina, se acercó a la piscina y desde lo alto observó con alegría cómo su hija lloraba en los brazos del hombre al que amaba. Un destello de felicidad iluminó su rostro, pues ella misma había sido cómplice de Omar y había compartido con él la convicción de que Damiano merecía una segunda oportunidad, aunque no se la habían puesto nada fácil.

—¿Te mudarás entonces? —preguntó Cristina con una mezcla de emoción y preocupación.

—Sí, he dejado Londres. Me tomaré dos años sabáticos y luego decidiremos qué haremos —respondió Damiano con determinación.

—¿Y qué pasa con el banco? —inquirió Cristina.

—El banco tiene más de ochenta años. Puedo asegurarte de que seguirá existiendo con o sin mi presencia, además es tiempo que Donato se involucre en los negocios —aseguró Damiano, tratando de tranquilizarla.

Los hermanos seguían en malos términos y Damiano sabía que su hermano menor tardaría en perdonarlo. Por esa razón, decidió darle tiempo para que asimilara la situación y comprendiera que la mujer que él creyó amar se convertiría en su esposa. Sin embargo, estaba seguro de que ese sentimiento era solo un capricho pasajero por parte de Donato y que se desvanecería con el tiempo. Por lo que antes de abandonar Londres, decidió pedirle perdón.

La que le deseó el peor de los destinos fue su madre, cuando le contó sus intenciones de buscar a Cristina y lo repudió como su hijo. Sin embargo, eso no le importó. De hecho, ni siquiera le dolía.

En ese momento, Mariela regresó cargando una bolsa de tela rosa llena de juguetes de playa.

—¡Quiero hacer un castillo! Mi abuela me dijo que solo tengo una hora porque servirán la comida —anunció con entusiasmo la niña.

Cristina se conmovió al escuchar eso y abrió los ojos sorprendida, pensando en la madre de Damiano.

—¿Tu abuela está aquí?

El hombre sonrió de lado, porque la joven no comprendió a quien se refería su hija.

—Claro, es tu mamá, pero también será mi abuela —declaró la pequeña y hasta torció los ojos —. Ahora sí tendré una abuela que me quiera de verdad —dijo Mariela ilusionada, enterneciendo aún más a Cristina.

—Puedo asegurarte de que será la mejor abuela del mundo —respondió Cristina, emocionada.

La niña se acercó a la que consideraba su madre y la abrazó con fuerza.

—Tú serás la mejor mamá —susurró al oído de Cristina, provocando un sollozo contenido en la joven.

—Por supuesto, mi niña.

—Siempre supe que algún día serías mi mami —anunció Mariela, con una sonrisa mientras tomaba la bolsa de juguetes —. Por cierto, papá, debes darle el anillo, de lo contrario no podrás quedarte en la casa —le reprendió Mariela, sacudiendo la cabeza.

—Era una sorpresa —se excusó Damiano, sacando el anillo del bolsillo y tomando la mano de Cristina —. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con emoción en la voz.

—Por supuesto —chilló Cristina, dejando que él colocara un anillo con un diamante redondo en su dedo.

—Muy bien, nos casaremos de inmediato —anunció decidido.

—¿Por qué tan pronto? En pocos meses daré a luz.

—Por eso, no quiero que nuestro hijo nazca fuera del matrimonio. Podemos tener una ceremonia civil ahora, y luego celebrar una gran boda. Tus padres están de acuerdo.

Cristina negó con la cabeza, sonriendo.

—No es necesario, una boda civil será suficiente —anunció ladeando la cabeza —. ¿Así que mi madre te amenazó?

—Me dijo que, si no pensaba casarme contigo, no volviera a buscarte. Además, si me atrevo a hacerte daño de nuevo, contratará a unos matones para que me torturen y luego desaparezcan mi cuerpo —confesó Damiano, aceptando la advertencia con orgullo.

El hombre se levantó y le ofreció la mano a Cristina para que se incorporara.

—Vamos adentro, has estado demasiado tiempo bajo el sol.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Llegamos anoche. Alquilé la casa de al lado —aceptó con una sonrisa.

—Así que ahora eres un acosador —bromeó Cristina.

—Solo contigo —respondió Damiano, acercándose a ella y abrazándola por detrás, acariciando su estómago y sintiendo los movimientos enérgicos de su hijo.

Gracias a las lecciones que había aprendido de la mujer que amaba, se dio cuenta de que la soberbia era un enemigo poderoso que había estado arruinando su vida y la de su hija durante demasiado tiempo.

Había sido fácil dejarse llevar por la arrogancia y creer que, por tener dinero, era superior a los demás. Había pensado que sus opiniones eran las únicas válidas y que merecía todo lo que tenía. Pero la soberbia solo lo había llevado a la soledad y al dolor durante muchos años.

Ahora, por fin, estaba enamorado de una mujer maravillosa con la que formaría una familia. Nunca más se alejaría del camino de la luz y se aferraría a Cristina y a su infinita bondad para siempre.

# FIN

Próximo libro de la serie

# Envidia

## Asareel Oliva

Dos mujeres, dos historias. Ambas son ejemplos de esfuerzo, dedicación y trabajo duro, pero la vida nunca es perfecta y los resultados de estas tres cualidades suelen provocar envidia en personas ignorantes y tontas. Existen aquellos que creen que los logros y metas llegan solo por suerte. Lo triste de la situación es que este tipo de personas abundan en la vida.

En esta narración, seguiremos la historia de Monsse y Aida Gómez, dos caminos paralelos e historias entrelazadas. Cada una enfrenta sus propios gigantes tras la montaña y tropiezos que les brindan valiosas lecciones. Ambas se encontraban en la mejor etapa de sus vidas, con planes, proyectos y un camino para su futuro. Sin embargo, la envidia las consume y las ahoga, llevándolas al extremo.

Deberán salir de esa oscuridad tan peligrosa, aferrándose a lo mejor de sí mismas para enfrentar y vencer este gran pecado capaz de destruir vidas y futuros. El camino por el que tanto lucharon y trabajaron estará en peligro, y solo ellas serán capaces de recuperar sus pasos. Después de levantarse y sacudirse un tropiezo, deberán encontrar fuerzas para continuar persiguiendo sus sueños.

Los invito a sumergirse en la trama de estas dos increíbles mujeres y su historia de poder y éxito, una historia inspirada en tantas mujeres que han rodeado mi propia vida. No tengo la menor duda de que en algún momento, incluso entre las letras, encontrarán un espejo que reflejará sus propias experiencias.

# ACERCA DEL AUTOR

**Lorena Salazar** ha sido una apasionada de la lectura desde siempre. Su amor por las novelas románticas, de ciencia ficción y fantasía la llevó a dar el salto y comenzar a escribir sus propias historias a principios de 2014. Su inquietud por contar una narrativa única la impulsó a crear su primera novela: "¿Crees en el Destino?".

Desde entonces, ha continuado explorando su creatividad y ha dado vida a una serie de novelas románticas contemporáneas que incluyen la trilogía de "Siempre te amaré" y un cuarto libro de Spin-off con la historia del antagonista. También, incursionó en el género de ficción y fantasía con su libro "Muerte a Medianoche" de la saga "Caballeros Malditos".

Además, participó en la antología "Dioses que dejan Huella", con su relato "El Retorno de una Diosa". También tuvo una colaboración en la antología navideña "Regalos que Dejan Huella" con el relato "Navidad en los Fiordos", de ciencia ficción.

Actualmente, nos sorprende con su última serie titulada "Millonarios", que hasta el momento consta de tres libros: "La Trampa", "El Regalo" y "Los Pecados del Millonario". Cada obra es una prueba de su habilidad para cautivar al lector con tramas envolventes y personajes entrañables.

Es originaria de Mexicali, Baja California, México. Trabaja como administradora de proyectos de software y disfruta de su faceta como madre de dos pequeños niños.

Su pasión por la escritura y la literatura la ha llevado a formar parte del grupo "La Hermandad de Essin", donde no solo contribuye con sus escritos, sino también participa ilustrando y maquetando la Antología "Relatos, cuentos y poemas del Bosque". Además, su relato "El Éxodo de la Manada" ha sido otra aportación en dicho grupo.

# Libros Publicados:

## ¿Crees en el Destino?

**Trilogía Siempre te Amaré:**
Rescátame
Perdóname
Ámame
Libérame: La Historia de Alexander

**Saga Caballeros Malditos:**
Muerte a Medianoche

**Serie Exilio:**
Ángel Traicionado - Calen
Ángel Atormentado – Scott
Ángel Perdido – Luke
Ángel Herido – Zack (próximamente)

**Serie Millonarios:**
La Trampa para el Millonario
El Regalo para el Millonario
Los Pecados del Millonario

**El líder de la Manada** (próximamente)

---

[1] Una au pair es una persona joven, por lo general de otro país, que se traslada temporalmente a vivir con una familia anfitriona en otro país con el propósito principal de aprender el idioma y experimentar una nueva cultura. A cambio de su estancia, la au pair brinda servicios de cuidado infantil y ayuda con algunas tareas domésticas livianas dentro del hogar de la familia anfitriona.

[2] Te necesito, maldita sea.

[3] Que la paz sea contigo.

[4] Y sobre ti sea la paz.